



SIMONE VAN DER VLUGT

Azul de medianoche

Arte, amor y misterio
se entrelazan en
una gran novela histórica.

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



Azul de medianoche

Simone van der Vlugt



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

LA VIDA DE UNA MUJER FUERTE Y TENAZ CAPAZ DE FORJAR SU PROPIO DESTINO.

Holanda, 1654.

Es el siglo de oro neerlandés, el tiempo de las ideas de Spinoza, cuando el arte de Vermeer y Rembrandt florece junto a los tulipanes que salpican de color la campiña holandesa. Allí, en una granja, Catrijn, nacida y criada en la pobreza, vive infelizmente casada; sin embargo, son tiempos de cambio, también para las mujeres. Tras enviudar, Catrijn sabe que ha llegado el momento de afrontar por sí misma el mundo que la rodea: buscar fortuna en la ciudad, acaso enamorarse y, por qué no, perseguir su gran sueño: llegar a ser decoradora de cerámica. Comienza así un recorrido que la lleva a la gran Ámsterdam y a las fábricas de cerámicas de la ciudad de Delft; lugares donde transcurre la historia y en los que las mujeres valientes como ella son capaces de forjar su propio destino.

Índice

Azul de medianoche

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

Epílogo

Agradecimientos

Fuentes

Glosario

Créditos

1

De Rijp, marzo de 1654

Ha pasado ya una semana desde el funeral y yo sigo sintiendo sobre todo alivio. Sé que no tiene justificación, que debería estar de duelo, pero eso es imposible.

Estoy de pie con los brazos cruzados junto al postigo abierto de la puerta y recorro con la vista los prados y campos que rodean la granja; sin embargo, lo que observo no está fuera sino dentro de mí.

Nunca debería haber ido tan lejos. Ahora que todo ha acabado, no logro comprender qué me sucedió aquella noche de hace un año. Durante mucho tiempo consideré a Govert como uno más del pueblo, no era un hombre al que yo prestara especial atención. En realidad no pensaba nunca en él. No es que no fuera atractivo, pues en cierta manera sí lo era. Sin embargo, no me di cuenta de ello hasta que un día, durante la fiesta del pueblo, me sacó a bailar y me apretó contra sí. Yo había bebido, por supuesto que había bebido, pero no tanto como para no ser consciente de su cuerpo cerca del mío, de su respiración pesada y de la delicadeza con la que me sujetaba entre sus musculosos brazos.

Con cada vuelta, nuestras caderas se rozaban y él me apretaba más contra sí, mientras nos movíamos bailando entre las demás parejas. Era una sensación excitante. Entonces me di cuenta de que él estaba enamorado de mí, y comprendí que aquella forma molesta y persistente de mirarme con el ceño profundamente fruncido cada vez que nos cruzábamos no era una expresión de disgusto, sino de deseo.

¿Es posible que me sintiera adulada por la atención que me dispensaba? ¿Acaso temía quedarme para vestir santos después de haber rechazado a demasiados pretendientes en la esperanza de encontrar algo mejor? ¿O puede que en aquel momento estuviera también enamorada?

Cuando me tomó firmemente de la mano y me condujo fuera, hasta un lugar tranquilo de una huerta, no protesté.

Govert se alegró cuando le conté que estaba embarazada: estaba dispuesto a casarse conmigo y crear una familia. Siendo como era un viudo en torno a los cuarenta años, con una posición desahogada, no era un mal partido, aunque tampoco era lo que yo me había imaginado.

Sin embargo, no me quedaban muchas opciones. Un solo momento de

ofuscación durante la feria, un instante de locura por llamarlo de algún modo, había bastado para determinar mi futuro. En ese instante se esfumó la posibilidad de abandonar el pueblo y empezar una nueva vida, se esfumaron mis sueños.

Lo peor de todo era que me preguntaba una y otra vez qué había visto yo en él aquella noche. Fuera lo que fuera, a la mañana siguiente había desaparecido.

Nos casamos un mes después, y seis semanas más tarde mi embarazo acabó en un parto prematuro. El bebé, un varón, nació muerto. De eso hace ya un año.

Ahora, Govert también yace bajo la tierra fría y oscura. El único espejo de la casa cuelga de cara a la pared y los postigos llevan varias semanas cerrados. Hoy los vuelvo a abrir. Cuando la luz matutina inunda la estancia, me invade una sensación placentera. El salón, que durante días ha estado repleto de visitas, se halla envuelto en un extraño silencio. He vivido en De Rijp toda la vida, y es reconfortante contar con el apoyo de la familia, los vecinos y los amigos. Los únicos que no han venido son los miembros de mi familia política. Seguramente les cueste aceptar que yo haya heredado todas las posesiones de Govert después de tan solo un año de matrimonio. Es comprensible, pero no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Dios sabe que me he ganado esa herencia.

Desplazo la mirada por la sala, desde la mesa redonda que está junto a la ventana hasta la chimenea y los muebles que yo misma pinté. El sol ilumina las baldosas del suelo y con su luz aporta algo de calor. No mucho, pues estamos tan solo a principios de marzo. El humo se eleva hacia las vigas de las que cuelgan embutidos y trozos de tocino, para llegar hasta el desván, donde aún queda gran parte de las provisiones para el invierno.

Se me hace extraño tener la casa para mí sola. Sin embargo, no dispongo de mucho tiempo para pararme a pensar en ello. Hay trabajo por hacer, y ahora que Govert ya no está, hay más faena que de costumbre.

Aunque tengo una sirvienta y un criado, me encargo de muchas de las labores. Todos los días de la semana repito la misma rutina: ordeño las vacas, alimento a los cerdos y a las gallinas, trabajo en el huerto, bato la mantequilla y preparo queso. Aprovecho el tiempo que me queda para lavar y remendar la ropa, para hilar y tejer, y, muy de vez en cuando, para pintar.

En algunas ocasiones, cuando miro la superficie reflectante de un caldero de cobre, me parece estar viendo a mi madre: el cabello trenzado, recogido debajo de una cofia blanca. Siempre atareada, siempre cansada. Tengo veinticinco años, pero me siento igual de vieja que ella.

«Aguanta un poco más», pienso mientras me dirijo al establo para cuidar de los animales. El periodo de duelo dura tan solo seis semanas, no es tanto.

Jacob, el criado, ya ha empezado a ordeñar. Me saluda alzando levemente la barbilla. Le respondo con un gesto de asentimiento.

–Es posible que Abraham Groen me dé trabajo –dice cuando me siento en el taburete.

–Eso está bien.

–La única que aún no ha encontrado otro empleo es Jannetge.

–Ya le saldrá algo. Si no es aquí, será en Graft.

Seguimos trabajando en silencio durante un rato. Muevo las manos con rapidez mientras un chorro de leche va llenando el cubo.

–¿Cuándo os marcháis? –pregunta Jacob.

–En cuanto lo haya vendido todo. La subasta será la semana que viene.

Jacob asiente.

–Jannetge quiere compraros la mantequera para poder hacer su propia mantequilla.

–No va a poder ser. Se la he prometido a mi madre.

–¡Qué lástima!

Jacob saca el cubo lleno de debajo de la vaca y se levanta. Por la forma en que se queda parado tengo la sensación de que quiere decirme algo y lo interrogo con la mirada.

–Quería deciros una cosa acerca del patrón...

–¿Sí?

–Su hermano va pregonando ciertas cosas.

Dejo de ordeñar.

–¿Qué cosas?

Jacob titubea.

–¿Qué pasa, Jacob? –Mi voz suena impaciente, demasiado dura.

–Creo que ya lo sabéis –me contesta él, y se aleja sin decir nada más.

Ayer hice cuajada con el suero de leche. Hoy, al mediodía, unto la pasta ligeramente ácida que ha sobrado sobre un trozo de pan de centeno. Jacob y Jannetge también están sentados conmigo a la mesa. Apenas hablamos, pues los tres estamos sumidos en nuestros propios pensamientos.

Después de la comida, dejo que ellos se encarguen del trabajo. Me calzo unos grandes zuecos encima de las zapatillas y voy caminando hasta el dique que lleva a De Rijk. La granja se encuentra junto al canal que rodea el polder de Beemster, en medio de una llanura cenagosa. Para llegar a la granja de mis padres, tengo que ir hasta el otro extremo del pueblo, y el camino más corto es

cruzándolo. Avanzo bordeando el canal Oosteinde hasta la calle Rechtestraat, donde las miserables viviendas dan paso a grandes casas con fachadas pintadas de verde o de rojo. Más cerca del centro del pueblo hay algunas casas de ladrillo con hastial escalonado que parecen colocadas allí por error.

Por el camino, saludo a los conocidos con los que me cruzo. Ellos me devuelven el saludo con vacilación. ¿Me están evitando? ¿Me miran de reojo?

Cuando llego a la calle Kleine Dam, donde reina una actividad febril junto al edificio de la balanza pública, no puedo seguir negando la evidencia: la gente me lanza miradas llenas de curiosidad y murmura a mis espaldas. Algunas personas se acercan a mí, me preguntan cómo estoy y si es cierto que voy a marcharme.

La gente de aquí está orgullosa del pueblo en el que su familia ha vivido durante generaciones. Para ellos, irse de aquí es algo inconcebible, casi equiparable a una traición. Pero de todas formas, los pueblerinos siempre me han considerado un bicho raro, así que mis planes no deberían asombrarlos.

–¿Te vas a desprender de aquella cómoda tan bonita que pintaste? –me pregunta Sybrigh, la chamarilera, mirándome con sumo interés–. Porque en tal caso yo estaría interesada en comprártela.

–La subasta será la semana que viene –le contesto, y esbozando una sonrisa de disculpa sigo mi camino.

Doblo la esquina y, después de recorrer la estrecha Kerkstraat, salgo del pueblo. A lo lejos distingo la granja de mis padres. Me meto en una senda llena de fango y aprieto el paso.

–Mart acaba de pasar por aquí –me dice mi madre sin dejar de limpiar las lecheras debajo del chorro de agua. La dura luz invernal confiere un aspecto demacrado a su rostro, y cuando se endereza, veo que se lleva las manos a la espalda–. Según él, tenía algo que decirte, pero gritaba tanto que lo he echado.

Cojo la lechera y la pongo debajo del surtidor.

–Se ha enterado de que te vas. Estaba furioso, Catrijn.

–¿Por qué? Eso es asunto mío, ¿no?

–Sí, pero te vas precisamente ahora, tan pronto después del funeral. A mucha gente le parece raro. ¿Para qué quieres irte a Alkmaar? Aquí tienes una granja, ganado, ahora todo es tuyo. Y hay suficientes hombres dispuestos a casarse contigo. Por ejemplo Gerrit. Si unierais vuestras posesiones, seríais ricos.

–Me marchó a la ciudad.

–Para trabajar de ama de llaves. Cuando aquí eres totalmente libre.

Exhalo un suspiro.

–Hemos tenido esta conversación muchas veces, madre. No tengo

intención de ser ama de llaves hasta el final de mis días. Quiero ahorrar, volver a casarme y empezar una nueva vida.

–Sí, siempre has querido eso. De pequeña te gustaba acompañarnos cuando teníamos que llevar el queso al mercado. Nunca comprendí por qué, puesto que tus hermanos no eran así. Cuatro horas en una gabarra para luego pasar un ratito en la ciudad. Y a la vuelta otras cuatro horas de viaje.

–Y yo llorando porque no quería volver.

Nos miramos y sonreímos.

–Bueno, tú haz lo que quieras. Ya eres mayorcita, no puedo retenerte – dice mi madre tras una breve pausa–. Es solo que...

Mientras guardamos silencio escruto su cara.

–¿Qué pasa?

–Circulan rumores.

–En el pueblo siempre circulan rumores, por eso quiero irme. Estoy más que harta de tanto chismorreo y tanta intromisión.

Una expresión de resignación aparece en el rostro de mi madre.

–Te echaré de menos –dice–. Pero quizá sea realmente mejor que te vayas.

2

Una semana más tarde todo está vendido. Govert y yo arrendábamos la granja y las tierras, pero el ganado y los enseres eran nuestros. Durante la subasta, que tiene lugar en el granero de la granja, veo mis posesiones pasar a manos ajenas. Las ganancias superan los cien florines, no está mal. Eso me permitirá salir adelante durante un tiempo y puede que incluso me baste para establecerme por mi cuenta. Por ejemplo, podría dedicarme a pintar cerámica. Es un sueño que siempre he tenido. De niña, embellecía los muebles con adornos pintados con zumo de remolacha. Más tarde, cuando empecé a recibir encargos de granjeros ricos y de notables del pueblo para que decorara cómodas o braseros, sustituí el zumo por pigmentos de verdad.

–Me recuerda el tipo de pintura que hacen en Hindeloopen –me dijo en una ocasión Cornelis Vinck, el notario–. Tienes talento, Trijn. Tendrías que intentar vender alguna de tus obras en la ciudad.

–No puedo hacerlo, señor. No soy miembro del gremio –le contesté.

–Durante la feria anual se concede permiso a los de fuera de la ciudad para que comercien con lo que quieran. Siempre y cuando no abran un negocio.

En mi escaso tiempo libre empecé a pintar platos y taburetes que, en efecto, vendía fácilmente en la feria anual.

A partir de aquel momento creció mi deseo de vivir en la ciudad.

Solo conozco a unos pocos vecinos que hayan abandonado De Rijp, y son muchachos que se enrolaron en buques de la VOC, la Compañía de las Indias Orientales, o que optaron por convertirse en balleneros. En el pueblo vecino de Graft vivía una joven que encontró un empleo de criada en Alkmaar, y eso me pareció una buena idea. Claro está que la vida de una sirvienta era dura, pero al menos ya no tendría que vivir entre el barro y los juncos. En la ciudad suceden cosas apasionantes, es un lugar rebosante de vida, lleno de distracciones y diversión: allí quiero estar yo. Melis y Brecht, un matrimonio amigo que vive en Alkmaar, me contaron que en la ciudad había un hombre rico que necesitaba un ama de llaves. Hace poco aproveché que tenía que ir al mercado de queso para acercarme a la calle a orillas del canal Oudegracht y ofrecer mis servicios. Para mi sorpresa y consiguiente alegría, me contrataron de inmediato.

Recorro con la mirada el granero, donde la luz matutina ilumina el suelo de tierra. Mis pertenencias, que antes estaban almacenadas aquí, ya están en

manos de sus nuevos propietarios. Lo único que me queda son unas cuantas joyas y prendas de vestir.

Fuera, en el patio, mis padres y mis hermanos me esperan envueltos en la niebla matinal. Soy la única hija que les queda, por eso siempre he podido contar con su atención y protección, y por las caras de los chicos adivino que no les gusta en absoluto que me vaya. Entre Dirk, mi hermano mayor, y Lau, el pequeño, hay un agujero de muchos años, provocado por varios abortos y la muerte prematura de algunos hermanos y hermanas. Quizá sea ese el motivo de que me sienta más unida a Lau, porque nosotros tuvimos que compensar esas pérdidas.

La despedida es breve. Les doy a todos un abrazo, el más largo es para mis padres. Lau tiene que ir por negocios a Alkmaar y me acompañará. La idea me reconforta porque llevo mucho dinero encima.

–Seguro que nos veremos pronto –dice mi padre–. La semana que viene tengo que ir a Alkmaar con un cargamento.

–Hasta entonces, papá. Sabes dónde encontrarme.

Otro beso, otro abrazo y nos marchamos. Lau coge el fardo con mis cosas, se lo pone bajo el brazo y subimos por el Dique del Oeste, que lleva al puerto. Vuelvo la vista atrás unas cuantas veces y me despido con la mano de mi familia. Son muchas las sensaciones que experimento, pero ninguna de ellas es arrepentimiento.

El viaje a Alkmaar es largo. Sentados entre la carga, muy juntos para mantener el calor, mi hermano y yo vemos desfilar el paisaje del polder. La gabarra con su pesada carga no navega rápido, pero estoy acostumbrada a su ritmo. He realizado esta travesía a menudo, conozco cada meandro del canal, cada aldea por la que pasamos. En algunos tramos casi no hay viento y apenas avanzamos, por lo que el gabarrero se ve obligado a utilizar su pértiga. Apoya todo su peso en la vara, la hunde en el lecho cenagoso y de este modo impulsa la embarcación hacia delante.

Estoy sentada junto a Lau, me reclino en él y, mientras el barco se desliza, yo le señalo las cosas que me llaman la atención en el paisaje. Él apenas reacciona.

–Ya no volverás, ¿verdad? –dice de pronto Lau, justo cuando estoy a punto de renunciar a mis esfuerzos por iniciar una conversación.

–Claro que sí. De vez en cuando.

–Yo que tú no me quedaría en Alkmaar. Mart está poniendo a todo el pueblo en tu contra.

–¿Y ellos creen lo que les cuenta?

–No lo sé. –Permanece unos instantes en silencio y luego añade–:

También podrías ir a Haarlem o a Ámsterdam.

Ahora soy yo la que no dice nada.

–¿Tan lejos? –le pregunto por fin.

–Tampoco está tan lejos. Lo que quiero decir, Trijn, es que no tienes que quedarte por nosotros. Si otra ciudad es... mejor para ti, tienes que ir allí. Sabemos que lo que dicen de ti es absurdo, pero no todo el mundo está tan convencido.

–Tendría que haber mantenido el duelo durante más tiempo, tendría que haber llorado más su muerte –le digo. Alzo la vista y miro a mi hermano–. ¿Será pecado alegrarse de la muerte de alguien?

Lau me rodea con el brazo y me aprieta contra sí.

–No –dice–. En este caso me parece solo humano.

Navegamos por el lago Alkmaar y luego dejamos atrás Akersloot. Algunos rayos de sol perforan y disuelven la niebla gris, y nos traen un poco de calor. Un fuerte viento hincha las velas e impulsa la barcaza, que se abre paso a través de las olas. En la lejanía se vislumbran las torres y las murallas de Alkmaar. Y también el patíbulo.

Siento un escalofrío al ver las siniestras estacas, de las que cuelgan varios cuerpos que se balancean. Rápidamente aparto la vista y me concentro en el ajeteo de embarcaciones cerca de la Torre de los Impuestos, donde se declaran las mercancías que entran en la ciudad.

El ancho río Zeglis se extiende ante nosotros con sus aguas que resplandecen al sol. En ambas orillas, muchas personas se dirigen a pie a la ciudad, y entre ellas veo a un hombre que lleva unos cuantos cerdos. Unos carros van dando tumbos debido a los baches y un mendigo salta justo a tiempo para no ser arrollado.

La embarcación echa las amarras delante de las murallas de la ciudad. Lau y yo nos levantamos y pagamos al barquero. Poco después cruzamos el estrecho puente de madera que lleva a la Puerta del Árbol. En la Torre de los Impuestos nos despedimos: Lau tiene que reunirse con alguien en un mesón del Muelle de la Cerveza.

Me mira titubeante, como si quisiera decir algo pero no lograra encontrar las palabras adecuadas.

–Bueno, hermanita, mucha suerte. Cuando vuelva a la ciudad vendré a verte –me dice abrazándome–. Y piensa en lo que te he dicho.

Le doy un beso en la mejilla y cojo el fardo de ropa que me tiende; luego nos miramos unos instantes a los ojos, sonreímos y nos separamos. Cuando me vuelvo, veo que mi hermano sigue mirándome. Me despido de él con la mano y tuerzo a la derecha.

Todavía algo entumecida después de tantas horas sentada, camino a lo largo del canal Verdrunkenoord, apretando el fardo contra mí. El canal está lleno de chalanas y barcazas en las que los marinos cargan y descargan mercancías.

Avanzo sin titubear por calles que conozco bien hasta llegar al otro lado de la ciudad, donde la torre de la Iglesia Grande descuella sobre los tejados. Entro en el templo por el portal de la Koorstraat, me dirijo hacia el altar atravesando la imponente nave de grandes columnas y hermosas vidrieras, tomo asiento en el primer banco y cierro los ojos. Me quedo así durante un rato, escuchando el sonido de mi respiración y los latidos irregulares de mi corazón.

Cuando por fin he recobrado la serenidad, abro los ojos. El silencio que reina entre las paredes y los arcos blancos tiene un efecto calmante.

Junto las manos. Mis plegarias son las mismas que en la iglesia de mi pueblo, pero aquí parecen distintas. Es como si aquí, debajo de las enormes bóvedas de piedra, se me oyera mejor. No sé si mis súplicas habrán servido de algo, pues aún no siento alivio. Abandono la iglesia con la cabeza gacha. Una vez fuera, la luz del sol me hace parpadear y me detengo, aturdida durante unos instantes, antes de volver a sumergirme en el ajetreo de la ciudad.

Cerca de la Iglesia Grande se encuentra la posada y tasca Los Trece Puntales, que regentan unos amigos míos. Brecht y su marido Melis tienen un buen negocio, puesto que su posada es la primera que ven los viajeros cuando entran en la ciudad por la Puerta de los Espíritus. Se trata de un imponente edificio con hastial escalonado y un letrero de hierro fundido que se balancea alegremente al viento.

Al abrir la puerta, siento que tengo las manos frías, casi entumecidas, y respiro aliviada cuando el calor viene a mi encuentro. El pequeño bar está lleno a rebosar. Me abro paso con dificultad entre los clientes que están de pie y sentados, hasta llegar a la barra. Allí veo a Melis sirviendo cerveza, mientras Brecht se aleja con dos jarras de espumosa cerveza en las manos.

–¡Melis! –grito inclinándome sobre la barra.

–¡Hola, Trijn! ¡Qué alegría verte! Ahora hay mucho jaleo, pero hablamos enseguida, ¿de acuerdo? –exclama él.

Yo asiento y me vuelvo cuando noto una mano en el hombro. Es Brecht. Sus rizos oscuros se le han escapado de debajo de la cofia y le cuelgan alrededor de la cara. Me estampa un beso en la mejilla.

–¡Ya estás aquí! –me dice–. ¿Quieres comer algo?

–Me encantaría.

Brecht desaparece en la cocina y regresa al cabo de un rato con una sopa sustanciosa y un pedazo de pan. Después de buscar un poco, encuentro un sitio donde sentarme. Cuando he acabado de comer, el ambiente en la posada es

más tranquilo y Brecht viene a sentarse conmigo y me pregunta cómo ha sido el viaje.

–Largo y frío. Me acompañaba Lau –le contesto–. ¿Podría quedarme a dormir aquí esta noche? No empiezo a trabajar hasta mañana.

El rostro de Brecht se ensombrece.

–¿Qué pasa? ¿Está todo lleno? No importa, iré a buscar otra posada, como La Cabeza de Moro –le digo.

–Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, pero tengo malas noticias. Wollebrant Nordingen, el hombre para el que ibas a trabajar, falleció hace dos días. Enfermó de repente, tenía un problema de pulmones. Ya era mayor, pero aun así su muerte llegó de forma inesperada.

Por un momento me quedo sin habla. Son, en efecto, malas noticias. No solamente para el señor Nordingen, que parecía un buen hombre, sino también para mí.

–¿Qué voy a hacer ahora? He vendido todas mis cosas, he rescindido el contrato de arrendamiento.

–Entonces compra o alquila aquí una casa y ponte a buscar otro empleo.

–No me quedará más remedio. En cualquier caso no pienso volver.

–Te ayudaremos –dice Brecht–. Mientras no tengas una vivienda, puedes quedarte aquí y nosotros iremos preguntando por si alguien sabe de algún trabajo. Una posada es el lugar idóneo para eso.

Me tranquiliza saber que no estoy sola, pero tardo un poco en aceptar que las cosas no han ido como esperaba. Por fortuna, tengo suficiente dinero para salir adelante durante un tiempo.

Melis se acerca y me pone la mano en el hombro.

–Seguro que encuentras algo –me dice–. En Alkmaar hay suficiente trabajo.

3

Durante una semana busco trabajo sin descanso. Recorro la ciudad de un extremo a otro, desde las elegantes casas a orillas del canal Mient hasta las fábricas de sal del Oudegracht y la fábrica de cerveza en Houttil. Lo intento en el orfanato municipal en la Doelenstraat y en la tejeduría de seda anexa, a continuación voy al convento de Santa Catalina y a diversas posadas y tascas. Quiero encontrar un empleo a toda costa y estoy dispuesta a hacer lo que sea – limpiar, hacer recados o cuidar de enfermos– con tal de trabajar.

Al final de la semana, mientras estoy con Brecht en la posada, siento que me embarga una profunda decepción.

–No me había imaginado que fuera tan difícil encontrar algo –le digo–. Hay suficiente trabajo para los hombres, pero las mujeres lo tienen mucho más complicado.

–Podrías empezar algo por tu cuenta. Podrías abrir un pequeño negocio.

–¿De qué? ¿De enseres de cocina? La ciudad está llena de tiendas de ese tipo.

–Pero tú pintas muy bien. Y ahora que eres vecina de Alkmaar, te darían permiso para abrir una tienda.

Niego con la cabeza.

–No es tan fácil, y tú lo sabes bien. Tendría que empezar siendo aprendiz, pagar la matrícula y pasar un examen. Y no estoy segura de querer inscribirme en un gremio.

–Hace un tiempo, una mujer ingresó en el gremio de San Lucas. Se llama Isabella Bardesius. Ahora trabaja como pintora independiente.

–A buen seguro procede de una familia rica que le ha pagado la formación. No admiten a aprendices sin estudios, Brecht. –Me quedo mirando pensativa al frente–. Quizá deba aceptar el empleo en el hospital de apestados. Es lo único que me han ofrecido.

–¿En el hospital de apestados? ¡Estás loca!

–De todas formas ahora no hay peste, los pacientes que atienden allí tienen otras enfermedades.

–Exacto, y son igual de contagiosas y peligrosas. Yo que tú lo consideraría como último recurso.

–Es que es mi último recurso. Si no encuentro algo pronto, tendré que volver a De Rijp.

Oímos un carraspeo cerca. De pie, junto a nuestra mesa, veo a un

hombre que nos mira: tendrá unos treinta años y luce una media melena rubia.

–Hola, Brecht –dice el hombre–. Perdona que os moleste, pero he oído vuestra conversación.

–¡Mattias, me alegro de verte! ¿Cómo estás? –dice Brecht sonriendo de oreja a oreja.

–Estupendamente –le contesta el hombre–. Estoy aquí de paso rumbo a Den Helder, y aún me quedan algunos asuntos que arreglar en Alkmaar.

–El señor Van Nulandt es uno de nuestros clientes asiduos –me dice Brecht.

El hombre se quita el sombrero y hace una pequeña reverencia.

–Es un placer –dice esbozando una encantadora sonrisa.

Lo saludo y me presento. Mattias van Nulandt toma asiento en la silla que está frente a la mía.

–No es del todo casual que oyera vuestra conversación –le confiesa a Brecht–. Melis me ha informado. Me ha explicado algunas cosas de vuestra amiga y me ha preguntado si sabía de algún empleo.

–¿Y? –pregunta Brecht enseguida.

–Casualmente sí. Mi hermano busca un ama de llaves. ¿Podría interesaros? –inquire él dirigiéndose a mí.

–No lo sé. Es decir, sí, creo que sí. Pero no me conocéis de nada –le respondo, confusa.

–Melis y Brecht os conocen y con eso me basta. Y Melis me ha hablado muy bien de vos.

Una profunda agitación se apodera de mí.

–Ama de llaves, eso sería estupendo. ¿Quién es vuestro hermano y dónde vive?

–Se llama Adriaen van Nulandt –me dice él– y vive en Ámsterdam.

¡Ámsterdam! Por lo visto, mi sorpresa resulta evidente, porque Mattias me observa inquisitivamente.

–¿Supone eso un problema?

–Está muy lejos y no conozco a nadie...

Mattias se encoge de hombros.

–Tampoco está tan lejos, y en cuanto os instaléis allí conoceréis a gente.

Intercambio una mirada con Brecht, que parece un poco confundida.

–Es una oportunidad, Trijn –me dice–. Es evidente que aquí no encontrarás trabajo. Una de dos: o vas a Ámsterdam o vuelves a De Rijp.

No tengo que pensármelo mucho. Aunque me duele alejarme de todos mis seres queridos, no tengo elección. Es más: mejor así. Por iniciativa propia nunca habría viajado tan pronto más allá de Alkmaar. Quizá todo estaba predestinado para que fuese así.

Mattias ha salido para ocuparse de sus asuntos, y cuando vuelve por la noche, me acerco a él.

–He decidido aceptar vuestra oferta. Si queréis recomendarme, os estaría sumamente agradecida.

–Por supuesto, escribiré una bonita carta de recomendación, pero para eso tendremos que conocernos mejor. ¿Tomamos algo juntos?

Una vez que nos hemos sentado en un extremo de una larga mesa, Mattias pide una jarra de vino.

–Cuéntame, ¿por qué te marchaste de tu pueblo natal? –me pregunta mientras llena mi tazón y adopta un tono de confianza.

Yo le hablo de mi deseo de irme a la ciudad, de aquella noche de fiesta que dio un vuelco a mi vida, de mi hijo muerto al nacer y de la inesperada muerte de Govert. Mattias escucha con atención.

–Así que eres viuda –me dice cuando he acabado–. Una viuda muy joven. Lo siento por ti.

–¡Ay!, no fue un matrimonio feliz –digo con la mirada perdida, pensando en la vida que habría tenido si Govert no hubiese fallecido–. Mi marido me pegaba. Empezó justo después de casarnos, y después fue a peor. No sé por qué lo hacía, no tenía motivos. No discutíamos, yo no lo contradecía y siempre me esforzaba trabajando duro. –Me río sin alegría–. Por mucho que intentara evitar las peleas y no llevarle nunca la contraria, él me golpeaba igualmente.

Mi voz transmite el desconcierto que sigo sintiendo al recordar la violencia, y Mattias me mira con compasión.

–Algunos hombres son así –me dice suavemente–. Pero no todos.

–No... –Suspiro–. El problema es que no puede saberse de antemano. Una se da cuenta solo después, cuando es demasiado tarde y ya está casada.

–La próxima vez, si vuelve a ocurrirte, lleva al tipo a los tribunales. Pegar a la esposa está penalizado, ¿lo sabías? Dios no quiso que fuera así entre marido y mujer.

–¿Estás casado?

–No, ni tampoco tengo intención de casarme. Quiero viajar, ver mundo. Trabajo para mi hermano, que es mercader y uno de los dirigentes de la Compañía de las Indias Orientales. A él no le apetece salir de viaje, así que viajo yo en su lugar.

–¿A qué sitios vas?

–Sobre todo a Italia y Noruega, no emprendo viajes largos. Aunque en realidad me gustaría ir a Oriente: a China y la India. ¿No te sucede a veces que te preguntas qué hay al otro lado del mundo? ¿Cómo será aquello y cómo vive la gente allí?

–Yo ya me contento con saber cómo son las afueras de mi pueblo o de Alkmaar –le contesto, y él se echa a reír.

Quizá sea la confianza con la que me habla o puede que sea la manera en que se le arruga la piel alrededor de los ojos cuando ríe o el sonido de su voz, pero algo me impulsa poco a poco a acercarme más a él. Es agradable y atractivo. Muy atractivo. Y al parecer él opina lo mismo de mí, pues no deja de inclinarse hacia mí mientras hablamos, y de vez en cuando me roza como por casualidad. Su rostro está en continuo movimiento y no puedo dejar de mirarlo. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo, como si una infinidad de burbujas se dispersaran por debajo de mi piel.

Mientras transcurre la velada, el mundo se contrae hasta quedar reducido a la mesa en la que estamos sentados, iluminada por la trémula llama de una vela. Mucho después de medianoche, por fin hago ademán de irme a la cama. Mattias sube la escalera conmigo y al llegar al descansillo me retiene con la mirada. El vino ha debilitado mi resistencia y cuando su boca busca la mía, dejo que me bese. Sus labios son firmes y cautelosos a la vez. Siento brotar el deseo en mi interior y le rodeo el cuello con los brazos. Él me responde acariciándome la espalda, para luego bajar la mano hasta mis nalgas y volverla a subir deslizándola por mi costado.

Sin embargo, cuando intenta desabrochar los herretes del corpiño, lo aparto con suavidad, pero también con firmeza. Él sonrío apenado.

–Me gustas, Catrijn –me susurra al oído–. Mucho. Me alegra haberte conocido. Espero que volvamos a vernos en Ámsterdam.

–Sí, eso espero yo también.

–Si mi hermano fuera tan tonto como para no contratarte, hazle saber a la criada dónde puedo encontrarte.

Asiento y le prometo hacerlo. Nos volvemos a besar, primero suavemente, luego con pasión. De nuevo siento reaccionar mi cuerpo con tanta fuerza que retrocedo para liberarme de su abrazo y abrir la puerta de mi cuarto. Sonríe a Mattias y entro. Antes de cerrar la puerta, él me lanza un beso.

–Te veré en Ámsterdam –me dice.

Nada más despertarme a la mañana siguiente, bajo corriendo a la taberna, pero, para mi decepción, Mattias ya se ha marchado.

–Ha dicho que tenía que estar temprano en Den Helder. Me ha pedido que te diera esto –me dice Melis entregándome un papel enrollado.

Es la carta de recomendación.

–¿Ha dicho algo más? –le pregunto mientras hago girar el rollo en mi mano.

–Que la casa se encuentra al inicio del canal Keizersgracht y que espera

verte pronto.

Sé leer un poco, pues cuando era pequeña el pastor de mi pueblo organizó clases de lectura; le parecía importante que las niñas aprendieran a leer para que más tarde, cuando fueran madres, pudieran leer la Biblia a sus hijos. Me encantaría saber lo que dice la carta, pero el rollo está sellado.

–Anoche pasasteis una agradable velada juntos –me dice Melis con un tono de interrogación en la voz.

–Sí –le contesto sonriendo–. Muy agradable.

Finjo no darme cuenta de la curiosidad de Melis y busco una mesa junto a la ventana.

Después de tomar un ligero desayuno a base de pan y queso, me despido de mis amigos.

–Mi familia se alarmará cuando descubra que ya no estoy en Alkmaar –digo mientras abrazo a Brecht.

–Se lo explicaremos. ¿Nos enviarás un mensaje cuando hayas encontrado trabajo? –me dice ella.

Se lo prometo, me despido de Melis y me marcho. Paso por la Langestraat para ir hacia el canal Mient, y cruzo el mercado de pescado, donde reina un enorme ajetreo; el suelo está lleno de porquería y yo hago lo posible por no resbalar con los despojos de pescado; en uno de los puestos compro algunos arenques para el camino. Luego bordeo el canal Verdronkenoord, y cuando llego al río Zeglis, suspiro aliviada. Me gusta la animación de la ciudad, pero aún tengo que acostumbrarme a ella.

Después de preguntar a diversas personas, encuentro una gabarra con la que puedo zarpar.

–Solo voy hasta Haarlem, señorita –me advierte el barquero–. Pero desde Haarlem no os será difícil llegar a Ámsterdam, puesto que allí podréis embarcaros en una gabarra remolcada.

Ya había oído hablar de las gabarras remolcadas por caballos, pero nunca me he subido a una de ellas, pues este tipo de embarcaciones no va hacia Alkmaar. Según el barquero funcionan muy bien. En Halfweg han excavado un canal largo y recto por el que puede avanzar un caballo que tira de la embarcación.

–El canal os llevará directamente hasta Ámsterdam –me asegura el barquero.

Le doy las monedas que me pide, le entrego mi fardo para que lo lleve a bordo y me subo al barco.

Busco un lugar entre las cestas y baúles y me acomodo sobre una manta que el barquero ha colocado allí para los pasajeros.

Encogida en mi abrigo, con la cabeza cubierta por la capucha, miro cómo

Alkmaar se va haciendo más y más pequeña. Nunca he viajado más allá de esta ciudad, no tengo ni idea de lo que me espera en Ámsterdam. Lo único que sé es que a partir de ahora estoy totalmente sola.

4

La travesía hasta Haarlem se prolonga durante todo el día. Solo avanzamos rápido a partir de Beverwijk, donde entramos en el lago Wijk. A la altura de Spaarndam volvemos a navegar por acequias y canales y ello nos obliga a ir más lentos, pero Haarlem ya está a la vista. Entretanto se ha hecho casi de noche y yo estoy agotada. Cuando la embarcación amarra en el Puente de las Lápidas, me levanto con torpeza y bajo al muelle. Estoy tan cansada que entro en la primera posada que encuentro. Afortunadamente aún queda una cama libre; bien es cierto que está en una habitación que tendré que compartir con otras personas, pero eso no me importa.

En la taberna, mientras me recupero un poco al calor de la lumbre y con la cena caliente delante de mí, veo de soslayo que algunos hombres me miran. Procuro no entablar contacto visual con ellos y parecer lo más inaccesible posible, lo cual no me resulta nada difícil con el cansancio que siento en esos momentos. Gracias a Dios me dejan en paz. A medida que avanza la velada, los ánimos se van caldeando cada vez más, pero para entonces yo ya me he retirado y estoy en la cama. A pesar de la larga jornada, tardo en quedarme dormida. Con los ojos cerrados, escucho los ronquidos y la respiración de los otros huéspedes, y el alboroto procedente de la taberna. Pienso en mi familia y de repente me vienen a la memoria recuerdos de hace mucho tiempo.

De niña estuve a punto de morir ahogada cuando, durante una fuerte tormenta del noroeste, se rompió el dique que protegía la región de Waterland de las aguas del mar, y después cedió el dique de cintura que había sido construido alrededor del municipio de Beemster para protegerlo. En aquella ocasión perecieron muchas personas y muchos animales, y el agua arrastró consigo granjas de adobe con tejados de paja. Lo único que se salvó fue el centro del pueblo, que estaba un poco más elevado, aunque ni siquiera los ricos y notables consiguieron mantener los pies secos.

Yo tenía cinco años cuando se produjo la inundación. Solo conozco los detalles de la catástrofe por las historias que me han contado. Sin embargo, lo que sí recuerdo bien es la sensación de impotencia cuando se desplomó el tejado al cual nos habíamos subido mi familia y yo para resguardarnos de las aguas y estas nos arrastraron. Yo no sabía nadar, aunque eso tampoco hubiese servido de mucho. En cuanto el mar se retiró, la corriente implacable se llevó consigo todo lo que encontró a su paso. El que no tuvo la suerte de poder agarrarse a algo, fue arrastrado. Un vecino me pescó de las olas y me subió a

una gabarra. Mis padres y mis hermanos consiguieron salvarse. Aeltje y Johanna, mis dos hermanas mayores, perecieron ahogadas.

En la grisácea luz matutina pienso en mi familia. Los demás huéspedes ya han salido de sus camas armario. Oigo bostezos, saludos susurrados y algunas conversaciones en voz baja. Yo me levanto y no hablo con nadie.

Me visto lentamente –blusa de lino, falda, delantal, chal, corpiño, jubón y cofia– mientras miro por la ventana. Fuera, en el muelle, ya hay mucho movimiento. El transporte tanto de mercancías como de pasajeros se pone en marcha al alba.

Cuando recojo mis pertenencias descubro la carta de Mattias entre mi ropa y sonrío: si consigo este empleo, volveré a verlo. Enderezo los hombros y me siento algo más segura de mi decisión de ir a Ámsterdam. Si me doy prisa, alcanzaré la primera gabarra remolcada.

En comparación con el viaje de ayer, el de hoy es como una agradable excursión a Ámsterdam. No solo la distancia, sino también la comodidad que ofrece la gabarra remolcada se diferencia considerablemente de la embarcación abierta desde Alkmaar. Tiene una camareta provista de bancos donde los pasajeros pueden resguardarse. Puesto que no dependemos del viento, navegamos a un ritmo constante. A lo largo de la ruta hay mesones donde los viajeros pueden comer algo mientras el barquero cambia de caballo. El canal Haarlemmertrekvaart lleva en línea recta a Ámsterdam, a través de un paisaje de pólderes salpicado de molinos y granjas.

De vez en cuando salgo de la camareta para sentir el aire y el sol en la cara, y para admirar la belleza del cielo de nubes y los verdes prados. Veo pasar lecheras, vendedores ambulantes y viajeros a caballo o en carronato sobre el dique del canal. A veces, alguien saluda con la mano. Entonces sonrío y devuelvo el saludo.

Cuando nos acercamos a Ámsterdam siento aflorar la inquietud. He oído hablar mucho de esta ciudad, de su tamaño y del enorme bullicio, y me pregunto con cierto temor si es un lugar adecuado para una pueblerina como yo.

Mi desazón se convierte en excitación cuando veo surgir las altas murallas. Miro con profundo respeto los molinos que se alzan sobre los baluartes, con las aspas en pleno movimiento.

Las vías de acceso están tan concurridas que tengo la impresión de que medio mundo ha puesto rumbo a Ámsterdam. El río IJ está plagado de chalanas, gabarras y barcos de pesca. Un poco más allá de la hilera de estacas que protegen el puerto permanecen anclados los buques mercantes, con sus

resplandecientes espejos de popa. La última parte de la travesía nos lleva a lo largo de la orilla del río IJ hasta la Torre de los Arenqueros, donde amarramos.

Cojo mi equipaje y dejo que me ayuden a bajar del barco. Preferiría ponerme a buscar de inmediato el canal Keizersgracht, pero estoy cansada y hambrienta, y por ello decido ir a comer algo antes. En la posada municipal, situada sobre una pasarela en el río IJ, pido una comida sencilla.

Devoro a toda prisa el pescado y el pan, pago en la barra y luego subo por el muelle.

Así que esto es Ámsterdam, el centro del mundo. ¡Cuánta animación, cuánta vida! Hasta donde alcanza la vista, se ven mástiles de barcos que rasgan el cielo, y en el muelle lleno de fardos, baúles y cestas resuena el vocerío de la gente.

Siento de inmediato curiosidad por el resto de la ciudad, tuerzo a la derecha y camino por un muelle que llaman Damrak hasta llegar a una gran plaza donde se alzan el ayuntamiento de madera y el edificio de la balanza pública. Por todos lados veo mercaderes y oigo hablar diferentes idiomas a la vez. Veo pasar a un hombre ataviado con un curioso atuendo y un pañuelo alrededor de la cabeza, que lleva un mono sobre el hombro, y luego a unas damas emperifolladas que se saludan y entablan conversación, y yo respiro profundamente. En lugar de asustarme, la cacofonía de sonidos me llena de alegría. Aquí es donde sucede todo, aquí se encuentran mundos diferentes.

Me detengo en medio de la plaza, miro el vertiginoso nuevo mundo que me rodea y sé que nunca regresaré a mi tierra natal.

A diferencia del Damrak, la calle que bordea el canal Keizersgracht es completamente nueva. Las juntas del empedrado aún no han tenido tiempo de ensuciarse, la pintura de las puertas y las ventanas resplandece, y los adoquines de la calle parecen recién labrados. A lo largo del canal han plantado tilos jóvenes que algún día darán más esplendor al Keizersgracht, pero que, por lo pronto, no son más que enclenques arbolillos sujetos a un palo.

Por el camino he preguntado por la residencia de la familia Van Nulandt y ahora alzo la vista y contemplo la fachada de la mansión. Subo con cierto nerviosismo la escalera de entrada y dejo caer la aldaba sobre la puerta. Me abre una muchacha que me observa con curiosidad.

–Soy Catrijn Barentsdochter –le digo– y traigo una carta para el señor Van Nulandt, de parte de su hermano.

La muchacha alarga la mano, pero yo niego con un gesto.

–Prefiero entregársela personalmente.

–Avisaré al señor –dice la muchacha. Me hace entrar y luego se aleja por el pasillo.

Mientras tanto, espero en el vestíbulo y miro a mi alrededor: la escalera de caracol con pasamanos de madera tallada, los cuadros en las paredes y los jarrones de aspecto costoso que descansan sobre las mesitas.

La puerta se abre y se me acerca un hombre de unos cuarenta años que lleva un austero traje negro. Inclino levemente la cabeza y repito mi mensaje.

–¿Una carta de mi hermano? ¿Por qué? ¿Ha sucedido algo? –pregunta alarmado Adriaen van Nulandt.

–No, no os preocupéis –lo tranquilizo–. Vuestro hermano y yo nos conocimos en Alkmaar, donde él se quedó a pasar la noche, y entablamos conversación. Le expliqué que buscaba trabajo y él me dijo que sabía de algo.

Adriaen van Nulandt coge la carta, rompe el sello y la lee. A la mitad, levanta los ojos, me mira y sigue leyendo.

–Así que buscáis un empleo de ama de llaves –dice una vez que ha acabado.

–Sí, señor.

Me vuelve a mirar, esta vez con más detenimiento.

–Seguidme –me dice.

Me conduce a una hermosa estancia presidida por una mesa de roble con seis sillas; sin embargo, en lugar de sentarse en una de ellas, el señor Van Nulandt se limita a apoyarse en el borde de la mesa y me deja a mí de pie. Yo me mantengo bien erguida, aguantando la mirada taxativa con la que él me examina.

–Dame una buena razón para que te contrate –dice finalmente.

–Estoy acostumbrada a trabajar duro, señor.

–Mi hermano dice que eres granjera. No lo pareces.

A modo de respuesta, le muestro mis manos ásperas y encallecidas. Les echa un breve vistazo y luego me mira a los ojos durante varios segundos. Esa mirada inquisitiva me pone nerviosa, aunque no lo dejo translucir. Le sostengo la mirada con toda la serenidad de la que soy capaz, y tan solo bajo la vista cuando temo que empiece a resultar indecente.

Por fin, el señor Van Nulandt rompe el silencio.

–Cuéntame algo de ti. ¿Qué se te ha perdido en Ámsterdam?

–Soy viuda, señor. Podría haberme vuelto a casar, pero siempre he querido vivir en la ciudad. Unos amigos me habían encontrado un empleo en Alkmaar que al final no salió bien. Todo apuntaba a que tendría que regresar a De Rijp. Pero por fortuna vuestro hermano se cruzó en mi camino, como si lo hubiese enviado Dios.

Esta última observación ha sido una buena jugada, pues con ella hago gala de mi devoción. Estoy segura de que será del agrado del señor Van Nulandt, puesto que todos los cuadros que me rodean son de temática

religiosa. Alzo la mirada, me encuentro con sus ojos y detecto en ellos algo de aprecio. Eso me infunde valor.

–Podrías ponerme a prueba unos días –le sugiero.

Él no pestañea.

–Eres osada, Catrijn Barentsdochter.

–Sé lo que puedo hacer, señor.

El señor Van Nulandt vuelve a leer la carta y luego alza la vista.

–Necesito a alguien que lleve la casa y supervise a la criada. Puedo pagarte un salario mensual de veinte stuivers, más cama y comida. Cada dos semanas tendrás un día libre. ¿Cuándo puedes empezar?

–De inmediato, señor.

–Bien, entonces te pondré a prueba, Catrijn –dice Adriaen–. Acompáñame, te presentaré a mi esposa.

Adriaen van Nulandt me precede hacia el vestíbulo y entra en una habitación que se encuentra en la parte delantera de la casa. La estancia está bañada por la luz del sol y hasta ella llegan los sonidos de la calle y del canal.

Junto a la ventana veo a una mujer que trabaja concentradamente detrás de un caballete de pintor. Cuando entramos, alza la vista con gesto irritado.

–Brigitta, vengo a presentarte a la nueva ama de llaves. Esta es Catrijn Barentsdochter –dice Adriaen.

Doy unos pasos en la estancia e inclino la cabeza. La señora Van Nulandt todavía es joven, debe de tener mi misma edad, y me observa sin demasiado interés.

–Encantada, señora –digo al ver que guarda silencio.

–¿Empieza hoy? –pregunta Brigitta a su marido. Adriaen asiente y ella esboza una sonrisa de satisfacción–. Muy bien, así Griet dejará de molestarme. Si me disculpáis, tengo mucho que hacer. –Vuelve a mirar con atención el cuadro en el que está trabajando y luego moja el pincel en la pintura.

Adriaen me hace una señal para que salga con él de la estancia y me muestra el resto de la casa. Es enorme. Arriba están los dormitorios y el desván, donde se encuentran las camas armarios del personal. Abajo, en la parte delantera de la casa, están el vestíbulo y el salón, y, en la parte trasera, la sala de estar, el comedor y la cocina. Adriaen me explica que el salón se utiliza únicamente para recibir a las visitas y que una de mis tareas será limpiarlo. La criada tiene prohibido poner los pies en él.

–Sobre todo sé muy cuidadosa con estos –me dice señalándome dos brillantes jarrones blancos y azules colocados en el suelo, a ambos lados de la chimenea–. No los desplaces. Limitate a limpiar alrededor. Y ten cuidado de no tropezar con ellos. Estos jarrones son muy valiosos.

Los observo con admiración.

–Lo comprendo, son preciosos.

–Vienen de China y son de porcelana, una cerámica especial.

–¿Puedo verlos de cerca?

–Siempre y cuando no los toques.

Me cuido mucho de hacerlo. Me pongo en cuclillas, respetuosamente, junto a uno de los jarrones y observo las imágenes exóticas pintadas en diferentes tonos de azul sobre el fondo blanco brillante. Nunca había visto una cerámica tan blanca.

–China –digo–. Eso está muy lejos, ¿no?

–Al otro lado del mundo. ¿Me acompañas?

Me levanto y lo sigo. Es raro recibir instrucciones del hombre de la casa y no de su mujer. Al parecer, Brigitta van Nulandt no siente ningún interés por los quehaceres domésticos.

Mientras el señor Van Nulandt me da explicaciones, yo escucho con atención, sin dejar de mirar, maravillada, todo lo que me rodea. Así es como viven los ricos en Ámsterdam, en casas llenas de cuadros, porcelana oriental y objetos de plata. Los muebles son de madera de roble tallada, delante de las camas armario cuelgan cortinas de terciopelo, el suelo está cubierto de baldosas negras y blancas, y las paredes están revestidas de madera o de azulejos.

La cocina también me sorprende. Es mucho más grande de lo que estoy acostumbrada y dispone de un lavadero. La vajilla de estaño y de loza se guarda en armarios y no en estantes. La chimenea ocupa una gran parte de la pared y en el centro de la estancia hay una larga mesa. Una puerta con el postigo abierto da acceso a un patio.

Adriaen sale afuera y yo lo sigo. Una muchacha que está tendiendo la colada se vuelve hacia nosotros.

–Griet, te presento a Catrijn, la nueva ama de llaves. Empieza hoy. Confío en que la pongas al corriente de todo.

La muchacha me saluda tímidamente con la cabeza y Adriaen van Nulandt se marcha sin añadir nada más. Griet y yo nos quedamos solas, en silencio.

–Bien, pues a trabajar –le digo por fin–. Cuelga el resto de la colada, Griet, y luego ven a ayudarme en la cocina. Así podremos conocernos.

Sonríó amablemente a la muchacha, me doy media vuelta y entro en la casa.

Griet acaba de cumplir quince años. Ha tenido que apañárselas durante un tiempo sin ama de llaves y por ello está acostumbrada a gozar de mucha libertad, aunque también a trabajar por dos.

–Haesje se puso enferma y falleció al cabo de unos días. Aunque ya era vieja, tendría unos cuarenta años –me explica por la tarde, cuando me acompaña al mercado de verduras del Prinsengracht–. Me alegro de que hayáis venido. Demasiada faena para mí sola.

–Si pasa algo, ¿acudes al señor o a la señora? –le pregunto.

–Al señor, aunque no anda mucho por casa. Y la señora se enfada si la molesto mientras está pintando.

–No pintará todo el día, digo yo.

–No, pero no tiene ganas de escucharme ni siquiera cuando ha acabado.

La casa la trae sin cuidado. Es como si solo estuviera aquí a medias.

Recuerdo la mirada ausente de Brigitta y comprendo a qué se refiere Griet.

–El señor tiene un hermano, ¿no? ¿Lo ves a menudo?

–Sí, cuando no está viajando, vive con nosotros. El dormitorio que está en la parte trasera de la casa es el suyo. El señor Mattias es muy simpático. Una vez me trajo un peine. Ya no recuerdo de dónde, pero era de un lugar muy lejano.

–Qué bien. ¿Cuándo vuelve el señor Mattias?

–Creo que tenía previsto estar fuera una semana.

–¡Ajá! ¿Y de dónde eres tú, Griet?

–De Sloterdijk. Es un pueblo pequeño cerca de aquí.

–¿Vas a menudo a casa?

–Siempre que puedo, pero desde que Haesje no está, no he vuelto a ir. Miro de reojo el rostro apenado de la muchacha.

–Seguro que dentro de poco podrás volver. Yo me encargaré de pedírselo al amo.

La expresión de Griet cambia de inmediato.

–¡Eso sería estupendo! Mirad, allí está el mercado, sobre el puente. Allí es donde compro siempre la verdura. Y el pescado lo compro en la plaza del Dam, aunque el mejor arenque se consigue en la Torre de los Arenqueros. La leche y el queso se compran en el mercado que está cerca del Secadero. Yo compro la cerveza en la esquina de casa, en la cervecería de Hasseaer, que está en el canal Brouwersgracht.

No queda ni rastro de la timidez de Griet, que habla por los codos y me informa sobre todos los vendedores, honestos y deshonestos, que conoce.

Cuando llegamos a casa con las cestas cargadas, sirvo dos jarras de cerveza ligera y las pongo sobre la mesa.

–Siéntate, Griet, bebamos algo.

La muchacha toma asiento y me mira con cara de asombro.

–Venga –le digo–. Hay un tiempo para trabajar y un tiempo para descansar, y creo que esta última semana has trabajado mucho.

–Haesje me daba una tunda si me sentaba.

–No tengo intención de darte ninguna tunda. No mientras se haga todo el trabajo –le digo–. Y eso lo conseguiremos fácilmente entre las dos.

No permanecemos mucho tiempo sentadas, pues de repente oímos ruidos que parecen venir del taller, como si alguien lanzara objetos, y luego un llanto prolongado. Alzo la vista, espantada.

–Es la señora –me dice Griet–. Tiene a menudo estos arrebatos.

–Voy a verla –digo empujando la silla hacia atrás.

–Lleaos esto –me dice Griet levantándose. Coge un botijo de vino y llena un tazón–. Es su medicina.

–¿Qué tipo de medicina?

–Me olvido siempre de cómo se llama. La echan al vino.

Hago un gesto de asentimiento, cojo la jarra y salgo al vestíbulo. Vuelven a oírse ruidos procedentes del taller de Brigitta. Aprieto el paso y abro la puerta sin llamar.

Brigitta está junto a la ventana, tiene el vestido azul manchado de pintura y el cabello enmarañado. Se ha quitado la cofia y la ha lanzado al suelo entre los botes de pigmentos y los pinceles.

Su caballete está en medio de la habitación, tirado sobre el cuadro que estaba pintando. Los botes que ha lanzado contra la pared han dibujado una extraña naturaleza muerta.

Lo registro todo de un rápido vistazo. Decido que el caos es secundario, primero ayudo a Brigitta a sentarse en una silla y le doy el vino.

–Bebéoslo, señora, seguro que así os sentiréis mejor.

Brigitta se desploma en una silla como si de repente la hubiesen despojado de toda su energía. Coge la jarra con desgana.

–¡Todo iba tan bien! Hacía dos días que no lo necesitaba.

–¿Soléis tomarlo todos los días?

–Mi marido cree que es lo mejor. Yo preferiría no tener que hacerlo. Pero si no lo tomo... –Brigitta mira a su alrededor y se echa a llorar como si solo ahora se diera cuenta de lo que ha hecho.

Le pongo una mano sobre el hombro con suma cautela, pues no sé si apreciará el gesto.

–No importa. Yo lo ordenaré enseguida –le digo–. Además, vuestro cuadro no parece estar dañado.

Brigitta resopla con desdén.

–¡Qué más da! De todas formas es una porquería. Todo lo que hago es una porquería.

–Pues lo que he podido ver antes me ha parecido muy bonito.

–Porque eres una criada y no entiendes de arte. En mis círculos uno no puede presentarse con una chapuza como esa.

Guardo silencio. En realidad no me fijé mucho en el cuadro cuando su marido me presentó a Brigitta, pero he pensado que decir eso era lo correcto. Mientras Brigitta se bebe el vino a sorbitos, yo enderezo el caballete y coloco el cuadro encima, luego retrocedo unos pasos para contemplarlo.

En efecto, no es nada especial. La naturaleza muerta de flores carece de profundidad y los colores resultan poco naturales.

–¿Lo ves? A ti tampoco te gusta. Lo leo en tu cara.

Brigitta deja de golpe la jarra sobre la mesa. Se queda absorta durante unos instantes y luego se echa a llorar suavemente.

–No sabría qué hacer si no pintara. Estar todo el día encerrada entre las cuatro paredes, salir de vez en cuando al mercado, tocar un poco el clavicémbalo y confiar en que mi marido no vuelva demasiado tarde a casa... ¿Qué tipo de vida es esa? Me aburriría muchísimo.

–No tenéis por qué dejarlo, señora. No se trata únicamente del resultado, sino también del placer que os proporciona pintar.

–Pues claro que se trata del resultado. No pensarás que me paso días enteros trabajando sin descanso para producir algo malo. Alguien como tú tal vez no lo entienda, pero yo tengo ambiciones. Es muy normal que tenga un espíritu crítico. ¿Sabías que los artistas son personas muy sensibles y emotivas?

–Eso he oído, señora.

–Entonces comprenderás lo difícil que resulta la vida cuando se es perfeccionista. Crear arte es un proceso y, como todo proceso, tiene altibajos.

Antes de contestarle medito y sopeso mis palabras.

–En el pueblo de donde vengo vivía una joven a la que también le gustaba mucho pintar. Todos decían que tenía talento. Mucho talento. Por desgracia, eso le servía de bien poco.

–¿Por qué?

–Porque tenía que trabajar en la granja donde se había criado. Cada vez que disponía de algo de tiempo, lijaba tablas de madera y las pintaba con zumo de remolacha. Siempre pensaba en pintar. En una ocasión dijo que contemplar el mundo era como mirar un cuadro. Todo lo que veía era para ella una naturaleza muerta: el sol que brillaba sobre los prados y las acequias, la granja en medio del verdor, incluso las jarras de leche en el patio. Pero no disponía ni del tiempo ni del material para pintar todo eso.

Brigitta se seca las lágrimas con la manga.

–¿Qué le pasó después?

–Se casó y entonces tuvo aún menos tiempo.

Nos miramos.

–Comprendo lo que quieres decir, Catrijn. Sé que debo alegrarme de proceder de una familia rica y tener un esposo que no pone reparos a que me pase todo el día en el taller. Pero pintar es para mí más que una afición. Que no necesite ganarme el sustento con la pintura no es razón para bajar el listón. ¿Conoces a Rembrandt van Rijn? En casa tenemos algunos lienzos suyos. Son obras de arte que todo el mundo admira, pero él mismo las criticó cuando las volvió a ver. Un verdadero artista nunca está satisfecho de su trabajo.

–Eso es cierto, señora, pero no todos podemos ser Rembrandt van Rijn.

Creo que debemos estar contentos de que se nos haya dado talento y disfrutar de él.

Brigitta no dice nada, se limita a mirar fuera a través de los cristales emplomados.

–Lo que quiero decir es que tenéis que pintar para vos, señora. Por el placer que os proporciona hacerlo, y si es preciso bajad un poco el listón.

Brigitta se vuelve lentamente hacia mí. Por un momento temo haber ido demasiado lejos. Me observa a los ojos durante un segundo, y luego se levanta.

–Por favor, pon orden en mi taller, Catrijn, voy a dar un paseo por el jardín. Tengo que reflexionar.

Asiento en silencio y me agacho para recoger los botes del suelo. En cuanto Brigitta sale de la habitación, acompañada por el crujir de sus faldas, una agradable calma inunda la estancia. Abro la parte superior de la ventana para que entre algo de aire fresco y me pongo manos a la obra. Cuando he acabado de ordenarlo todo, limpio los pinceles y los rozo con la punta de los dedos. ¿Cómo será mojar uno de estos hermosos pinceles en la pintura y deslizarlo sobre el lienzo? Sin duda, deben de ser muy diferentes de los pinceles de cerdas que yo misma fabricaba. Luego los seco con cuidado y los coloco uno al lado del otro sobre la mesa.

6

A la luz del día todo va bien. Me levanto al alba para empezar mis numerosas ocupaciones y por las noches me acuesto tarde. El trabajo aparta mi atención de ideas que no quiero tener, del silencio que no quiero oír. Sin embargo, todo aquello que consigo relegar a un segundo plano durante el día, me asalta con más fuerza durante las horas nocturnas. Por muy frías que sean las noches, siempre dejo abiertas las puertas del armario donde está mi cama, pues si las cierro, me siento como si estuviese enterrada viva. A menudo me despierto en plena noche, sobresaltada y agitada después de haber tenido una pesadilla, con la sensación de quedarme sin aire. Entonces salgo apresurada de la cama y me acerco a la ventana para refrescarme y tranquilizarme. El azul oscuro de la noche siempre ejerce un efecto tranquilizador sobre mí. En casa, cuando no podía dormir, me gustaba asomarme a la ventana y mirar las estrellas, preguntándome qué habría allá arriba. ¿El cielo? ¿Qué hay que hacer para ir allí? ¿Y con qué rapidez se llega al infierno?

A la sazón no le dedicaba mucho tiempo a ese tipo de preguntas. Hoy en día me quitan el sueño durante horas.

–¿Te has acostumbrado un poco a la vida de aquí? –me pregunta Adriaen van Nulandt, que me ha convocado a su despacho y me mira desde detrás de su escritorio.

–Sí, señor. Griet me ha ayudado mucho.

–Muy bien. Y con la señora, ¿va todo bien?

–Sí, por supuesto. Es muy amable.

–Amable –dice Adriaen mirando con aire pensativo por la ventana que da al canal Keizersgracht–. Sí, lo es, en efecto. Pero no siempre. Al menos, no consigo misma.

–Cuando se trata de su pintura, la señora se juzga con mucha dureza.

Adriaen suspira.

–No debería tomárselo tan en serio. Quiero decir que es una actividad agradable y me encantaría llenar la casa de obras tuyas, pero no le basta con eso. Está empeñada en recibir elogios de los círculos artísticos y en vender sus obras. Pero no lo conseguirá si siempre destruye los cuadros.

–¿Puedo preguntaros qué medicina utiliza vuestra esposa?

–Láudano. Es un vino aromatizado con gotas de opio. El opio tiene un efecto analgésico y calmante y estimula la creatividad. Quizá demasiado,

puesto que Brigitta no hace otra cosa que pintar.

–En Alkmaar admitieron a una mujer en el gremio de San Lucas. Siguió unos estudios de pintura y ahora trabaja como maestra pintora en su propio taller.

Adriaen se tira de la perilla y se reclina en la silla.

–Ya veo adónde quieres ir a parar, pero no pienso permitir que mi mujer se inscriba como aprendiz para convertirse en maestro pintor.

–No me refería a eso, señor. Solo quería decir que hoy en día muchas mujeres no consideran la pintura como una simple afición. Me preguntaba si...

–Titubeo.

–¿Qué te preguntabas? Habla libremente, no tengo nada en contra.

–Vuestra esposa podría tomar clases para mejorar su técnica. En Ámsterdam hay muchos buenos pintores que podrían ayudarla. Creo que entonces ya no necesitaría esa medicina.

Durante un momento se hace un silencio y temo haber sido demasiado impertinente. Pero el rostro de Adriaen parece más pensativo que irritado.

–Tendré que reflexionar sobre eso –dice por fin.

El día transcurre entre todo tipo de quehaceres. Estoy fregando un hervidor cuando Brigitta entra en la cocina.

–Tengo apetito, ¿hay queso? –pregunta.

–Sí, claro, señora. ¿Queréis que os corte un pedazo?

–Déjalo, ya me encargo yo misma de hacerlo. –Brigitta coge el plato de estaño con el queso. Corta un trocito, se lo mete en la boca y mira a su alrededor–. Esto se ve muy limpio. Mucho más limpio que antes.

–Gracias, señora.

–Eres una buena ama de llaves, Catrijn. Estamos muy contentos contigo.

–Se acerca a la ventana y contempla el jardín–. ¿De dónde eres?

–De un pueblo llamado De Rijk, señora.

–Eso está bastante lejos de aquí. ¿Por qué has venido a Ámsterdam?

–Mi esposo falleció hace dos meses, señora.

Brigitta se vuelve hacia mí.

–¡Qué terrible! Pero ese no es motivo para abandonar tu pueblo.

–Quería irme. Siempre he querido vivir en la ciudad.

–Puedo imaginármelo –dice observándome con atención– ¿Estabas felizmente casada, Catrijn?

Esa pregunta me intranquiliza. No respondo de inmediato y Brigitta exhala un suspiro de compasión.

–No, ¿verdad? La gente pocas veces se casa por amor. Envidio a los que sí lo hacen.

No me parece oportuno responderle.

–Así que tu marido falleció –dice Brigitta–. ¿De qué?

–Un día lo encontré muerto en su cama.

–¿No estaba enfermo?

Niego con un movimiento de la cabeza y luego añado:

–Pero bebía mucho. Muchísimo.

–En tal caso puedes estar contenta de haberte librado de él. Un esposo borracho no sirve de nada.

No me extraña la facilidad con la que llega a esa conclusión y pasa por alto mis sentimientos. La gente rica tiene esa costumbre, como si sus sirvientes no fueran personas de carne y hueso. Yo esbozo una sonrisa vacía y guardo silencio.

Justo cuando Brigitta se dispone a decir algo, oímos la aldaba golpear contra la puerta de la calle. Me seco las manos con el delantal y salgo al pasillo. Brigitta me sigue y se queda junto a la escalera para ver quién es el visitante.

En cuanto abro la puerta siento una descarga de alegría. Es Mattias. Está hablando con un transeúnte y vuelve la vista hacia mí. Por un instante creo que la sonrisa que brota en su rostro va dirigida a mí, pero entonces me percato de que está mirando por encima de mi hombro. Brigitta ha aparecido detrás de mí, se abalanza sobre Mattias y le rodea el cuello con los brazos.

–Y aquí tenemos a la mujer más bella de Ámsterdam. ¿Todavía lo eres? –le pregunta él, manteniéndola a cierta distancia y contemplándola con calma–. Sí, todavía lo eres. Siempre es un placer volver a verte, querida cuñada.

Brigitta se ríe y le da una palmadita en el brazo.

–Has estado fuera apenas una semana.

–En una semana pueden pasar muchas cosas.

Mattias posa sus ojos sobre mí y se descubre. Espero que haga una reverencia y salude con el sombrero que tiene en las manos, pero en lugar de ello, lo deja en las mías.

–Esta es Catrijn, nuestra nueva ama de llaves –le dice Brigitta.

–Lo sé, yo mismo se la recomendé a Adriaen. Bienvenida, Catrijn.

Nuestros ojos se encuentran unos segundos más de lo necesario. En su mirada creo detectar un saludo más cálido, pero esa sensación se desvanece en cuanto entra en casa con Brigitta.

–Llévanos queso y vino a la sala de estar, Catrijn –me dice Brigitta mirándome por encima del hombro.

Luego coge a su cuñado del brazo y se lo lleva. Yo vuelvo a la cocina, veo el hervidor sobre la mesa y me pongo a fregarlo con toda la fuerza de la que soy capaz, y dejo que sea Griet la que se encargue de llevarles el queso y el vino.

Me paso el resto de la tarde en la cocina. Brigitta y Mattias están en la sala, y mientras oigo resonar sus voces y sus risas a través de las paredes, yo trabajo más duro que de costumbre y me hablo con severidad: «Eres el ama de llaves y será mejor que no lo olvides si no quieres volver a quedarte embarazada sin estar casada».

A última hora de la noche, cuando controlo las cerraduras y cubro el fuego con una canasta, ya me he repuesto.

Sin embargo, me sobresalto cuando Mattias entra en la cocina. A la luz de la luna y de la vela que sostengo en la mano, vislumbro poco más que su silueta.

–Catrijn, he esperado hasta ahora para poder hablar a solas contigo. –Su voz me llega suave y cálida.

Considero la posibilidad de preguntarle de manera educada si puedo servirle en algo, pero le suelto a la cara:

–¿Por qué?

–Porque difícilmente podía saludarte como quería hacerlo cuando he llegado –contesta aproximándose a paso lento.

Sostengo la palmatoria con la vela delante de mí, para impedirle que se acerque más. Sin mediar palabra, Mattias coge la palmatoria, la deposita sobre la mesa y me atrae hacia sí. En ese mismo instante se esfuman mis buenos propósitos. El solo sonido de su voz es suficiente para disolverlos en la nada. Todos mis sentidos anhelan el contacto y cuando mis labios rozan los suyos, me es imposible contenerme. Nuestro roce, al principio cauteloso, se transforma enseguida en un beso intenso y apasionado. De repente vuelvo en mí. Aparto a Mattias y nos miramos sin aliento.

–No creo que esto sea sensato –le digo.

–No, en efecto. Lo lamento, quiero decir, no lo lamento de verdad, pero... –Se pasa una mano por el pelo, que se queda aún más revuelto–. Catrijn, he pensado mucho en ti.

–¿Y por eso me has ignorado por completo esta tarde, cuando te he abierto la puerta?

–¿Qué querías que hiciera? ¿Saludarte como acabo de hacerlo ahora?

A pesar de todo me echo a reír, y alentado por mi risa, él vuelve a abrazarme.

–Si te hubiese saludado antes, Brigitta te habría despedido. Sencillamente no podía dedicarte mucha atención. Pero en cuanto has abierto la puerta, habría querido hacer esto. –Me besa sin prisas y yo lo dejo hacer. Después de un tiempo me libero y lo miro con gesto grave.

–No podemos seguir con esto, Mattias. No nos llevará a ninguna parte.

Soy la criada y quiero conservar mi empleo.

–Eso es posible, ¿no crees?

–No, no es posible. Tú vienes de una familia distinguida, ¿qué quieres con una mujer como yo?

–Tan distinguida no es mi familia. Mis padres tenían una alfarería y consiguieron ganar un poco de dinero a base de mucho esfuerzo. Si mi padre no hubiese comprado una participación en una expedición de la VOC, yo sería un simple alfarero y nosotros dos no tendríamos que andarnos con tantos escrúpulos.

Me gusta su manera de ver las cosas, pero yo no puedo pasar tan fácilmente por alto las diferencias que existen entre nosotros.

–A pesar de eso, no podemos permitir que esto vuelva a suceder –le digo en tono tranquilo y decidido–. Tú no tienes nada que perder, pero yo podría perderlo todo.

–Tienes razón –dice cambiando el tono despreocupado por la seriedad–. No quiero causarte problemas. Mientras trabajes aquí mantendré las distancias. Dentro de un mes volveré a irme a Amberes, y cuando regrese seguiremos hablando. ¿De acuerdo? –dice, poniéndome la mano sobre la mejilla y clavando sus ojos en mí.

–Ya veremos entonces –le contesto.

En los días siguientes, nuestro contacto se reduce a encuentros fugaces: un guiño, un roce casual o unas palabras susurradas, pero con eso basta. Por mucho que me atraiga Mattias, mi empleo es más importante. Y diga lo que diga él, no soy tan ingenua como para creer que un hombre de su posición pueda sentir un interés verdadero por mí. Con demasiada frecuencia he sido testigo del efecto que causa su encanto en las mujeres. Incluso Griet está loca por él. ¿Qué tendrá este hombre? ¿Será el interés sincero con el que mira y escucha, su carácter alegre, su agradable rostro? Es consciente de su atractivo. Lo veo por la manera en que se arregla delante del espejo en el vestíbulo, por su forma de vestirse con elegantes trajes de color gris y marrón claro en lugar de los anticuados trajes negros que suelen llevar los mercaderes de Ámsterdam. Quizá vaya adelantado al resto de los hombres debido a sus viajes a Italia. A él no le van los cuellos de lechuguilla sino el fino encaje que cubre tan solo los hombros; no elige sombreros negros de copa alta, sino modelos más garbosos con pluma.

–Hay que ver lo que le gusta a este hombre cuidar su aspecto –me dice Brigitta desde detrás del caballete–. Si

Adriaen se vistiera así, parecería raro, en cambio a Mattias le queda bien.

He preparado la comida y se la he llevado al taller, y ahora le sirvo un tazón de leche. Algo en la voz de Brigitta me llama la atención y levanto la vista.

–El señor Mattias es muy moderno. Todas las mujeres se lo quedan mirando –le digo.

–Sí. Siento curiosidad por ver quién acabará echándole el lazo.

–¿El señor aún no tiene planes de matrimonio?

Brigitta se echa a reír.

–Claro que no, ¿por qué debería tenerlos? Él disfruta de su libertad. ¿Te imaginas a Mattias llevando una vida ordenada de aquí poco?

–La verdad es que no, señora.

–Pues yo tampoco. Y por eso precisamente me casé con su hermano y no con él.

Contengo la respiración, desconcertada.

–¿Quería el señor Mattias casarse con vos?

–Nunca me lo pidió formalmente, pero era evidente. ¿No has visto cómo me mira? Nunca ha superado del todo que yo eligiera a Adriaen.

Sigo de pie junto a ella, con la jarra de leche apretada contra el cuerpo, mirándola.

–¿Y qué piensa de eso vuestro esposo?

Brigitta se encoge de hombros con indiferencia.

–Ni idea. Supongo que debe de molestarle. Pero no me casé con Mattias, así que no tiene de qué preocuparse. Mi esposo es un hombre bueno y le tengo mucho aprecio. ¿Te has enterado ya de lo que me ha organizado?

Niego con la cabeza.

–¡Voy a recibir clases de pintura! De Nicolaes Maes, un discípulo de Rembrandt van Rijn.

–¡Cuánto me alegre, señora!

Brigitta alza la vista y me mira.

–Sí –dice. Y después de unos segundos de silencio añade–: Por lo visto, Rembrandt ha oído hablar de mi talento y ha preguntado por mí. Él no tiene tiempo para darme clases, pero quería a toda costa que siguiera perfeccionándome. Por ello me recomendó a uno de sus mejores discípulos. Adriaen y yo iremos esta tarde a visitar su taller.

–¿Os dará clases allí?

–Por supuesto que no. Iremos a comprarle un cuadro. Nicolaes vendrá a darme clase una vez por semana aquí, en mi taller. No sería apropiado que estuviera a solas con él, así que tú tendrás que quedarte con nosotros, Catrijn. Tráete alguna labor de costura si temes aburrirte.

Brigitta alza la vista para mirarme y yo me apresuro a borrar la sonrisa de mi rostro.

–Por supuesto, señora. No habrá ningún problema.

¡Voy a conocer a un discípulo de Rembrandt van Rijn! Rembrandt, el gran pintor del momento, el nombre que conocen todos los que sienten interés por la pintura. Incluso es posible que llegue a verlo en persona. En cualquier caso conoceré a Nicolaes Maes. Nunca antes había oído hablar de él, pero si es un discípulo del gran maestro, debe de ser bueno.

–¡Qué alegre se te ve! –me dice Mattias.

Estoy tendiendo la colada y me vuelvo.

–Voy a conocer a un discípulo de Rembrandt van Rijn.

Mattias está fumando y se saca la pipa de la boca.

–¿Sabes quién es?

–¿El discípulo? No. Pero Rembrandt sí. He oído muchas cosas sobre él.

–Yo creía que solo era conocido en Ámsterdam. ¿Entonces te gustará

estar presente cuando Brigitta reciba clase de pintura?

–Muchísimo. En casa, en el pueblo, yo también pintaba a veces.

–¿De verdad?

–Sí, pero no sobre lienzo. Yo decoraba muebles y platos.

Mattias se ríe.

–Eso es muy diferente. –Vuelve a ponerse la pipa en la boca e inhala–. Esta tarde, Adriaen irá a comprar un cuadro de Van Rijn. ¿Te gustaría acompañarlos al taller?

Lo miro asombrada.

–¿Eso es posible?

–Les diré que no pueden ir de visita sin llevar un obsequio. Y que tú tienes que acompañarlos para cargar con él.

Adriaen no tiene inconveniente en que los acompañe a él y a Brigitta. Opina que todo el mundo ha de tener la oportunidad de conocer al mayor artista del momento, incluso los criados.

–Pero no llames la atención –me dice.

Por la tarde vamos en un coche de caballos alquilado desde el Keizersgracht hasta la Breestraat, donde vive y trabaja Rembrandt van Rijn. El taller se encuentra en la parte occidental de la ciudad, que todavía no he visitado. De todos modos aún no he visto mucho de Ámsterdam, pues mi vida se desarrolla en el entorno inmediato de la casa en la que sirvo. Por ello disfruto aún más del recorrido, del caos de caballos, carruajes y peatones. Cuando llegamos al final del Keizersgracht, nos topamos con las obras de excavación de un cinturón de canales. Los carpinteros y los obreros encargados de clavar los pilotes están poniendo los cimientos en el suelo cenagoso. Hay molinos que extraen el agua del suelo, y en los lugares ya cimentados, veo albañiles y carpinteros que trabajan afanosamente. Las obras atraen a multitud de curiosos.

–A pie habríamos llegado antes –dice Brigitta cuando por fin torcemos a la izquierda y podemos circular con normalidad.

–No lo creo, está demasiado lejos. Sobre todo para ti, con tus chinelas de satén. Además, después habrían quedado inservibles –le replica su esposo.

No le falta razón: cuando abandonamos el elegante y nuevo barrio de los canales, vemos que las calles están llenas de inmundicia. En la plaza del Dam, el mercado de pescado acaba de cerrar, y las cabezas y escamas de pescado esparcidas por el suelo se quedan adheridas a las ruedas del coche. El caballo se abre camino por la calle Damstraat, donde casi es imposible pasar debido a los postigos abatibles llenos de mercancías. Al final de la calle Oude Doelenstraat giramos a la derecha y, poco después, el carruaje entra

traqueteando en la Breestraat.

–Hemos llegado. –Adriaen se apea y tiende la mano a su esposa.

Yo también bajo, sin dejar de apretar contra el pecho la jarra de vino que hemos traído de regalo. Alzo la vista llena de admiración. El edificio ante el cual nos hallamos es imponente, con su fachada de postigos rojos y verdes.

Una criada nos abre la puerta y nos acompaña hasta un vestíbulo de baldosas blancas y negras al que dan varias puertas. Nos precede escaleras arriba hacia la segunda planta. El taller da a la calle: es una estancia grande y luminosa en la que en ese momento trabajan cinco aprendices. El maestro está concentrado delante de su caballete y ni siquiera alza la vista cuando entramos. Solo deja su pincel cuando la criada carraspea.

–El señor y la señora Van Nulandt.

Rembrandt van Rijn se vuelve, se seca la mano llena de pintura con la camisa y hace una media reverencia.

–Es un verdadero placer conoceros –dice Brigitta sonrojándose.

Rembrandt van Rijn se limita a esbozar una leve sonrisa. Se hace un silencio y justo cuando empieza a resultar incómodo, Adriaen señala el lienzo apoyado en el caballete.

–Veo que estáis muy ocupado.

–Siempre estoy ocupado, señor. Siempre. Esto es un encargo que ha de estar acabado dentro de cuatro semanas. –Rembrandt mira el lienzo como si prefiriera seguir pintando.

–No os entretendremos mucho –dice Adriaen.

Yo me he quedado junto a la puerta, y cuando Adriaen me hace una seña, me acerco y le doy la jarra de vino. Él se la entrega con una reverencia a Van Rijn.

Inician una conversación de cortesía a la que no presto atención. Solo tengo ojos para el cuadro que está pintando Rembrandt. Desde el lienzo me mira una mujer joven con unos ojos tan realistas que es como si me viera de verdad. ¿Cómo es posible que alguien pinte la realidad de forma tan fiel? Es increíble.

Rembrandt parece notar mi fascinación, puesto que de repente se dirige a mí.

–¿Te gusta?

Por un instante me quedo desconcertada por esa pregunta directa, pero me recupero pronto.

–Esa mujer me mira directamente al alma, como si supiera algo de mí. Es inquietante –le digo respetuosamente–. ¡Y la forma en que penetra la luz y esos colores! Es lo más bonito que he visto en mi vida.

Rembrandt esboza una amplia sonrisa.

–¿Te gusta el arte?

Asiento con vehemencia, y entonces advierto los rostros de mis patronos. Retrocedo apresurada. Mientras Adriaen y Brigitta retoman la conversación, me paseo por el desordenado taller. Observo cómo los aprendices muelen pigmentos, limpian pinceles o pintan, y me quedo largo tiempo delante de los cuadros del maestro, repartidos por todos los rincones.

Adriaen y Brigitta se despiden demasiado pronto. Soy la última en salir del taller y me vuelvo una vez más. Rembrandt me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa.

–Bueno –dice Brigitta, malhumorada cuando volvemos a estar sentados en el coche–, me esperaba algo más. Qué hombre tan hosco. Ni siquiera nos ha ofrecido algo de beber.

–Me ha dado la impresión de que lo estábamos molestando. Estaba demasiado ocupado.

–¿Y qué? Somos clientes, debería habernos dedicado más tiempo. – Brigitta se vuelve hacia mí–. ¿Qué te ha parecido a ti? Antipático, ¿verdad?

–Es cierto que podría haberos ofrecido algo de beber, señora. Por otro lado, pensad que cuando estáis pintando, tampoco queréis que os molesten.

Brigitta se queda pensativa.

–Es cierto. Los verdaderos artistas no pueden permitirse malgastar su tiempo charlando. Pero ese hombre era realmente hosco. No sé si me gusta ese señor Van Rijn.

Mientras contemplo el ajetreo en las calles, siento aún la calidez de la sonrisa de Rembrandt.

8

Unos días más tarde, Mattias se marcha a Amberes. A pesar de mi decisión de mantener las distancias, lo echo de menos. Sin él, la casa está silenciosa. No se oyen risas ni silbidos, y durante días enteros converso tan solo con Griet y con Brigitta, que se limita a decirme lo imprescindible. Desde que recibe clases de pintura trabaja más. Nicolaes Maes viene dos veces por semana a instruirla. Es un muchacho simpático y bastante joven. Un día, mientras esperamos a que llegue Brigitta, entablamos conversación. Me cuenta que tiene veinte años y que es natural de Dordrecht. Aunque le gusta Ámsterdam, tiene previsto volver a su ciudad natal este mismo año, una vez que haya superado su examen de maestría.

–No puedo evitarlo –me dice esbozando una sonrisa de disculpa–, añoro mi ciudad.

–Lo comprendo perfectamente –le aseguro devolviéndole la sonrisa, antes de hacerlo entrar en el taller.

Desde mi rincón, con una cesta de ropa para remendar que no se vacía nunca, tengo buenas vistas del cuadro en el que están trabajando Brigitta y Nicolaes, y puesto que estoy sentada detrás de ellos, no se dan cuenta de que sigo las lecciones con suma atención.

A veces, cuando tengo tiempo de pensar en ello, recuerdo mi reticencia a venir a Ámsterdam y entonces no puedo evitar sonreír. Ahora sé que no podría haber tomado una decisión mejor. Desde el primer momento en que puse los pies en el muelle, sentí el palpitante de la ciudad y percibí su vitalidad. Es contagiosa. No me importa tener que trabajar duro y hacer largas jornadas. Tanto si me paseo por el Keizersgracht y veo brillar el sol primaveral en el agua, como si me muevo entre el gentío de los mercados o voy al puerto a contemplar los buques de la VOC, disfruto intensamente de la animación que me rodea. Las semanas pasan rápido, ya es mayo.

En mi día libre, salgo de la ciudad, paseo por el campo para contemplar las llanuras de los pólderes y los huertos. Cuando veo pasar las barcazas en las que los granjeros llevan sus quesos y jarras de leche, siento la punzada de la nostalgia.

Escribí una carta a casa, pero recibí unas cuantas palabras por única respuesta. Tendré que contentarme con eso.

Los domingos vamos a la iglesia. El señor y la señora se sientan en los bancos reservados a los patricios. El pueblo llano tiene que quedarse de pie.

No es que me importe. Por mucho que me duelan los pies y las rodillas, permanezco inmóvil con los ojos dirigidos al púlpito, mientras canto y rezo con fervor.

Adriaen alaba mi devoción.

–Pese a tener que estar de pie durante todo el servicio, eres la última en salir de la iglesia. Muchos podrían seguir tu ejemplo.

Él y Mattias son originarios de Delft, donde sigue viviendo Evert, el hermano mayor de ambos. Sus padres tenían una alfarería en aquella ciudad y fueron afortunados en los negocios. Coenraed van Nulandt apostó fuerte al invertir en la primera travesía de la VOC hacia Oriente. La expedición no tuvo demasiado éxito, pero el segundo viaje aportó grandes beneficios. Ello le permitió abrir una segunda fábrica de cerámica con la que también consiguió beneficios. Tras la muerte de sus padres, Evert se quedó con la más grande de las fábricas y los hermanos pequeños vendieron la segunda. Adriaen se marchó a Ámsterdam con su parte de la herencia y se convirtió en uno de los dirigentes de la Compañía de las Indias Orientales. Mattias, que aún no tenía veinte años cuando murieron sus padres, dilapidó gran parte de su fortuna y luego se puso a trabajar para Adriaen.

Un ventoso día de junio, Adriaen anuncia que se va a Delft para hacerle una visita a su hermano mayor.

–Estaré fuera una semana –me dice–. ¿Cuidarás bien de mi esposa?

–Por supuesto, señor. Descuidad.

–¿Cómo van sus clases de pintura?

–El señor Maes le da indicaciones muy valiosas.

–¿Eso significa que van bien? ¿Está Maes satisfecho con los progresos que hace Brigitta?

–Su trabajo mejora día a día.

–Me complace oír eso. Puedes irte, Catrijn. Gracias.

Me apresuro a volver a la sala de estar, que necesita una buena limpieza. A Griet le dejan encerar los muebles y fregar el suelo, pero no le permiten tocar la porcelana. Cojo las bayetas y pongo sobre la mesa todos los objetos expuestos en el aparador. Luego quito el polvo, froto la plata y paso un trapo por los jarrones de porcelana. No son tan grandes como los jarrones del salón, pero sí igual de bonitos. Aliviada de que no se haya roto nada, doy un paso atrás. Como siempre, me concedo un momento para admirar los hermosos motivos de color azul cobalto.

Cuando contemplo los jarrones es como si me adentrara en otro mundo. Siempre me quedo fascinada por las figuras de barbas puntiagudas y holgadas túnicas, los paisajes montañosos, los exóticos pájaros y los edificios de extraño aspecto.

Todos esos adornos son tan hermosos que apenas puedo creer que hayan sido pintados por las manos del hombre. Para trabajar con tanta precisión hay que tener mucho pulso. Las líneas, los arcos y los bucles son siempre iguales. En ninguna parte se ha corrido la pintura ni se ha aplicado más de la debida, y ello convierte las imágenes en auténticas obras maestras en miniatura. Resulta extraño pensar que alguien al otro lado del mundo haya estado inclinado delante de estos jarrones, que luego han viajado durante meses en la bodega de un buque antes de acabar aquí, sobre el aparador.

–¿Catrijn?

Me sobresalto y al volverme veo a Brigitta junto a la puerta, con el cabello desgreñado y el rostro cansado.

–¿Me ayudas a preparar pintura? Se me ha acabado toda.

–¿No queréis que acabe antes mi trabajo aquí, señora?

Brigitta mueve la mano con impaciencia.

–Esta habitación no es importante, te necesito.

–Daré instrucciones a Griet e iré enseguida, señora.

Preparar pintura. Como si tuviera tiempo para eso. Suspiro y voy a la cocina, le explico a Griet lo que tiene que hacer y acto seguido me dirijo al taller.

Brigitta me espera junto a una mesa llena de cuencos.

–Te mostraré cómo hay que hacerlo –me dice sosteniendo en alto una mano de mortero, de piedra, y un trocito de marfil.

–Sé cómo preparar pintura, señora. Lo he hecho antes.

–Muy bien. Solo necesito azul y negro. Ve con cuidado con el lapislázuli, es muy caro. No vuelques el cuenco.

–No, señora.

Nos ponemos manos a la obra: con la mano de mortero machacamos trocitos de marfil negro y lapislázuli hasta convertirlos en polvo. Finalmente le añadimos un chorrito de aceite de linaza, que se mezcla con el pigmento en polvo hasta conseguir una pasta homogénea.

Cuando Adriaen viene a despedirse, se encuentra a su mujer con el delantal puesto y las manos manchadas de negro y azul. Se echa a reír.

–¿Estás segura de que no quieres venir conmigo a Delft? ¿Te las arreglarás tú sola durante toda la semana?

–Por supuesto que me las arreglaré –le contesta Brigitta con decisión–. ¿Has visto el cuadro que he pintado para Evert?

–Lo he puesto con mi equipaje. ¿No estarás trabajando demasiado? Te veo muy pálida.

–Me siento perfectamente. Hasta la semana que viene, cariño. –Brigitta deja de moler para darle un beso a su esposo, pero retoma de inmediato su trabajo.

Al llegar a la puerta, Adriaen se vuelve. Sin embargo, se marcha al ver que Brigitta no levanta la vista.

9

Nos pasamos la mayor parte de la mañana trabajando juntas en un ambiente de quietud. Después de un tiempo, Brigitta coloca un lienzo en el caballete y se pasea por el taller, en busca de objetos que pintar.

–No quiero flores –dice–. Nicolaes me ha pedido que pinte un único objeto, con un mínimo de colores.

–Podrías pintar uno de los bonitos jarrones que están sobre el aparador. Brigitta me mira con gesto pensativo y asiente.

–Sí, es una buena idea. Ve a buscarlo.

Me seco las manos con el delantal. En la cocina me las lavo a conciencia con agua y jabón, antes de dirigirme a la sala de estar. Allí, levanto el jarrón con cuidado y me lo llevo al taller.

–Ponlo aquí. No lo dejes caer –me dice Brigitta indicándome con un gesto una mesita situada delante de su caballete.

Con suma cautela, coloco el jarrón en la mesita.

–Es increíble que venga de un lugar tan lejano como China. Ni siquiera sé dónde está eso.

–En la sala de estar hay un mapamundi, puedes consultarlo cuando quieras. Está muy lejos, sí. Un barco tarda al menos medio año en llegar hasta allí.

El jarrón no se tambalea y doy un paso hacia atrás.

–¿Cuánto vale un jarrón como este, señora?

–¿Este? Creo que cerca de cien florines. Los dos grandes que hay junto a la chimenea, en el salón, cuestan sin duda el doble. –Brigitta se echa a reír–. A mi marido le daría un ataque si tocásemos uno de esos.

Me asiento detrás de la mesa de trabajo y sigo moliendo los pigmentos. No es una labor pesada, pero me preocupan las compras que quedan por hacer. Griet no puede hacerlo todo.

De pronto me percató de que Brigitta se agarra al borde de la mesa.

–¿Os pasa algo, señora?

–No lo sé. No me siento bien.

–¿Qué os pasa? –digo preocupada.

Brigitta no ha sido nunca una mujer de mejillas sonrosadas, pero ahora tiene un semblante pálido y ojeroso. De repente se tambalea y yo me apresuro a correr en su ayuda al otro lado de la mesa.

–¿Estáis bien, señora?

-No pasa nada, solo ha sido un mareo.

-Quizá sea porque habéis estado tanto tiempo inclinada sobre la mesa.

-Quizá sí -dice Brigitta, mientras se deja caer en una silla con un gemido.

Me pongo de cuclillas a su lado, observo su rostro lívido y le palpo la frente.

-¡Tenéis fiebre! Señora, estáis enferma.

-No, de verdad que no. No pasa nada... -Brigitta vuelve a gemir y me mira en busca de ayuda-. Tienes razón, no me siento nada bien.

-Debéis meteros en la cama. Yo os ayudaré.

-No, no puedo hacerlo. He de acabar el cuadro. Esta tarde vendrá Nicolaes y querrá ver si he aplicado el claroscuro y...

-No podéis recibir clases estando enferma. Le diré al señor Maes que se suspende la clase de hoy.

Sin dudarle ni un instante, acompaño a Brigitta, que sigue protestando débilmente, hasta la sala de estar, donde está la cama. Allí se rinde. Mientras la ayudo a desvestirse y a meterse en la cama, ella no deja de tiritar.

-Hace frío -me susurra.

-Encenderé la chimenea y llenaré el calentador de cama. ¿Queréis otra manta? -Salgo corriendo de la estancia y voy a la cocina-. Griet, la señora está enferma. Llena el calentador con brasas y ve a por una manta.

Mientras Griet se va, yo lleno una jarra de cerveza ligera, me la llevo a la sala de estar y la dejo en la mesita junto a la cama. Le vuelvo a palpar la frente a Brigitta y me asusto al constatar lo caliente que está. Pese a ello, le castañetean los dientes y se ha cubierto con las mantas.

-Os he dejado algo de beber junto a la cama. Llamadme si me necesitáis, estaré cerca. Ahora procurad dormir un poco.

Cojo una silla, la coloco junto a la cama y me siento.

Después de un rato, la respiración de Brigitta se hace más regular, y cuando estoy segura de que se ha quedado dormida, me levanto. Le hago señas a Griet, que se asoma por la puerta, y le digo en voz baja:

-Esta tarde quería acompañarte al mercado, pero alguien tiene que quedarse con la señora. Ve tú sola, carga con lo que puedas y pide que nos traigan lo demás a casa. Vamos a ver lo que necesitamos.

-Tengo que limpiar el piso de arriba.

-Eso puede esperar. De todas formas, aparte de nosotras, nadie verá que está sucio. También quiero que pases por casa del médico para preguntarle si puede venir a visitar a la señora. No me gusta nada esa fiebre.

-No tendrá nada grave, ¿verdad? ¿Ni contagioso?

-No lo creo. Simplemente no se cuida bien. Habrá que cambiar eso.

-Y la bebida esa, ¿cómo se llamaba?

-Láudano. Menos mal que lo has dicho, se está acabando. Ve a la botica que hay en Rokin y trae una jarra. Y ya sé que está lejos, pero también tienes que ir a avisar al señor Maes de que se cancela la clase de pintura de la señora.

Sin ocultar la alegría que le produce salir a la calle con este buen tiempo, Griet se pone el chal y coge una cesta.

Una vez que ha cerrado la puerta detrás de ella, yo miro a mi alrededor. ¿Qué hago ahora? Griet me ha quitado trabajo de las manos al encargarse de las compras y ahora que ya no tengo que preparar pintura, me sobra tiempo. Eso me recuerda la capa de polvo que recubre la mesa y el suelo del taller. Poco después cruzo el pasillo con un cubo lleno de agua jabonosa. En el taller me quedo parada y observo el cuadro que ha empezado a pintar Brigitta. Ha trazado con lápiz los contornos del jarrón y su decoración, y ya ha empezado a pintar una parte.

Mientras friego el suelo de debajo de la mesa, desvío continuamente la mirada hacia el lienzo que está en el caballete. Hay algo en el ángulo de luz que no cuadra. No puedo decir exactamente qué es, pero no está bien. Empiezo a examinar el cuadro con atención. El azul es demasiado oscuro: Brigitta tendría que haber utilizado unos tonos mucho más claros en uno de los lados y debería haber dejado en blanco los lugares más claros. Es algo que le explicó Nicolaes la última vez.

Me acerco un poco al caballete y examino de cerca las pinceladas. La obra podría salvarse, quizá, si Brigitta rascara el exceso de azul y lo recubriera, aunque sería mejor empezar de nuevo y utilizar el blanco del lienzo. Yo habría empezado de forma bien distinta.

La luz del sol entra por los cristales emplomados y calienta mis dedos, que se mueven intranquilos. Podría intentarlo. No un cuadro entero, no tengo tiempo para eso. Solo una parte. Solo para saber lo que se siente trabajando con un pincel de verdad y con un lienzo de verdad. Podría coger ese pequeñito que Brigitta nunca utiliza porque prefiere pintar cuadros más grandes. Más adelante, tendré que reponerlo y comprar un lienzo nuevo, pero ahora que Brigitta está enferma no se dará cuenta de que le falta uno.

Algo en mi cabeza me grita que no haga tonterías, pero ya tengo las manos ocupadas. Cojo el cuadro de Brigitta, lo vuelvo de cara a la pared, busco un lienzo más pequeño y lo coloco en el caballete. Aunque un leve temblor recorre mi cuerpo, no consigo cambiar de decisión. Deseo con todo mi ser deslizar un pincel sobre la tela. Primero hago un esbozo. Trazo unas finísimas líneas con un trozo de carbón. El jarrón no tarda en surgir sobre el lienzo, pero las figuras son algo más complicadas. Por ello solo dibujo lo más importante y me olvido de los detalles.

Elijo con cuidado un pincel.

Al principio, mis pinceladas son inseguras, pero después voy adquiriendo más confianza. ¡Qué diferencia pintar sobre tela! La cerámica es porosa y absorbe la pintura, trabajar sobre el lienzo resulta mucho más agradable. ¡Y el pincel! El pincel acaricia la tela. Cambiando la fuerza de los trazos sobre el lienzo y añadiendo más o menos agua a la pintura, puedo crear tonos de azul diferentes, consiguiendo el mismo efecto alegre que en el jarrón. Con cada pincelada, las personas y los animales cobran vida.

Sigo trabajando, absorta, olvidándome del tiempo. Solo levanto la vista cuando oigo el golpe de la aldaba contra la puerta delantera. No puede tratarse de Griet, pues el personal entra por la puerta de servicio. Dejo el pincel rápidamente, compruebo que no tengo pintura en las manos y me dirijo al vestíbulo. Al abrir la puerta, me encuentro con un hombre algo mayor, vestido con un traje negro. Lleva sombrero y una gorguera.

–Soy el doctor Geelvinck –dice–. Tengo entendido que la señora Van Nulandt está enferma.

–¡Qué bien que hayáis podido venir tan pronto! Seguidme. –Cierro la puerta y lo acompaño a la sala de estar.

Brigitta se despierta al oír nuestras pisadas.

–¿Catrijn? –dice ella con voz ronca.

–Estoy aquí, señora. Y el médico está conmigo.

–Buenos días, señora Van Nulandt, ¿qué os sucede? –Geelvinck se acerca a la cama y mira a Brigitta.

Ella intenta incorporarse, pero vuelve a caer sobre la almohada.

–Estoy mareada y me duele la cabeza.

Mientras el médico examina a Brigitta, yo los miro cruzada de brazos. Por nada del mundo dejaría a la señora a solas con un hombre, ni siquiera con el médico.

Después de palparle la frente, mirarle la lengua y hacerle algunas preguntas, el doctor Geelvinck sale de la habitación para que Brigitta pueda utilizar el orinal. Cuando regresa introduce la orina en un frasco, la mira al trasluz y la huele.

–Nada grave –sentencia finalmente–. El color y el olor son normales. Sospecho que habéis vuelto a agotaros, señora. Trabajáis demasiado y no salís lo suficiente. No es saludable que permanezcáis encerrada todo el santo día entre pinturas y barnices. –Se vuelve hacia mí y dice–: Asegúrate de que descanses bien y de que salga a pasear por el jardín en cuanto le haya bajado la fiebre.

Se despide de Brigitta y me sigue hasta el vestíbulo.

–¿Tengo que darle la bebida de láudano? –le pregunto.

–Sí, por supuesto. Eso alivia las tensiones y relaja los nervios. Contiene sustancias saludables como el opio, que ayuda incluso contra la peste. Yo lo tomo siempre que hay epidemias. –Geelvinck echa un vistazo al taller, cuya puerta está abierta. Al principio parece distraído, como si mirara casualmente, pero entonces advierto una mirada de interés en sus ojos–. ¿Estaba pintando este lienzo? Es una obra preciosa. Una obra realmente preciosa.

10

Para mi horror, el doctor Geelvinck entra en el taller, va derecho al lienzo y examina con interés mi cuadro medio acabado.

–¡Qué tema tan interesante! –exclama–. La señora Van Nulandt suele pintar flores. No sabía que le gustara la porcelana china. Y lo ha hecho realmente bien. Fíjate lo hermosa que es la luz del sol que incide en el jarrón. Y la precisión con la que ha pintado a los hombrecillos chinos. Se necesita una mano muy hábil y un pulso firme para eso.

Permanezco detrás de él sin decir nada. Al parecer, el médico tampoco espera un comentario por mi parte, puesto que no vuelve la vista ni una sola vez.

–Este cuadro quedaría muy bien en mi casa, sobre la chimenea –opina él–. La porcelana oriental es demasiado cara, pero un cuadro como este no quedaría nada mal.

Se oyen ruidos desde la cocina. Miro por encima del hombro, temerosa de que Griet aparezca de repente. El médico también ha oído el ruido y regresa al vestíbulo. Después de repetirme las instrucciones sobre los cuidados que debo dispensar a Brigitta, por fin se va. Cierro la puerta detrás de él, respirando aliviada, y me vuelvo hacia Griet, que viene a mi encuentro.

–Lo he comprado todo –me dice–. Era mucho, pero lo he traído casi todo yo. Solo quedan algunas cosas que vendrán a entregar. ¿Era el médico?

–Sí –le contesto cerrando la puerta del taller–. Dice que la señora no tiene nada grave. Simplemente está cansada.

–No me extraña, se pasa todo el día encerrada en ese cuchitril, trabajando sin parar. He ido a buscar su medicina a la botica. ¿Tiene que tomarla ahora?

–Ya se la dará más tarde. Tú ve a guardar la compra.

Sigo a Griet con la mirada mientras se aleja por el pasillo y se mete en la cocina. Entonces entro corriendo en el taller y cambio los lienzos. Subo al piso de arriba con mi cuadro en la mano y lo escondo en el cajón que hay debajo de mi cama. Una vez que estoy de nuevo en la planta baja, respiro profundamente. Mañana mismo iré a comprar otro lienzo.

Al día siguiente, la fiebre ha desaparecido, pero Brigitta se siente todavía débil y cansada.

–Quedaos en la cama ¿Queréis que os busque alguna lectura? ¿Os

apetece leer El cuaderno de bitácora de Willem van Bontekoe? Hace poco dijisteis que no teníais tiempo de leerlo –digo.

–En realidad prefiero pintar.

–No me parece sensato, señora. El médico ha dicho que tenéis que aseguraros de descansar lo suficiente. Si esta tarde seguís sin tener fiebre, podríais sentaros un rato en el jardín. Hace un tiempo magnífico.

Para mi asombro, Brigitta me hace caso.

–Quizá tengas razón. Tráeme El cuaderno de bitácora.

Voy a buscar El cuaderno y se lo entrego. Ojalá Brigitta se hubiese quedado dormida, así yo podría haber ido a comprar rápidamente un lienzo y un trozo de lapislázuli.

–Griet, me voy un momento al mercado. No queda melaza para poner en conserva las aves –digo.

Griet, que está fregando el suelo del pasillo, alza la vista.

–Que sí, hay un bote en el sótano.

–Esa ya no sirve, huele raro. Por si acaso voy a buscar uno nuevo –le contesto mientras me pongo el chal.

–¿Queréis que vaya yo?

–No, gracias. Iré yo misma. –Me dirijo a la puerta principal a paso rápido, pero la voz de Brigitta me retiene.

–Me apetece pasear un poco. Vayamos a ver cómo progresan las obras de ampliación de la ciudad, Catrijn. Adriaen tiene previsto comprar una casa allí si los negocios siguen yendo bien. Los jardines de esas viviendas son mucho más grandes que los de aquí.

Doy media vuelta.

–Eso está muy lejos, señora. ¿Os sentís lo suficientemente bien como para ir caminando hasta allí?

–Creo que un paseo es justo lo que necesito. Tú pensabas salir, ¿no?

–Sí, necesitamos melaza.

–Entonces aprovecharemos para comprarla. Griet, apártate, ¿no ves que quiero pasar? Y no dejes esto tan encharcado, a ver si encima voy a resbalar.

Sale al vestíbulo, apoyándose en las paredes, y coge su abrigo.

–Me siento mucho mejor que ayer –me asegura–. Mañana volveré al trabajo.

Cuando volvemos a media tarde, queda bien poco de la energía de Brigitta. La ayudo a meterse en la cama y cierro con cuidado la puerta de la habitación detrás de mí.

–No hagas ruido –le advierto a Griet, que entra en la cocina armando estrépito con los cubos–. No quiero que la señora se despierte. Me voy rápido a comprar melaza.

–¿No ibais a traerla?

–La señora estaba tan cansada a la vuelta que hemos tomado el camino más corto. No tardaré nada.

Salgo de la casa sin esperar respuesta. Normalmente me tomo mi tiempo para hacer las compras, pues no tengo muchas oportunidades de salir. Pero ahora avanzo a toda prisa.

Por fortuna, en la botica hay poca gente. He sacado algunas monedas de mi bolsa para comprar lapislázuli. Me llevo un susto al oír el precio, pero no me queda otra alternativa.

Después voy al marquista y escojo un lienzo del mismo formato que el que he utilizado. Con la piedra en la mano y el lienzo bajo el brazo, vuelvo al Keizersgracht.

Accedo a la casa por la entrada de servicio, me cuelo en el taller y coloco el lienzo contra la pared. Dejo el trocito de lapislázuli en la mesa de trabajo y me propongo molerlo más tarde. En el vestíbulo me topo con Brigitta.

–¡Señora! –exclamo con sorpresa–. ¿Volvéis a estar levantada?

–Quería beber algo. ¿Por qué no me has respondido cuanto te he llamado? –me dice Brigitta, en tono irritado.

–No os he oído, seguramente estaba ocupada en el sótano.

Brigitta me observa con recelo.

–¿Entonces por qué acabas de salir de mi taller? ¿Qué hacías allí?

Me apresuro a buscar una excusa.

–Quería dejar un trocito de lapislázuli, señora. Lo acabo de comprar.

–¿Por qué?

–Porque volqué sin querer el cuenco de pintura. He comprado otro pedazo con mi dinero.

–¿En serio? Te habrá costado caro.

–Por desgracia sí, señora. Pero no importa, tendría que haber sido más cuidadosa.

–Eso lo serás la próxima vez. Asegúrate de molerlo hoy mismo. Ahora voy a dormir un rato, pero mañana querré volver al trabajo.

–Lo haré enseguida. Id tranquila a la cama, luego os llevaré algo de beber.

La aldaba golpea la puerta y yo me vuelvo.

–Quizá sea Adriaen –dice Brigitta–. Dijo que volvería a casa hoy o mañana.

El que está en el umbral no es Adriaen, sino el doctor Geelvinck. Brigitta se acerca a saludar al médico.

–¡Qué amable por vuestra parte venir a verme! Me siento mucho mejor. En cualquier caso ya no tengo fiebre.

–¿Ya no tenéis mareos?

–No. Aún me siento algo cansada. Hoy reposaré un poco, así mañana podré volver a pintar.

Geelvinck lanza una mirada a la puerta cerrada del taller.

–He visto el cuadro que estáis pintando. Tenéis mucho talento.

Brigitta lo mira radiante de satisfacción.

–¿Habéis visto mi jarrón? ¿Os ha gustado?

–Mucho. ¿Vendéis alguna de vuestras obras?

–Por supuesto: si hay interesados, las vendo. Difícilmente podría quedarme con todas mis obras, ¡pinto tantos cuadros!

Carraspeo, para que se vuelva.

–Señora, ¿queréis que empiece con el piso de arriba o...?

–Ahora no, Catrijn. ¿No ves que estoy en medio de una conversación? – me contesta Brigitta, volviéndose con gesto irritado.

El doctor Geelvinck hace una reverencia.

–En tal caso creo que tenéis un cliente. Me gustaría compraros ese cuadro cuando lo hayáis acabado.

Vuelve a desviar la mirada hacia el taller y, por un instante, tengo miedo de que quiera entrar.

–Señora, quisiera saber lo que he de hacer –insisto.

–Sí, sí, enseguida hablamos de eso. Doctor, si me disculpáis...

Brigitta acompaña al doctor Geelvinck hasta la puerta mientras pronuncia algunas palabras amables. Una vez que se ha ido, ella me mira radiante.

–¿Has oído eso? ¡Le ha encantado mi cuadro!

–Lo he oído, señora.

–Siempre he pensado que el doctor Geelvinck era un entendido en arte. Sabe de lo que habla. Y tiene dinero, solo atiende a los ricos de la ciudad. Si me compra el cuadro, quizá consiga más pedidos. ¡Podría pintar por encargo!

–Eso sería estupendo, señora.

–Sería sin duda estupendo. ¿Ya has molido el lapislázuli? Quiero ponerme a trabajar, me siento lo suficientemente bien.

–¿Estáis segura...?

–Ve a preparar la pintura, Catrijn. No me apetece meterme en la cama y perder el tiempo. Venga, date prisa.

En realidad tengo que empezar a preparar la cena, pero no serviría de nada decírselo. Abro la puerta del taller y observo el cuadro que descansa sobre el caballete. Bien mirado tampoco está tan mal. ¿Cómo se me ha podido ocurrir ponerme a pintar en el taller de la señora? Si lo descubren, seguro que perderé mi empleo.

Con la cabeza llena de preocupaciones, cojo la mano de mortero y me pongo a machacar.

11

Unos días más tarde, Mattias regresa de Amberes. Estoy colocando una pila de ropa blanca recién planchada en el armario cuando oigo su voz y siento una descarga atravesar mi cuerpo. Querría correr hacia el vestíbulo, pero me quedo donde estoy, escuchando cómo se saludan él y Brigitta. Coloco bien las pilas de ropa y vuelvo a la cocina, echando un rápido vistazo al vestíbulo, justo a tiempo para ver a Mattias estrechar a su cuñada entre los brazos.

Los dos desaparecen en la sala de estar y poco después los veo en el jardín, paseando cogidos del brazo, las cabezas muy juntas. Me cuesta concentrarme en mis tareas y no hago más que desviar la mirada hacia fuera.

–¡El señor Mattias ha vuelto! –dice Griet, que de pronto se ha plantado a mi lado y no puede ocultar su excitación.

–Sí, está en el jardín con la señora. –Aparto la vista de Mattias y cojo un pedazo de queso de la tabla–. Tendrá hambre. Llévale algo de pan y una jarra de vino tinto, Griet. Por lo visto piensan quedarse allí.

Vuelvo a mirar afuera, donde Mattias y Brigitta se sientan en un banco al sol. Brigitta agita un objeto riendo. ¡Qué joven y qué feliz se la ve en este instante!

–¿De verdad he de hacerlo? Tengo un aspecto horrible, con estas greñas y la cara enrojecida. No quiero que el señor me vea con esta pinta –me dice Griet, atemorizada.

–No te preocupes, de todas formas tampoco se fijará en ti.

Solo cuando veo la expresión de decepción de Griet, me doy cuenta del efecto que han tenido mis palabras, pero antes de que consiga retenerla, la muchacha ya ha salido fuera con el plato de queso y pan. La veo esconderse algunos mechones debajo de la cofia y hacer una reverencia antes de dejar el plato sobre el reposabrazos del banco. Mattias alza la vista, sonrío y entabla conversación con ella.

Dice mucho de él que trate con tanta amabilidad a una criada. Claro está que eso podría provocar malentendidos y causar una impresión equivocada a Griet. Tardo un poco en percatarme de que lo mismo puede decirse de mí.

Más tarde me encuentro de sopetón cara a cara con él. Brigitta está pintando, Griet está encerando los muebles y yo estoy colgando la olla en el hogar para poner a hervir chirivías cuando Mattias entra en la cocina.

–Buenos días, Catrijn.

Me levanto y me seco las manos con el delantal. Allí está él, alto, apuesto y rebosante de confianza en sí mismo.

–¿Estás atareada? –me pregunta.

–Siempre estoy atareada.

–Seguro que podrás dedicarme un momento. Te he traído algo –dice ofreciéndome una bolsita de regalo, y, aunque preferiría mantenerme a distancia, no puedo evitar acercarme a él y coger la bolsa–. Lo vi en Amberes y pensé: es para Catrijn.

Con cuidado saco el objeto alargado de la bolsa y lo observo.

–Es un abanico italiano –dice Mattias quitándomelo de las manos. Cuando lo abre aparece un lienzo bellamente pintado–. En Italia, las damas distinguidas se abanicaban para refrescarse. Allí hace un calor infernal en verano.

–Yo no soy una dama distinguida.

–Pero seguro que a veces tendrás calor. Entonces podrás abanicarte con esto.

Me abanico y miro a Mattias.

–Es precioso. Ha sido muy amable por tu parte traerme un regalo. Gracias.

Él me atrae hacia sí y me besa tiernamente en la boca.

–Te he echado de menos –me susurra.

Tiene los ojos muy cerca de los míos. Quiero decir algo, pero él vuelve a darme un beso, esta vez más largo. Solo me suelta cuando se oyen pisadas.

–Esconde el abanico, de lo contrario Brigitta se dará cuenta de que es mucho más bonito que el suyo –me dice Mattias guiñándome un ojo antes de marcharse.

Me quedo inmóvil durante unos cuantos latidos del corazón, apretando el abanico contra el pecho, luego lo deslizo en el bolsillo de mi delantal y vuelvo al trabajo.

A la mañana siguiente, también regresa Adriaen y la casa se llena con el sonido de voces, pisadas y puertas que se cierran de golpe. Es imposible volver a estar a solas con Mattias, y me alegro de que así sea, pues la atención que me dispensa me confunde. ¿Hasta qué punto puedo tomarlo en serio? Me temo que no demasiado. Las historias que he oído sobre criadas que se dejaron calentar la cabeza por el señor de la casa no solían acabar bien para las muchachas en cuestión.

Aunque, por supuesto, hay excepciones. Brigitta me ha contado que después de la muerte de su esposa Saskia, Rembrandt van Rijn inició una relación amorosa con su criada, Geertje Dirckx. Al parecer viven abiertamente

como marido y mujer. Este tipo de historias me infunden esperanzas, aunque no conozco muchas.

Brigitta ha acabado su cuadro. En esta ocasión se muestra tan satisfecha, como crítica en otras. Arrastra con entusiasmo a su esposo hasta el taller y le explica lo mucho que le gustó al doctor Geelvinck.

En ese momento estoy cruzando el vestíbulo y los veo juntos delante del lienzo. Por un instante dudo entre seguir caminando o quedarme a escuchar.

Opto por lo segundo.

–Es... diferente –dice Adriaen titubeando.

–Y tiene que serlo. Un artista no puede estar haciendo siempre lo mismo. ¿Qué te parece? –pregunta Brigitta mirando esperanzada a su marido.

Se me encoge un poco el corazón.

Adriaen se tira de la perilla mientras reflexiona. Da un paso atrás para poder contemplar el cuadro en su totalidad.

–No te gusta –dice Brigitta, decepcionada–. Lo veo en tu rostro.

–Cariño, lo que yo opine no importa. ¿Qué sé yo de arte? Geelvinck sí que entiende, es un amante del arte. Si le parece que este cuadro es bueno, es que lo es.

–Yo quiero que te guste también a ti. ¿Es que no comprendes lo importante que es para mí? –pregunta Brigitta con voz temblorosa.

–Por supuesto que lo comprendo. Es precioso. Al principio he tenido que acostumbrarme porque me esperaba una naturaleza muerta con flores. Tienes razón, no puedes pintar siempre lo mismo. Me parece muy bien que hayas intentado algo diferente.

–¿De verdad? ¿Te gusta?

–Tienes mucho talento –dice Adriaen besando a su mujer y volviendo a echar un vistazo al cuadro–. ¿Qué le ha parecido a Nicolaes?

–Aún no lo ha visto. Me he perdido una clase porque estaba enferma. Pero ¿qué importa eso? Nicolaes no es el único que entiende de arte.

–Me gustaría conocer su opinión. ¿Cuándo se lo mostrarás?

–¿Acaso crees que no le gustará? ¿Es eso lo que pretendes decir? –dice Brigitta, subiendo la voz un par de octavas.

Me pongo la casaca y, mientras oigo los murmullos de negación de Adriaen, desciendo a toda prisa hasta el sótano y salgo de la casa.

Poco después camino a lo largo del canal. Es un día soleado con una fuerte brisa. Las nubes y los claros se alternan, el agua del canal se ondula y las aspas de los molinos en la muralla de la ciudad giran a gran velocidad. El aire me refresca, pero no se lleva mis preocupaciones.

¿Qué debo hacer? ¿Explicarle al médico que el cuadro que ha visto no

es obra de Brigitta? Imposible. En tal caso, mejor sería que me despidiera de inmediato.

Sintiendo una profunda desazón, tuerzo a la derecha hacia el Brouwersgracht, cruzo el Singel y entro en el puerto. Aquí el viento sopla con más fuerza, cada ráfaga me trae el olor de pescado, alquitrán y sal. Inhalo profundamente y me acerco todo lo que puedo a la orilla del río. El IJ se extiende ante mí, agitado y gris, lleno de barcos que surcan sus aguas. Se me antoja muy lejano el día en que llegué aquí con la gabarra remolcada, en busca de una nueva vida. De repente me invade un intenso sentimiento de añoranza. Mi madre sabría qué hacer. En mi cabeza oigo su voz, oigo su consejo: confíesalo, Catrijn, no te queda otra alternativa.

Suspirando, me pongo en la cola delante de los puestos de pescado que se encuentran junto a la Torre de los Arenqueros y espero mi turno. No me importa que haya mucha gente, me gusta estar fuera.

Después de un buen rato, mientras vuelvo caminando por el muelle con los arenques frescos en la cesta, veo surgir de entre las sombras una figura que parece despegarse de la fachada de una tasca. El hombre se me acerca y yo aprieto el paso sin mirarlo. De pronto me agarra del brazo. Yo lo miro, asustada.

–Hola, Catrijn, ¿es que ya no me reconoces? –me dice.

12

En un primer momento, es cierto que no lo reconozco sin su blusón de campesino, pero entonces veo que es mi antiguo criado.

–¡Jacob! ¿Qué haces aquí? –Siento una punzada de inquietud–. ¿Le pasa algo a mi familia?

–¿Crees que vendría a Ámsterdam para contarte que a tu familia le pasa algo? –dice arqueando una ceja.

–Seguramente no, no. Pero, entonces ¿qué haces aquí?

Algo me dice que no nos hemos topado por casualidad. Para tratarse de un encuentro fortuito, él se ha acercado a mí de forma demasiado decidida, como si me hubiera estado esperando.

–Tengo que hablar contigo. –Se mete las manos en los bolsillos y me mira fijamente.

La sensación de inquietud vuelve a apoderarse de mí. A juzgar por su cara, Jacob no ha venido a mantener una conversación agradable, y yo tengo la terrible sospecha de que sé de lo que quiere hablarme.

–No te puedo llevar a la casa donde trabajo –le digo.

–No hace falta, podemos hablar en esta tasca –me contesta señalando el edificio en el que estaba apoyado poco antes.

Acepto su propuesta con un gesto de resignación. Entramos y tomamos asiento en un rincón de la taberna.

–¿Cómo están mis padres y mis hermanos? –pregunto antes de que Jacob pueda empezar a hablar.

–Bien.

–¿Es todo lo que puedes contarme?

–¿Qué quieres que te diga? Están bien. Como siempre.

Hace una seña al tabernero, le muestra las dos jarras de cerveza vacías que aún están en la mesa, y el hombre asiente. Poco después regresa con dos jarras llenas.

–La pregunta que deberías haberme hecho es: ¿cómo estás tú? –dice Jacob después de haber tomado un buen trago.

–Esa iba a ser mi siguiente pregunta.

Jacob me mira entornando los ojos.

–Así que te importa.

–Sí, por supuesto. ¿Qué pasa? Si tienes algo que decir, dilo.

–La cuestión es que... –empieza a decir Jacob con cautela– no me va muy

bien. Tengo deudas y estoy sin trabajo.

–Lo siento por ti.

–Sí, yo también lo siento. Qué raro, ¿no? Cómo la vida puede cambiar por completo en un solo instante. Las cosas te van bien, y de repente tienes que dejar el pueblo. Pero qué te voy a contar a ti: tú sabes mucho de eso.

–¿Te has ido de De Rijp?

–¿No te lo estoy diciendo? Intenté encontrar trabajo en otros pueblos, pero nadie necesitaba un mozo de labranza. Así que finalmente me vine a Ámsterdam.

–¿Y? ¿Crees que aquí encontrarás trabajo?

–Quizá, pero preferiría empezar mi propio negocio.

No me gusta nada la manera en que me lo dice mientras me mira por encima del borde de su jarra.

–Buena idea –me limito a responderle.

–Sí, ¿verdad? A mí también me pareció una buena idea. El único problema es que no tengo dinero para eso.

Nos miramos en silencio.

–Ese es en efecto un problema –admito.

–No necesariamente. Tú y yo sabemos quién es el culpable de que haya perdido mi empleo. Y también sabemos que tú te marchaste con mucho dinero, mientras que yo tuve que arreglármelas como pude.

–Di por sentado que encontrarías otro empleo.

Jacob suelta una carcajada, pero la suya es una risa dura y desagradable.

–Nunca des nada por sentado, Catrijn. Eso es muy poco sensato. No des nunca por sentado que todo saldrá bien.

Tomo un trago de cerveza en un intento por enjuagar el desagradable presentimiento que me invade.

–Creías que estabas sola, ¿no? –dice Jacob inclinándose hacia mí. Su voz suena suave, pero su mirada es dura–. Tendrías que haber mirado a tu alrededor para comprobar si había alguien en la puerta o delante de la ventana, pues yo te vi.

En el silencio que se hace entonces oigo únicamente el pesado palpitar de mi corazón. Las charlas de los demás clientes se apagan hasta convertirse en un débil zumbido. El silencio llega a ser tan profundo que incluso oigo la respiración de Jacob. Entonces veo que lo tengo muy cerca de mí. Tiene las manos encima de la mesa y se inclina tanto hacia delante que yo me aparto un poco. No aparto en ningún momento mis ojos de los suyos, y me doy cuenta de que está estudiando mi reacción y de que mis primeras palabras serán de crucial importancia.

–¿De qué me estás hablando? Creía que tenías algo que contarme. Si

empiezas con acertijos, me voy. Tengo mucho que hacer. –Dejo la jarra en la mesa con tanto ímpetu que la espuma se derrama.

Él se echa a reír de nuevo.

–No tengas miedo, no te delataré. Saldremos juntos de esta.

–Jacob, por última vez, ¿de qué me estás hablando?

–Todo fue bastante rápido –dice reclinándose en la silla y mirando fijamente al frente, como si reviviera el momento–. Me pregunté por qué había dejado de resistirse. Seguramente ya estaba demasiado ido. Lo vi reaccionar, vi cómo agitaba los brazos y las piernas, y la cabeza. Pero tú no te anduviste con contemplaciones.

Permanezco inmóvil y miro el rostro que tengo ante mí, esa boca de la que salen palabras que pueden reducir a escombros mi futuro.

–No sé qué crees haber visto, pero yo encontré a mi marido muerto en la cama. Sentí pánico y lo zarandé.

–¿Con una almohada en las manos? No, Catrijn, la cosa no fue así. Que conste que no te lo reprocho. Govert era un canalla. Al menos con las mujeres. Yo no tenía ningún problema con él, pero claro, no era yo quien recibía sus palizas. Así que lo comprendo muy bien y me gustaría mantener la boca cerrada, créeme. Pero yo me he quedado sin trabajo. Todo el mundo ha salido ganando menos yo. ¿Crees que es justo?

–¿Qué quieres de mí?

–Cincuenta florines.

–¡Eso es la mitad de lo que tengo!

–Lo sé. Y es justo lo que necesito para empezar de nuevo. También podría haberte pedido que me lo dieras todo, pero no soy de esos. Y admítelo, cincuenta florines es un precio barato, ¿no crees? ¿De qué te serviría ese dinero si colgaras del patíbulo?

Nuestras miradas se encuentran: la suya es desafiante, la mía, fría. Al menos, eso espero. Tal vez él solo vea el miedo que intento reprimir.

–No he dicho que lo vieras bien, Jacob. Como te dije, zarandé a Govert, nada más. Pero no quiero que propagues este tipo de disparates sobre mí en el pueblo. Te puedo dar veinte florines.

–Cincuenta –dice Jacob–. Sé lo que vi, y tú también lo sabes. No me gusta tener que pedírtelos, pero yo también he de pensar en mi futuro. Seguramente en aquel momento no te quedó más remedio que hacer lo que hiciste; yo ahora me encuentro en la misma situación.

Cierro los ojos y considero su propuesta, aunque sé desde hace tiempo que tendré que aceptarla.

–Así que si te doy cincuenta florines, tú mantienes la boca cerrada.

–Prometido.

-¿Y no volverás a por más?

-No, me basta con eso. Comprendo que me consideres un sinvergüenza, pero no soy tan malo. Te dejo algo a ti.

-Muy noble por tu parte.

Jacob me mira sonriente.

-Me alegra que pienses eso. Entonces ¿vamos a la casa donde trabajas? Así me darás el dinero y yo me largaré.

Por muchas vueltas que le dé, no tengo otra elección.

-De acuerdo -digo.

13

El corto paseo hasta el Keizersgracht parece durar dos veces más que de costumbre. Con cada paso soy consciente de la presencia de Jacob, mi cerebro busca desesperadamente una escapatoria. Mientras voy camino de perder la mitad de mi fortuna, Jacob me cuenta animadamente las últimas noticias del pueblo. Yo no escucho ni una sola palabra y cuando llegamos a la casa, lo interrumpo sin miramientos.

–Voy a buscar el dinero, tú espera aquí. Si vuelvo y no estamos solos, haz como si fueras un proveedor. –Le doy la espalda y entro en la casa.

En la parte trasera se oyen las voces de Mattias y Brigitta. Subo rápidamente por la escalera hasta mi habitación en el desván. Con manos temblorosas saco la bolsa con el dinero del cajón que hay debajo de la cama y cuento cincuenta monedas. ¡Cincuenta! Me entran ganas de llorar. Pero pensándolo bien, de esta manera salgo bien parada. Jacob podría habérmelo exigido todo.

Vuelvo a salir con las monedas metidas en un paño con los extremos anudados. Jacob está de espaldas junto al canal y mira pasar las gabarras. Como si notara mi presencia, se vuelve en ese instante.

–¿Lo tienes?

Sin decir nada le entrego el paño. Él lo abre y cuenta las monedas.

–Estupendo, me voy.

–No quiero volverte a ver.

–Pierde cuidado, no volveré a molestarte. Adiós, Catrijn, que te vaya bien –me dice dándose un golpecito con el dedo en la gorra. Acto seguido, da media vuelta y se marcha silbando.

Lo observo mientras se aleja. La avidez con la que miraba las monedas me ha dejado preocupada. Jacob nunca ha sabido manejar el dinero. Antes se gastaba el sueldo tan pronto lo recibía, y ahorrar le parecía una bobada. Seguro que volverá a por más.

En las últimas semanas me he preguntado con regularidad si ahora tomaría la misma decisión que entonces cuando, con un labio partido y algunos moratones en el cuerpo, me puse encima de Govert con una almohada en las manos. La respuesta es que no lo sé. La desesperación se apoderó de mí, me impidió pensar y ver claramente las consecuencias de mis actos. La vida que habría tenido de habérmelo pensado dos veces no me atrae, pero en cualquier

caso tendría una vida. Bien es cierto que me he librado de las palizas y de las patadas, pero la agitación interior que ha ocupado su lugar, el fantasma del patíbulo, es un mal canje. Todo era distinto cuando creía que nadie sabía lo que había hecho. Ahora todo ha cambiado.

Ya no puedo contar con que Jacob mantenga la boca cerrada, tengo que irme de aquí. Dios no apartó la vista cuando me dejé llevar por mis bajos instintos y asfixié a mi marido, y ahora me castiga.

Esa misma tarde tomo la decisión. Espero a que Adriaen regrese de una reunión en la sede de la VOC y le pregunto si puedo hablar con él. Él asiente, me lleva a su despacho y cierra la puerta detrás de nosotros.

–Siéntate –me dice mostrándome una silla y tomando asiento en otra–. ¿De qué querías hablarme? Espero que trabajes a gusto en esta casa, pues estamos muy contentos contigo.

Tomo asiento y enderezo la espalda.

–Gracias, señor. Estoy a gusto, sí, y querría quedarme, pero por desgracia tengo que irme.

–¿Que quieres irte? ¿Por qué?

–Ha sucedido algo.

–Nada puede ser tan grave como para que tengas que despedirte. Aunque... –Me mira frunciendo el entrecejo–. ¿Tiene algo que ver con mi hermano?

–¿Con el señor Mattias? No, en absoluto.

–¡Oh, menos mal! Por un momento temí... –dice alzando la mano–. Así que no es eso. Cuéntame, quizá pueda ayudarte.

En realidad le debo una explicación. Una que lo convenza de que es mejor que me vaya. Respiro hondo y le cuento la verdad sobre el cuadro. Que lo pinté yo en el taller de Brigitta. Que utilicé sus materiales y más tarde los repuse. Que me encuentro en un atolladero ahora que el doctor Geelvinck quiere comprar el lienzo.

Adriaen me escucha con cara de asombro.

–No me esperaba eso de ti –dice finalmente–. Se oyen historias sobre las criadas que se ponen la ropa de su ama, roban sus joyas o se meten en su cama. Todo ello muy reprochable. Pero nunca me habría imaginado que te tomaras la libertad de sentarte a pintar en el taller de mi esposa mientras ella yacía enferma en la cama.

–Lo siento de verdad. Debería haber comprado mis propios materiales y haberme sentado en la cocina. Pero entonces tendría que haber utilizado la mesa en la que siempre preparamos la comida, y la pintura contiene sustancias tóxicas, así que...

–Cállate –me ordena Adriaen levantando la mano–. No lo apruebo, pero

no veo que sea motivo para despedirte. Sobre todo ahora que lo has confesado por propia iniciativa. Yo me encargaré de solucionar el asunto con ese cuadro de Brigitta. Haré que lo compre alguien y le diré a Geelvinck que hubo un mejor postor. No hay problema.

–Hay algo más.

Adriaen entorna los ojos hasta convertirlos en dos ranuras.

–Me amenaza alguien de mi pueblo. Dio con mi paradero y de repente hoy me he topado con él.

–¿Por qué?

Se hace un silencio y yo bajo la vista.

–Prefiero no contarlo, señor.

–¿Se trata de alguien que te hizo una promesa de matrimonio o algo así? ¿Viene a buscarte?

Asiento.

–Entonces te fuiste del pueblo para evitar ese matrimonio. Pero ¿no dijiste que habías enviudado?

–Es una historia complicada, señor.

Adriaen exhala un profundo suspiro.

–Déjalo entonces. Es una lástima que quieras marcharte. Brigitta está satisfecha de tu trabajo, y eso no sucede con frecuencia. Tengo entendido que la ayudabas a preparar la pintura. Me dijo que eras hábil y rápida, y ahora comprendo por qué. –Guarda silencio durante unos segundos y luego añade–: Me gustaría ver el cuadro que has pintado.

–Está en el cajón debajo de mi cama.

–Ve a buscarlo.

Yo titubeo.

–¿Creéis que es sensato pasearse con él por la casa, señor?

–Tienes razón, no es sensato. Te acompaño.

Abandonamos el despacho y subimos al desván. Mi dormitorio solo tiene una ventana pequeña y está bastante oscuro. Saco el cuadro de su escondite y voy hasta el rellano donde Adriaen se ha quedado esperando. Sin decir nada sostengo el lienzo en alto.

Adriaen estudia durante largo tiempo el jarrón medio acabado, mientras yo espero nerviosa. Quizá se enfurezca ahora y me eche de la casa sin pagarme el último sueldo.

–¿Tienes idea de lo que vas a hacer? –pregunta por fin.

–No, señor. En cualquier caso no quiero volver a casa.

–¿Quieres irte de Ámsterdam?

–Creo que será lo mejor.

–Cuanto más lejos, mejor, supongo.

Asiento.

-¿Te gustaría ir a Delft?

Lo miro atónita.

-¿A Delft?

-¿Está lo suficientemente lejos?

-Sí, creo que sí. Pero si ese hombre viene y pregunta adónde he ido...

-Entonces le diré que no tengo ni idea -contesta Adriaen.

Esa noche me atormenta un sueño que se repite desde hace semanas. Estoy inclinada sobre Govert con una almohada en las manos. Él duerme con la boca abierta, su aliento apesta a alcohol. Cuento hasta tres y presiono con fuerza la almohada contra su cara. Él se despierta, se mueve, pero está demasiado borracho para percatarse de lo que sucede. Cuando por fin se da cuenta, es demasiado tarde, pues la falta de oxígeno le ha arrebatado todas sus fuerzas.

Mantengo la almohada contra su cara hasta que se queda inmóvil. Solo la levanto cuando estoy segura de que ya no vive. Lo miro conteniendo la respiración y grito cuando veo sus ojos apagados.

Ámsterdam ya me parecía lejos, pero ahora voy más al sur. Si alguien me lo hubiese dicho hace cuatro meses, lo habría mirado con incredulidad. En aquella época, mi vida era aún sencilla y previsible, ahora está patas arriba.

Adriaen me explica que su hermano Evert es viudo y que le vendría bien tener algo de ayuda, y me pregunta si estaría dispuesta a trabajar a su servicio.
–Piénsatelo bien –me dice.

Ese mismo día por la tarde, Adriaen viene a hablar de nuevo conmigo.

–Puedes viajar con Mattias. Tiene que llevar un cargamento a Delfshaven. Podrás marcharte la semana que viene. Suponiendo que quieras ese empleo, claro.

En un primer momento solo logro asentir con la cabeza, pero luego digo:
–Sí, me gustaría mucho. Gracias.

Sintiéndome algo aturdida voy a la cocina y cojo una silla, me dejo caer en ella y miro por la ventana. En otras circunstancias me habría alegrado de ir de viaje con Mattias. Sin embargo, ahora me preocupan otras cosas. Lo único que quiero es marcharme de aquí cuanto antes.

La despedida una semana más tarde no se me hace difícil, pues no he estado en la casa del Keizersgracht el tiempo suficiente como para sentir apego. Hace un día soleado y sin viento. No partimos en la gabarra remolcada, que transporta únicamente pasajeros, sino en un carguero lleno de mercancías que navega hasta Delfshaven. El barco tiene una camareta en la que los pasajeros pueden sentarse cómodamente. Aunque no somos los únicos en utilizarla, pues con nosotros viajan otros mercaderes, la mayoría de ellos desembarcan

en Haarlem y la camareta se queda casi vacía. Yo mato el tiempo haciendo remiendos, mientras Mattias se pasa la mayor parte de la mañana hablando con el barquero y vigilando la carga.

Solo viene a hacerme compañía cuando cruzamos el lago de Haarlem, pues en ese momento se levanta el viento y arrecia el frío.

–No sería la primera vez que desaparece mercancía –me dice–. En ocasiones la descargan por error, pero otras la roban. Así que cada vez que amarramos, me quedo con la carga.

–Muy sensato –le digo–. ¿Qué harás cuando pasemos la noche en Leiden?

–Allí habrá alguien que vigile el barco.

Asiento y luego se hace un silencio. A menudo he tratado de imaginar cómo sería pasar un tiempo a solas con Mattias, pero ahora que ha llegado el momento no sé de qué hablar. Mattias sí. Los dos mercaderes con los que compartimos el barco están en cubierta, y él saca de inmediato el tema que yo intento evitar.

–Ahora tienes que explicarme por qué has dejado tu trabajo. Adriaen ha sido muy impreciso al respecto. Yo creía que estabas a gusto con nosotros.

En su rostro hay una expresión dolida, y me doy cuenta de que no podré escabullirme sin darle una explicación. Afortunadamente, la historia del cuadro ofrece un motivo plausible para irme y así se lo explico. Para mi sorpresa, Mattias se echa a reír.

–Así que Geelvinck quería comprar el cuadro. Menudo susto debiste de llevarte cuando lo dijo.

–No tiene gracia. Me dio lástima por Brigitta.

–¿Por qué? Lo que hace es horroroso. Ya va siendo hora de que se dé cuenta. Mi hermano la protege continuamente, de vez en cuando paga a otros para que le compren cuadros, pero no sé si con eso le hace un favor a Brigitta... De esta manera, ella sigue creyendo que pinta bien.

–¿Qué tiene eso de malo? Brigitta disfruta pintando.

–Y eso está bien, siempre que uno no pierda de vista la realidad. Pero Brigitta vive en un mundo de fantasía que Adriaen mantiene intacto. Estoy harto de decirle que debe dejar de hacerlo. Pero él teme que Brigitta vuelva a caer en el abatimiento. En una ocasión estuvo a punto de acabar con su vida.

–¿En serio? Qué terrible. ¿Por qué lo hizo?

–Su vida le parecía inútil. No puede tener hijos y no sabía con qué llenar sus días. Solo recuperó las ganas de vivir cuando descubrió la pintura. Eso es estupendo, claro, pero no debe dejarse llevar de esa manera. Como si no existiera nada más en la vida que la pintura. No lo entiendo. ¡Hay tantas cosas por descubrir, tantas cosas de las que gozar!

–Para un hombre sí.

–¿Y para una mujer no? –me pregunta mirándome de reojo–. Tú no eres una persona que se dé por vencida fácilmente. Eso me gustó de ti desde el principio.

Siento algo revolotear en el estómago. Reprimo la sensación de alegría.

–Si una mujer toma otro derrotero suele ser por necesidad, Mattias. En cambio, los hombres lo dejan todo porque quieren disfrutar de la vida. Los hombres como tú.

Él se queda un momento reflexionando sobre mis palabras y luego asiente.

–En eso tienes razón. Pero tampoco hay tantos hombres que se atreven a desprenderse de todo.

–Porque tienen una familia de la que cuidar. Porque hacer lo que a uno le plazca cuesta dinero, y no todo el mundo puede permitírselo.

–Me refiero a hombres de mi posición que sí pueden permitírselo. A mis hermanos les gustaría viajar a Oriente, pero no se atreven a emprender la larga travesía. No se atreven a dejar sus negocios, ni siquiera en manos de la familia. Si uno vive con miedo, solo vive a medias.

–Pero a menudo vive mucho más tiempo. Yo tampoco querría pasarme un año en un barco. He oído demasiadas historias sobre todo lo que puede salir mal.

–¿Que no te atreverías? No me esperaba eso de ti, Catrijntje.

Le sonrío.

–Es que no me conoces en absoluto.

–En eso llevas razón, pero vamos a ponerle remedio. Por cierto, ¿es este el cuadro del que me hablabas? –dice Mattias acercando la punta de su zapato al lienzo envuelto en trapos viejos y apoyado en el banco.

–Sí, ¿quieres verlo? –Cojo el cuadro y retiro los trapos.

Se lo entrego a Mattias, que lo contempla con admiración.

–¡Es realmente bueno! Ahora entiendo la reacción de Geelvinck.

–¿Te gusta? –pregunto sonrojándome.

–Mucho. Quiero que lo acabes y me lo vendas.

–Te lo regalaré.

Nos miramos y Mattias se inclina hacia mí. Me roza los labios con los suyos, en un gesto cálido y afectuoso.

–Me alegro de que tuvieras que llevar ese cargamento –le digo en voz baja.

Él sonrío.

–Ese cargamento podía esperar una semana más, pero yo hice todo lo que pude para convencer a Adriaen de que tenía que ser ahora. No pensarás

que iba a dejar que te marcharas sola, ¿verdad?

Al final del día llegamos a Leiden. Encontramos alojamiento cerca del muelle, en una posada de aspecto caro llamada El Barco del Mercado, donde Mattias reserva una sola habitación. Yo no protesto. Algo ha cambiado entre nosotros, algo que no sabría precisar, pero que se evidencia en cada palabra y en cada gesto. Entre nosotros hay una sensación de confianza, combinada con el deseo y la certidumbre de que debemos aferrarnos a la felicidad cuando se presenta.

No sé si este amor tiene alguna posibilidad ni si Mattias lo toma en serio. Lo que sí sé es que podría quedarme embarazada y que él podría abandonarme. En realidad debería mantenerlo a distancia con firmeza. Pero no lo hago.

En cuanto estamos en nuestra habitación, nos miramos y empezamos a desnudarnos. Sin decir una palabra nos besamos, nos tocamos y acariciamos. Las últimas prendas acaban en el suelo y nos dejamos caer en la cama. Su cuerpo desnudo cubre el mío, unimos los labios con tanta pasión que nuestros dientes se tocan y siento su lengua por todas partes. Después, él desciende. No olvida ningún rincón de mi cuerpo, por lo que mi piel arde y me invade una ola de placer que arrastra consigo todos mis reparos.

Quisiera que el viaje de Leiden a Delft no acabara nunca. Mi instinto me dice que todo es demasiado bonito para ser cierto, que luego la realidad me caerá encima como un jarro de agua fría. Pero hasta que llegue ese momento quiero creer en una vida llena de amor y felicidad, y disfruto de cada instante. Incluso la primavera se esfuerza por hacer que la travesía sea agradable. El polder que se extiende entre Leiden y Delft es una sucesión de diques con sauces y amplios prados verdes salpicados de granjas y molinos. Desde la cubierta de la embarcación contemplo las nubes que de vez en cuando cubren el sol, y el azul que resurge una y otra vez. Siento el viento que me acaricia la piel, el peso del brazo de Mattias sobre mis hombros, y suspiro.

–¿A qué viene ese suspiro? –pregunta Mattias sonriendo.

–No es nada. Es un suspiro de felicidad.

Él me aprieta contra sí.

–Pero tenemos que hablar de una cosa –le digo.

–¿De qué?

–Bueno, de cómo vamos a hacerlo. Me refiero a que tú vives en Ámsterdam y yo estaré en Delft. No resulta nada práctico.

Él no dice nada, mira a lo lejos. Siento brotar dentro de mí una leve desazón.

–¿Cuáles son tus planes? –le pregunto con cautela.

Tarda mucho, demasiado, en contestarme y cuando por fin empieza a hablar, suena como si lo hiciera con desgana.

–No tengo planes. Tomo cada día como viene.

Lo miro en silencio.

–Sí –le digo entonces–, pero de vez en cuando todo el mundo tiene que tomar decisiones.

–¿Es eso cierto? A poder ser, prefiero evitarlo. Dejo que las cosas lleguen y voy viendo lo que pasa.

Tengo que asimilar esa información.

–Y quieres hacerlo así también con lo nuestro.

–¿Te parece mal que simplemente esperemos a ver cómo va?

Si le vengo ahora con reparos, lo ahuyentaré. En cambio, aún tengo una posibilidad de que llegue un momento en que...

–¿Catrijn?

Esbozo una sonrisa tranquilizadora.

–No, no me parece mal. Ya he estado casada y no acabó de gustarme. Todo su rostro expresa alivio. Me besa impetuosamente.

–Sabía que estábamos hechos de la misma madera. Nos gustan las aventuras y los cambios, las experiencias nuevas.

Yo no digo nada. Yo lo amo y me gusta llevar una vida ordenada. Pero si él lo quiere así, le seguiré el juego.

Nos aproximamos a Delft por el canal Vliet. El sol empieza a bajar y los árboles y molinos dibujan sombras alargadas. Mattias tiene que seguir navegando hasta Delfshaven, y acordamos que vendrá a verme al día siguiente.

–Cuando llegues a Delft será demasiado tarde para ir a casa de mi hermano –me dice–. Además seguro que estarás cansada. Ve a la posada Mechelen en la plaza del Mercado, allí me conocen. Pregunta por Johannes o por Digna, y entrégales esta nota. Aquí les digo que pueden cargar todos los gastos a mi cuenta.

–Gracias. ¿Cuándo vendrás?

–Mañana al final del día, cuando me haya ocupado de todos mis asuntos. ¿Te las arreglarás sin mí tanto tiempo? –me dice burlonamente, dándome un golpecito en la nariz.

–Por supuesto –le contesto–. Me las he arreglado sin ti toda mi vida.

Aunque solo sea por una noche y un día, me cuesta despedirme de él. Después de un largo abrazo y un beso aún más prolongado, subo al muelle en Noordeinde. Con mi bolsa de lona a los pies, me despido de Mattias agitando la mano mientras el barco sigue su curso por el Vliet. Cuando desaparece detrás de un recodo, me invade una sensación de inmensa soledad. Parecía muy segura de mí misma cuando le he dicho que me las arreglaría muy bien sin él, y sé que lo haré, pero de repente siento un gran vacío a mi lado.

Respiro profundamente, cojo mis cosas y pregunto a un transeúnte cómo puedo llegar hasta la plaza del Mercado.

–Caminando –me contesta el hombre con una sonrisa, pero luego me indica la ruta–. Sigue el canal Oude Delft y al llegar a la calle Nieuwstraat tuerce a la izquierda. Está muy cerca de allí.

Después de darle las gracias prosigo mi camino. Se ha acabado la jornada laboral y en la calle hay mucho movimiento. Las criadas y los obreros se dirigen a sus casas, los campesinos abandonan la ciudad antes de que esta cierre sus puertas y los mercaderes cierran los postigos abatibles sobre los que habían expuesto sus mercancías. Delft no es mucho más grande que Alkmaar, y ambas ciudades tienen similitudes, como los canales y los edificios de hastial

escalonado. Eso me produce la reconfortante sensación de volver a casa.

Casi todas las calles ya están sumidas en las sombras, y el sol ilumina los edificios de un lado de la plaza del Mercado.

Recorro con la vista los hastiales escalonados hasta detenerme en un edificio cerca de la iglesia. En el letrero que cuelga encima de la puerta se ve una jarra de cerveza y una cama. Por si acaso, le pregunto a una mujer que vende cepillos si se trata de la posada Mechelen, y me confirma que así es.

Dentro hay mucha gente, todas las mesas están ocupadas. Abordo a un joven que atiende a los clientes detrás de la barra.

–Busco a Johannes.

–Soy yo –me dice él mirándome con curiosidad.

–Me llamo Catrijn Barentsdochter. Mattias van Nulandt me ha recomendado esta posada. –Saco la carta enrollada.

Johannes la lee y vuelve a mirarme, ahora con una sonrisa.

–Los amigos de la familia Van Nulandt son mis amigos. Bienvenida, Catrijn. Has hecho un largo viaje, debes de estar cansada y hambrienta. –Se vuelve hacia una mujer de pelo oscuro que se acerca mirándonos con curiosidad y le dice–: Esta es Catrijn, una amiga de Mattias van Nulandt. Catrijn, te presento a mi madre, Digna. ¿Nos queda algo bueno que ofrecerle para cenar, mamá?

–Claro que sí –dice Digna asintiendo amablemente–. Pero tendrás que compartir mesa con otros huéspedes. Johannes, ve a ver si encuentras un sitio libre.

Su hijo me acompaña hasta una larga mesa donde está comiendo un grupo de damas y caballeros. Me llama la atención el aspecto distinguido de los clientes. La posada también es elegante: en lugar de un suelo de madera, el piso está cubierto por pequeñas baldosas verdes, sobre las que hay esparcida arena para absorber la bebida derramada. La sala es grande, alargada, cuenta con varias chimeneas y las paredes están cubiertas con cuadros de escenas de taberna. Este no es un establecimiento barato para pasar la noche y yo no me siento fuera de mi lugar con mi ropa sencilla y arrugada, así que me voy a un extremo de la mesa y permanezco allí en silencio sin entablar conversación con los demás comensales.

La cena de judías blancas con jarabe de ciruelas es deliciosa. Después de tomar una jarra de cerveza me invade una oleada de cansancio. Una criada me acompaña a mi habitación –que no tengo que compartir con nadie– y en cuanto me meto en la cama, me quedo dormida.

16

–¿No llevabas un cuadro contigo anoche? –me pregunta Johannes mientras deja un plato de eperlano frito y un trozo de pan en la mesa.

Estoy sentada disfrutando del sol que entra por la ventana de la sala de la taberna. He dormido tanto que aún me siento algo aturdida. Los demás huéspedes ya se han marchado.

–Sí –digo.

–¿Te gusta el arte?

–Me gusta pintar. Lo he pintado yo.

–¿En serio? Es maravilloso. Sí, me llamó la atención porque además de tabernero soy pintor y marchante.

–Ahora entiendo por qué tienes tantos cuadros aquí –digo mirando a mi alrededor.

–Algunos de ellos los pinté cuando aún era aprendiz.

–¿Ya no lo eres?

–No, el año pasado hice el examen de maestría, así que ahora puedo decir oficialmente que soy pintor.

–¿Cuáles son tuyos?

Johannes se levanta y me señala algunas escenas de taberna, firmadas por J. Vermeer.

Las contemplo llena de admiración.

–Son preciosas.

–Gracias. No están mal, de lo contrario no las expondría aquí, pero ahora pintaría todos estos cuadros de otra manera.

–Eso siempre pasa –le digo, sin dejar de examinar atentamente los cuadros–. ¿Dónde te formaste? ¿Aquí en Delft?

Él asiente.

–Estuve con diferentes maestros. Un año con uno, dos años con otro, y luego un año más con otro maestro. Tanto cambio resultó muy caótico, pero la ventaja es que aprendí diferentes técnicas y eso me permitió desarrollar más fácilmente mi propio estilo.

–Porque no te quedaste atascado en una determinada manera de pintar.

–Exacto. ¿Y qué te ha traído a esta ciudad, Catrijn Barentsdochter? – Johannes vuelve a sentarse y yo sigo su ejemplo.

–Busco trabajo. Según Mattias, su hermano podría tener algo para mí, así que luego iré a verlo.

Johannes no dice nada, me mira pensativo. Yo me siento incómoda, esquivo su mirada un par de veces y luego lo miro a los ojos.

–¿Pasa algo?

Él echa la espalda hacia atrás, sorprendido por mi franqueza.

–No, no pasa nada. Siento haberte mirado con tanta insistencia. Es que me recuerdas a alguien.

–¿Sí?

–Sí, pero pensándolo bien, el parecido tampoco es tan grande. Tú eres mucho más guapa.

Lo observo con cierta desconfianza, pero Johannes no parece querer hacerme la corte. La expresión de su rostro es grave, incluso se diría que preocupada. Alza la vista cuando se abre una puerta por la que entra una joven rubia, bastante fornida y de piel llamativamente pálida.

–Esta es mi esposa Catharina –dice Johannes–. Catharina, te presento a Catrijn. Es amiga de Mattias.

El saludo de Catharina es tan reservado y frío como espontánea fue la acogida de Johannes y de su madre. Me observa de arriba abajo y se limita a asentir con la cabeza antes de mirar fijamente a Johannes.

Él se levanta, da la impresión de sentirse incómodo.

–Bueno, Catrijn, espero que encuentres trabajo. Ya me contarás. Supongo que mientras tanto dejarás tus cosas en la habitación, ¿no?

Yo asiento.

–Seguramente pasaré otra noche aquí. Mattias vendrá hoy. Pagará la factura.

–Eso no me preocupa en absoluto. Conozco a la familia Van Nulandt desde hace mucho tiempo. ¿Sabes dónde vive su hermano? No está muy lejos. Tienes que cruzar la plaza del Mercado, al final del canal Koornmarkt te encontrarás con el canal Gheer. ¡Suerte!

Johannes se despide con una inclinación de la cabeza y se marcha apresuradamente.

Mientras tanto, Catharina lo observa alejarse, luego me lanza una rápida mirada y desaparece sin decir nada. Me encojo de hombros y salgo de la posada. Tan pronto estoy fuera, el bullicio de los diferentes mercados que se celebran en la plaza me golpea en la cara. Cruzo lentamente la plaza del Mercado y sigo bordeando el canal Koornmarkt hasta el Gheer.

Una vez allí, le pregunto a un transeúnte dónde se encuentra la vivienda de Van Nulandt. El hombre se saca la pipa blanca de la boca y apunta con ella al muelle, un poco más allá.

–Allí donde están cargando la chalana.

Sigo avanzando, algo asombrada, pues esperaba encontrarme con una

mansión, pero el hermano de Adriaen tiene una tienda. Los postigos abatibles, que hacen las veces de mostrador, están cubiertos de cerámica. Dos jóvenes transportan una caja a la gabarra. Les cedo el paso y abro la puerta. Una campanilla anuncia mi llegada. Una vez dentro, me encuentro entre paredes llenas de cuencos, jarros y tazones. Los estantes están repletos de sencillas vajillas de loza marrón, aunque también hay vistosos platos de mayólica y cerámica decorativa. En lo alto de una escalera de mano, apoyada en una de las paredes, veo a un hombre que intenta alcanzar una bandeja situada justo fuera de su alcance. Cuando alarga el brazo para llegar más lejos, la escalera se tambalea. Me apresuro a aguantarla.

–Gracias –me dice el hombre.

Cuando baja la vista y me ve, se queda boquiabierto. Desciende lentamente, sujetando bajo el brazo una bandeja de colores.

–¿Sois Evert van Nulandt? –Le pregunto por pura formalidad, puesto que no me cabe ninguna duda de que es él. Es algo mayor y más robusto que Mattias, pero tiene los ojos del mismo azul y su perfil es idéntico salvo por la incipiente papada.

–Sí, ¿con quién tengo el honor? –Ahora está justo delante de mí, me saca media cabeza y me mira fijamente.

–Me llamo Catrijn Barentsdochter. Vuestro hermano Adriaen me ha enviado aquí. –Sin decir nada más le entrego la carta de Adriaen.

Evert van Nulandt la desenrolla y la lee.

–Buscáis trabajo.

–Sí. –Me parece un hombre de pocas palabras, motivo por el cual yo tampoco digo más de las necesarias.

–Es cierto que hace poco comenté que necesitaba a alguien. Pero no a una mujer.

Enarco las cejas.

–¿Por qué no?

–Buena pregunta. No es que sea un trabajo que no puedan hacer las mujeres, ese no es el problema. ¿Habéis seguido algún tipo de formación?

–No realmente. Pero tengo mucha experiencia práctica.

–Me lo imaginaba. Bien, ya veremos. En la carta pone que erais responsable del gobierno de la casa y que pintáis.

–Sí, es cierto. Cuando tengo tiempo.

–¿Lo habéis aprendido sola? ¿Sin maestro?

–Sí, procedo de una familia de campesinos. Mis padres valoraban más que ordeñara las vacas y preparara queso que no que pintara.

Él se echa a reír.

–¿Pintáis sobre lienzo?

–En realidad suelo hacerlo sobre madera o sobre cerámica. En casa decoraba armarios y mesas, y a veces platos y jarras por puro placer. Llegó un momento en que empecé a hacerlo por encargo. Sin embargo, el trabajo en la granja me dejaba poco tiempo para pintar.

Evert van Nulandt me escucha con atención. Cuando se hace un silencio, pregunto con cautela qué tienen que ver mis aptitudes artísticas con el empleo que vengo a solicitar. Él me mira con expresión asombrada.

–Todo, por supuesto –me responde–. No importa que no tengáis formación, puesto que es obvio que tenéis talento. Algo que considero mucho más importante. Talento y amor por el oficio. Tengo curiosidad por ver lo que sois capaz de hacer con la cerámica.

Por un momento no entiendo nada de nada, pero entonces empiezo a verlo claro.

–Buscáis un pintor de cerámica.

–O pintora. Eso depende de lo hábil que seáis. Una cosa es pintar sobre lienzo, pero otra muy distinta es pintar sobre cerámica porosa. Por supuesto, primero os pondré a prueba.

–Sí –digo–. Sí, por supuesto.

El taller de pintura está justo detrás de la tienda y detrás de este se encuentran los hornos. Las puertas están abiertas y mientras sigo a Evert van Nulandt, siento el calor de los hornos venir a mi encuentro. En la sala donde pintan la cerámica hay tres personas trabajando, un hombre y dos muchachos, que alzan la vista cuando entro y me observan fijamente.

–Sentaos aquí. Frans, trae una de las piezas descartadas. Y ve a por pintura y pinceles –ordena Evert.

Mientras tomo asiento algo desorientada, Frans, un hombre alto y calvo de unos treinta años, va a buscar las cosas que le han pedido. Coge un bote de un estante y lo coloca delante de mí. Le sonrío, pero él me devuelve una mirada desdeñosa.

–Convertid esto en algo bonito –me dice Evert antes de marcharse a una estancia contigua de la que luego entra y sale continuamente.

Sin duda no quiere perder de vista la reacción de sus pintores, que se han quedado claramente desconcertados al ver a una mujer entre ellos y no me quitan el ojo de encima.

Yo hago caso omiso de sus punzantes miradas, les doy la espalda y me concentro en mi trabajo. En la tienda he visto que la mayor parte de la cerámica está decorada con guirnaldas de flores, y resulta que esas se me dan muy bien.

Me concentro, me pongo manos a la obra y al poco tiempo me olvido de todo lo que me rodea. Como siempre, el pincel se convierte en una parte de mí.

Ni siquiera me percató de que alguien se ha colocado a mi lado, y me sobresalto cuando en mi campo visual aparece un brazo lleno de cicatrices.

–Esto está muy bien –dice un hombre cuya voz denota asombro–. Con esto te contratan seguro, jovencita. ¿Cómo te llamas? Soy Quirijn, ayudante de ceramista.

Es la primera frase de aliento que recibo y la agradezco mucho. Miro al hombre y le sonrío.

–Gracias –le digo–. Me llamo Catrijn.

Evert examina detenidamente mi trabajo y asiente.

–Es suficientemente bueno. Te pagaré cuatro florines por semana. Esta tarde haré que redacten un contrato de trabajo. Puedes empezar mañana.

Poco después vuelvo a estar en la calle, un poco perpleja por lo fácil que ha sido todo. Me dirijo a paso ligero a la plaza del Mercado, disfrutando del buen tiempo y del futuro que me sonrío. ¡Seré pintora de cerámica! ¿Quién hubiese podido pensar que algún día me ganaría el pan pintando?

Cuando abro la puerta de la posada Mechelen me siento rebosante de alegría. La sala está muy concurrida, aunque aún quedan algunas mesas libres. Digna y Catharina van de un lado a otro con bandejas de comida, Johannes sirve la cerveza.

–¿Cómo te ha ido? –me pregunta este cuando entro.

–Muy bien, empiezo mañana. Me han dado trabajo de pintora de cerámica.

Ellos me miran estupefactos.

–Creía que ibas a solicitar un empleo en el servicio doméstico –dice Digna.

Me echo a reír, le contesto que yo también pensaba lo mismo y le hablo de mi amor por la pintura.

–Eso es estupendo. Enhorabuena –me felicita Digna–. No es una cosa que se vea a menudo, una mujer pintora de cerámica. Pero entiendo a Evert. Eres joven, guapa y por lo visto tienes talento.

–Espero que sea mi talento lo que ha hecho inclinar la balanza a mi favor.

–Seguro que sí. Evert es un hombre de negocios y no se habrá dejado influir por sus sentimientos.

Digna intercambia una mirada con su hijo, y este le hace una señal de asentimiento.

–Creo que hay algo que debes saber. Sentémonos.

Digna me lleva a un rincón tranquilo y señala un banco de madera donde tomo asiento.

–Evert es un buen amigo nuestro –me dice mirándome muy seria desde el otro lado de la mesa–. Acaba de pasar por una época difícil y por ello lo ayudamos y protegemos un poco.

–Lo comprendo, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?

–Hace cuatro años sucedió algo terrible. A la sazón, Evert tenía una fábrica de cerámica en el Koornmarkt, y vivía con su familia en el piso de arriba. Nadie sabe cómo pudo pasar, puesto que Evert siempre ha sido un hombre muy cuidadoso y meticoloso, pero un día se declaró un incendio. Toda la familia estaba durmiendo cuando de repente Evert olió el humo. Fue al piso de abajo para ver qué pasaba y el fuego se le echó encima, y antes de que él pudiera darse cuenta, todo estaba envuelto en llamas, el pasillo, la escalera, la tienda. No pudo hacer otra cosa más que huir. Todo lo que poseía desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Su mujer y sus hijos fallecieron en el incendio.

–¡Qué horror! –digo en voz baja.

–Nunca se recuperó de aquel golpe. No quiere un segundo matrimonio ni tampoco quiere tener más hijos.

–Lo comprendo, después de una pérdida como esa.

–Yo también, aunque no me parece sensato. Todos estamos un poco preocupados por Evert. Así que no es extraño que nos llevemos un susto si de repente se presenta una mujer joven y guapa que es la viva imagen de su esposa fallecida. Y más aún si Evert la contrata de inmediato. ¿Lo comprendes?

–¿Me parezco a su mujer?

–En un primer momento pensé que era Gesina la que entraba. Me imagino que Evert también se llevaría un susto.

Me acuerdo del momento en que Evert me observó boquiabierto desde lo alto de la escalera.

–Ya me preguntaba yo por qué me miraba tan fijamente.

–Ahora sabes por qué. Lo mejor sería que no aceptaras ese empleo. Pero no creo que pueda pedirte eso.

–Supongo que Evert sabe lo que hace. Y sus hermanos también. Adriaen no me habría enviado nunca aquí si pensara que no era bueno para Evert.

–Ay, no estoy tan segura. Ya sabes cómo pueden ser los hombres con este tipo de cosas. A menudo ni siquiera se paran a pensar. Pero bueno, yo te he avisado. Tú haz lo que quieras. –Digna se levanta y me observa desde lo alto–. Creo que eres una muchacha simpática. Quizá deba ser así.

Yo tengo otras cosas en que pensar: necesito una vivienda. Johannes me ofrece su ayuda, tiene un conocido que alquila casas.

–Ve a ver a Isaäk van Palland en la Choorstraat. Dile que vas de mi parte y todo irá bien.

En efecto, todo va a pedir de boca. Isaäk van Palland se ocupa de inmediato de mí y me muestra una casita con hastial escalonado en la calle Achterom. Aunque la vivienda solo tiene un cuarto y un desván, la ventaja es que el alquiler no es elevado.

–¿De dónde procedes? –me pregunta Isaác cuando me entrega la llave–
. No eres de aquí, ¿verdad?

–No, soy de Alkmaar.

–¿En serio? Yo estuve viviendo en Alkmaar, trabajé de alguacil allí.
Cuando conocí a mi mujer nos vinimos a Delft, puesto que ella es oriunda de Delft.

–¿Erais alguacil en Alkmaar? –pregunto mientras siento un escalofrío por todo el cuerpo.

–De eso hace mucho tiempo.

–¿Volvéis a la ciudad alguna vez?

–Muy de vez en cuando. Apenas voy desde que murieron mis padres.
Aunque aún tengo familia allí, dos hermanos y una hermana.

–Está muy lejos.

–Sí, y mi cargo de alguacil no me permite abandonar Delft por mucho tiempo.

–¿También sois alguacil aquí?

Él asiente.

–Y eso me tiene muy ocupado.

–Sí... lo comprendo –digo con una creciente sensación de inquietud.

Hablamos sobre las condiciones del contrato de alquiler y después vuelvo a la casa de Isaác para firmarlo. Sé leer y escribir un poco. No lo suficiente como para poder descifrar todos los preceptos y prohibiciones, pero Isaác me los lee en voz alta y yo estampo mi firma. Cuando me despido en el vestíbulo, echo un vistazo a los retratos de Isaác y de su esposa. Me hago el firme propósito de mantenerme alejada de él.

Una vez fuera, me detengo un momento, y miro la Choorstraat, que está llena de tenderetes y tiendas que exponen sus mercancías en los postigos abiertos. Es un buen lugar para comprar los enseres más necesarios para la casa. Sigo disponiendo de un importe considerable, aunque no puedo permitirme ningún lujo. Por fortuna, en la casa ya hay una cama, una mesa con dos sillas y un armario empotrado. Por lo pronto, tengo suficientes muebles.

Al final del día he comprado todo lo que necesito, he ido a la posada a recoger mis pertenencias y lo he llevado todo a mi nueva vivienda. Miro satisfecha a mi alrededor. Podría quedar bonito si cogiera unas flores del jardín y pintara algunas decoraciones en los muebles de madera. Lo que importa es que tengo casa, trabajo y ahorros. No pido más.

Eso no es del todo cierto. Falta algo o, mejor dicho, alguien. Desde el momento en que me despedí de Mattias no he dejado de pensar en él, y ahora que he arreglado mis asuntos, estoy impaciente por volver a verlo. No sé a qué

hora llegará a Delft, así que decido ir a esperarlo a la posada Mechelen, y para mayor comodidad ceno allí sin perder de vista la puerta.

–Oye, olvidé por completo preguntarte por tu cuadro –me dice Johannes, que está de pie a mi lado–. Siento curiosidad por verlo. ¿Me lo enseñas?

–Aún no está acabado. Y tampoco es tan bueno. No he tenido maestros.

–¿Y qué más da? –dice él encogiéndose de hombros–. El talento es la base de todo. Las técnicas pueden aprenderse, pero sin talento no se llega lejos.

–Eso es cierto. Lo mismo dijo Rembrandt. Al menos, según uno de sus aprendices.

Johannes me mira asombrado.

–¿Conoces a Rembrandt van Rijn?

–Lo vi una vez en su taller.

–¿En serio? ¡Es fenomenal! ¡De lo que es capaz ese hombre! Su manera de introducir la luz en un cuadro es genial. En las joyas, en los ojos, en el agua, en todas partes. Carel Fabritius, mi último maestro y uno de sus mejores amigos, estuvo de aprendiz con él. Decía que Rembrandt pintaba con la luz y no con pigmentos.

–Con realces –digo–. Según su alumno, lo último que aplica son realces con toques de pintura blanca.

Johannes sonrío y en sus ojos descubro una mirada de aprecio.

–Has prestado atención. Tengo curiosidad por ver lo que sabes hacer. Me gustaría mucho ver tu cuadro.

–Cuando esté acabado.

–Trato hecho.

Catharina entra en la sala.

–Johannes, ven a ayudarme –dice secamente, antes de desaparecer de nuevo en la cocina.

Johannes alza los ojos al techo.

–¿De quién es esta posada? ¿Tuya o de tu madre? –le pregunto para romper el incómodo silencio.

–De mi madre. Mi padre falleció hace dos años. Por eso me quedé a vivir aquí y luego Catharina se instaló también. Una posada da mucho trabajo. En los días de más ajeteo también viene a echarnos una mano mi hermana Geertruy.

–Es un verdadero negocio familiar, por lo que veo –digo sonriendo, pero por dentro siento una punzada de dolor.

Él asiente y mira por encima de mi hombro.

–Creo que hay alguien que quiere verte.

Me vuelvo y dirijo la vista hacia la puerta. A medio camino, detengo la

mirada. Mattias está en el centro de la sala.

Algo va mal. Mattias se queda allí de pie; no sonrío, me mira con gesto grave. Yo también me quedo helada donde estoy.

Por fin se pone en movimiento y empieza a acercarse, mientras yo me levanto lentamente. No voy a su encuentro, sino que me resguardo detrás de la mesa, como si así pudiera detener las malas noticias que veo venir.

–¡Eh! –dice Mattias cuando estamos frente a frente.

Me abraza, apoya la frente contra la mía y me digo que el mal presentimiento ha sido una falsa alarma. O eso parece. No puedo evitar la sensación de que no es el mismo que otras veces. No tiene el entusiasmo de siempre. Su corazón late igual de rápido que el mío, lo siento palpar contra mi pecho, pero su beso es cauteloso, sin la pasión del día anterior.

–¿Qué pasa? –le pregunto en voz baja.

–¿Ya me conoces tan bien? –me dice sonriendo débilmente, sin dejar de agarrarme la mano–. Sentémonos.

Me derrumbo en la silla. Mattias coge otra para él y se sienta a mi lado.

–Para empezar quiero decirte que he dudado. Ya lo tenía acordado de antemano, pero por ti empecé a dudar. Sin embargo, sé que tengo que hacerlo. Todo está organizado.

–¿Qué está organizado?

–Me voy a Oriente.

–¿Qué?

–A Batavia, en las Indias. Me embarco en el buque Delft. Zarpamos dentro de dos días.

Una bofetada no podría haber supuesto un golpe más fuerte. Me quedo mirando a Mattias completamente perpleja. Escruto su rostro con la vaga esperanza de no haberlo entendido bien.

–Pero un viaje de esos dura un año –digo.

–Un año y medio, puesto que no volveré enseguida.

–¡Un año y medio! ¿Por qué no me lo dijiste?

Él suspira, me coge la mano y me la acaricia.

–Porque empecé a dudar. No es difícil marcharse si no hay nada que te retenga en casa. Cuando te conocí, todo cambió de repente. Sin embargo, debo ir. No solo porque me gustaría ver el otro lado del mundo, sino también porque es importante para los negocios. China está sumida en una guerra civil, por lo que se ha interrumpido el suministro de porcelana. No tengo que explicarte lo

perjudicial que es eso para nosotros. Adriaen ha insistido en que vaya a ver si hay una manera de volver a poner en marcha el suministro, ya sea buscando una ruta alternativa o comprando la porcelana en otro sitio, por ejemplo en Japón. Hay otros mercaderes que también quieren intentarlo, así que nos hemos asociado y hemos organizado una expedición. ¿Lo comprendes?

–Sí, lo único que no comprendo es por qué me lo ocultaste. O no, en realidad lo comprendo muy bien. Te apetecía tener una aventura antes de cruzar el océano. Y yo, por supuesto, mordí el anzuelo.

–¡No! –exclama apretándome más la mano–. No es así. No te he mentado. Ni una sola palabra. Todo lo que te dije es verdad. Lo decía en serio.

Nos miramos y en los ojos de Mattias veo reflejado mi propio dolor.

–Te creo –admito en voz baja–. Pero no basta con decir algo en serio. Se trata de lo que haces después.

–Dentro de un año y medio estaré de vuelta. Sé que es mucho tiempo, pero volveré. Y entonces aún tendremos el resto de nuestra vida. –Noto su rostro junto al mío, oigo su voz quebrada–. Preferiría quedarme, pero no es posible. Hago este viaje también por ti, para tener algo que ofrecerte. Espérame. ¿Quieres hacerlo?

–No comerciáis solo con porcelana. Sin duda es un contratiempo, pero hay más cosas que vienen de Oriente aparte de eso. Sé sincero y admite que te vas porque quieres. No me lo tomaré como algo personal, puedo imaginármelo. ¿Por qué ibas a comprometerte si el mundo entero te atrae? Quizá yo habría hecho lo mismo si hubiese sido un hombre. Pero no soy un hombre y el mundo es muy diferente para las mujeres. –Me levanto y lo miro desde lo alto–. No puedo permitirme desperdiciar los mejores años de mi vida. Así que no te prometeré que vaya a esperarte, Mattias. Es muy posible que cuando vuelvas sientas la llamada de la siguiente aventura. Para ambos es mejor que lo dejemos ahora.

Después de estas palabras, me pongo el chal y salgo apresuradamente de la posada, antes de tener tiempo de cambiar de opinión.

Algunas decisiones se toman con el corazón, otras con la cabeza. Hasta ahora he mantenido un equilibrio entre ambas, dejándome guiar unas veces por mis emociones y confiando otras en mi intuición. Una voz interior me repetía incesantemente que Mattias acabaría rompiéndome el corazón, así que yo soy la única culpable de tener el corazón destrozado. La vida no es un cuento de hadas, sino una lucha en la que los soñadores lo acaban pagando caro. Y ahora, para rematarlo, solo faltaría que estuviera embarazada. ¿Cómo podría criar a un hijo y trabajar al mismo tiempo? Perdería mi empleo, ese precioso empleo hecho a mi medida, antes siquiera de haber empezado.

Rezo en silencio; le suplico a Dios que me conceda otra oportunidad.

Juro que no volveré a soñar nunca más. De ahora en adelante dejaré que sea mi cabeza la que guíe a mi corazón. He aprendido la lección.

En casa me quedo un largo rato delante de la ventana, contemplando los barcos que navegan por el canal. Hace buen tiempo y aún hay mucha gente en la calle. Los niños juegan fuera, las mujeres conversan al sol del atardecer. Las veo lanzar miradas curiosas hacia mi ventana. Tendría que salir para conocer a la gente, pero no tengo ánimos. Hoy no. Alegrándome de haber cenado ya y de que la casa esté ordenada, me meto en la cama que está en el armario y cierro las puertas.

En mi primer día de trabajo, no es Evert sino Frans el que me enseña lo que hay que hacer. Frans es maestro pintor de cerámica, lo que significa que ha seguido un aprendizaje de cinco años y ahora es el encargado de dirigir el taller.

La fábrica de cerámica se compone de diferentes edificios a orillas del Gheer hasta Achterom. Frans me muestra la cámara donde los pisadores mezclan con los pies descalzos la arcilla que los alfareros transforman en platos y cuencos. Después, las piezas se sumergen en un baño de esmalte y se cuecen y pintan.

En total, trabajan aquí diez personas, lo que a mí me parece mucho, pero a Frans no.

–Antes éramos más –me explica–. El patrón tuvo que despedir a varios trabajadores. La industria de la cerámica está atravesando un mal momento.

–Entonces ¿por qué me ha contratado? –le pregunto.

–Al final resultó que nos faltaba un pintor. Siempre hay mucha demanda de cerámica sencilla. Y ten en cuenta que a ti te paga la mitad que a un hombre.

La satisfacción que sentía por mi nuevo empleo desaparece de inmediato después de esa observación. Sigo a Frans en silencio. Todos me miran con curiosidad, pero nadie dice nada. Quirijn es el único que me saluda levantando la mano. Después de una visita rápida a todos los edificios, Frans me lleva al taller de pintura y nos ponemos manos a la obra.

El trabajo no es difícil. Ayer les demostré lo que sabía hacer, pero en realidad mi única tarea es añadir una sencilla decoración blanca a la cerámica roja. Desde detrás de mi mesa tengo vistas al patio, y en un momento dado veo aparecer allí a Mattias. Dejo inmóvil el pincel. Frans lo ve y mira afuera.

–Es el hermano del patrón –me dice.

–Lo sé. Yo servía para su otro hermano, en Ámsterdam.

Frans enarca las cejas y desvía la mirada. Su actitud desdeñosa me trae sin cuidado, tengo otras cosas en la cabeza. Me cuesta concentrarme en mi trabajo. La mano me tiembla ligeramente y para evitar cometer errores, decido ir a moler pigmentos.

Frans me mira con asombro, puesto que hay todavía suficiente plomo blanco en la mesa, pero no hace ningún comentario.

Yo me quedo moliendo hasta que por fin dice:

–Con eso tenemos para un buen rato. –Y una vez que me he sentado, añade–: Para hacer este tipo de trabajos tenemos a Klaas. De lo contrario perderíamos demasiado tiempo.

–De acuerdo –digo cogiendo el pincel.

En ese momento se abre la puerta y Evert aparece en el vano.

–Catrijn, ¿puedes venir un momento?

Me levanto y respiro profundamente antes de seguir a Evert. Este me conduce al pequeño despacho que se encuentra en la trastienda, donde, tal y como esperaba, me encuentro a Mattias. Está sentado en el borde de la mesa y me mira.

–Vienes a despedirte –le digo.

–Sí, no me gustó la forma en que nos separamos ayer.

–A mí tampoco, pero no podía hacer otra cosa. No hay nada más que decir.

–Salvo que volveré dentro de un año y medio. Espero que sigas aquí.

–En un año y medio pueden pasar muchas cosas.

–Sí... –Se acerca a mí y me acaricia la mejilla–. Podrías conocer a otra persona.

–Eso podría suceder, en efecto.

–Cuando te vuelva a ver podrías estar casada.

–Sí, eso es posible.

–Prefiero que no sea así.

Exhalo un profundo suspiro.

–Si no quieres que me case con otro, tendrás que casarte tú conmigo. Y si no estás dispuesto a hacerlo, deja de quejarte.

Él esboza una amplia sonrisa.

–Así es como me gustas más, cuando te enfadas. Tengo algo para ti.

Por un instante siento una chispa de esperanza atravesar mi cuerpo, pero la bolsita que me entrega no tiene la forma esperada. Suelto el cordel y saco un brazalete de piedras de un azul intenso.

–Lapislázuli –me dice.

–Es precioso –le digo haciendo acopio de fuerzas para ahuyentar el sentimiento de decepción que me embarga el corazón.

Me pongo el brazalete alrededor de la muñeca y Mattias me atrae hacia sí. Acerca los labios a los míos y me besa suavemente.

–Volveré –me dice en voz baja.

Luego da media vuelta y se marcha. Yo permanezco inmóvil.

Durante mucho tiempo sigo envuelta en su olor y siento el calor de su boca. Una conversación y un beso han sido suficientes para aniquilar mis defensas. Busco apoyo en la mesa y reprimo el deseo de salir corriendo detrás

de Mattias, mientras lucho contra las lágrimas y respiro hondo unas cuantas veces sin apartar la vista del suelo. Cuando levanto los ojos, veo a Evert en el vano de la puerta. Me mira sin decir nada.

Justo cuando el silencio se vuelve insoportable, dice:

–Yo no me lo tomaría demasiado en serio.

–No –digo con la voz quebrada–, tampoco lo hago.

En los días siguientes procuro pensar lo menos posible en Mattias. Cuando oigo que el Delft, el buque de la VOC, ha zarpado de Delfshaven, me sumerjo en mi trabajo. La cocción de la cerámica es un largo proceso. Para que el horno alcance la temperatura adecuada para poder introducir la cerámica, debe arder durante cuarenta horas y después tarda tres días en enfriarse lo suficiente para poder sacar las piezas que hay dentro.

Evert me explica que su padre empezó un día a fabricar mayólica, una cerámica basta con motivos esmaltados, originaria de Italia, y que él decidió pasar a la fayenza cuando heredó la alfarería.

–La fayenza es un tipo de cerámica más fina –me explica–. Se parece a la porcelana, pero no es tan delicada. Hoy en día es muy popular, la llamamos la porcelana holandesa.

–Es preciosa.

Sostengo entre las manos un cuenco pintado de blanco y azul, y lo giro con cuidado.

–Y muy cara –dice Quirijn acercándose a nosotros–. Cuesta tres veces más que la mayólica. Y tiene menos demanda.

Alzo la vista.

–De ahí que fabriquéis sobre todo cerámica roja.

–Sí, esa siempre se vende bien, aunque no da muchos beneficios. En los últimos años he tenido que despedir a pintores muy buenos porque solo pintaban florecitas blancas. Eso puede hacerlo cualquier aprendiz –dice Evert.

–Y yo.

–Tú puedes hacer mucho más, y sales más barata.

–¿Tan mal les va a las fábricas de cerámica? Nadie lo diría: aquí trabaja mucha gente.

–Sí, las cosas van mal. Sin embargo, recibimos suficientes encargos como para dar de comer a todos. La porcelana china es muy popular, no podemos competir con ella.

–Mattias me contó que el suministro de esa porcelana ha quedado paralizado porque se ha declarado una guerra civil en China –digo.

–Es cierto, pero eso no significa que, de repente, la gente empiece a comprar mayólica o fayenza. Sigue habiendo una gran demanda de porcelana

oriental –dice Evert mirando pensativo al frente–. Ojalá supiésemos fabricarla nosotros. La auténtica porcelana es finísima y pese a ello es resistente, su interior es de un color blanco homogéneo. La cerámica holandesa tiene simplemente una capa blanca sobre un fondo rojo, y es mucho más pesada. No sabemos cómo hacen los chinos para cocer una loza tan fina.

–Pero si la porcelana china ya no puede suministrarse, la gente tendrá por fuerza que comprar otra cosa. Algo que se le parezca –digo.

–La fayenza es lo más parecido, pero no se vende bien. Los ricos quieren el original, no una imitación.

–¿Qué es lo que les gusta tanto de la porcelana china?

–¿Has visto porcelana china alguna vez?

En ese momento recuerdo los jarrones en el salón de su hermano.

–Sí.

–¿Te gustó?

–Sí, es preciosa.

–¿Podrías decir por qué?

–Los colores. El azul profundo sobre el blanco radiante. Y las decoraciones. Eran tan... diferentes.

–Exóticas –dice Evert.

–Sí. Cuando las miraba tenía la sensación de haber ido a parar a otro mundo. Un mundo tan lejano que para llegar a él es necesario navegar durante medio año. Un mundo que nunca veré.

–Salvo que mires uno de esos cuencos o jarrones.

–Creo que eso es lo que fascina tanto a la gente: los dragones, las cascadas, las flores exóticas y el aspecto de las personas que viven al otro lado del mundo. Ya tienen muy vistas las imágenes de molinos y vacas.

–Podrías tener razón en eso.

–Al menos, es lo que pienso yo. –Me vuelvo hacia Evert–. Podríamos hacer algunos platos decorativos con imágenes chinas y ver lo que pasa.

Hasta ese momento, Quirijn se ha limitado a escuchar, pero ahora se inmiscuye en la conversación.

–Eso sería perder el tiempo. Por mucho que nos esforcemos, seguirá siendo fayenza, una imitación.

–Quizá a la gente no le importe tanto el tipo de cerámica. Quizá quieran algo que sea agradable para la vista. Dejad que pinte algo así –insisto.

Evert permanece largo tiempo mirándome en silencio.

–De acuerdo –dice por fin–. Inténtalo.

Al final del día, cuando los demás trabajadores se han ido a casa, yo me quedo sola en el taller de pintura.

Es el mes de junio, así que por las tardes hay aún suficiente luz para poder trabajar. Deposito el cuadro del jarrón que pinté en el taller de Brigitta y lo examino. Luego practico con una pieza descartada antes de atreverme a pintar una pieza de cerámica buena.

Para sorpresa mía, Evert viene a hacerme compañía. Ha traído pan y pollo asado que coloca sobre la mesa mientras mira el cuadro.

–Así es como se te ocurrió la idea –me dice–. Ya habías pintado antes algo parecido. Es precioso, Catrijn.

–Gracias. Pero trabajar sobre lienzo es muy diferente.

–Sí, ya te lo dije. La cerámica es porosa y no agarra tan bien la pintura –dice mientras mira el bote que tengo ante mí–. Veo que has cogido pigmento azul, pero tienes que utilizar pigmento negro. Al secarse en el horno, el pigmento negro con óxido de cobalto se vuelve azul claro. –Se echa a reír al ver mi cara–. Ese pigmento azul oscurecerá demasiado durante la cocción. La gente prefiere los tonos claros. –Se sienta a mi lado, coge otro plato y moja el pincel en la pintura–. La pintura no es lo mío, pero puedo pintar las rosas a lo largo del borde, siempre que tú te encargues de los motivos más complicados...

Nos ponemos a trabajar envueltos en un silencio placentero. Las figuras complicadas exigen mi total concentración. Después de unas horas, cuando el sol ya no entra por las ventanas y la luz disminuye cada vez más, hemos decorado dos platos. Recogemos juntos y dejamos nuestras obras sobre la mesa. Está prohibido cocer de noche, salvo que haya alguien presente vigilando el horno, cosa que controla cada hora la guardia municipal. Dado que el horno no está encendido y el hornero ya se ha ido a casa, habrá que esperar a mañana para cocer las piezas.

Aunque vivo muy cerca, Evert insiste en acompañarme a casa. Cuando abro la puerta, me dice:

–No me arrepentiré de haberte contratado, Catrijn. Estoy seguro de ello. Yo me río.

–Espera que eche a perder mi primera pieza.

–Incluso así. Buenas noches. –Se despide alzando la mano y se marcha.

Yo lo sigo con la mirada y solo cuando lo veo desaparecer detrás de la esquina entro en casa y cierro la puerta.

–¿Qué es esto? –pregunta Frans al día siguiente con cara de asombro. Observa los platos pintados de negro con motivos orientales, listos para el horno. También Quirijn contempla la nueva cerámica junto a la mesa.

–Un experimento –le contesto–. Todos los ceramistas hacen lo mismo, así que pensé: ¿por qué no probar otra cosa?

–¿Estuviste haciendo esto anoche? ¿Al patrón le pareció bien?

–El propio Evert me ayudó.

–¡Oh, ya lo llamas Evert! No has perdido el tiempo. Seguro que trabajasteis hasta tarde –dice y, sin mirarme siquiera, comprueba los platos.

Yo miro su espalda, estoy irritada y no tengo la más mínima intención de aguantar sus ofensivas indirectas.

–No me gustan tus insinuaciones, Frans. Si tienes algo que decir, dilo.

Frans vuelve a depositar el plato y se vuelve hacia mí.

–Pintas bien, pero no tanto como para justificar que te hayan contratado. Para conseguir este trabajo tuve que seguir una formación durante años y tú entras como si nada.

–Venga, venga –dice Quirijn intentando tranquilizarlo.

–Quizá sea porque me paga la mitad de lo que le pagaría a un hombre, como me dejaste bien claro desde el principio –le digo fríamente.

–Quizá. Pero si fueras una vieja gorda y desdentada no habrías conseguido el puesto.

–Tengo la suerte de que no sea así –le respondo con la misma frialdad–. Si te parece bien, volveré al trabajo. No tengo tiempo para semejantes sandeces.

Frans se encoge de hombros y se va. Tardo un rato en recuperar el dominio de mí misma.

–No le hagas caso –me dice Quirijn–. No soporta tener que trabajar con una mujer. Y menos si esa mujer realiza un trabajo igual de bueno que el suyo. Si te da problemas, házmelo saber.

–Gracias, ya me las arreglaré. He conocido a hombres peores.

–Sí, creo que eres una persona que sabe apañárselas sola. Me recuerdas a mi esposa Engeltje: parece de porcelana, pero es pura apariencia. Cuando se enfada, salgo corriendo.

Me echo a reír.

–Me gustaría conocerla.

–Seguro que la conocerás –dice mientras abre la puerta del segundo horno, que nunca se utiliza–. Menos mal que tenemos otro horno. El óxido de cobalto necesita otra temperatura. –Quirijn da órdenes para calentar el horno y luego se dirige a mí–. Tardará un rato en estar suficientemente caliente.

Yo asiento con la cabeza y me pongo a trabajar. Al final del día, miro cómo los horneros colocan los platos sobre las rejillas. Siento muchísima curiosidad por saber cómo saldrán. Por desgracia el proceso de cocción es muy largo. Por mucho que me cueste, deberé tener paciencia.

Tres días más tarde estoy justo delante del horno cuando lo abren. Se trata de un horno grande de gruesas paredes con una boca de carga en la parte inferior. La zona donde se quema la leña está separada por una bóveda de la zona de cocción, que consta de tres pisos.

Normalmente, el encargado de vaciar el horno es Klaas, uno de los aprendices, pero ahora lo hace el propio Evert. En cuanto abre la puerta, todos nos acercamos y yo me asomo llena de curiosidad por ver el interior. Aunque el enorme horno se ha enfriado lo suficiente para poder vaciarlo, la ola de calor me golpea en la cara.

A Evert no parece molestarle el calor y mete una y otra vez los brazos dentro para ir sacando la cerámica. Yo lo contemplo emocionada. Él coloca los platos con sumo cuidado sobre la mesa y los demás nos congregamos alrededor de ella. Durante unos segundos nadie dice nada, y luego todos empezamos a hablar entusiasmados. Observamos el resultado con admiración.

–¡Precioso! –dice Quirijn en tono casi solemne.

Es, en efecto, precioso: el color azul claro sobre el fondo perfectamente blanco, los misteriosos dragones y figuras chinas, las flores y los ángeles que parecen cobrar vida gracias al hermoso brillo de la capa adicional de esmalte. Me cuesta creer que lo haya pintado yo. Mi rostro resplandece de orgullo y alegría.

Miro sonriendo a Evert, que está inclinado sobre la cerámica, se diría que casi respetuosamente. Luego se yergue y me sonrío.

También en el rostro de Frans ha aparecido una sonrisa. Cuando nuestros ojos se encuentran, advierto por primera vez una mirada de respeto.

Los platos se exponen en la tienda sobre una mesa de madera tallada que se encuentra delante de la ventana, donde brillan a la luz del sol y atraen a muchos curiosos. Esa misma tarde, Evert recibe un pedido de Herman Fischer, un mercader alemán con quien suele hacer negocios.

–Treinta platos decorativos y veinte jarrones –nos dice a Frans y a mí–. Con exactamente los mismos motivos. Tienen que despacharse dentro de una semana.

Nos ponemos de inmediato manos a la obra y al día siguiente, cuando llega un nuevo encargo, Evert nos ordena dejar de lado el antiguo trabajo.

–Los adornos sencillos puede hacerlos Lambert. Vosotros concentraos

en el nuevo estilo –nos dice–. Frans, he pedido un cargamento de arcilla del Westerwald. Según Fischer, con esa arcilla se puede cocer una cerámica más fina y blanca. Vamos a probarla.

A partir de ese momento no hago otra cosa más que pintar figuras orientales. Evert tiene porcelana china que me sirve de ejemplo.

Me sube el sueldo, lo que agradezco mucho, pero lo principal es que estoy a gusto trabajando en la fábrica de cerámica. Frans parece haber cambiado de opinión sobre mí. O al menos ya no hace observaciones maliciosas.

Una tarde, cuando salgo un momento del taller para ir a beber algo a la cocina oigo voces en la tienda y me asomo. Allí veo a Evert hablando con un hombre y una mujer que van acompañados de dos niños de unos diez años. Cuando me ve, me hace señas.

Me seco las manos con un paño y entro en la tienda.

–Aquí tenéis a mi nueva adquisición en el negocio, una auténtica artista. Dadle un pincel y hará maravillas. –La voz de Evert rebosa orgullo–. Estos son amigos míos, Catrijn. Ya conoces a Isaïc, a quien alquilas la casa. Esta es su esposa Aleid, y sus hijos Jenneke y Michiel.

Nos saludamos. Con su pelo oscuro y su anticuada capa, Aleid aparenta más edad de la que debe de tener en realidad, pues en su rostro apenas hay arrugas. Su esposo es mucho más alto que ella, de hecho es más alto que nosotros tres. Los niños saludan educadamente. Se parecen tanto que sospecho que son mellizos.

Aleid van Palland se dirige a mí.

–Evert me dijo que eras de Alkmaar, igual que mi marido. ¡Qué casualidad!

–Sí, es cierto –digo, al tiempo que me pongo en guardia.

No sé si los agentes judiciales de diferentes ciudades tienen contacto entre sí, y la posibilidad de que el alguacil de Alkmaar encuentre mi rastro de esta manera me parece pequeña, aunque no me siento del todo cómoda.

–No debe de ser fácil vivir sola en otra ciudad.

–Hasta ahora he tenido poco tiempo para echar de menos a mi familia, pero es cierto que no es fácil. Está muy lejos.

–¿Tu familia viene a verte a veces?

–Están demasiado ocupados para hacer el viaje. Se tardan días en llegar aquí y ellos no pueden dejar el trabajo sin hacer.

–Te llamas Barents, ¿no es así, Catrijn? –me pregunta Isaïc–. ¿Has conservado el nombre de tu esposo fallecido o es tu nombre de soltera?

–Es mi nombre de soltera. No creo que conozcáis el de mi esposo. Vivíamos en De Rijp, no en Alkmaar.

Siento un sudor frío al pensar que pueda conocer el nombre de Govert, que su familia pueda haberle hablado de su muerte en circunstancias sospechosas. Las habladurías viajan rápido.

–De vez en cuando voy a Alkmaar, pero nunca a De Rijp. –Isaac me observa con atención, como si hubiese advertido mi reserva.

–Pásate por casa si tienes tiempo. Me gustaría conocerte mejor –me dice Aleid amablemente.

–Eso me gustaría mucho –le contesto con una débil sonrisa–. Tengo que volver al trabajo, os ruego que me disculpéis... –Hago una reverencia y vuelvo, apresurada, al taller.

–Nos veremos el domingo en la iglesia –me grita Aleid.

Hubiese preferido mantenerme alejada de Isaïc y Aleid, pero, por supuesto, el domingo no puedo faltar a la iglesia. Además, no sería muy sensato quedarme en casa, pues tengo que reconciliarme con Dios. Por otro lado vivo como una penitencia el haber roto el vínculo con mi familia y haber renunciado a Mattias. Un nuevo comienzo en Delft, donde puedo pasarme el día pintando, es más de lo que podía esperar.

Mientras tanto, no paran de llegar pedidos. Aunque Evert contrata mano de obra adicional, la carga de trabajo sigue siendo elevada. Ya no podemos pintar lo que nos plazca, dejándonos llevar por nuestra inspiración. Ahora hay que producir, y rápido.

Frans y yo hacemos dibujos sobre el papel, perforamos los contornos de las imágenes, las colocamos sobre la cerámica y luego rellenamos las perforaciones con carboncillo para que aparezcan los dibujos. Después solo nos queda colorear las figuras. Los recién llegados al taller de pintura utilizan nuestros esbozos, lo cual incrementa la producción.

La fábrica de cerámica crece de manera explosiva. En el transcurso del verano se duplica y luego se triplica el volumen de ventas mensual.

–El Delft ha llegado al Cabo –me dice Evert una tarde, cuando ha acabado la jornada de trabajo y, al advertir que lo miro sin comprender, añade: el Cabo de Buena Esperanza, el punto más meridional de África.

Me hace una seña de que le siga hasta su despacho, donde, desde la partida de Mattias, cuelga un mapamundi de la pared.

–Esta es la República, aquí están Francia y España. Debajo está África. Ahora, Mattias está aquí.

Me pongo a su lado y miro el punto que señala. Resulta extraño pensar que Mattias esté tan lejos. Nunca hablamos de él; Evert seguramente porque no quiere hacerme sufrir, yo por la misma razón.

¿Qué estará haciendo en este preciso momento? ¿Pensará alguna vez en mí? Me disgusta reconocer que yo pienso mucho, demasiado, en él, aunque la sensación de pérdida se ha suavizado algo.

–¿Hacia dónde se dirige? –pregunto.

Evert desliza el dedo hacia un punto en la otra mitad del mapa.

–Imagina lo lejos que está esto. Es casi inimaginable. No quiero ni pensar en tener que ir hasta allí, pero él siempre quiso hacerlo.

–Sí, eso me contó.

Evert me mira de reojo.

–Catrijn, hay algo sobre Mattias que debes saber.

–¿Qué?

–Ya te lo dije hace un tiempo: no cuentes demasiado con él. Mattias siempre ha tenido problemas con las obligaciones. Le gusta la variedad. No le interesa llevar una vida regular. Sé que es muy atractivo, pero no quiero saber a cuántas mujeres les ha roto el corazón.

–A mí no me ha roto el corazón.

–Pero casi. Vi cómo lo mirabas después de que se despidiera de ti.

–Me pidió que lo esperara.

–Sí, lo oí. ¿Y lo esperarás?

Me quedo mirando fijamente el mapa, el punto donde ahora está Mattias.

–No. No creo que tenga sentido hacerlo. –Pronunciar estas palabras me produce una enorme tristeza.

Para sorpresa mía, Evert dice:

–Creo que lo decía en serio.

–¿De verdad?

–Mattias no es un mentiroso. Si dice algo así, lo dice sinceramente. El problema es que no puede cumplir sus promesas. No porque no quiera, sino porque es diferente de la mayoría de las personas. Necesita la libertad para hacer lo que quiere. Volverá a ti, pero luego se marchará otra vez.

Lo escucho en silencio. Sus palabras hacen añicos la tímida esperanza que, a pesar de todo, albergaba en mi interior. Intuitivamente sé que Evert tiene razón y que sus intenciones al avisarme son buenas. Pero también hay algo más. Lo veo en su cara, lo detecto en sus ojos. Me doy cuenta de que bastaría con que yo diera un paso en su dirección para romper nuestra soledad.

–¿Te apetece ir a la feria? –me pregunta Engeltje un día que pasa por la tienda.

Lleva de la mano a sus hijitas Catharina y Geertruyd, y debajo de su jubón se aprecia claramente su vientre abultado. He hablado con ella varias veces y desde el primer día sentí que nos unía un estrecho vínculo. Ello se debe también a Quirijn, que me habla todos los días con entusiasmo de su mujer y de sus hijas, y del nuevo embarazo.

–Espero que esta vez sea un varón –me confió en una ocasión–. Engeltje se pone furiosa si se lo digo, a ella no le importa lo que sea, siempre que el bebé esté sano. Y por supuesto tiene razón, pero yo espero que sea un varón.

–Lo entiendo muy bien –le dije–. A los hombres les encanta tener hijos varones, igual que a las mujeres nos gusta tener niñas.

Ahora que tengo a Engeltje delante recuerdo aquella conversación.

–¿No habrá demasiado ajeteo para ti en la feria? –le pregunto.

Engeltje niega con un gesto de la cabeza mientras me mira con desdén.

–Pareces Quirijn. Él preferiría que me quedase todo el santo día en casa. Como si el embarazo fuera una enfermedad. El cuerpo de una mujer está hecho para tener hijos. Mis anteriores partos fueron estupendamente, así que este también saldrá bien.

No puedo por más que darle la razón.

–Me parece estupendo ir a la feria. Tengo curiosidad por ver si aquí la celebran del mismo modo que en mi pueblo.

–Seguro que sí. Al final, todo se reduce a lo mismo. –Engeltje hace un gesto como si se bebiera una jarra de cerveza de un trago y yo me echo a reír.

–¿Y vosotras? ¿También iréis a la feria? –les pregunto a las niñas, que me miran con timidez.

Catharina tiene cinco años, Geertruyd acaba de cumplir tres, y asienten sin decir nada. Viéndolas así, con sus chaquetitas y sus faldas y las capuchas cubriendo coquetonamente sus rizos, me parecen tan adorables que siento una punzada de nostalgia. Si hubiese vivido, mi hijito tendría ahora un año y medio.

Cruzo una mirada con Engeltje, que me observa con dulzura.

–A ti también te llegará ese día, Catrijn. Estoy segura.

–¿Ah, sí?

–Sí, ¿no has visto cómo te mira Evert? Y siempre habla de ti.

–Porque trabajamos codo con codo.

–Incluso te presenta a sus amigos. Créeme, no hizo lo mismo con Frans ni con Quirijn.

Suelto una risotada.

–No, seguro que no. Pero para serte sincera, no sé qué pensar de la situación.

–¿Qué situación?

–De la mujer de Evert que falleció. Todos me dicen que me parezco a ella. ¿Te extraña que Evert me mire? La ve a ella.

Engeltje reflexiona unos instantes.

–No lo creo –dice finalmente–. Gesina lleva muerta ya cuatro años.

–Eso no es mucho para una pérdida tan grande.

–No... –Engeltje titubea antes de seguir–. Para Evert lo peor fue perder a sus hijos. –Me interroga con la mirada–. Según él, tú te veías con su hermano Mattias. ¿Es eso cierto?

–No era nada serio. De lo contrario no se hubiese marchado por un año y medio.

-Algunos hombres creen que las mujeres los esperarán eternamente. Escucha, no quiero ser una entrometida y no tienes que contarme nada. Solo quería dejarte claro que Evert es un tipo de hombre muy diferente. Y que sería un buen esposo para ti. Enamorarse es maravilloso, pero al final sales mejor parada con un hombre que esté aquí para cuidar de ti.

A finales de julio, todo Delft acude a la feria. Incluso los ricos se rebajan mezclándose con el pueblo llano. Desfilan, vestidos con sus mejores galas, entre los vendedores ambulantes, los sacamuelas y los truhanes.

Mientras avanzo entre la muchedumbre con Evert, Quirijn, Engeltje y sus hijas, constato que la feria de Delft no es muy diferente de la que se celebra en De Rijp. Eso sí, es mucho más grande y hay más puestos y atracciones.

Pero por aquí también se pasean los feligreses estrictos, encabezados por el pastor, para advertir de la perversa influencia de la feria, que empezó siendo un mercado anual que se celebraba el día de la consagración de la Iglesia católica y que, por consiguiente, es una atrocidad para los protestantes. La mayoría de los habitantes de Delft son protestantes y, sin embargo, nadie parece tener problemas para entregarse al espíritu festivo.

En la plaza del Mercado se ha instalado un podio en el que se representan continuamente obras de teatro, y en la esquina de la calle, un teatro de títeres para los niños. En las carpas, las gitanas adivinan el futuro, y también hay astrólogos, funámbulos y tragafuegos. La plaza y las calles adyacentes están repletas de tenderetes donde uno puede darse un hartazgo de tortas de pasas, panes de leche y otros dulces.

Entre la multitud nos topamos con Isaïc y Aleid van Palland y sus mellizos. Nos saludamos, charlamos un rato y luego seguimos nuestro camino.

La exhibición de criaturas deformes –gigantes y enanos, jorobados y contrahechos– genera mucho interés y la gente se agolpa para observarlos a sus anchas.

Un poco más allá, la Mujer Más Fuerte de la República demuestra que puede sostener un tronco en el aire. Entre los espectadores se oye un murmullo de admiración.

–Parece un hombre –digo, mientras contemplo con recelo los músculos de la mujer.

–Y lo es –me asegura Evert–. Lo más probable es que haya cogido prestada la ropa de su mujer.

–Evert no cree en nada –dice Quirijn dándole un codazo a su jefe y amigo, y echándose a reír–. Deja que te digan la buenaventura, Evert. Yo lo hice en la feria del año pasado y me prometieron un hijo.

–Yo también me atrevo con ese tipo de adivinaciones. Las probabilidades de acertar son del cincuenta por ciento –le responde Evert,

lanzando una mirada despectiva a la carpa de la adivina.

–¿Entramos, Catrijn? –pregunta Engeltje.

–Sí, id vosotras. Y preguntadle cuándo nacerá el bebé exactamente –dice Quirijn, mientras coge su bolsa y saca una moneda.

–Eso puedo decírtelo yo, falta mucho aún –dice Engeltje aceptando la moneda–. Ven, Catrijn, vamos.

Le entrega las niñas a su marido y me coge del brazo. Miro a Evert en busca de ayuda, pero él se limita a reírse.

–¿Por qué no? –me dice–. Siempre que no te tomes demasiado en serio esos disparates.

La carpa está abierta, en señal de que la adivina no tiene clientes en ese momento, y nosotras entramos riendo. Las telas oscuras evocan una atmósfera misteriosa. Dentro flota un olor extraño que no logro identificar. Veo a una joven gitana, vestida con una túnica verde claro y un velo transparente que le cubre el rostro. La muchacha nos sonrío.

–Tomad asiento, nobles mujeres –dice con una entonación suave y educada.

Nosotras nos sentamos y ella se concentra de inmediato en Engeltje. Sin decir nada alarga el brazo y, después de titubear un poco, Engeltje coloca su mano en la palma de la gitana. La adivina cierra los ojos y permanece callada mucho tiempo. Luego levanta sus largas pestañas y dice:

–Veo para vos una vida larga y afortunada. Una gran fortuna está de camino.

–Os referís a mi bebé. ¿Será niño? –pregunta Engeltje, ansiosa.

–Sí, será niño. El parto irá bien. Y después de este niño traeréis al mundo a muchos otros niños sanos. Pero yo me refería a la fortuna en los negocios – dice, lanzando una mirada penetrante a Engeltje–. Vuestro esposo y vos iniciaréis una empresa que pasará de generación en generación. Será un negocio grande y próspero.

–Mi marido es ayudante de ceramista.

–En tal caso, va siendo hora de que se establezca por su cuenta.

La gitana desliza su mirada hacia mí. Suelta la mano de Engeltje y coge la mía. Esta vez no cierra los ojos. Me observa durante segundos enteros. Me invade un mal presentimiento.

–¿Qué? –pregunto atemorizada.

–Debéis andaros con cuidado –me susurra–. El peligro acecha. Siento un escalofrío recorrer mi espalda.

–¿Qué tipo de peligro?

–Varios peligros. Debéis ser fuerte y rezar para apartarlos.

–¿Ser fuerte? ¿Qué debo hacer?

–Alejaos –dice la mujer en tono decidido–. Marchaos lejos. Es la única solución.

En la carpa se hace un silencio sepulcral. Me cuesta tragar y veo que Engeltje me mira asustada. La adivina ha cerrado los ojos y sigue sosteniendo mi mano. Cuando se estremece, la retiro.

–Creo que no decís más que disparates –suelto con decisión, pero yo misma oigo el miedo en mi voz.

–Sí, eso creo yo también. Venga, Catrijn, nos vamos. –Engeltje deja la moneda sobre la mesa y se levanta.

Yo me levanto lentamente, sin dejar de mirar a la gitana.

–Huid –me dice con insistencia–, ahora que todavía es posible.

A Evert le basta con ver mi cara para darse cuenta de que algo anda mal. Me pone la mano en el hombro y dice, preocupado:

–Espero que no creas en ese tipo de estupideces.

–No lo sé... No todo son estupideces. Existen personas que tienen realmente poderes adivinatorios. Lo dice la Biblia.

–Es cierto, pero también hay muchos más charlatanes. ¿Qué te ha dicho esa mujer?

Quirijn se acerca y me mira con el ceño fruncido.

–Engeltje me ha explicado lo que te ha dicho la adivina. Que corres peligro.

–Ha dicho que lo mejor es que me marche.

Evert tuerce el rostro, en un gesto de cólera, y entra en la carpa dando grandes zancadas. Los demás nos miramos incómodos. No se queda mucho tiempo dentro. Cuando vuelve a salir, tiene el semblante sombrío y empuja a la adivina delante de sí.

–Esta mujer tiene algo que decirte, Catrijn.

La joven se pone de rodillas y me coge la mano.

–Perdonadme, señora, he dicho lo primero que se me ha ocurrido. Si prometiera a todos un brillante futuro, la gente dejaría de creerme. No he visto nada especial en vuestra mano y por eso me lo he inventado.

La gente se agolpa a nuestro alrededor y nos miran con curiosidad. Yo me siento terriblemente incómoda e intento retirar la mano, pero la gitana me la sujeta con fuerza.

–Volveré a intentarlo y esta vez será la verdad. –Me gira la palma de la mano y la observa con nerviosismo–. Tenéis una línea de vida larga, eso es bueno. Y veo...

Los espectadores empiezan a armar jaleo, yo retiro la mano de un tirón.

–Está bien, os creo. –Me vuelvo hacia Evert y le digo–: Por favor, ¿podemos irnos?

Él asiente, me pasa el brazo por los hombros y me conduce a través de la multitud que aumenta rápidamente. Quirijn y Engeltje nos siguen con las niñas; tras ellos, la gente insulta a la adivina y le lanza boñigas. Cuando llegamos a una parte más tranquila de la plaza del Mercado, vuelvo la vista atrás y veo a la multitud desmontar y destrozar la carpa de la adivina.

–Las adivinas saben los riesgos que corren –me dice Quirijn al ver mi expresión–. Oficialmente, ni siquiera tienen permiso de la Iglesia para estar aquí. Hace cien años las azotaban, así que esta aún saldrá bien parada. ¿Vamos a beber algo? –Le da un empujón a Evert, cuya expresión parece decir que quizá no sea tan mala idea azotar a la gitana, y se echa a reír–. ¡Venga, que estamos de feria!

Evert se relaja y me mira para saber qué opino.

–Me parece bien –digo.

Entramos en la posada Mechelen, que ya está bastante llena. Digna y su hija Geertruy nos saludan con la mano, pero están demasiado ocupadas como para venir a charlar con nosotros. Johannes está atendiendo detrás de la barra, pero deja su trabajo para acercarse a nosotros.

–Catrijn, quiero presentarte a alguien –dice, poniendo la mano sobre el hombro de un hombre–. Este es Carel Fabritius, mi maestro y uno de mis mejores amigos.

Fabritius, un hombre flaco de unos treinta años, con una melena oscura que le llega hasta los hombros, hace una pequeña reverencia.

–He oído muchas cosas de vos, señora. Vuestro nombre corre por toda la ciudad.

Lo miro sonriendo.

–¿Es eso cierto? Espero que sea para bien.

–Sin duda alguna, señora. Y ahora que os veo, comprendo por qué. He oído decir que habéis nacido en De Rijp. No podía ser de otro modo: una belleza rubia y fresca como la vuestra solo podía venir de ese entorno.

–Carel nació en Middenbeemster –dice Johannes con una mirada elocuente.

–Esto está muy cerca de De Rijp –digo asombrada–. ¿Acaso todos los de esa comarca se han mudado a Delft?

–Es una coincidencia, en efecto. ¿Cuál es vuestro apellido?

–Barentsdochter –le contesta Johannes, solícito–. Pero tú llevas ya un tiempo fuera, Carel, así que no creo que os hayáis visto antes, ¿o sí?

–Si así fuera, lo recordaría –contesta Carel haciendo de nuevo una reverencia cortés–. En efecto, hace años que me marché. Residí durante un

tiempo en Ámsterdam y ahora llevo cuatro años viviendo en Delft.

–Eso me contó Johannes. Fuisteis discípulo de Rembrandt van Rijn, ¿no es cierto? Lo vi una vez, en mi anterior empleo. Y conocí a Nicolaes Maes, uno de sus discípulos, que daba clases de pintura a mi patrona –le digo.

–He oído decir que vos también pintáis –dice Carel mirándome con interés.

–Un poco. No muy bien.

–No os subestiméis. Johannes y yo debemos confesaros algo: hemos visto vuestro cuadro. Evert nos lo ha mostrado. Él cree que tenéis talento y que deberíais aprovecharlo.

Dirijo la mirada hacia Evert, que nos observa sonriente desde cierta distancia.

–¿Eso ha dicho?

–Sí, y nos preguntó si uno de nosotros estaría dispuesto a daros clase –contesta Carel.

–A mí me encantaría hacerlo, pero la posada me da tanto trabajo que apenas tengo tiempo para pintar –admite Johannes.

–Entonces solo quedo yo. No puedo aceptar a otro alumno para darle una formación completa, pero tengo tiempo para enseñaros algunas cosas. Siempre que os interese, por supuesto. Evert me ha dicho que en el taller pueden prescindir de vos los lunes, así que por lo que a mí respecta podemos empezar el próximo lunes –dice Carel, al tiempo que me interroga con la mirada.

Todo me da vueltas. ¿Clases de pintura yo? Me vuelvo hacia Evert, que se ha quedado algo apartado. No me quita los ojos de encima y la expresión de su semblante está tan llena de amor que yo aparto la vista, desconcertada, y me dirijo a Carel.

–Estoy contenta con mi actual trabajo, pero me encantaría aprender a pintar mejor.

–Entonces que no se hable más. Os veré el lunes por la mañana a las ocho en mi taller de la Doelenstraat. –Carel inclina la cabeza y se marcha.

Johannes me guiña un ojo y vuelve al trabajo.

Evert se acerca a mí, abriéndose camino entre la gente hasta que estamos cara a cara.

–Gracias –le digo suavemente.

–¿Vas a hacerlo?

–Sí, el lunes tengo mi primera clase.

–Es estupendo –dice Evert rebotante de satisfacción–. He podido acordar un precio razonable con Carel.

-Lo pagaré yo.

-Déjame hacerlo por ti.

-Tengo dinero, insisto en pagar yo misma las clases.

-Y yo insisto en hacerlo por ti. Tú me hiciste un enorme favor cuando me propusiste imitar la porcelana china. Y, además, seguro que lo que aprendas con Carel se reflejará en tu trabajo.

No puedo hacer nada frente a tantos argumentos. En mi interior siento todo tipo de emociones: sorpresa, agradecimiento y algo más, algo que me desconcierta. Sin embargo, únicamente acierto a decir «gracias».

Mucho después de medianoche, estoy sentada junto a Evert en una gradería mirando la plaza del Mercado, que ha quedado desierta. Aparte de algún que otro borracho que se pasea vociferando, no queda nadie en la plaza. Unas antorchas propagan algo de luz en la oscuridad, la débil luna también lo intenta. Yo juego con el brazalete que me regaló Mattias, pero dejo de hacerlo en cuanto veo que Evert me mira.

–Tienes unas manos bonitas –me dice–. Tan pequeñas y elegantes. Mira las mías. –Levanta una mano llena de cicatrices y ambos nos echamos a reír–. Bonito brazalete. Es de lapislázuli, ¿no?

Yo asiento.

–Me lo regaló Mattias antes de irse.

–Me lo imaginaba.

Nos quedamos un rato mirando al frente sin decir nada.

–¿Aún lo amas? –pregunta Evert entonces.

Su pregunta se queda flotando como una burbuja, hasta que digo suspirando:

–No lo sé. Estaba muy enamorada de él, pero ese sentimiento se está diluyendo. Habría sido más difícil si se hubiese quedado dando vueltas por aquí.

–Se te pasará.

Asiento.

–¿Y Gesina?

Ahora es él quien guarda silencio.

–Gesina y yo éramos jóvenes y estábamos enamorados cuando nos casamos –dice por fin–. Era muy hermosa y yo apenas daba crédito cuando me dijo que sí. Sobre todo porque era de una familia rica y en realidad yo no era un buen partido, aunque tenía un futuro muy prometedor. Heredé la fábrica de cerámica de mis padres, junto con mis hermanos, por supuesto, y les compré su parte. Estaba decidido a forjarme un futuro. Sin embargo, el negocio no funcionó tan bien como yo pensaba. Había una fuerte competencia en la cerámica de uso cotidiano y la gente rica prefería comprar la exclusiva porcelana china. Por mucho que yo lo intentara, no podía ofrecerle a Gesina la vida de lujo que ella esperaba. Ella consideraba humillante tener que ayudarme en la tienda. Y aunque lo hacía, yo sentía día tras día su silencioso reproche. Tuvimos hijos y, pese a que eran muy pequeños, también ellos me ayudaban

en la empresa. Enseñé a mi hijo Cornelis el oficio de ceramista, y mis hijas hacían todo tipo de trabajitos.

Evert se queda en silencio y después le pregunto en voz baja cuántos hijos tenía.

–Tres –me responde–. Cornelis era el mayor, después vinieron Magteld y Johanna. Tenían doce, ocho y cinco años cuando murieron. Entre ellos nacieron otros dos hijos, pero fallecieron cuando aún eran bebés.

No digo nada y me limito a apretarle la mano.

–Durante mucho tiempo pensé que podría haberlos salvado. Que tendría que haber subido corriendo por la escalera, aunque estuviera en llamas, que en cualquier caso tendría que haber intentado subir al piso de arriba. Sé que no habría servido de nada, pues lo único que habría conseguido con ello es llegar arriba convertido en una antorcha humana y morir con mi familia. Y así debería haber sido. Nunca me perdonaré haber retrocedido, haber titubeado durante segundos mientras oía los gritos de mis hijos. Dios tampoco me perdona, pues me castiga todas las noches en mis sueños.

Se hace un profundo silencio.

–A veces me pregunto si no nos castigamos a nosotros mismos con mucha más dureza que Dios –le digo.

–Podría ser. –Me mira, pero la oscuridad esconde la expresión de su rostro. Solo puedo guiarme por su voz, y su voz suena triste. Luego parece sobreponerse. Se yergue un poco y me pregunta–: ¿Y tú qué me cuentas? ¿Cuál es tu historia?

Yo me encojo de hombros.

–Ya te la contaré en otra ocasión.

Mientras transcurre el verano, me presento puntualmente todos los lunes por la mañana ante la puerta de Carel en la Doelenstraat. No soy la única aprendiz, pero sí la única mujer. Los demás días de la semana, los aprendices pintan escenas de desnudo, pero yo pinto sobre todo vistas de la ciudad y flores.

–Esto no es suficiente –le digo a Carel una mañana, a finales de septiembre–. Tengo que saber retratar también las figuras chinas. No puedo limitarme a las flores y los dragones. ¿Cómo puedo pintar personas si no tengo conocimientos de anatomía?

–Pero los chinos llevan túnicas amplias –dice Carel delante de un cuadro recién acabado que luego vendrán a recoger para entregarlo al cliente–. Ya sabes que no puedes estar presente en las clases de desnudos. Comprendo que resulte frustrante, pero no puede ser.

–¿Cómo puede una mujer llegar a ser maestra pintora si no puede

estudiar el cuerpo humano, mientras que se da a los hombres todas las oportunidades para hacerlo?

–Hay mujeres inscritas en el gremio de San Lucas. Por ejemplo Judith Leyster de Haarlem, una artista con mucho talento.

–Lo sé, en Alkmaar hay otra: Isabella Bardesius. ¿Cómo han conseguido formarse?

–Igual que tú, especializándose en naturalezas muertas. Aunque también han pintado retratos. –Inesperadamente, Carel gira el caballete mostrándome el lienzo que está pintando–. Dime sinceramente, ¿qué hay de malo en un cuadro como este?

Me pongo a su lado. Todavía no he visto completa su última obra, la ha acabado justo ahora. La luz matutina hace brillar la pintura aún húmeda. En el lienzo veo un pájaro de plumaje amarillo y cabeza roja. A pesar de su mirada salvaje es evidente que se trata de un animal de compañía, puesto que tiene la pata encadenada a un pequeño soporte que cuelga de una pared. Es un cuadro pequeño e íntimo. Lo miro conteniendo la respiración, impactada por su sencillez y su belleza.

–Precioso –digo finalmente.

–Lo llamo El jilguero. En realidad no quiero desprenderme de él.

–Lo comprendo. ¿No querrías quedarte con todas tus obras?

–Sí, pero entonces moriría de hambre.

Contemplamos el cuadro envueltos en un cálido silencio.

–Tienes razón –le digo–. No tiene nada de malo pintar naturalezas muertas. –Tomo asiento detrás del caballete y le pregunto–: ¿Cómo viniste a parar a Delft?

Por un instante es como si Carel no me hubiese oído, pues sigue dándome la espalda y no me contesta. Sin embargo, cuando por fin retomo mi pintura, él empieza a hablar.

–Aeltje era mi gran amor –dice sin apartar los ojos del cuadro–. Una mujer guapa y graciosa, y mi mejor amiga. Crecimos juntos, éramos vecinos. De pequeños acordamos que cuando fuéramos mayores nos casaríamos. –Se vuelve y añade–: Y eso hicimos.

Por el tono de su voz, sé que no es el final de la historia.

–Aeltje quería vivir en Ámsterdam. Allí tenía parientes ricos que me ayudaron a pagar mis estudios. Ello me permitió entrar de aprendiz en el taller de Rembrandt, y cuando conseguí el título de maestro pintor no tardé en recibir encargos. Fue una época fabulosa: Aeltje y yo gozábamos de la vida. Pero las cosas cambian. Todo lo bueno y hermoso acaba estropeándose. –Se sienta a mi lado y contempla el lienzo que está pintando con ojos que no ven–. Aeltje adoraba a los niños. Ya de pequeña sabía cómo llamaría a nuestros hijos.

Tuvimos tres, y ninguno de ellos llegó a cumplir su primer año de vida. Aeltje murió en el lecho de parto, mientras daba a luz al tercero.

–Qué terrible...

–Mi carrera iba viento en popa, pero ya no quería seguir en Ámsterdam. Volví a Middenbeemster y allí me quedé hasta que hace unos años conocí a Agatha. Era viuda, comprendía mi dolor y yo el suyo. Después de nuestra boda nos mudamos a Delft puesto que ella es de aquí.

–Qué historia tan triste –digo en voz baja.

–Es una historia muy normal, como tantas otras. Tarde o temprano todos acabamos sufriendo. Lo único que cabe esperar es que sea más tarde que temprano, para que, al menos, hayamos conocido algo de felicidad. Pero a ti no hace falta que te cuente nada, ¿verdad?

Lo miro sin comprender.

–Te conozco, Catrijn. Sé quién eres.

–¿Sabes quién soy?

–¿Cuántos años te llevo? ¿Unos diez? De Rijn, Graft y Middenbeemster son pueblos muy cercanos. Tengo amigos y familia en todos ellos. Conocí bien a Govert, tu marido. Y de vez en cuando vuelvo a mi pueblo, así que he oído los chismorreos.

Es como si me dieran un puñetazo en el estómago. Para esconder mis sentimientos sigo pintando, aunque me tiembla la mano.

–¿Qué chismorreos?

–Creo que sabes muy bien a qué me refiero. ¿Es ese el motivo por el que te fuiste, Catrijn? –Su rostro irradia amabilidad y en su voz no resuena ningún tono acusador–. Sé cómo era Govert. Tenía dos caras. Hacia el exterior podía mostrarse encantador, pero también tenía otro lado que sin duda tuviste oportunidad de conocer.

No logro pronunciar ni una palabra, me quedo muy quieta, como un animal que ha caído en la trampa.

–Sí –reconozco por fin.

–Sin duda sentiste alivio cuando murió.

–Estaba borracho como una cuba, durmiendo la mona en la cama. Cuando salí del dormitorio roncaba fuerte; cuando volví, media hora más tarde, estaba muerto.

Él me mira pensativo.

–¿Por qué dejaste De Rijn?

–¿Por qué no? Siempre quise irme, desde que era niña. Después de la muerte de Govert, no había nada que me retuviera allí.

–Algunas personas lo interpretaron como una huida.

–Y eso fue. Escapé de la mezquindad de ese pueblo. Quería otra vida,

quería ser libre, conocer a otras personas.

-¿Y te gusta?

Lo miro confusa.

-¿Qué quieres decir?

-Lo que digo. ¿Te gusta tu vida nueva y libre?

Tengo que reflexionar sobre esa pregunta.

-Sí -digo por fin-. Añoro a mi familia, pero no quiero volver. No puedo volver.

-No -dice Carel asintiendo-. Yo que tú no lo haría.

Una semana más tarde intento por primera vez pintar a una persona. Simon Simonszoon, el sacristán de la Iglesia Vieja, ha encargado a Carel un retrato suyo, y este deja que sus alumnos lo pinten también.

Antes de que hayamos podido empezar, Carel se percata de que ya no queda aceite para mezclar la pintura. Cuando deja la jarra vacía sobre la mesa, advierto que está molesto.

–Lo normal es que quien acabe la jarra, lo comunique a los demás.

–Es culpa mía, lo siento –admito avergonzada.

–Entonces ve a buscar más aceite. Y date prisa.

Me levanto de inmediato, me pongo el jubón y lanzo una mirada de disculpa al sacristán, que espera sentado con su mejor traje de paño. Él me hace un gesto tranquilizador.

–Por lo que veo hay suficiente pintura preparada como para empezar.

Le sonrío agradecida, cojo la jarra vacía y salgo apresurada a la calle. Camino lo más rápido que puedo hacia el canal Oude Delft. Una vez en la tienda de aceite, pido que llenen la jarra hasta el borde y regreso de inmediato.

Es un hermoso día de octubre y en la ciudad reina una gran animación. Los postigos de las tiendas están abatidos, la mercancía expuesta, y las amas de casa y las criadas hacen sus compras en la calle. Yo protejo la jarra con el brazo mientras me muevo entre la muchedumbre. Justo cuando entro en la Visstraat, oigo un tremendo estallido, como una explosión. El ruido es tan atronador que me encojo y pierdo el equilibrio. La jarra cae y se rompe, y yo me estrello contra la pared. Por doquier veo personas que se ponen a cubierto o se arrojan al suelo.

Antes de que pueda comprender lo que ha sucedido, llega un segundo estruendo. En la estrecha calle cunde el pánico, la gente se agolpa para escapar, se empujan y se apartan unos a otros. El hedor del humo y de la pólvora se me cuela por la nariz. Me incorporo, aparto a una mujer y salgo corriendo.

Al final de la calle me quedo paralizada: unas nubes de humo negro vienen hacia mí. Presa del pánico, doy media vuelta pero la muchedumbre me bloquea el camino. Entonces giro a la derecha y avanzo bordeando el canal Verwersdijk.

Mientras tanto, todo se oscurece cada vez más a mi alrededor. Alzo la vista, tosiendo, y miro la nube de humo que se van ensanchando hasta cubrir la ciudad como una tapa negra. Unas calles más allá, se avivan las llamas y la

gente grita: «¡Fuego, fuego!».

Una tercera explosión retumba por la ciudad. Un estruendo, tan fuerte que parece salir directamente del infierno, hace temblar las casas y el empedrado, y rompe los cristales de las ventanas. Noto los cristales que se me clavan en la piel, pero el dolor que esperaba no llega. Lo único que siento es un temor irrefrenable.

A lo lejos parece bramar una tormenta. Es como si la mano de Dios arrasara las calles, arrancando las tejas a uno y otro lado, hundiendo fachadas, llevándose puertas y ventanas para luego lanzarlas al vacío. El agua se arremolina y el canal se desborda inundando el muelle. Los barcos se astillan, los escombros vuelan por todas partes, muchos transeúntes se ven levantados en el aire y arrojados varios metros más lejos. La tormenta se acerca a mí, silbando a una velocidad aterradora.

Doy media vuelta y corro como alma que lleva el diablo. La oleada de devastación me persigue, llegará en unos segundos. Chillo con todas mis fuerzas cuando me levanta en vilo y me arrastra con ella. Unos segundos más tarde, me estrello contra el suelo.

Aturdida, miro a mi alrededor. Para mi asombro, he aterrizado dentro de una casa. Las paredes del pasillo se tambalean, las vigas de madera crujen como si fueran a desplomarse en cualquier momento. Intento moverme con cuidado y se me nubla la visión. Siento una oleada de dolor que me atraviesa todo el cuerpo. Me derrumbo. Cuando vuelvo en mí oigo el crepitar del fuego. Abro los ojos, asustada, y a través del agujero que se abre donde antes había un tejado, veo el infierno. Por todas partes hay humo; las llamas lamen la casa, devorando lo que encuentran en su camino.

Apretando los dientes logro incorporarme hasta quedarme sentada. Apenas puedo respirar debido al humo que me rodea. Me cae encima una lluvia de chispas que me agujerean la ropa. Al mismo tiempo siento un dolor ardiente en la piel del cráneo y huelo a chamuscado. Me golpeo violentamente la cabeza con ambas manos. Mi cofia ha desaparecido y mi pelo es un suelo fértil para las chispas. Apago las llamas haciendo caso omiso del dolor que noto en las manos. A continuación me arrastro hasta el agujero donde antes estaba la puerta. Cada movimiento me provoca un intenso dolor, pero por lo que veo no me he roto nada. Por encima de mí crujen los restos del tejado, y antes de que pueda llegar a la salida, todo se viene abajo con un tremendo rugido.

Grito, me protejo la cabeza con los brazos. Sobre mí caen toda suerte de cosas: pedazos de madera, tejas, piedras. Permanezco inmóvil en medio de una nube de polvo, con los ojos cerrados y el rostro apretado contra el suelo. Las punzadas de dolor me atormentan las piernas.

Tosiendo, espero a que se haya depositado el polvo y pueda volver a

respirar.

Intento con todas mis fuerzas salir de debajo de los escombros, pero hay algo sobre mis piernas que me lo impide. Por mucho que me retuerza y me mueva, no logro liberarme de esa carga. Entretanto empiezan a llegarme los ruidos del exterior, gritos y llantos, alternados con agudos chillidos. El repentino silencio que se hace después me provoca pánico. No se necesita mucha imaginación para comprender lo que ha sucedido un poco más allá, en la calle: el fuego ha alcanzado las casas al otro lado del canal y lo está devorando todo, sin respetar a nadie. Engulle a personas que, como yo, no pueden escapar. Lo único esperanzador de mi situación es que yo dispongo de más tiempo, pues los edificios de este lado aún no se han incendiado. Sin embargo, no tardarán mucho en inflamarse, puesto que muchos de ellos están hechos de madera y en la calle llueven chispas.

Vuelvo a intentar liberarme del peso que me oprime las piernas. Los escombros son demasiado pesados para poder quitármelos de encima, así que intento salir deslizándome por debajo de ellos. Aprieto los dientes y doblo las piernas. Algo afilado me corta la carne y grito de dolor. Me quedo tumbada, jadeando. Apenas he avanzado algunos centímetros y las punzadas son tan intensas que no sé si podré hacerlo otra vez. Pero no tengo elección.

Me tomo un poco de tiempo, mientras trato de asimilar las oleadas de dolor y hago acopio de valor para el siguiente intento. Medio llorando, vuelvo a doblar las piernas. La sangre me corre por la piel y lanzo un grito ronco para obligarme a seguir. Vuelvo a ganar un pequeño trozo de terreno. Es demasiado poco. Ahora puedo mover un poco una pierna, pero la otra sigue completamente atrapada.

Tumbada sobre un costado miro hacia la otra orilla, donde el resplandor del fuego es de un rojo cada vez más intenso. Las gabarras que hay en el canal están incendiadas, las llamas saltan a los árboles y al cargamento que hay en el muelle. Voy tirando de la pierna, poco a poco, con movimientos breves y violentos. Cada tirón me corta la respiración y cada vez me siento desfallecer. Sea lo que sea lo que tengo encima de las piernas, ya no cede ni un ápice. Noto el calor del fuego que se aproxima y vuelvo a gritar. Veo surgir ante mis ojos los rostros de mis padres y de mis hermanos, los de Evert y Mattias. Antes de que me arrastre una misericordiosa pérdida de conciencia, me invade una breve pero profunda tristeza ante la idea de no volver a verlos nunca más.

De repente noto que tiran de mí. Unas voces apagadas hacen que recupere la conciencia.

–Con cuidado –dice alguien–. Tiene la pierna rota. Cuenta hasta tres y la levantamos.

Abro los ojos. Veo unas figuras inclinadas sobre mí. Oigo cómo cuentan y percibo que me quitan el peso de la pierna, para luego apartar con un tremendo golpe un pedazo de piedra. Unos brazos fuertes me llevan al exterior. Una de mis piernas se balancea. El dolor es tan atroz que me desvanezco.

Cuando vuelvo en mí por segunda vez, estoy tumbada sobre una camilla de madera en medio de un enorme gentío. Hay personas que se gritan unas a otras, saltan por encima de mi camilla y me rozan la pierna herida. Grito de dolor y una voz enfurecida las ahuyenta, maldiciendo. Vuelvo a desvanecerme, para despertarme más tarde en una cama. No en mi casa, a juzgar por el mal olor que desprenden las sábanas y el alboroto a mi alrededor.

Cuando abro los ojos y miro a un lado, veo una sala a lo largo de cuyas paredes se alinean camas de las que surgen fuertes gemidos. En el suelo hay más heridos, que yacen en camillas y sobre las baldosas. La gente se abre camino entre ellos en busca de familiares, y también veo enfermeras. Comprendo entonces que estoy en el hospital del Koornmarkt. Y que estoy viva. Que me han salvado justo a tiempo de morir quemada.

Cierro los ojos y doy gracias a Dios. El alivio que siento es tan grande que hace más soportable el dolor. No sé exactamente qué me pasa, pero tengo vendajes en casi todas partes. La peor herida está en la pierna derecha: no puedo moverla lo más mínimo sin sentir un espasmo de dolor por todo el cuerpo.

Con sumo cuidado levanto la manta y miro debajo. Llevo la pierna vendada y atada a una tablilla. Las tiras de tela que hacen las veces de vendas están sucias e impregnadas de sangre. ¿Es mía o es la sangre de un paciente anterior?

Ha bastado ese pequeño movimiento para que vuelvan a aparecer manchas oscuras ante mis ojos. Los cierro e intento olvidarme del ruido que me rodea.

–Catrijn...

Es una voz familiar. Insistente y algo ronca. Abro los ojos, giro la cabeza a un lado y veo el rostro de Evert muy cerca del mío. Tiene los ojos enrojecidos y está lívido. Alzo la mano vendada y le sonrío para tranquilizarlo.

–Sigues viva. Gracias a Dios, sigues viva. Pensé que... –Se queda sin habla y sacude la cabeza.

–Salí un momento a buscar aceite para mezclar la pintura.

–Eso te ha salvado la vida. El barrio entero ha explotado.

–¿Y Carel?

–También está aquí en el hospital, gravemente herido. No hay muchas probabilidades de que salga de esta. Sus alumnos han muerto y Simon, el sacristán, también.

Con los ojos cerrados intento asimilar esa información.

–¿Qué ha sucedido exactamente?

–El almacén de pólvora ha explotado. Aún no saben qué ha podido suceder. Debía de haber una enorme cantidad almacenada, puesto que todo el barrio ha saltado por los aires.

–Horrible...

Nos quedamos un rato mirando la incesante corriente de heridos que sigue entrando. El suelo de la sala se va llenando y el director da instrucciones de utilizar la nave de la iglesia contigua. Los quejidos, los chillidos y los gritos son ensordecedores. Hay sangre por doquier y en el aire flota un pesado olor ferroso. En algún lugar de la sala están practicando una amputación a la que el paciente se resiste gritando frenéticamente. El hedor del aceite hirviendo con el que se cauterizan los vasos sanguíneos se mezcla con el de la carne quemada.

Evert hace una mueca de espanto.

–No pienso dejarte aquí tumbada. Te vienes conmigo.

–No puedo, tengo una pierna rota.

–Te llevaremos a casa ya sea en un coche o en unas andas.

Tiemblo ante la sola idea de tener que atravesar la ciudad a trompicones.

–Por favor, no. ¿Qué haré sola en casa?

–Te vendrás a la mía.

Su propuesta me conmueve, pero aun así la rechazo.

–Eso daría lugar a nuevas habladurías en Delft. Además, no tienes tiempo para ocuparte de mí.

–Anna, mi ama de llaves, puede cuidar de ti.

Vuelvo a negar con la cabeza.

–No quiero ni pensar en la idea de que me trasladen ahora. El más mínimo movimiento me produce un dolor espantoso. De verdad, estoy bien aquí.

Evert mira a su alrededor con desdén.

–Me parece una idea terrible tener que dejarte en este lugar. Una fractura como esta tarda semanas en curarse.

–Dentro de unas dos semanas estaré mejor.

–En tal caso, vendré a buscarte dentro de dos semanas. Quieras o no.

Carel fallece esa misma tarde. Me entero por Johannes y Digna.

–Quizá sea mejor así –dice Digna–. El pobre hombre tenía quemaduras por todo el cuerpo. Habría quedado lisiado para el resto de su vida.

Johannes no dice nada. Tiene la mirada perdida, como si no pudiera comprender que ha perdido a uno de sus mejores amigos.

–Estamos muy contentos de que hayas sobrevivido. –Digna pone su mano sobre la mía–. Debes de tener un ángel de la guarda.

–Sí... no sé qué habré hecho para merecerlo.

–¡Todo es tan arbitrario! –dice Johannes–. La suerte, la mala suerte, morir, sobrevivir... Dios no sabe lo que hace.

Su madre lo mira horrorizada.

–¡Johannes!

–¿Acaso no es así? No he conocido a un hombre más bueno que Carel. Siempre compadeciéndose de los débiles y de los menesterosos, siempre dispuesto a dar una limosna, un hombre que iba todos los domingos a la iglesia. ¿Qué ha hecho él para merecerse una muerte como esta? Y no me digáis que es la voluntad divina, madre, estoy harto de oírlo. No comprendo esa voluntad.

Digna frunce el entrecejo y quiere cerrarle la boca a Johannes, pero yo me adelanto.

–Johannes tiene razón. Yo tampoco entiendo nada.

–No nos corresponde a nosotros opinar. Debes estar agradecida de que el Señor te haya salvado.

–Por supuesto que estoy agradecida –digo contemplando la sala. Mi mirada se posa en una joven mujer que llora sentada junto a su hijito, al que han amputado ambos brazos–. Pero aun así no comprendo nada de nada.

En los días siguientes me entero de los detalles de la catástrofe. Cornelis Soetens, el gerente del almacén de pólvora instalado en el antiguo convento de las Clarisas, entró en el polvorín con una antorcha encendida. No se sabe qué pasó exactamente, puesto que no sobrevivió al accidente. En el depósito se almacenaban los 40.000 kilos de pólvora que habían sobrado de la lucha contra los españoles el siglo pasado. La explosión ha destruido la parte nororiental de Delft. En el lugar donde estaba el polvorín ahora solo hay un profundo cráter. En las calles circundantes no ha quedado ni una sola casa en pie y todavía

siguen encontrando restos humanos entre los escombros.

Los daños han sido grandes también en el resto de la ciudad. Todas las ventanas de las iglesias, entre las que figuraban valiosas vidrieras, han saltado en mil pedazos y muchas casas han perdido sus tejados.

Han perecido más de quinientas personas y hay gran cantidad de heridos, entre ellos muchos de gravedad. El número de ciegos e inválidos en Delft se ha duplicado de golpe.

Por fortuna, la fábrica de cerámica de Evert está suficientemente alejada del lugar de la catástrofe y no se ha roto ni un solo cuenco.

El tiempo transcurre con exasperante lentitud. No puedo hacer mucho más que yacer tumbada de espaldas. Lo único que me ofrece alguna distracción es el movimiento que hay en la sala del hospital. Dos veces al día pasa un médico, acompañado del cirujano que practica las operaciones. Del cuidado de los pacientes se encargan el director y la directora del hospital, con la ayuda de algunas criadas y sirvientes.

Los chillidos en la sala me recuerdan lo afortunada que soy de no tener más que una pierna rota que, al igual que mis cortes y quemaduras, se está curando sola, a diferencia de las heridas de muchos otros pacientes que yacen aquí. A lo largo de todo el día, los cirujanos cauterizan venas, trepanan cráneos, extirpan tumores y amputan extremidades. Aunque durante el día todas las puertas se mantienen abiertas, no hay forma de ahuyentar el hedor de la carne putrefacta y del alcohol con el que se anestesia a los pacientes.

Para evitar las infecciones en los brazos y las piernas, me han puesto unos apuestos ungüentos que parecen más bien perjudiciales. Algunas de las heridas tienen los bordes de un rojo encendido y resultan cada vez más dolorosas. Al principio solo me dolía la pierna rota, pero ahora empiezo a sentir fiebre.

Cuando estoy dormitando un poco, advierto de repente una presencia junto a mi cama. Giro lentamente la cabeza hacia el visitante, esperando a medias que sea Evert. Es Jacob. Parpadeo, confiando en no haberlo visto bien debido a la fiebre, pero sigue allí.

–Hola, Catrijn.

No puedo evitar mirarlo fijamente.

Jacob se sienta con sumo cuidado en el borde de la cama. Levanta un poco la manta y frunce el entrecejo.

–Una pierna rota, eso es feo.

–¿Qué haces aquí? –digo. Las palabras me salen con dificultad de la boca.

–He venido a ver cómo estás. Has tenido suerte.

–Según cómo se mire.

–Es cierto. Vives al otro lado de la ciudad, así que en realidad no deberías haber estado en el lugar del desastre. Pero si miro a mi alrededor, creo poder decir que has tenido suerte.

–¿Cómo sabes dónde vivo? ¿Qué haces aquí?

Jacob sonríe.

–Desapareciste de repente. Nadie sabía adónde habías ido. –Se quita algo de suciedad de debajo de la uña–. Esos señores tan elegantes para los que trabajaste me ignoraron por completo cuando los abord e.

–Entonces  c omo has dado conmigo?

–Tuve un breve romance con aquella criada, Griet. Y no tard e en averiguar dónde estabas.

Cierro los ojos, estoy cansada. No puedo enfrentarme a esto ahora. No ahora.

– Qu e quieres de mí, Jacob? Te he dado la mitad de mi dinero,  vienes a por más?

–No, quédate con tu dinero. Solo he venido a visitarte.

Lo miro con desconfianza.

–De verdad. Hace ya un tiempo que sabía que estabas en Delft. Cuando o  lo que había sucedido, vine de inmediato para ver cómo estabas.

–Seguro que sí.

–Estoy aquí, ño? Y te he dejado en paz mucho tiempo, ño? No soy tan mala persona como crees. Y te deseo lo mejor.

–Estupendo. Estoy bien.

Jacob me observa detenidamente.

–Pues tienes mala cara, Catrijn. Tienes fiebre.

–Sí, eso mismo creo yo.

Con un solo movimiento, retira la manta que me cubre y observa con el ceño fruncido las vendas sucias y deshilachadas que me envuelven las heridas.

– Qu e unguento te han puesto sobre las heridas?

–No lo s .

Sin pedirme permiso, me quita una de las vendas y mira el emplasto que hay debajo.

–Huele que apesta. Creo que har as bien en quit rtelo.

–El médico sabr  lo que se hace.

– Recuerdas lo que les poníamos a las vacas cuando se hacían una herida? Simplemente una pomada de caléndula y hojas de zarza.

Utiliza la venda para retirar la cataplasma y después suelta los demás vendajes.

– Qu e est s haciendo?  No lo toques! Luego empezr  a sangrar de nuevo y...

–Hace tiempo que ya no sangra. Asegúrate de que no vuelvan a ponerte ese asqueroso emplasto. Te traer  otra cosa.

–Me parece una buena idea –dice Evert, que de repente está junto a la cama–. Vas de mal en peor, va siendo hora de intentar otra cosa.

Saluda a Jacob y se presenta. Jacob hace lo propio.

–Soy un viejo amigo de Catrijn –asegura–. Somos del mismo pueblo.

–Los amigos de Catrijn son mis amigos –le contesta Evert dándole una palmadita en el hombro–. ¿Has venido aquí por la catástrofe?

–Sí, estaba preocupado. De todas formas tenía previsto pasar por aquí algún día, así que me puse en camino en cuanto me enteré.

Por lo visto a Evert le llama la atención que yo permanezca tan callada, pues nos mira a uno y a otro.

–Gracias por venir –le dice amablemente a Jacob–. Ahora me gustaría estar a solas con Catrijn.

–Por supuesto, me voy a buscar otra pomada. –Jacob se levanta, se despide y se marcha.

Evert lo sigue con la mirada mientras se aleja.

–¿Quién es?

–Trabajaba para Govert y para mí en la granja.

–¿A qué ha venido?

–Eso mismo me pregunto yo.

–Tiene razón sobre el tratamiento que te están dando. Esas compresas que tanto apestan no van bien.

Isaac y Aleid han venido a visitarme, pero gracias a Dios se quedan poco rato. La fiebre me debilita y prefiero estar sola. Al día siguiente Aleid regresa sola. Me pone una mano sobre la frente, y percibo la preocupación en su rostro.

–¿Quieres beber algo? –me pregunta.

–Sí, gracias –le digo, pues tengo la boca seca y los labios agrietados.

Aleid se va y regresa con un tazón de estaño. Me ayuda a incorporarme con cuidado y me acerca el tazón a la boca.

–He rezado por ti –me dice.

Evert me ha explicado que Aleid profesa a escondidas la vieja fe. Es muy piadosa y tiene una profunda confianza en la voluntad divina. Yo no siempre comparto esa confianza en los designios del Señor, y menos en los últimos días. Los incesantes gemidos en torno a mí me hacen pensar que estamos sometidos a Su capricho, más que a Su protección. Pero no se lo digo a Aleid, que está sentada junto a mí con un rosario escondido entre los pliegues de su vestido.

–Estás afrontando una dura prueba, Catrijn. Me pregunto cuánto tiempo aguantaría yo aquí. Pero al menos estás viva. Se te ha perdonado la vida de forma maravillosa.

–Pero ¿por qué? –digo. Intento enfocar con mayor nitidez su rostro, pero parece flotar en una especie de niebla, unas veces cerca y otras lejos–. ¿Por qué se perdona una vida y otra no?

–Bueno...

–No lo entiendo. He hecho cosas terribles, soy una pecadora.

–Todos somos pecadores.

–He hecho cosas por las que debería ir al infierno. Por las que debería arder por los siglos de los siglos. Cuando estaba atrapada bajo los escombros y veía acercarse el fuego, pensé: allí está. El infierno. ¿Sabes lo que hay que hacer para obtener el perdón? Para los católicos no es tan difícil, ellos pueden comprar una indulgencia o rezar avemarías todo el día. O hacer una peregrinación. Me gustaría hacer una peregrinación. ¿Crees que Dios me perdonará? Yo no lo sé. Para eso hay que arrepentirse y yo no me arrepiento. Lo volvería a hacer.

Una mano fría sobre la frente acalla mis palabras hasta convertirlas en un murmullo. La voz tranquilizadora de Aleid me llega desde muy lejos.

–No hables tanto, Catrijn. Duerme. Me quedaré contigo. Ahora duerme.

La gente viene y va. Cuando estoy despierta oigo hablar en voz baja y vislumbro figuras. Es como si nunca me despertara del todo, como si estuviera bajo el agua y mirara hacia arriba, donde hay rostros que serpentean y se evaporan.

Una mañana, por fin salgo a la superficie. El mundo vuelve a ser nítido, los sonidos me llegan claramente como antaño.

Evert está sentado a mi lado, tiene aspecto demacrado.

–Por fin –dice en voz baja–. ¿Cómo te sientes?

–Cansada.

–No lo dudo. Has tenido una fiebre muy peligrosa. Tuvimos miedo de que... –Guarda silencio y me pasa una mano por el pelo–. El médico no quería que te trasladaran, así que te hemos cuidado por turnos. Jacob me dio una pomada para que te curara las heridas.

–¿De verdad?

–Sí, un ungüento con caléndulas, hojas de zarza y llantén. Me alegro de haberle hecho caso, puesto que surtió efecto enseguida.

La caléndula evita las infecciones y el llantén es una hierba beneficiosa para las heridas, al igual que las hojas de zarza. Jacob sabe mucho de hierbas medicinales. En la granja, era él quien se ocupaba de los animales enfermos y heridos. Aunque comprendo qué motivo se esconde detrás de sus cuidados, le estoy agradecida.

–He estado hablando con Engeltje y Quirijn, y puedes ir a vivir con ellos. Te marchas de aquí hoy mismo –dice Evert.

Me pregunto si es una buena idea que Engeltje tenga que cargar

conmigo en su estado, pero me siento demasiado débil para protestar.

Esa misma tarde me llevan en andas hasta la casa de mis amigos, quienes me reciben con una cordialidad y una solicitud que me conmueven profundamente.

Trude, la criada de Engeltje, es una mujer mayor que trabaja duro y tiene una mentalidad práctica.

–Qué más me da trabajar para cuatro personas que para cinco –dice Trude mientras abre las puertas del armario con cama que hay en la cocina.

Evert y Quirijn me levantan con cuidado. Pese a que durante todo el camino me han tratado con suma cautela, el traslado no ha sido fácil. Me reclino sobre las almohadas y siento que la cabeza me da vueltas.

–Duerme un poco –me dice Engeltje–. Yo también lo haré.

–¿Dónde duermes tú ahora? No irás al desván, ¿verdad?

–No, allí dormiré Trude. Tú estás en su cama en la cocina.

–Tanto ajeteo por mí, y tú en tu estado...

Engeltje se acerca a la cama y me apoya una mano en el brazo.

–Catrijn, estoy contenta de que aún estés entre nosotros y de poder hacer esto por ti. No es tanto trabajo, Trude se encarga de todo. Dale las gracias a ella.

Detrás de ella, Trude niega con la cabeza.

–Estaría bueno que no quisiera darle de comer a una persona con la pierna rota.

Por supuesto hace más que eso. Esa misma tarde me cambia todas las vendas por otras limpias, me cepilla el pelo y luego me lo trenza.

–De lo contrario, se enredará tanto que tendremos que cortarlo.

Por Trude me entero de que Jacob llamó a la puerta para interesarse por mi salud y que, cuando ella le contó que la fiebre había remitido, asintió con un gesto de satisfacción y se marchó.

–¿No intentó entrar? –pregunto.

–¿Tendría que habérselo pedido? ¿Queréis verlo?

–No, tan solo me lo preguntaba.

–Me extrañó que se fuera enseguida –dice Trude–. Debe de ser un buen amigo si ha venido desde tan lejos para ver cómo estáis. Me dijo que erais viuda, que no lo habíais tenido fácil en la vida y que por ello está pendiente de vos. Ha encontrado trabajo aquí en Delft, para poder estar cerca de vos. Yo creo que le gustáis.

Me guiña un ojo, pero yo no reacciono. Finjo quedarme dormida y ella se va. En cuanto me quedo sola, abro los ojos y me quedo mirando fijamente el techo de madera del armario donde está mi cama.

A finales de octubre, Engeltje se pone de parto. Poco después de medianoche, me despiertan sus gritos, que aumentan de volumen e intensidad a medida que transcurren las horas. En la casa reina una gran agitación. Quirijn está agotado, Trude no se separa del lado de Engeltje, y Catharina y Geertruyd se despiertan y vienen a verme vestidas con sus camisones y sus gorros de dormir. Las dejo meterse en la cama conmigo y las distraigo contándoles cuentos.

–¿Por qué no tienes bebés, Catrijn? –pregunta Geertruyd.

–Tuve un bebé, pero ya no vive.

–¿Era una niña?

–No, un niño.

–Nosotras teníamos un hermanito que también se murió –dice Catharina–. Y las mamás también se mueren a veces.

–¡No! –dice Geertruyd, asustada.

–Que sí. Tú no lo sabes porque todavía eres muy pequeña.

–Mamá no se morirá, ¿verdad, Catrijn? –me pregunta Geertruyd apretándose enseguida contra mí.

–Claro que no –le digo para tranquilizarla.

Me atrevo a hacer esa promesa porque sé que los anteriores partos de Engeltje fueron rápidos. Sin embargo, esta vez el parto se está alargando mucho más. Llega la comadrona, los chillidos de Engeltje se van debilitando, empieza a clarear y el niño sigue sin nacer. Maldigo la pierna que me mantiene inmobilizada en la cama, impotente e incapaz de ayudar a mi amiga. Por fin, cuando la luz del sol entra en la casa, oigo los chillidos agudos de un recién nacido. Mantengo los ojos clavados en la puerta hasta que aparece Quirijn.

–¡Es un niño!

–¡Enhorabuena! ¿Y Engeltje? ¿Está bien?

–Muy bien. Está agotada, pero muy contenta –me contesta él antes de volver a irse.

Desde la soledad de la cama escucho el ajetreo del cuarto interior y siento que estoy de más. Por eso me alegro cuando las niñas entran corriendo.

–¡Tenemos un hermanito!

–Eso he oído, ¡me alegro muchísimo!

–Y no está muerto –dice Geertruyd contenta–. Y mamá tampoco.

–¿Cómo se llama el bebé?

Geertruyd frunce el ceño y reflexiona.

–Es un nombre difícil...

–Se llama Allardusin –dice Catharina.

–¡Qué nombre tan bonito!

–¿Cómo se llamaba tu bebé, Catrijn? –pregunta Geertruyd.

–Aún no tenía nombre –le digo–. Murió antes de que se me ocurriera uno.

Ambas asienten sin decir nada y luego salen corriendo a jugar fuera.

Engeltje se recupera con asombrosa rapidez. Ese mismo día ya deambula por la casa y viene a sentarse a mi lado. Le pide a Trude que traiga al bebé y lo ponga en mis brazos. Me quedo mirando su carita, los pequeños puños, y las diminutas uñas, huelo ese olor dulzón característico de los bebés y se lo devuelvo sonriendo a Engeltje.

–Es precioso.

–Sí, ¿verdad? ¡Quirijn está tan contento! –Engeltje contempla a su hijo rebotante de orgullo y luego me mira a mí–. Nunca me has contado qué le pasó a tu bebé. ¿Llegó a vivir después de nacer? ¿O prefieres no hablar de eso?

–No, prefiero no hablar de eso.

Engeltje baja la mirada.

–Perdona, no tendría que haber preguntado.

–No importa.

Pero por supuesto que importa. Una vez que ha salido de la cocina con Allardusin, y mientras Trude tiende la ropa fuera, cierro la puerta del armario con cama y, por primera vez desde hace mucho tiempo, lloro por mi hijo.

Tres semanas más tarde llega por fin el momento de levantarme. La compañía de Engeltje y su familia me procuraban suficiente distracción, pero ansío poder moverme. Espero con impaciencia a Evert, que se ha encargado de conseguirme unas muletas. Balanceo las piernas sobre el borde de la cama. Evert entra exhibiendo una amplia sonrisa y me entrega las muletas de madera.

–Seguro que con estas te apañarás.

Me ayuda a levantarme y allí donde me toca, mi cuerpo parece arder de repente. Al cabo de un instante me agunto sobre la pierna buena, mientras me apoyo en la cama y Evert me sostiene. Siento su respiración pesada sobre la cabeza y apenas me atrevo a levantar la vista. Evert me coloca las muletas debajo de las axilas y da un paso hacia atrás.

–Inténtalo –dice.

Mientras me pongo en movimiento con torpeza, él no se despegaba de mi lado, dispuesto a aguantarme si pierdo el equilibrio. No tardo en cogerle el

truco y empiezo a ir de un lado a otro por el pasillo, a la pata coja.

–¡Por fin! –le digo a Evert, que me observa con los brazos cruzados–. Te acompaño ahora mismo al taller.

–¿Estás segura?

–Sí, por supuesto que estoy segura. Ya he estado suficiente tiempo sin hacer nada. Además, cuando pinto no hago ningún esfuerzo con la pierna, así que no hay motivo alguno para que no vuelva al trabajo.

–Siempre que me prometas no moverte más de lo necesario. Hay mucha porquería en el suelo.

–Seré obediente y me quedaré en mi sitio.

Él hace un gesto de aprobación.

–Estupendo, tu ayuda me viene de perlas.

En el cuarto interior me despido de Engeltje. Nos abrazamos y le doy un beso al pequeño Allard, pues así llaman al bebé.

–Te echaré de menos –dice Engeltje con tristeza–. Era muy agradable tener a alguien con quien charlar. Pero seguirás viniendo a dormir aquí durante un tiempo, ¿no? Por lo pronto no puedes salir a comprar ni tampoco cocinar.

Aunque preferiría volver a casa, y podría apañármelas con un poco de ayuda, he de admitir que me resulta grato no tener que ocuparme por un tiempo de las tareas domésticas, así que acepto su propuesta.

–Entonces nos veremos esta noche. Ahora ve a pintar. Creo que Evert está contentísimo de volver a tenerte –me dice mi amiga.

Aunque esa observación suena bastante ambigua, doy por supuesto que se refiere a nuestra relación laboral. Cuando entro en la fábrica, comprendo que Evert se alegre tanto. Por lo visto, la producción se ha duplicado durante mi ausencia. Las paredes del taller de pintura, que antes estaban vacías, están cubiertas de estantes llenos de cerámica sin cocer, y los dos hornos están encendidos. Hay cajas de leña por doquier, bolsas llenas de materias primas y cestas con piezas de cerámica listas para el transporte. En un rincón del taller, unos muchachos muelen pigmentos sin parar, y todos los puestos del banco de trabajo están ocupados por pintores.

–Te encontraremos un sitio –me asegura Evert cuando ve la cara que pongo–. Si los demás se corren un poco, podrás sentarse en el rincón. Eso será lo más fácil con tu pierna.

Se oye un ruido procedente del patio y me acerco con las muletas a la ventana. El lugar donde antes se tumbaba el gato a disfrutar del sol está repleto de carretillas, barriles y cajas de arcilla, y hay un incesante ir y venir de hombres.

–¡Cuánto movimiento! –le digo a Evert mientras se acerca a mí.

–Apenas doy abasto con los pedidos. Llegan de todo el país, hace poco incluso de Inglaterra.

–Entonces es un éxito.

–Un enorme éxito. Y fue idea tuya, así que te mereces un aumento de sueldo. A partir de ahora cobrarás lo mismo que le pagaría a un hombre en tu puesto.

–Me pondré rápido manos a la obra, antes de que cambies de opinión.

Cuando estoy a punto de girarme, algo –o, mejor dicho, alguien que cruza el patio– me llama la atención. Un rostro conocido. ¡Jacob! Por un instante no logro pronunciar palabra. Luego digo:

–¿Qué hace él aquí?

–Buscaba trabajo y yo necesitaba pisadores de arcilla –me contesta Evert–. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

Como si sintiera mi presencia, en ese preciso instante Jacob alza la vista y me mira a los ojos. Nos separan muchos metros y él está detrás de la ventana, pero percibo la amenaza que emana de él. Durante segundos enteros, nos observamos fijamente, hasta que él da media vuelta y sigue su camino.

–No –le digo a Evert, que me está interrogando con la mirada–. No, ningún problema.

Afortunadamente, Jacob mantiene las distancias. Pese a ello solo me fío a medias de él y lo rehúyo. No es difícil, puesto que estoy atada a mi lugar de trabajo y él al suyo. Al cabo de un tiempo, empieza a disminuir mi inquietud sobre su presencia. Quizá haya sido demasiado desconfiada y lo único que quería él era trabajo.

La pierna se me cura bien y, cada vez con más frecuencia, dejo las muletas y doy unos cuantos pasos precavidos cuando quiero coger algo. Para ello, busco apoyo en mesas y armarios, puesto que aún no me atrevo a caminar sola.

Los días se van acortando y también nuestra jornada laboral. Sin embargo, la demanda de cerámica, que llamamos Porcelana Holandesa, sigue siendo elevada por lo que tenemos que trabajar más duro. No hacemos pausas, e incluso al mediodía comemos entre una tarea y otra para aprovechar al máximo la luz del día.

Las flores, los pavos reales, los dragones, los árboles ornamentales y las figuras chinas llenan mis días y mis noches. De día las pinto y de noche sueño con ellas. Decoro platos y jarrones, mientras perfecciono mi técnica y no tardo en considerar que lo que hice unas semanas antes eran simples chapuzas de principiante. Cada vez deslizo más ágilmente el pincel sobre la cerámica, en un movimiento fluido, sin levantarlo. De ese modo evito los pegotes de pintura al inicio y consigo unas decoraciones mucho más bonitas. Frans y yo experimentamos con diferentes pinceles y llegamos a la conclusión de que trabajamos mejor con pinceles de pelo de marta, que convertimos en delineadores dándoles una punta fina y alargada para pintar los contornos.

También perfeccionamos cada vez más el proceso de cocción. Primero introducimos el producto en bruto en un barril con esmalte de estaño y luego lo secamos y pintamos con óxido de cobalto negro. Para aportar más brillo a los objetos, añadimos una capa de esmalte a base de plomo.

Después lo volvemos a pasar todo por el horno y esta fase es decisiva para el resultado final. La cocción es un trabajo de gran precisión. Si el horno está demasiado caliente, el humo y el calor del fuego deterioran el color, así que tardamos un tiempo en averiguar cómo conseguir el azul que queremos.

Evert descubre que añadiendo sal de mesa al esmalte de estaño se evita que la cerámica amarillee. Experimenta hasta lograr la temperatura de cocción ideal para producir el azul brillante que tiene en mente. Cuando la hornea por

segunda vez, coloca la cerámica en unos cilindros de arcilla a fin de protegerla del calor. Las piezas sometidas a la primera cocción se introducen sin protección en el horno, separadas por unas cuñas triangulares para evitar que se peguen unas a otras.

Por supuesto, no tardan en surgir imitaciones de nuestra Porcelana Holandesa. Otros a nuestro alrededor han seguido de cerca nuestro trabajo y han sido testigos de nuestro éxito. Va apareciendo una fábrica de cerámica tras otra, pero ninguna alcanza la calidad que ofrecemos nosotros.

–¿Cómo va tu pierna?

Voy camino de casa cuando Jacob se planta junto a mí. Estamos a principios de diciembre y la calzada está resbaladiza debido a la nieve.

–Bien –le digo.

–Entonces, ¿por qué sigues llevando muletas?

–Porque podría resbalar. Tengo miedo de caerme.

–Deja que te ayude. Dame un brazo.

–No, gracias –le digo, y sigo avanzando con decisión.

–Catrijn, de verdad que no soy tan ruin como crees. En Ámsterdam me malinterpretaste. Pensaste que te extorsionaba, mientras que yo lo veía como un servicio entre amigos. Todo depende de cómo lo mires.

Esquivo a una anciana que arrastra un trineo lleno de leña e ignoro a Jacob. Este vuelve a ponerse a mi lado en dos zancadas y me agarra del brazo.

–De verdad, Catrijn, no pretendía asustarte. Nunca he querido hacerte daño.

Las muletas y la mano de Jacob me obligan a quedarme parada.

–Me amenazaste con denunciarme y te largaste con la mitad de mis ahorros. ¿Cómo llamarías tú a eso? Yo lo llamo extorsión.

–Nunca te habría denunciado.

–Eso lo dices ahora. ¿De qué me sirve? Mi dinero ha desaparecido y seguramente también el tuyo. Me preguntaba cuándo vendrías a por el resto.

–Puedes quedarte con tu dinero. No lo quiero.

–¿No? ¿Qué quieres entonces de mí? No irás a decirme que el único sitio donde podías encontrar trabajo era en Delft, con Evert.

Jacob me agarra por los dos brazos y me obliga a mirarlo.

–Lo que quiero es tu amistad. Todos tenemos un lado oscuro y a veces sale a la superficie. Tú no eres mejor que yo.

Eso es algo que no puedo negar.

–Quiero hacer las paces, Catrijn. Te llevé la pomada, ¿no? De no haberlo hecho podrías haber muerto.

–Sí, y entonces no habrías podido sacarme nada más. Habría sido una

lástima.

Me suelta inesperadamente, con una expresión triste.

–Lo comprendo, lo he echado todo a perder. Te dejaré en paz, puede que entonces me creas.

Se dispone a irse, pero yo lo bloqueo con una de las muletas para impedirselo.

–¿Qué has contado en el pueblo?

–Nada.

–¿A nadie?

–No. Además, solo he vuelto una vez.

–¿Y?

–A mucha gente le extraña que te fueras de estampía. Y hablan.

–¿Qué dicen?

Jacob se encoge de hombros.

–Las habladurías de siempre. Ya sabes cómo van estas cosas.

–Piensan que yo...

–Digamos que no le extrañaría a nadie. Pero no basta con tener sospechas.

Ha empezado a nevar otra vez. Miro los copos que caen y me pregunto si también nieva en el pueblo.

–No puedo volver nunca más –digo con voz queda–. Mart no se fía de mí. Se erigiría en juez.

En los ojos de Jacob detecto algo de compasión.

–A mí también me parece más sensato que te quedes aquí. Pero que conste que no sabrán nada por mí.

Asiento, muevo las muletas y vuelvo a casa a la pata coja.

Sin mirar afuera sé que ha caído mucha más nieve. Aún es temprano por la mañana y un curioso resplandor inunda la estancia. Anoche dejé abiertos los postigos por lo que la luz entra a raudales. Me incorporo de la cama, cojo mis muletas y me acerco a la ventana. El patio está cubierto por una gruesa capa de nieve. Me quedo allí de pie, mirándola, hasta que me entra frío. Sé que no podré volver a dormirme, así que mejor será que me vista. Mientras lo hago, pienso en cómo ir a la fábrica con tanta nieve.

La respuesta llega una hora más tarde. Ya he desayunado y por el movimiento en la calle sé que ha empezado la jornada de trabajo. Lllaman a la puerta y, tal como esperaba, me encuentro a Evert en el umbral.

–Pensé que la nieve te causaría problemas con las muletas, así que he venido a ayudarte.

Le sonrío y lo hago pasar.

–¡Qué amable por tu parte!

–¿Amable? No quiero ni pensar en que mi mejor pintor acabe otra vez con una pierna rota en la cama –dice Evert guiñándome un ojo–. Va siendo hora de que intentes caminar sin esos trastos. Ayer hablé con el cirujano Boom y me dijo que ya puedes cargar la pierna.

–No me atrevo.

–Ya ha pasado un mes y medio. La fractura debería estar curada.

–Pero noto la pierna rara. Muy floja.

–Tienes los músculos debilitados, debes ejercitarlos de nuevo. Inténtalo una vez. Venga, yo te ayudo. –Sin hacer caso de mis protestas, me quita las muletas y me coge de las manos–. Camina, Catrijn. Yo te sostendré si no puedes.

Doy un paso titubeante.

–Ahora con la pierna mala –dice Evert.

Vuelvo a dar un paso y enseguida caigo de bruces entre los brazos de Evert.

–No va bien, no tengo fuerza.

–No te rindas tan rápido. No te ha dolido, ¿verdad?

Eso es cierto, y en vista de que quiero librarme de las muletas, vuelvo a intentarlo. Esta vez va mejor.

–No sé si me atreveré a caminar sin ayuda –le digo.

–No hace falta. Yo no te soltaré. No te soltaré nunca más.

Levanto la vista, asombrada, y de repente su rostro está muy cerca.

–¿Qué has dicho?

–Ya me has oído. Te pido en matrimonio. Quizá sea un momento extraño para hacerlo, pero quiero saber qué te parece la idea. Si crees que podrás llegar a quererme. Me contentaría con que fuera un poco. Piénsatelo unos cuantos días.

–No tengo que pensármelo.

–¿No?

Me mira, inseguro, y en sus ojos aparece un destello de resignación. Le lanzo los brazos al cuello y le doy un beso largo y profundo.

Quizá sea por el constante sentimiento de soledad, o porque he ajustado un poco mis sueños a la realidad: ¡es tan duro estar siempre sola! Quizá haya aceptado esta petición de mano porque es lo mejor que podía pasarme en estas circunstancias. O quizá, en algún lugar de mi corazón, ame a Evert. De lo contrario le habría pedido un tiempo para pensármelo.

La verdad es que no lo sé. Lo único que sé es que quiero tener a alguien en mi vida que esté ahí para mí.

No tenemos ninguna prisa en ir al trabajo. Evert es un auténtico caballero y no quiere llegar al final, pero nos tomamos un tiempo para estar juntos.

–Si hoy o mañana empiezas a preguntarte cómo demonios has podido aceptar, lo comprenderé –me dice mientras estamos juntos en la cama.

Lo miro asombrada.

–¿Crees que te he dicho que sí en un arrebatado de locura?

–Quizá, porque te he pillado por sorpresa.

–Tu proposición ha sido, en efecto, inesperada y no me he tomado tiempo para pensármelo, pero eso es precisamente una buena señal. Si hay que pensar algo durante días enteros, mejor no hacerlo.

–Eso es cierto. Aun así, si cambias de parecer... No cambio de parecer y fijamos la fecha de la boda para el 28 de diciembre. Eso nos da tan solo tres semanas para preparar la ceremonia, justo lo suficiente.

Los primeros días después de su petición, Evert me trata con sumo cuidado, casi titubeante, como si esperara que le dijera que todo ha sido un error. Pero cada día que pasa estoy más segura de mi decisión. Entretanto comprendo que existen diferentes tipos de amor: el enamoramiento fugaz que sentí por Govert, el abrumador deseo que me unió a Mattias y la afinidad que tengo con Evert. No hay ningún deseo ardiente, ninguna atracción física que enturbie mi criterio, lo único que me inspira es confianza y afecto. Eso es suficiente, no pido más. Tampoco merezco más.

Nuestros amigos están encantados con nuestro compromiso. Todo el mundo nos felicita.

–Es justo lo que esperaba –dice Engeltje, contenta.

También los trabajadores de la fábrica de cerámica me felicitan, si bien unos más efusivamente que otros. Frans se limita a asentir formalmente y Jacob se pone en jarras y me observa con auténtica admiración.

–Así que vas a casarte con el patrón –me dice–. Buen trabajo.
Yo los ignoro a los dos.

Mi primera boda fue una gran fiesta que duró varios días. Siguiendo la tradición campesina, primero fui raptada por Govert, luego mis hermanos me rescataron, y finalmente tuve que declarar que elegía a Govert. Después empezaron los preparativos de la boda, una fiesta a la que estuvo invitado casi todo el pueblo. La celebramos en los establos y en el patio de la granja, y aun así nos faltó sitio. El alboroto del baile asustó a las vacas, sobre todo cuando los asistentes empezaron a armar el mayor estruendo posible tamborileando y dando golpes con todo lo que tenían a mano. Al final de la noche, Govert y yo intentamos escabullirnos, pero los demás no nos quitaban los ojos de encima y con gran alboroto nos llevaron a hombros hasta la cama nupcial. Lo más difícil fue echarlos de nuestro dormitorio y si finalmente desistieron de echarnos una mano para despojarnos de nuestra ropa nupcial, fue solo gracias a la estatura de Govert y a sus anchos hombros.

El día en que le doy el sí quiero a Evert, durante una tarde fría y soleada, transcurre mucho más apacible. En una primera boda se suele poner toda la carne en el asador, mientras que en unas segundas nupcias se es más discreto. A mí no me importa, pues de todas formas no me siento con ganas de celebrar nada sin mi familia. Les envié una invitación, pero me contestaron que Delft estaba demasiado lejos y que no podían abandonar el trabajo durante tanto tiempo.

A Evert también le cuesta aceptar que los únicos que van a estar presentes serán nuestros amigos. Aunque se pasa todo el día sonriendo, en sus ojos se adivina la tristeza por todo lo que ha perdido. Adriaen y Brigitta nos envían sus felicitaciones, pero tampoco acuden a la celebración.

–Sin duda tienen que acostumbrarse aún a la idea de que te cases con su antigua ama de llaves –le digo a Evert cuando estamos en la carroza que nos lleva a la iglesia.

–Es problema suyo, no mío –me contesta Evert besándome la mano–. Por primera vez en cinco años vuelvo a ser feliz, y nadie me va a quitar eso.

La carroza se detiene en la plaza del Mercado, donde algunos amigos y parientes lejanos de Evert nos esperan delante de la iglesia. Cuando desciendo del carruaje con mi vestido azul aciano adornado con encaje, estallan los gritos de alegría y me siento menos sola. Bajo una lluvia de flores camino hacia la iglesia cogida del brazo de Evert. Sabía que era un hombre querido en Delft, pero solo ahora me doy cuenta de hasta qué punto. Media ciudad parece haber acudido a la boda, y los que no estaban invitados se quedan mirando en la plaza.

Cuando intercambiamos nuestros votos matrimoniales y nos ponemos la alianza, los presentes, tanto dentro como fuera de la iglesia, nos ovacionan.

Después de la ceremonia nos dirigimos con un reducido grupo de invitados a la posada Mechelen, donde celebramos el banquete de boda. Allí se pronuncian discursos, se brinda, se cuentan chistes y anécdotas, y se vuelve a brindar.

Mi noche de bodas es como la había imaginado: tierna y serena. Hacer el amor con Evert no desata en mí el mismo deseo apasionado que con su hermano.

A la mañana siguiente me despierto temprano y me quedo largo tiempo observando el rostro de mi esposo. Viéndolo así tumbado de espaldas, con su papada y bolsas debajo de los ojos debido a la noche en blanco, pienso que parece mayor. Tiene la boca entreabierta y ronca débilmente.

Intento volver a dormir, pero solo logro echar alguna que otra cabezadita. En la cocina oigo el trajín de Anna, que está encendiendo la chimenea. Es una mujer silenciosa pero trabajadora que perdió a su marido hace un año. Tiene dos hijos casados a los que no quiere estorbar pidiéndoles limosna. Por ello, con sesenta años cumplidos sigue encargándose de las pesadas tareas de la casa para Evert. Y para mí. Yo, que no hace mucho era el ama de llaves, ahora tengo una a mi servicio.

Mis pensamientos se desvían enseguida a Ámsterdam y a la casa del Keizersgracht, y luego, sin darme cuenta, pienso en Mattias. Veo su cara y oigo su voz como si acabara de hablar con él. Y eso me provoca un dolor agri dulce. ¿Cómo reaccionará cuando regrese y descubra que me he casado con su hermano? Quizá no le importe, quizá ya no piense en mí.

–Vaya –dice Jacob cuando aparezco en el taller por la mañana y nos quedamos a solas un momento–. Así que ahora eres la señora Van Nulandt. ¿Cómo te sientes?

–Igual que cuando era Barentsdochter.

–No te creo. Tiene que ser una sensación especial que todos tus patrones sean ahora de la familia –dice riéndose entre dientes.

En eso lleva razón. No me resulta extraño que Evert sea mi marido, pero sí que Adriaen y Brigitta sean mis cuñados. Por no hablar de Mattias.

–Bien hecho, Catrijn –me susurra Jacob al oído–. Sabía que estábamos hechos de la misma madera.

Jacob no es el único que tiene que acostumbrarse a la nueva situación. Ahora soy la mujer del patrón y como tal recibo un trato diferente. Los empleados dejan de contar chistes sobre el jefe delante de mí, y ya nadie se

atreve a quejarse cuando el ritmo de trabajo es excesivo o cuando Evert riñe a alguien.

El ambiente solo vuelve a relajarse cuando se percatan de que no le cuento a Evert lo que pasa a sus espaldas. En Navidad cerramos las puertas y tampoco trabajamos en Año Nuevo. Tradicionalmente, se da la bienvenida al nuevo año con fiestas en las tabernas, fogatas y mucho ruido para ahuyentar a los malos espíritus.

Toda la ciudad se llena de niños armados de matracas, tambores y cazuelas, mientras que jóvenes y adultos sacan los arcabuces y disparan carburo y pólvora al aire.

En lugar de trabajar con la cerámica, me paso el día de Nochevieja con Anna en la cocina, preparando tortas a base de frutas confitadas, cerveza, manteca y harina. No solo para nuestros amigos, sino también para los cantores que el primer día del año pasan por las casas. Al igual que en De Rijn, es costumbre que la gente cante un villancico o recite un proverbio de buena suerte a cambio de unas monedas o de algo sabroso.

En realidad, esperaba que Engeltje viniera con los niños, pero no aparecen. Desde la boda, apenas la he visto, mientras que antes nos hablábamos casi a diario. Eso me preocupa un poco. Estoy segura de que pasa algo.

Sin darle más vueltas al asunto, pongo algunas tortas en un paño y me encamino hacia su casa. Engeltje se sobresalta cuando me ve delante de la puerta.

–Te he traído unos dulces –le digo.

Catharina y Geertruyd se acercan a mí armando mucho alboroto. Su madre, irritada, les ordena que se estén quietas. Yo les guiño un ojo y les doy una torta. Se hace un silencio violento.

–Espero que 1655 sea un año algo más tranquilo –digo.

–Lo mismo te deseo a ti. –Engeltje me mira y advierto que no está cómoda.

–¿Ocurre algo? –le pregunto.

–No, claro que no. Lo que pasa es que he tenido una mala noche. Las niñas no lograban quedarse dormidas con tanto ruido y justo cuando empezaba a conciliar el sueño, Allard se ha despertado para que lo amamantara.

–Lo comprendo –le digo–. Descansa.

Ella asiente, sonrío y cierra la puerta.

Durante toda la noche, la ciudad es un hervidero de actividad, nadie piensa en dormir. Tampoco Evert y yo nos acostamos, en lugar de ello vamos

a la posada Mechelen. Johannes se me acerca en cuanto me ve. Me besa en la mano y dice:

–¡Catrijn, cuánto tiempo! ¿Cómo va la pierna? Veo que ya caminas bien.

–Sí, pero he tardado mucho en recuperarme. Al principio era como si tuviera una pierna de gelatina –le digo–. ¿Cómo estás tú?

Sé que ha estado deprimido debido a la muerte de Carel.

–Estoy bien. Tengo mi trabajo, todo sigue su curso. Aunque me he dado cuenta de algunas cosas.

–¿Como por ejemplo?

–Como que la vida es corta y no debemos malgastar nuestro tiempo en la tierra. Mi pasión es la pintura, durante años he seguido una formación y he obtenido el título de maestro, y mira a qué dedico ahora mis días. –Hace un gesto mostrándome lo que le rodea–. El oficio de posadero es muy bonito, pero no puedo ejercerlo junto al de pintor. Tengo que elegir entre uno u otro, y me muero por volver a sentir un pincel en la mano.

–¡Vas a volver a pintar!

–Sí. Hemos contratado a alguien para la posada y he alquilado un local que habilitaré como taller. Estoy impaciente por empezar.

–Me alegro mucho –le digo sonriendo.

–Tus clases de pintura acabaron de repente –dice Johannes. –Si buscas otro maestro...

–Es muy amable por tu parte, pero apenas tienes tiempo. Y yo también estoy muy ocupada, me paso el día pintando. De hecho, me siento rara si no tengo un pincel en la mano. Como si me faltara un dedo.

Johannes se echa a reír.

–Bueno, pero si cambias de opinión, no tienes más que decirlo.

–¿No le molestaría a Catharina?

–Estos últimos meses, Catharina es la mujer más feliz del mundo. –La voz de Johannes suena orgullosa y alegre.

Miro a su esposa, que está de pie un poco más lejos. Debajo de su jubón amarillo se ve claramente un vientre abultado.

–¡Enhorabuena! –le digo asombrada–. Vas a ser padre, qué alegría. ¿Cuándo nacerá el bebé?

–Ya solo faltan tres meses. Antes de este perdimos dos bebés, por eso hemos mantenido en secreto su embarazo.

–Catharina está radiante.

–Sí, está muy contenta. Un aborto es muy duro, sobre todo si es al final del embarazo. En los otros dos esperábamos a un niño. –Una sombra de dolor le oscurece el rostro.

–Sé perfectamente a qué te refieres –le digo, pero mis palabras se

pierden entre el tumulto de un grupo que se acerca bailando y acapara la atención de Johannes, poniendo fin a nuestra conversación.

Engeltje y Quirijn se han quedado en casa con los niños. El día de Año Nuevo vienen a expresarnos sus mejores deseos. No se quedan mucho tiempo.

–¿Tenéis problemas tú y Quirijn? –le pregunto a Evert.

–No, pero lo noto muy distante –Evert se queda pensativo y toma un sorbo de vino–. Así que a ti también te ha llamado la atención.

–Engeltje y yo apenas hablamos ya. ¿Tendrá algo que ver con nuestra boda?

–No puedo imaginarme que sea eso. Si precisamente estaban muy entusiasmados.

–Entonces es otra cosa, algo que no sabemos. ¿Se lo pregunto a Engeltje? Evert sacude la cabeza.

–No tiene por qué estar necesariamente relacionado con nosotros. Puede que tengan problemas.

–En tal caso también me gustaría saberlo. ¡Son nuestros amigos!

–La amistad significa también confiar en que todo está bien –me dice Evert–. Déjalos tranquilos. Ya vendrán cuando nos necesiten.

Evert tiene razón. Un domingo por la tarde, cuando apenas ha pasado una semana después de Año Nuevo, Quirijn viene a vernos para hablar. No me pide que me marche, así que me quedo en la sala de estar.

Anna nos sirve una copa de cerveza ligera y pone queso y aceitunas sobre la mesa.

–Venga, muchacho, suéltalo: cuéntanos qué te preocupa –le dice Evert cuando Anna se ha ido.

Quirijn no es un hombre que se ande con rodeos.

–Voy a establecerme por mi cuenta.

Después de estas palabras se hace un tenso silencio. Yo contengo la respiración y miro a uno y a otro. Para mi sorpresa, Evert parece tomarse la noticia con bastante serenidad. Carga una pipa y la enciende con ayuda de una yesca que acerca a la chimenea.

–Me esperaba algo así.

–¿En serio? –pregunta Quirijn.

–Dentro de poco harás tu examen de maestría para entrar en el gremio. ¿Por qué ibas a quedarte después?

Quirijn lo observa con una mirada escrutadora.

–Entonces ¿no te importa? Ten en cuenta que seremos rivales, Evert.

–Claro que no me gusta verte marchar, pero el mercado es suficientemente grande para ambos.

–Conozco tus secretos de cocción.

–Sí, y los vas a utilizar. Qué se le va a hacer. Supongo que tendrás la sensatez de no divulgarlos.

–No, claro que no. Si colaboramos y nos pasamos encargos de vez en cuando, mantendremos el monopolio –dice Quirijn, y acto seguido coge su vaso y bebe un buen trago–. Qué alivio que reacciones así. Estaba muy preocupado.

–¿Cómo piensas hacerlo? ¿Tienes suficiente capital?

–Trabajaré con Wouter van Eenhoorn. Él me contó que habían puesto a la venta la fábrica de cerámica de David van der Piet junto al canal Oosteinde. Wouter tiene el dinero y yo los conocimientos, así que propuso que creáramos una empresa juntos.

–¿Por qué venden esa fábrica? –pregunto.

Quirijn toma otro trago y me mira.

–David había comprado el edificio para su hijo Jan, hizo instalar hornos y lo preparó todo para poder empezar a producir. Pero el señorito tenía otros planes y ahora el padre no sabe qué hacer con la fábrica. Quiere quitársela de encima y le preguntó a Wouter si conocía a alguien que estuviera interesado. Así surgió la idea. Tenemos previsto comprar también la casa contigua, para convertirla en tienda.

–La casa de Cornelia, la que está junto a la del cirujano Boom –dice Evert.

–Exacto. También está en venta.

–Suena bien. ¿Cuándo vais a hacerlo?

–Aún tardaremos un poco –dice Quirijn–. Primero tengo que pasar el examen de maestría.

–Entonces seguirás un tiempo con nosotros. Eso está bien, me da tiempo de buscar un nuevo ayudante.

Evert da una calada a su pipa y exhala el humo. Me sorprende la serenidad con la que escucha lo que le dice Quirijn.

–¿Qué puedo hacer si no? –me dice, una vez que se ha marchado su amigo–. Siempre he sabido que Quirijn no se contentaría con ser un ayudante toda la vida, es demasiado emprendedor para eso. Y lo que he dicho iba en serio: hay suficiente trabajo para los dos.

–Pero él sabe cómo fabricas la Porcelana Holandesa, sabe qué materias primas utilizas y cómo cueces la cerámica. Puede hacerlo igual de bien que tú. ¿Eso no te preocupa?

Evert niega con un gesto.

–Yo lo aprendí con la práctica, otros también pueden hacer lo mismo. Y ahora hay ya muchos ceramistas que están en el buen camino. Lo único que todavía no dominan es cómo evitar que la cerámica blanca amarillee. Están convencidos de que necesitan un ingrediente secreto procedente del extranjero. –Se ríe por lo bajo–. No tienen ni idea de que basta con añadir sal de mesa y potasa. Nadie lo sabe, solo nosotros.

–Y Quirijn.

–Sí, pero él es suficientemente listo como para no revelar esa información.

–Tendrá que contárselo a Wouter van Eenhoorn. Y en menos que canta un gallo lo sabrá todo Delft.

Evert se levanta y me besa en el cuello.

–No seas tan pesimista, cariño. Una fórmula que tiene éxito no puede guardarse demasiado tiempo en secreto. Y antes de que sea de dominio público, habremos tenido tiempo de fabricar mucha cerámica.

Engeltje también se alegra de que estemos al corriente de sus planes y de que Evert se lo haya tomado tan bien.

–Por supuesto, no está prohibido abrir una empresa rival –me dice ella–, pero en este caso todo era muy delicado.

–Porque somos buenos amigos –le digo.

Ella asiente.

–Y porque hay una técnica secreta que Quirijn compartirá con el menor número de personas, evidentemente. Tiene previsto hacer firmar una declaración de confidencialidad a todos los empleados.

–Me parece una buena idea.

–Sí, ¿verdad? Vosotros también podríais hacerlo, así estaremos seguros de que el secreto se queda entre nosotros.

Esa misma noche lo hablo con Evert, que hace un gesto de asentimiento.

–Lo he hablado con Quirijn y voy a pedirle al notario que redacte esas declaraciones, para que tengan un carácter oficial. Por cierto, necesitamos un nombre para la empresa, Catrijn.

–¿Un nombre? Una fábrica de cerámica no es una posada.

–Creo que es conveniente hacerlo ahora que aumenta la competencia. Podríamos poner algún signo debajo de nuestra cerámica, como una especie de marca de calidad, de forma que quede claro que procede de nuestra empresa.

Al día siguiente, reflexiono sobre su propuesta mientras trabajo. Estoy concentrada pintando una preciosa y delicada flor que en China llaman «loto» y que simboliza la pureza espiritual y el crecimiento interior. La flor surge bajo el agua, en el fango, crece hacia la luz y emerge a la superficie en el momento propicio. Quizá sea ese el motivo por el que me gusta pintarla. Observo mi trabajo, pensativa. Y luego, en un impulso, doy la vuelta a la pieza de cerámica y, con unos cuantos trazos, pinto una pequeña flor de loto en la parte inferior. Por fortuna, a Evert le gusta el nombre La Flor de Loto para la fábrica, porque cuando se lo propongo, la pieza ya está en el horno. A partir de ese momento, firmamos todas las piezas que fabricamos con una flor con la letra «L» en la parte inferior.

El 26 de febrero Quirijn y Van Eenhoorn compran la casa de David Anthonisz van der Piet en el extremo occidental del canal Oosteinde y, un mes más tarde, la casa contigua. Quirijn se instala con su familia en la parte trasera del edificio. Contratan a una niñera para que se ocupe de los niños, ya que Engeltje trabajará en la tienda. Por lo pronto aún no están listos: antes de poder empezar su negocio tienen que esperar a que Quirijn haga su examen de maestría en mayo.

Una mañana en que la primavera ya flota en el aire salgo a hacer la compra. Casi siempre se encarga de ello Anna, pero de vez en cuando me apetece darme una vuelta por el mercado. De repente, mientras me acerco a los puestos de pescado, Jacob se planta a mi lado. Últimamente no hemos tenido contacto aparte de los saludos cordiales de cada día, y yo sigo sin sentirme cómoda a su lado.

–Buenos días, Catrijn, ¿vas a comprar pescado?

Me imagino que su pregunta es solamente una introducción, así que espero.

–Yo también. Está más bueno y es más barato que la carne –me dice mientras se pone a mi lado en la cola.

–Eso es cierto.

Esperamos nuestro turno manteniendo un silencio que resulta violento. Para ocultar mi incomodidad, bajo la vista al suelo donde dos cigüeñas alicortadas picotean los desechos de pescado. Están al servicio de la ciudad y llevan un collar blanco y negro.

–En Alkmaar también tienen de esas –dice Jacob.

–¿Qué?

–Cigüeñas con las alas cortadas, en los puestos de pescado de Verdronkenoord.

–Sí, es cierto.

–¿Piensas alguna vez en el pueblo?

–Muchas veces.

–Yo no, me alegro de haberme ido de ahí.

En ese momento me doy cuenta de que apenas sé nada de Jacob.

–¿Por qué? Tú tienes familia en De Rijk, ¿no?

–Sí, una madre que es una fanática religiosa y un padre que pierde los estribos con suma facilidad. Soy el menor de once, no tengo relación con mis hermanos y hermanas.

–¡Qué lástima!

Él se encoge de hombros.

–¡Bah! Los vínculos familiares pueden asfixiarle a uno. Si no me hubiera marchado de allí, quizá seguiría ordeñando vacas.

Yo me limito a asentir, no sé qué añadir. Pero Jacob sí.

–Yo te entiendo, porque mi padre era igual. Me refiero a que comprendo lo que hiciste. Así que en este sentido puedes contar conmigo.

De inmediato vuelvo a estar alerta.

–Muy bien.

–Siendo como somos paisanos, tenemos que ayudarnos, ¿no crees?

Lo observo con recelo.

–No me mires con tanta desconfianza, no pretendía insinuar nada. Pero he pensado que... –Se calla y se rasca la cabeza.

–¿Qué quieres, Jacob?

–Bueno, llevo ya tanto tiempo mezclando arcilla que empiezo a aburrirme. Es un trabajo pesado y sucio. Y puesto que Quirijn se va, Evert tendrá que enseñarle el oficio a otra persona. Seguramente elija a Klaas. Eso significa que alguien tendrá que ocupar su lugar vaciando los hornos y aprendiendo los rudimentos del oficio.

–¿Quieres aprender a ser ceramista?

–Es un buen negocio. Cada vez hay más fábricas. Y por ahora no parece que vaya a acabarse, así que sí, creo que es buena idea aprender el oficio.

–¿Por qué me lo cuentas a mí? Eso tienes que decírselo a Evert.

–Lo comprendo, pero todo el mundo sabe que tú tienes mucha influencia sobre lo que sucede en la empresa. Tu opinión importa, Evert te escucha. Si le propones que me coja como aprendiz, seguro que lo hará.

A duras penas consigo reprimir un suspiro. Sabía que tarde o temprano me necesitaría para algo. No quiero ni pensar en tener a Jacob en el taller. Ahora está ocupado el día entero en uno de los edificios anexos y lo veo muy poco, pero los hornos están junto al taller.

–Te pido un favor muy pequeño, Catrijn. ¿Lo harás por mí?

La voz de Jacob suena tan amable, tan asombrada casi, que titubeo. En su rostro veo una sonrisa y siento que mi resistencia se tambalea. Quizá me haya equivocado con él, es posible que nunca haya querido hacerme daño y su pregunta sea justo lo que parece: una petición para que interceda por él. En los últimos meses no me ha molestado, pero no es eso lo que inclina la balanza a su favor. Hay personas a las que es mejor mantener como amigas.

–De acuerdo –le digo–. Haré lo que pueda.

–Echas de menos a tu familia –me dice Evert durante la cena.

Después de exponerle la petición de Jacob, Evert sigue comiendo en silencio durante un rato. Yo espero, observo su rostro pensativo y me pregunto cuál es la respuesta que deseo oír.

–¿Te ayudaría en algo que yo cogiera a Jacob de aprendiz? –me pregunta por fin.

–Eso no hará que añore menos a mi familia, pero Jacob es el único con el que puedo hablar de mi familia.

–Lo comprendo. No habrá ningún problema. Jacob es un buen trabajador, seguro que lo hará bien. Si así lo quieres, le enseñaré el oficio.

–¿Le enseñarás todas las técnicas de cocción? Yo que tú no lo haría.

Evert me observa, asombrado.

–¿No quieres que le enseñe el oficio?

–Sí, pero no tiene por qué saberlo todo. Cuantas menos personas estén al corriente de la técnica, mejor.

–No te preocupes, no les cuento todo lo que sé a los aprendices. No soy tonto.

A partir de ese momento veo a Jacob mucho más a menudo. Ahora que trabaja dentro, lo tengo todo el día cerca. Es el encargado de ir a buscar la cerámica pintada que debe llevarse a cocer, y de llenar y vaciar los hornos. Después se une a los demás empleados del taller para embalar la cerámica para el transporte.

Como dijo Evert, Jacob trabaja duro y se toma en serio su aprendizaje. A mí me da las gracias con un guiño que contesto con una media sonrisa. Me pregunto lo que habría hecho Jacob si Evert se hubiese negado.

Los primeros dos meses del nuevo año transcurren rápidamente. El primer aniversario de la muerte de Govert voy a la iglesia, el único lugar donde consigo acallar los pensamientos que me atormentan desde esta mañana. Evert comprende perfectamente que le haya pedido la tarde libre, por supuesto que lo comprende. Si hay alguien que sabe lo que significa sentirse perseguido por los fantasmas del pasado, es él.

Sentada en el banco de la iglesia, vuelvo a sentir los moratones, el labio partido, el zumbido tras la última bofetada que me propinó Govert antes de

dejarse caer en la cama para dormir la mona. Durante un año entero tuve que aguantar sus violentos arrebatos, pero en torno al aniversario de la muerte de nuestro hijo la cosa empeoró. Vi en su mirada que algo iba mal. Aquel domingo había vuelto a casa de la taberna demasiado borracho y quiso besarme. Retrocedí al notar el olor a alcohol en su aliento y antes de que pudiera darme cuenta me golpeó hasta que me desplomé.

Después de propinarme unas cuantas patadas en el vientre y en las piernas, se fue dando traspiés hasta la cama y se dejó caer en ella. Solo cuando supe con total certeza que no volvería a levantarse, me incorporé a medias, salí arrastrándome al exterior, me humedecí el labio partido con el agua del surtidor en el patio. Jacob y Jannette tenían el día libre, por lo que al menos me ahorraba la humillación de su compasión.

Volví a entrar y me detuve en el vano de la puerta de la habitación. No se oía ni un ruido procedente de la cama. Muchos hombres roncan cuando han bebido, pero Govert emitía solo de vez en cuando un par de sonidos guturales profundos, alternados con silencios que duraban segundos, durante los cuales parecía haber dejado de respirar. Al principio, cuando nos acabábamos de casar, eso me asustaba y lo sacudía del hombro para despertarlo. Entonces él me empujaba malhumorado mientras decía: «Déjame en paz, estúpida». Empecé a preferir no despertarlo y me limitaba a contar los segundos que dejaba de respirar. Cada vez que volvía a oír su respiración me sentía decepcionada.

No sé qué fue lo que me impulsó a hacer lo que hice precisamente aquel día. Lo que había sucedido esa noche no era distinto de la vez anterior, una variación de una costumbre que seguramente duraría toda mi vida. Mucho antes había comprendido que él nunca cambiaría y que yo siempre tendría que esconder una herida en algún lugar del cuerpo. Y mis hijos también, si llegaba a tenerlos alguna vez. Aquel día vi, con una lucidez que nunca antes había sentido, a la mujer en la que me estaba convirtiendo: callada, asustadiza, encogida, incapaz de reír o de amar. Yo conocía a ese tipo de mujeres, había muchas en el pueblo, y siempre había sentido compasión por ellas, aunque también me exasperaran.

En un impulso fui hasta la cama y cogí una almohada. Las manos no me temblaban, no dudé un solo instante. Me incliné sobre Govert. Él tenía la boca entreabierta, lo suficiente para que viera los dos orificios antes ocupados por muelas. Movié la cabeza y por un momento pensé que iba a abrir los ojos, pero antes de que eso sucediera, le hundí la almohada con fuerza en la cara. Él se despertó, se movió y luchó. Sin embargo, la bebida le había privado de los reflejos y le había arrebatado la fuerza. No era un adversario para mí. La cólera y la humillación reprimidas durante meses emergieron de mi interior,

dándome una fuerza que nunca volveré a tener.

Todo sucedió más rápido de lo que imaginaba. No tardé en sentir que su resistencia disminuía, hasta que la falta de oxígeno hizo que se debilitara bajo mis manos. Para mayor seguridad, mantuve la almohada un rato más sobre su cara y la retiré solo cuando estuve segura de que ya no vivía. Lo miré conteniendo la respiración.

Me honraría decir que en aquel momento me asaltaron los remordimientos o que, por lo menos, me quedé conmovida, pero lo único que sentí fue alivio.

Estaba muerto. Por fin.

–¿Puedo servirlos en algo?

Me sobresalto por la voz profunda y cálida del pastor, que está de pie en el pasillo. En su rostro advierto una expresión preocupada.

–Llevo un rato observándoos y me ha conmovido la intensidad de vuestras oraciones. Si puedo servirlos en algo... –Me observa con más atención–. Sois la esposa de Evert van Nulandt.

–Sí, soy Catrijn. Nos casasteis hace unos meses.

Él hace un gesto de asentimiento y se sienta a mi lado.

–Me preguntaba una cosa –digo titubeando.

–¿Sí?

–¿Se nos perdonan siempre nuestros errores, padre?

Me mira de reojo.

–Eso depende. En principio sí. Nadie se libra de cometer errores en esta vida, todos somos pecadores. Pero todos podemos apelar al perdón de Dios.

–¿Cómo?

–Pidiéndoselo, mostrando un sincero arrepentimiento y enmendándonos. Hay diferentes maneras de hacerlo.

–¿Y si uno no se arrepiente?

Un velo de preocupación le nubla el rostro.

–Eso lo dificulta todo.

Me miro las manos, que mantengo cruzadas en el regazo.

–¿Creéis que existen pecados que se cometen porque no se tiene elección?

–Siempre podemos elegir, Catrijn. Lo único que Dios nos pide es que nos alejemos de las malas elecciones. Por supuesto, comprendo que a veces sea difícil.

–¿Habéis estado alguna vez en una situación que os haya llevado a tomar una mala decisión?

–Sí, cuando era joven. Entonces no creía en Dios ni en el diablo. Pero por

fortuna he dejado atrás ese tiempo.

–Porque os arrepentisteis y os enmendasteis.

–En efecto.

Me quedo callada. Me observa con una mirada escrutadora.

–¿Tan grande es tu problema, Catrijn? ¿Por qué tienes tanto miedo del juicio de Dios?

–Por lo que os decía... porque no me arrepiento.

–¿Te arrepientes de haber obrado contra las reglas de Dios?

–Sí, eso sí.

–¿Porque temes el castigo o porque comprendes que actuaste mal?

–Por miedo. Pero no soy una mala persona, padre. Toda mi vida he hecho siempre lo correcto. He obedecido siempre a mis padres y a mi marido. Si me encuentro con un mendigo, siempre le doy algo. ¿Eso no cuenta en el juicio final?

No le confieso que me he acostado dos veces con un hombre con el que no estaba casada, eso es insignificante comparado con el motivo que me ha traído hasta aquí.

–Los errores no pueden compensarse de este modo, Catrijn. Con Dios no se negocia. Todo se castiga.

Siento un escalofrío.

–¿Iré al infierno?

–Uno no acaba tan rápido en el infierno. Ya sabes que Jesús vino a la tierra y murió por nuestros pecados. Un pecado daña la relación con Dios y debe ser castigado, pero no con la pérdida de la vida eterna. Es tan grande el amor de Dios que en determinados casos puede olvidar nuestra incapacidad para arrepentirnos.

–¿Cómo puedo saber si me ha perdonado?

El pastor me sonrío y se pone una mano en el corazón.

–Eso lo sentirás.

Salgo de la iglesia bastante más tranquila. La conversación con el pastor me ha hecho mucho bien. De alguna manera, la luz del sol parece más amable, menos dura, y la muchedumbre en la plaza del Mercado resulta menos sofocante. Me detengo para disfrutar del buen tiempo y de la animación que me rodea. Sin embargo, de repente vuelvo a pensar en mi familia y siento tal añoranza que se me hace un nudo en la garganta.

–¡A saber lo que estarás pensando!

Me vuelvo y veo el rostro sonriente de Aleid. La acompaña su hija, que me hace una bonita reverencia.

–Me estaba preguntando si debía ir al trabajo o si podía disfrutar un poco más del buen tiempo –le digo.

–Siempre estás trabajando. Evert te perdonará que te quedes un rato a charlar conmigo.

–Seguro que sí.

–Te he visto salir de la iglesia. Es una hora poco usual –dice Aleid titubeante, como si tuviera miedo de inmiscuirse en algo que no es asunto suyo.

–Es el aniversario del fallecimiento de Govert. Mi primer marido.

–Sí, sé que estuviste casada antes. Evert me lo contó. Así que hoy es el día en que te quedaste viuda.

Yo asiento.

–Seguro que te resultará difícil. –Aleid me toca el brazo en un gesto de compasión–. ¿Te apetece venirme conmigo a casa? Así podremos hablar de eso, si lo necesitas. –Eso es lo último que quiero, pero antes de que se me ocurra una excusa, ella añade–: De todas formas quería hablarte.

Algo en su mirada hace que me sea difícil rechazar la oferta y por consiguiente la acepto. Mientras hablamos de temas triviales nos dirigimos a su casa en la Choorstraat: un edificio grande con una fachada imponente y ricamente adornada. Una vivienda digna de un edil y alguacil.

Cruzo el umbral con desgana. En el vestíbulo contemplo el cuadro que ya había visto cuando acudí por primera vez a esta casa para alquilar la mía. En esta ocasión lo observo con más atención. No me gusta mucho: Isaïc y Aleid, sentados en sendas sillas y vestidos de negro a la antigua usanza, mientras los mellizos permanecen muy erguidos a ambos costados. La niña, Jenneke, está de pie junto a su madre, y el niño, Michiel, junto a su padre. Ambos visten ropa oscura y parecen copias en miniatura de sus progenitores.

–En realidad este cuadro no me parece muy bueno –dice Aleid–. Le hemos encargado a Johannes que pinte otro, con una pincelada más suelta.

–Lo hace muy bien. Johannes pinta del natural.

–Exacto, este resulta demasiado rígido y anticuado.

Aleid me precede hacia la sala de estar en la parte posterior de la casa. Jenneke ha salido al jardín, donde la veo jugar con una pelota. Aleid y yo tomamos asiento en dos sillas altas junto a la ventana. La luz del sol se cuele a raudales por los cristales pulidos. Una sirvienta entra en la sala y pregunta si queremos que prepare té.

–Sí, Aagje –le contesta Aleid, y me pregunta a mí–: ¿Sabes lo que es el té?

Yo asiento, pues a veces preparaba té para Brigitta. Y en una ocasión lo probé a escondidas. No me pareció que estuviera muy bueno. Era demasiado amargo. Pero es una bebida cara y por ello acepto con un gesto de agradecimiento el pequeño tazón de piedra que me trae Aagje.

–En realidad habría que servirlo en otro recipiente –dice Aleid–. El cristal no sirve, puesto que se calienta demasiado, y la piedra resulta excesivamente tosca.

–Tendrían que ser tazones especiales para el té –le digo.

–Sí, algo bonito y delicado. El té es una bebida exquisita, no se puede servir en el mismo tazón que la leche.

Contemplo pensativa el pequeño tazón, que es robusto y pesado.

–Lo hablaré con Evert. Seguro que se nos ocurrirá algo más elegante. ¿Qué usan en Oriente para beber el té?

–Creo que unos pequeños cuencos. Aquí son muy difíciles de encontrar.

Noto cierta excitación, como siempre cuando se me ocurre algo nuevo. Ya me imagino el horno lleno de decenas, no, cientos de delicados cuencos de té adornados con hermosas representaciones de escenas orientales. En realidad querría irme de inmediato a casa para hacer un diseño, pero me obligo a quedarme a escuchar a Aleid, aunque solo le presto atención cuando empieza a hablar de mi estancia en el hospital.

–Estabas muy mal –me dice–. Temieron por tu vida cuando te pusiste tan enferma.

–Sí, tenía mucha fiebre.

–Muchísima. Empezaste a desvariar. Al menos... –Aleid se queda callada y baja la vista hacia su falda negra.

–¿Qué?

–Durante mucho tiempo me dije a mí misma que tenían que ser desvaríos, que delirabas. La alternativa sería demasiado terrible.

Me invade el miedo.

-¿A qué te refieres? ¿Qué dije?

-Hablabas de tu marido. Se llamaba Govert, ¿no es así?

Asiento sin decir palabra. A veces se sabe lo que alguien va a decir antes de que lo haga.

-Mencionaste su nombre, decías que era culpa tuya, que Dios te castigaría. Y también decías algo sobre asfixiar.

Es como si el corazón se me detuviera de pronto. Cuando me asusto suele ir más rápido, pero esta vez no. Cada pocos segundos siento un golpe pesado, un golpe sombrío. Tengo vértigo y tomo un sorbo de té amargo para no desfallecer.

-¿Qué querías decir con eso, Catrijn? Explícame.

La voz de Aleid ya no suena tan amable, sino más bien autoritaria. No basta con decirle que no tengo ni idea. Tengo que frenar su desconfianza.

-Cuando Govert dormía después de haber bebido demasiado, su respiración era muy irregular y a veces dejaba de respirar durante un rato. Entonces yo lo zarandeaba y él se despertaba sobresaltado. -Dirijo los ojos a un jarrón con flores que descansa sobre la mesa, en un intento por evitar la mirada penetrante de Aleid-. El día en que murió llegó borracho de la taberna. Se dejó caer en la cama y se quedó dormido. Por supuesto, yo tendría que haberme quedado a su lado, para vigilarlo, pero estaba demasiado ocupada. Era hacia el atardecer y a esa hora aún quedan muchas cosas por hacer en una granja. Así que me fui a trabajar.

Dejo el tazón medio vacío sobre la mesa y miro a Aleid, que me devuelve una mirada escéptica.

-Cuando entré de nuevo en el cuarto, reinaba el silencio. Demasiado silencio. Me acerqué a la cama y vi a Govert tumbado allí, con la boca abierta. -Bajo la vista y añado susurrando-: Ya no respiraba.

-¿Y luego? -La voz de Aleid suena compasiva, aunque la desconfianza aún no ha desaparecido del todo de sus ojos.

-Intenté despertarlo, lo sacudí. Tardé en darme cuenta de que estaba muerto. No podía creerlo.

-Cuando estabas enferma decías que había muerto asfixiado.

-Eso era lo que parecía, con la boca abierta de par en par. Como si intentara respirar pero no consiguiera que le entrara el aire.

Aleid se queda pensativa con la mirada perdida.

-¿Estaba tumbado de espaldas?

-Sí.

-Eso es muy peligroso. La lengua puede caer hacia abajo y obstruir la garganta. Lo normal es que se hubiese despertado, pero no si estaba ebrio. ¿Había vómito alrededor de su boca?

Niego con un gesto de la cabeza, aunque sería una explicación ideal. Sin embargo, tendría que haberlo dicho enseguida.

Aleid se inclina hacia mí y me pone la mano sobre el brazo.

–No tienes que culparte, Catrijn. No fue culpa tuya.

–Si me hubiese quedado con él...

–¿Durante horas? ¿Mientras que, como bien dices, tenías trabajo que hacer? Él no debería haberse emborrachado.

–Supongo... –Me quedo muy quieta en la silla–. ¿Quién más sabe esto?

–¿De lo que dijiste mientras tenías fiebre? Nadie. Si se lo hubiese contado a Isaïc, tendría que haberse puesto en contacto con el alguacil de Alkmaar. Primero quería que tú me explicaras qué había pasado.

–¿Pensabas realmente que yo...?

–Eso es lo que parecías estar diciendo, Catrijn. No podía imaginarme que fuera así, pero por otro lado, apenas te conozco.

–Tienes razón. Yo también habría desconfiado.

–Me alegro de que lo comprendas –dice Aleid sonriendo–. No sabía qué hacer. No se lo he dicho a nadie, pues las habladurías circulan antes de que una se dé cuenta. La gente siempre tiende a pensar lo peor.

–Sin duda. Gracias.

Nos quedamos sentadas, envueltas en un silencio incómodo. Al menos, incómodo para mí. Aleid parece estar absorta en sus pensamientos.

–Yo también estuve casada anteriormente –confiesa de repente–. Contraje matrimonio en contra de mi voluntad. Mis padres eligieron por mí y no me quedó más remedio que resignarme. Tenía diecisiete cuando me casé.

–¡Qué joven!

–Demasiado joven. Mi marido era bastante mayor y no me sentía en absoluto atraída por él. El amor no llegó con los años, como habían vaticinado mis padres. Si al menos hubiese surgido algo de camaradería entre nosotros, todo habría sido soportable, pero mi marido me trataba como si fuera su criada. Me denigraba o me ignoraba. Todas las mañanas yo me despertaba lamentando amargamente no haberme resistido a aquel matrimonio. Y entonces, después de cinco años, me vi liberada de él. Dios envió una epidemia de viruela, y dos semanas más tarde me convertí en viuda. –Entrelaza los dedos y mira por la ventana a su hija, que sigue jugando fuera–. Cuidé de él durante su enfermedad, por supuesto que lo hice, pero no recé para que se curara. Me quedaba a su lado con las manos juntas, aunque sin saber qué pedirle a Dios. Finalmente lo dejé en Sus manos, y mi esposo murió. Durante mucho tiempo me sentí culpable por eso. Pensaba que, de haber suplicado más por su vida, quizá mis oraciones habrían sido escuchadas. –Se contempla las manos, que mantiene cruzadas en el regazo, y luego me mira a mí–. Pero al pensar eso nos

otorgamos demasiado poder. ¿Quién sabe si somos nosotros los que tomamos las decisiones o si todo está decidido mucho antes? Por lo visto, la voluntad de Dios era que él muriera.

Nuestras miradas se cruzan.

–Sí –le digo–. Lo mismo pienso yo.

Seguramente a todos nos atormentan sentimientos de culpa y de temor. ¿Qué sabemos realmente de las personas que nos rodean? Todos tenemos secretos, grandes y pequeños, alrededor de los cuales construimos nuestra vida lo mejor que podemos.

Durante un tiempo, el temor a que la verdad saliera algún día a la luz estuvo aletargado. En ningún momento desapareció del todo, como mucho quedó relegado a un segundo plano. Pero ahora ha saltado inesperadamente al frente, como un criminal que surge de un oscuro callejón, y del que no logro desembarazarme.

¿Creyó Aleid mi historia o solo lo fingía? Durante un tiempo espero que en cualquier momento el alguacil y sus hombres llamen a mi puerta, pero un mes más tarde, en vista de que todavía no ha sucedido nada, me atrevo a confiar en que estoy a salvo.

Mientras tanto trabajo con más ahínco que nunca. Diseño cuencos de té, con bordes altos y finos, a los que añado imágenes de rosas y de chinos bebiendo té. Cuando se los muestro a Evert y él discute con Quirijn acerca de cómo cocerlos, vuelvo a sentirme bien por primera vez en muchas semanas. Trabajar tiene un efecto beneficioso en mi estado de ánimo, evita que le dé vueltas a la cabeza, a pesar de la continua cercanía de Jacob. Aunque él nunca me aborda, sigo sin sentirme a gusto en su presencia. Noto que me observa. Lo veo cuando miro de reojo mientras estoy pintando. Siento su mirada sobre mí cuando cree que estoy distraída. Algunas veces lo veo en el reflejo de una ventana y otras, simplemente lo sé.

A medida que avanza la primavera empezamos a fabricar las tacitas de té, como las llama Evert, que se convierten enseguida en un enorme éxito.

Entretanto, Quirijn y Engeltje se preparan para abrir su empresa. El 1 de junio, Quirijn se inscribe en el gremio como maestro ceramista y abre junto con Wouter van Eenhoorn su propia fábrica de cerámica a la cual dan el nombre de El Frasco de Porcelana. A pesar de la competencia, nuestra amistad con Quirijn no se ve amenazada porque seguimos teniendo tantos pedidos que apenas podemos atenderlos.

Los domingos solemos organizar algo juntos, como excursiones en barco y paseos más allá de las murallas de la ciudad, y siempre acabamos sentados en una taberna, comiendo en las mesas de madera instaladas al aire libre donde disfrutamos de la comida, del vino y de la compañía. Estas

deliciosas excursiones me animan.

–Estás radiante, Catrijn –dice Quirijn mirándome atentamente–. ¿Lo ves, Evert? Tu mujer está cada día más guapa.

–Eso es casi imposible –dice Evert–, pero tengo que darte la razón.

Me guiña un ojo y yo me río. Hace un tiempo que guardamos nuestro dulce secreto y ahora, en esta hermosa tarde de domingo, asentimos y les contamos a nuestros amigos la buena nueva.

Sus felicitaciones son sonoras y sinceras, y en este ambiente alegre dejamos que nos llenen las jarras y brindamos por el futuro. Por primera vez en años, soy feliz.

Pero la felicidad es un frágil regalo. Justo cuando bajo la guardia, abandono las armas y me atrevo a creer que la vida puede transcurrir plácidamente sin problemas, oigo algo que me pone la carne de gallina. Una mañana, mientras me paseo con Anna por el mercado, llega a mis oídos la palabra «peste».

Me vuelvo de golpe hacia el hombre que está anunciando la noticia. Tendrá unos cuarenta años, lleva un jubón marrón y calzones, y tiene el rostro curtido. A sus pies veo un cesto con correas.

–¿Qué decís? ¿La peste? –le pregunto.

El vendedor ambulante asiente con gesto grave.

–Me temo que sí, señora. Viene de Francia y se está acercando.

–¿Dónde está ahora?

–Ya ha llegado a Amberes. La peste viaja rápido.

Siento un sudor frío por todo el cuerpo y la cabeza empieza a darme vueltas. Se nos acercan varias personas con el miedo dibujado en el rostro.

–¿En qué ciudades hay peste? –pregunta Anna.

–¿Tengo que nombrarlas todas? La peste está en todas partes. En Amberes ya han muerto más de la mitad de los habitantes. No había suficientes ataúdes, así que han enterrado a todas las víctimas en una fosa común.

Se escucha un murmullo entre los presentes.

–¡No hagáis caso de este viejo loco! ¿Media ciudad? ¿Cómo puede saber eso? –grita el pescadero, desde detrás de su puesto.

–Acabo de llegar de allí, lo he visto con mis propios ojos –le responde el vendedor ambulante.

–¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué no has contraído tú la peste? Puede que la tengas. ¿Qué se te ha perdido aquí? ¡Los tipos como tú traen la enfermedad a la ciudad!

Entre los presentes se oyen voces de aprobación, muchos rostros se vuelven hostiles hacia el vendedor ambulante.

–No he enfermado porque fui listo y evité entrar en las ciudades –dice el hombre alzando la voz–. Y porque tengo un remedio contra la peste. ¡Aquí lo tenéis! –Busca en su cesto y saca un frasco–. Este elixir me ha protegido. Si ya os habéis contagiado, no hay nada que hacer. Este remedio es únicamente preventivo. Si tomáis dos sorbos tres veces al día, la enfermedad pasará sin rozaros.

–¿Qué contiene ese brebaje? –pregunta una mujerona, que lo mira con desconfianza y mantiene los brazos cruzados sobre el pecho.

–Es una receta secreta que lleva generaciones en mi familia. No, no voy a contaros lo que contiene, soy un mercader, señora. De algo tengo que vivir. El elixir está en venta, pero ya no me quedan muchos frascos. Por el camino he salvado muchas vidas. ¿No me creéis? ¿Acaso no estoy aquí para contarlo? ¿Cómo podría si no haber viajado por una zona de peste y salir indemne? –Vuelve a sacar algunos frascos que sostiene en alto–. ¡Para los que se decidan pronto! Cuando los vapores tóxicos lleguen a la ciudad, no tardaréis en comprobar si os cuento la verdad.

Miro los frascos dudando.

–¿Cuánto cuestan?

–Diez stuivers por frasco, señora. No es mucho a cambio de algo que puede salvaros la vida.

–Compremos uno –me dice Anna con voz temblorosa.

–¿Quién dice que hay peste? Hasta ahora no he oído nada al respecto. –El pescadero, con un bacalao en una mano y un cuchillo de filetear en la otra, resopla, le corta la cabeza al pescado y la tira al suelo.

Se nos acerca un hombre impecablemente vestido.

–Lo que dice el vendedor es cierto –nos asegura–. Yo comercio con Amberes y allí la peste está haciendo estragos. En Breda y en Bolduque también, así que es muy posible que avance hacia el norte.

Entretanto se ha congregado una gran muchedumbre y las palabras del mercader pasan rápidamente de una persona a otra. Una mujer joven con un niño en brazos se abre camino hacia delante y alarga la mano.

–Quiero un frasco –dice.

Al principio, la gente sigue indecisa, pero luego son cada vez más los que buscan su bolsa y se acercan al vendedor ambulante. Yo también miro en mi bolsa si tengo diez stuivers, Anna hace lo mismo.

Mientras los cuento, noto una mano sobre el hombro.

–No te dejes engañar, Catrijn. Nadie tiene el remedio contra la peste, y menos ese hombre –dice Johannes, mientras me agarra del brazo y me aparta de la muchedumbre.

–Eso no lo sabes. Él no se ha contagiado –le digo, volviéndome hacia el

gentío que rodea al vendedor ambulante.

–Lo más probable es que ni siquiera haya estado cerca y solo lo sepa de oídas. Si los más brillantes médicos no son capaces de encontrar un remedio contra la peste, ¿cómo podría tenerlo ese hombre? No puedes creer eso.

Suspirando dejo caer las monedas en mi bolsa.

–Tienes razón. Anna, guarda tu dinero.

–Os habéis asustado, una noticia como esta asusta a todo el mundo. Y de ello se aprovechan los estafadores.

–¿Crees de verdad que viene la peste? –le pregunto.

–No lo sé. Quizá esté asolando en el sur, pero eso no significa que llegue aquí. Una epidemia como esta, que surge de repente, también puede extinguirse rápidamente. –Me ha llevado hasta una esquina de la plaza del Mercado y me dice–: Cerca de aquí está mi nuevo taller. ¿Quieres verlo?

–Sí, claro –le contesto, contenta de tener algo de distracción.

Caminamos a lo largo del canal Voldersgracht y nos detenemos ante una casa con hastial escalonado y una puerta. Johannes la abre y nos precede en el callejón. A medio camino hay una puerta baja, por la que entramos. Anna se queda discretamente en el vano, yo sigo avanzando. El taller es una estancia cuadrada de altos ventanales por los que entra una luz suave y hermosa. En el centro hay dos caballetes rodeados de mesas llenas de botes de pintura, pinceles, espátulas y trapos. A lo largo de las paredes hay lienzos en blanco y una chimenea ocupa buena parte de otra de las paredes.

–Aquí también puedo trabajar en invierno –me dice Johannes mostrándome la chimenea–. Y el taller está orientado al norte, por lo que no entra el sol. Es perfecto.

–Lo es sin duda. ¡Qué espacio tan maravilloso! –Me acerco al lienzo que está en el caballete–. Ya estás trabajando duro.

–Sí, este lienzo se llamará Cristo en casa de Marta y María. Está casi listo. ¿Qué te parece?

Doy un paso atrás. En realidad no me gustan demasiado las representaciones religiosas, pero esta escena de Jesús hablando con dos mujeres transmite un ambiente hogareño y agradable. Solo la vaga aureola alrededor de la cabeza de Jesús delata su divinidad. Los colores frescos, los rostros realistas de los tres personajes y la actitud desenvuelta que mantienen entre sí, nada afectada, le dan al cuadro una fuerza que me hace contener el aliento mientras lo contemplo.

–Es precioso, Johannes. Realmente precioso.

–¿Sí? ¿Te gusta? –Asiente contento, luego me observa atentamente–. Noto algo diferente en ti..., algo en tu actitud.

Me río tímidamente.

–Puede ser. Estoy embarazada, de más de cuatro meses.

–¿En serio? Me alegro muchísimo. ¡Enhorabuena! –Johannes me observa sonriente y luego algo cambia en su rostro. Su sonrisa se desvanece y su mirada se ilumina–. Tal como estás ahora, en esa luz débil, con tu jubón amarillo, así me gustaría pintarte.

Me siento incómoda mientras él me examina pensativo, como si quisiera grabar algo en su memoria.

–Ojalá pudieras posar para mí –dice, hablando más consigo mismo que conmigo.

No sé qué decirle, así que guardo silencio, atrapada en su mirada.

Después, Johannes parece despertarse de un sobresalto, como de un ensueño.

–Lo recordaré –dice, sin apartar los ojos de mí–. Lo recordaré.

De camino a casa, Anna y yo estamos muy calladas. La peste ocupa por completo mis pensamientos. ¿Cómo es posible que la vida cotidiana siga su curso, que las personas conversen y rían, que los niños chillen de placer mientras persiguen a un gato y que los mercaderes bromeen como si no pasara nada? Lo normal sería que la peste fuera el tema de todas las conversaciones.

Quizá me preocupe demasiado, y es posible que mi desasosiego se deba a mi embarazo. A fin y al cabo, Amberes está muy lejos.

Sin embargo, no logro quitarme de encima el nerviosismo. Cuando llego a casa voy enseguida a buscar a Evert. Lo encuentro en el patio dando instrucciones a los hombres para que descarguen un camión de leña. Una vez que ha pagado al carretero y mientras los empleados están entrando la leña, le explico lo que he oído en el mercado.

–¿La peste? ¿Dónde? –pregunta Evert.

–En Amberes, Breda y Bolduque.

–No he oído nada al respecto –dice Evert mientras le indica a Klaas, que quiere preguntarle algo, que espere porque está en mitad de una conversación. Luego vuelve a dirigirse

a mí–. No te preocupes demasiado, tesoro. Aunque eso sea cierto, no significa que llegue hasta Delft.

–Pero podría ser que sí. –Me pongo la mano sobre el vientre y tengo ganas de echarme a llorar.

Evert me mira preocupado, y se marcha después de decirme que espere allí. Lo veo hablar con el vendedor de leña, que está dando de beber a su caballo el agua de un cubo, y luego me hace una seña para que me acerque.

–Dile a mi mujer cómo está la situación en el sur –le pide en cuanto estoy delante de ellos.

El vendedor de leña asiente con un gesto tranquilizador.

–Estad tranquila, señora. Esta mañana he hablado con alguien que viene de Bolduque y no ha dicho nada de la peste. Creo que ese charlatán del mercado simplemente quería hacer un buen negocio. Basta con pronunciar la palabra «peste» para que la gente esté dispuesta a aflojar la bolsa para comprar un supuesto elixir.

–Otra persona ha confirmado su historia –replico sin acabar de estar del todo convencida–. Era un hombre bien vestido que ha dicho que la peste había

llegado hasta Breda y Bolduque.

–Era su compinche –me asegura Evert con voz profunda–. Ese tipo de charlatanes nunca trabajan solos. ¿Cuánto apostamos a que ahora están contando juntos su dinero en una tasca?

El vendedor de leña asiente antes de dar media vuelta para dirigirse a su carro y subir al pescante.

–Y suponiendo que sea cierto, nada podemos hacer para detenerla –dice–. Estamos en manos de Dios.

Esas palabras resuenan en mi cabeza durante el resto de la noche. La simple verdad que entrañan no me tranquiliza demasiado. La peste siempre está haciendo estragos en algún sitio. Hace cinco años pasó por Alkmaar, aunque la enfermedad ha respetado durante mucho tiempo a De Rijp. Tanto que nunca he tenido que enfrentarme a ella. Eso no quiere decir que no pueda imaginarme lo que es verse afectado por ese terrible mal. Mis abuelos y mis padres vivieron graves epidemias. Todo el mundo conoce a alguien que ha fallecido a causa de esa enfermedad. La peste debe de ser un horror. Los que se contagian de peste pulmonar no tienen salvación. La fiebre alta, combinada con punzadas en el costado y una creciente dificultad para respirar, lleva a la pérdida de conocimiento y finalmente a la muerte. Con la peste bubónica es un poquito mayor la posibilidad de sobrevivir, pero durante los primeros días se pasa por un infierno. Los primeros indicios de que se tiene la enfermedad son un aumento de la temperatura seguido de fiebre, tras lo cual aparecen bultos en diversas partes del cuerpo que crecen hasta convertirse en bubones oscuros y finalmente en pústulas duras y purulentas. La enfermedad puede prolongarse durante diez días. Solamente una pequeña cantidad de personas sobrevive tras ese periodo. Luego, la peste desaparece o vuelve a atacar, con nuevas pústulas y fuertes hemorragias internas. Nadie supera la segunda fase.

Sin embargo, por lo pronto no parece existir un peligro directo. En nuestro negocio hablamos a diario con carreteros, barqueros y vendedores ambulantes, y cada vez les preguntamos por la peste. Las noticias procedentes del sur se contradicen.

En Breda y Bolduque la mortalidad es alta, dice uno; no pasa nada, asegura el siguiente. Otro afirma que ha habido algunas muertes, pero que la peste no se intensifica. Por ahora parecer ser que Amberes es la última ciudad que se ha visto afectada y que la epidemia está remitiendo.

–¿Ves como no hay para tanto? –me dice Evert cuando se marcha el mercader que ha visitado nuestra tienda. Me abraza y me besa en el cuello–. Todo saldrá bien.

A mediados de junio llega el golpe. Oigo correr la noticia mientras me acerco al mercado de aves de corral instalado entre la Choorstraat y el puente Poelbrug. La peste ha llegado a Dordrecht y Gorinchem, donde ha atacado con fuerza. Todo el mundo habla de ello, veo rostros de preocupación por doquier. El pregonero anuncia por las calles que el ayuntamiento está tomando medidas para evitar que la peste llegue a Delft.

Veo a Engeltje caminar con sus hijas de la mano, y me acerco a ellas. Cuando se vuelve hacia mí advierto lo pálida que está.

–Catrijn, ¿lo has oído?

–Sí, pero están tomando medidas. Cerrarán las puertas de la ciudad a cal y canto.

–Dicen que la peste se propaga a través de los vapores tóxicos. ¿Cómo quieren frenarlos?

–No lo sé –le contesto, y entonces veo que Catharina y Geertruyd nos miran aterradas.

–¿Qué es la peste? –pregunta Geertruyd con un hilo de voz.

–Es una enfermedad –le explico–, pero está muy lejos.

–¿Cuánto de lejos?

–Tan lejos como Dordrecht.

–Entonces ¿por qué tienen todos tanto miedo? –pregunta Catharina mirando extrañada a su alrededor.

–Nos vamos –dice Engeltje–. Aún tengo que ir a la botica. Allí venden unos polvos protectores para tomar. Ve tú también a buscarlos, antes de que se acaben.

Asiento y las miro marcharse: las niñas llenas de confianza, van cogidas de la mano de su madre. Desde mi conversación con Johannes ya no me fío de los remedios. Me parece lógico lo que dijo entonces: si los remedios sirvieran de algo, ya no habría peste. Es Dios quien decide si uno muere o no.

Me llevo la mano al vientre y me muerdo el labio.

Nadie sabe cómo se propaga la peste exactamente, pero sí que la enfermedad es contagiosa. Resulta imposible detener por completo el comercio con las granjas que rodean la ciudad y con otras ciudades, pues sus habitantes necesitan alimentos, pero se han reforzado las medidas de control en los accesos a la ciudad. Se sospecha que los vapores pestíferos se adhieren a la piel, al pelo y a la ropa, y por consiguiente los vendedores ambulantes, las compañías de teatro, los carreteros y los barqueros ya no son bienvenidos. Otros viajeros son sometidos a estrechos interrogatorios y los que vienen de zonas contaminadas tienen que dar media vuelta.

Se mantiene con normalidad el comercio con las partes del país donde

no hay peste, aunque ello implica un riesgo. Muchos mercaderes procedentes de zonas contaminadas intentan entrar dando un rodeo. Si bien los guardianes en las puertas de la ciudad controlan que no entre nadie con pinta de estar enfermo, no pueden garantizar que no pasen personas infectadas. A menudo, la gente ni siquiera sabe que está enferma.

En las ciudades vecinas también se aplican normas estrictas. A pesar de ello, la peste no tarda en avanzar hasta Gouda y Róterdam. La enfermedad casi no podría estar más cerca de Delft.

–¿Tienes mucho miedo? –me pregunta Jacob cuando estamos juntos en la tienda.

Estoy quitándole el polvo a la cerámica expuesta para los pocos clientes que todavía vienen. Jacob deposita una caja con paja en la mesa y con mucho cuidado mete dentro un gran jarrón destinado a un rico mercader de Ámsterdam.

–Sí, ¿tú no? Todo el mundo tiene miedo –le digo–. Por lo pronto, esto será lo último que podamos enviar. Incluso es posible que ni siquiera pueda entrar en Ámsterdam.

–Hasta ahora no nos han devuelto nada. Aquí no hay peste.

–No, aún no. Pero al parecer en Róterdam está causando estragos, y eso no queda tan lejos.

–Es cierto, pero Schiedam está al lado de Róterdam y allí no pasa nada. Así que no se pueden sacar conclusiones. –Me mira de reojo–. Ahora que por fin has conseguido tenerlo todo atado, se declara la peste.

Seguimos trabajando en silencio.

–¿Sabes, Catrijn? Te admiro –me dice después de un rato–. No pensaba que fueras capaz de cuidar tan bien de ti misma. En realidad nos parecemos mucho.

Yo frunzo el entrecejo.

–¿Tú crees?

–Sin duda alguna. Ambos queremos una vida mejor y estamos dispuestos a hacer lo que sea para lograrlo. Primero solo tenías un buen empleo, ahora estás casada con el patrón y vas a tener un hijo suyo. ¡Enhorabuena!

–Para que quede claro: me he casado con Evert porque lo amo –le digo fríamente.

Él suelta una risita.

–Claro que sí. Pero no te ha venido nada mal que tuviera un negocio próspero. Y a mí tampoco. Espero que la peste no lo eche todo a perder.

Esa noche me acurruco junto a Evert. Hace calor y estamos acostados debajo de una sábana, con las puertas del armario donde está la cama abiertas de par en par. No conseguimos conciliar el sueño.

–Quiero que te vayas de aquí –me dice de repente.

Alzo la vista y lo miro en la penumbra.

–¿Te refieres a que huya?

–Sí. Aquí empieza a haber demasiado peligro.

–La peste no tiene por qué llegar a Delft. Sobre todo con las medidas que ha tomado el ayuntamiento.

–Todas las ciudades toman medidas y son siempre las mismas. Eso no es ninguna garantía. Podrías ir con tu familia.

Me tumbo de espaldas y miro el techo de madera encima de la cama. A casa... Sí, podría hacerlo. En el campo la peste se propaga menos rápido que en las ciudades. Y así volvería a ver a mis padres y a mis hermanos. También es cierto que vería a los pueblerinos, pero con la peste aproximándose tendrán otras cosas en que pensar aparte de en mi regreso. De pronto me doy cuenta de que Evert solamente ha hablado de mí.

–¿Y tú qué? Vendrás conmigo, ¿verdad?

–No, tengo una fábrica que dirigir. El número de pedidos ha bajado mucho desde que la peste ha llegado al país. Los encargos que tengo son demasiado importantes para desaprovecharlos.

–No irás a creer que voy a irme sola. En De Rijp estamos bastante seguros y sería una magnífica ocasión para que conocieras a mi familia. No pienso irme sin ti.

–Tienes que hacerlo –insiste Evert con firmeza–. Antes de que se declare también aquí. No quiero que tú y el bebé corráis ningún riesgo.

–¡Yo tampoco quiero que tú corras ningún riesgo!

Me acaricia la mejilla.

–No hay otra alternativa, cariño. Dentro de unos días tengo que enviar un lote de platos a Den Helder. Ya conoces a Wout Kock, el barquero. Navegarás con él hasta Alkmaar y desde allí podrás ir a De Rijp.

Me quedo un momento en silencio.

–Ya lo tenías todo pensado.

–Sí, y no hay nada más que hablar, Catrijn. Quiero que te vayas. Ya perdí una vez a mi mujer y a mis hijos, no permitiré que se repita.

La gente que huye de la peste no es bien vista, pues perturba el comercio y la vida pública, y paraliza la ciudad antes de que llegue la enfermedad. El ayuntamiento intenta convencer con edictos a los habitantes de Delft de que no corren peligro y de que no es necesario huir.

Por ahora, la gente ha hecho caso, pero la mañana después de mi conversación con Evert corre el rumor de que la peste se ha cobrado sus primeras víctimas en Delft.

De inmediato cunde el pánico. Los que pueden permitírselo se marchan al campo o a casa de familiares en otras ciudades. Sin embargo, la mayoría se queda.

–Huir no tiene ningún sentido –me dice Aleid cuando nos encontramos–. Dios ya ha decidido quién enfermará y quién no. El que huye, se lleva consigo sus pecados.

–Si todo está ya predestinado, ¿por qué cierra el ayuntamiento las puertas de la ciudad y dicta ordenanzas? Dios no tiene compasión de los tontos, Él quiere que usemos la cabeza.

–Dios ha hecho que la peste sea contagiosa, Él decide quién se contagiará y quién no. Y quién sobrevivirá. Por eso nosotros nos quedaremos. Y tú deberías hacer lo mismo.

No le respondo, me limito a ponerme la mano sobre el vientre. Es posible que me lleve mis pecados conmigo y merezca tener una muerte miserable, pero mi hijo no tiene culpa de nada. Una vez que llego a casa, subo enseguida a hacer el equipaje.

Esa misma tarde y noche me despido de mis amigos. Nos fundimos en largos abrazos.

–Espero que la peste no siga su curso hacia el norte y que estés a salvo allí –me dice Johannes.

–Vosotros también deberíais marcharos.

–Quizá lo hagamos.

Nos miramos y sonreímos, pero no hay rastro de alegría.

La última noche en casa, Evert y yo hacemos el amor pausadamente. Con cada caricia, con cada beso, soy consciente de que puede ser la última vez. Por fin nos quedamos dormidos y cuando la luz del día penetra a través de los postigos, me echo a llorar.

–No llores, cariño. Todo saldrá bien. –Evert me seca con ternura las lágrimas de la cara y me besa.

–Prométeme que te marcharás de inmediato si la situación se pone fea. Con o sin encargos importantes.

–Te lo prometo. De verdad. Quiero volver a verte y conocer a mi hijo.

Nos levantamos y nos vestimos. Evert coge mi bolsa de lona y nos acercamos al canal donde la niebla matutina se extiende formando jirones sobre el agua. Wout ya está allí, y ayuda a Klaas a subir la carga a bordo.

No me he despedido de Jacob, pero de pronto me encuentro frente a frente con él. No dice nada, me mira a los ojos durante unos instantes.

–Ten cuidado con Mart –me advierte entonces, y luego da media vuelta y entra en la tienda.

–Tenéis que zarpar. Es un largo viaje. –Evert le entrega mi bolsa de lona a Wout y me atrae hacia sí para abrazarme.

Un último beso, un largo abrazo y subo a bordo. El barco es bastante grande, y tiene una camareta donde cobijarse. Me instalo en el banco y me despido con la mano de Evert cuando Wout suelta las amarras del muelle.

Evert me lanza un beso y se queda mirando hasta que la embarcación desaparece debajo del Puente de la Capilla.

Hace frío a esta hora tan temprana. Por fortuna, he sido previsor y me he puesto dos capas de ropa. Mientras navegamos por el río Schie siento caer sobre mí un enorme cansancio. En los últimos meses hemos tenido mucho trabajo, ya voy por el quinto mes de embarazo, lo cual significa que me duele la espalda y que no duermo bien. De todas formas, en la última semana, por la noche he dedicado más tiempo a cavilar que a dormir. Me tumbo en el banco, me cubro con una manta y empiezo a adormecerme.

Duermo durante gran parte de la mañana y cuando abro los ojos veo que hemos avanzado mucho. Me incorporo, dolorida. La luz del sol entra en la camareta, estoy sudando. Me quito una capa de ropa y salgo fuera. Enseguida, el viento fresco me acaricia la cara. Miro el paisaje de pólderes que me rodea. Los campos están llenos de girasoles, los juncos se agitan junto a la orilla, el sol brilla en el agua.

Respiro profundamente y me acerco a Wout, que está de pie llevando el timón. Dos jóvenes robustos, que lo ayudan y vigilan la carga, me saludan con un gesto.

–¿Dónde estamos más o menos? –pregunto.

Wout mira a un lado.

–Ya estamos a más de la mitad del camino. Habéis dormido mucho.

Hablamos del tiempo y de la hora prevista de llegada a Leiden. Ni una palabra de lo que hemos dejado atrás.

Navegamos sin hacer escala en ningún sitio y al atardecer llegamos a Leiden. Nos cuesta entrar en la ciudad, pues los guardianes examinan detenidamente las cartas de porte que les entrega Wout. Aquí aún no saben

que la peste ya ha llegado a Delft, y finalmente nos dejan pasar. Después de pernoctar en una posada, volvemos a zarpar antes del amanecer. Una vez a bordo, vuelvo a recuperar algo de sueño. Será un largo viaje, pues la distancia que hemos de recorrer es mucho mayor. Cuando finalmente llegamos a Haarlem, por la noche, estoy muerta de cansancio. Gracias a Dios, Alkmaar ya no queda tan lejos y eso nos permite salir algo más tarde al día siguiente.

Cuando al final de la tarde aparecen ante nosotros los muros de la ciudad, el corazón me empieza a latir más rápido. Salgo de la camareta y me quedo junto a la borda, envuelta en el chal para protegerme del frío viento. Allí está Alkmaar. Hace ya un año que me fui, sin saber qué me deparaba el futuro. Y mira por dónde, tengo un trabajo que me gusta, me he casado y estoy embarazada. ¡Quién lo hubiese dicho!

Contemplo sonriente la familiar silueta de la ciudad, los molinos a orillas del río Zeglis, las orgullosas torres de las puertas de la ciudad y la Iglesia Grande, y me embarga la emoción. Estoy en casa.

En Alkmaar, la vida sigue como si nada pasara: las gabarras van y vienen, cargan y descargan sus mercancías, y la gente comercia en el mercado. Oigo a algunas personas hablar de la peste, pero no es algo que esté en boca de todos. No tardo en percatarme de que creen que la enfermedad se ha quedado estancada en el sur. No tengo intención de llamar la atención contándoles la verdad.

Me he despedido de Wout y de los muchachos en la Puerta del Árbol, y luego he empezado a recorrer las tabernas del muelle. El mercado de quesos acaba de cerrar, es el momento en que mi padre y mis hermanos suelen ir a la tasca para beber algo o cerrar un trato. No se quedan mucho rato, ya que tienen que emprender el viaje de vuelta. Por lo visto, hoy se han ido temprano puesto que no hay ni rastro de ellos.

Sigo buscando un rato en las tascas que se encuentran junto al mercado, y como tampoco los veo allí, me dirijo al centro de la ciudad donde está la tasca Los Trece Puntales. Hace más de un año que vi por última vez a Melis y a Brecht. Aprieto el paso y recorro el último trozo casi al trote. Cuando empujo la puerta, estoy sin aliento.

Nuestro reencuentro resulta más efusivo de lo que esperaba. Brecht suelta un grito y deja caer la jarra que tiene en las manos, Melis se acerca a mí con los brazos abiertos y me abraza con fuerza.

–¡Catrijn! ¡Cómo es posible! No esperaba volver a verte nunca –dice Brecht, emocionada.

Para mi sorpresa, se echa a llorar y yo le rodeo los hombros con un brazo.

–Pues claro que sí, ¿por qué pensabas eso?

Me lleva a la parte trasera, donde se encuentra la sala de estar.

–¿Dónde has estado? Cuéntamelo todo.

No tengo la menor intención de hacerlo, así que empiezo a contarle una historia imprecisa, que Brecht no tarda en interrumpir.

–Estuviste en Ámsterdam, pero no te quedaste allí –me dice–. Te marchaste sin decirnos adónde te ibas. ¿Por qué, Catrijn?

–Os envié noticias, pero por lo visto no llegaron.

Me cuesta mentirle a la cara y Brecht no muerde el anzuelo.

–Eso no es cierto. Desapareciste y no diste noticias tuyas. Y creo que sé por qué.

Nos observamos fijamente unos instantes y yo soy la primera en bajar la mirada.

–Huiste –dice Brecht en voz baja–. El alguacil estuvo aquí buscándote. Quería hablar contigo.

Vuelvo a mirarla y veo mi miedo reflejado en sus ojos.

–¿Dijo de qué se trataba?

–De Govert.

Se hace un silencio que rompo con un profundo suspiro.

–Cuéntamelo todo, Brecht.

–No, cuéntamelo tú todo. ¿Es cierto lo que dicen?

–¿Qué dicen?

–Que eres culpable de la muerte de tu marido.

Si se quiere guardar un secreto, no hay que confiárselo a nadie, ni siquiera al mejor amigo. Yo no puedo mentirle a Brecht, pero tampoco puedo reconocer lo que hice, así que callo.

–¡Oh Dios! –exclama Brecht–. No me digas nada, lo comprendo. Creo que lo supe enseguida. Pero no puedo culparte por ello, después de todo lo que te hizo aquel canalla.

–Govert estaba borracho perdido. Se desplomó en la cama y dejó de respirar.

–No lo dudo, cariño, y yo mantendría esa historia. No le digas otra cosa a nadie, ni siquiera a mí, así no podrán hacerte nada. –Me coge de la mano y añade–: Melis conoce a Van Veen, el alguacil. Mart, el hermano de Govert, fue a verlo porque no se fiaba de lo que habías contado.

–Mart no soporta que toda la herencia fuera a parar a mis manos después de tan solo un año de matrimonio.

–Sí, Melis me dijo también que Mart tenía sin duda sus propios motivos para hablar mal de ti. Seguro que es eso.

–¿Qué dijo el alguacil exactamente?

–Que quería hacerte unas cuantas preguntas. Se quedó un rato, Melis le sirvió unas cervezas y entonces le contó que el médico que había examinado a Govert había dicho que tenía muchos puntos rojos en el blanco del ojo. Eso apuntaría a que había muerto asfixiado.

–Así que quiere hablar conmigo. –Me resulta imposible esconderle mi preocupación a Brecht. El corazón me golpea dolorosamente en el pecho y noto cómo el color desaparece de mi cara.

–Yo que tú no me quedaría mucho tiempo aquí. En realidad no deberías haber vuelto.

–Brecht tiene razón.

Nos volvemos hacia la puerta y vemos a Melis.

–Primero solo quieren hablar contigo y luego te someten a un riguroso examen –dice.

Me cuesta tragar. He oído suficientes historias sobre los rigurosos exámenes como para poder hacerme una idea de ellos. Ante mis ojos aparecen visiones de empulgueras y potros de tormento. De esa manera no es difícil arrancar una confesión. En caso de duda sobre la culpabilidad de una persona, proceden al interrogatorio y dan por supuesto que Dios la ayudará a soportar las torturas si es inocente.

–Tienes que irte, Catrijn –me dice Brecht–. No sé dónde has estado todo este tiempo, pero es mejor que vuelvas allí.

–No es posible –susurro–. Al menos, no de inmediato.

–¿Por qué no?

Por un momento dudo si decírselo, pero decido ser sincera.

–La peste ha llegado hasta allí.

Esa noticia resulta ser un golpe más duro que mi confesión tácita. Brecht se tapa la boca con la mano, Melis se queda paralizado.

–¿Qué has dicho? –A duras penas consigue pronunciar esas palabras.

–Cuando dejé la ciudad había solo dos o tres enfermos, y además en un barrio al que nunca voy. Así que es imposible que la haya traído conmigo –me apresuro a decir–. Pero ya comprendéis que no pueda volver.

Brecht y Melis intercambian una mirada.

–¿De qué ciudad estás hablando? –me pregunta Brecht con una voz aguda y atemorizada–. ¿Está cerca de Alkmaar?

–No, he tardado tres días en llegar aquí. No tenéis nada que temer.

Pero, por supuesto, tienen miedo.

–Breda está a más de tres días de viaje de aquí. Decían que la peste había assolado Breda, pero por lo que dices está mucho más cerca. –Brecht me mira con los ojos muy abiertos.

–¡Se cuentan tantas cosas! ¿Y quién dice que la peste se propagará hacia el norte? Bien podría ir al este o desaparecer del todo.

No importa lo que les diga, de repente me miran de otra manera. Brecht retrocede, se seca las manos con el delantal.

–No puedes quedarte aquí –dice en tono de disculpa–. No tenemos sitio.

–¡Oh! –digo.

–Es verdad. Lo siento mucho.

–No importa, en Alkmaar hay suficientes posadas. Iré a buscar una ahora mismo.

Nos miramos sin saber qué decir, luego Melis hace un gesto mostrándome la puerta.

–Seguro que puedes alojarte en La Cabeza de Moro.

Asiento en silencio. Vuelvo a mirar a Brecht, que permanece inmóvil con los brazos cruzados, y en vista de que sigue sin decir nada, me marchó.

Preferiría irme de Alkmaar, pero es mejor que me quede. Mientras no sepa qué ambiente reina en mi pueblo, prefiero no dejarme ver por allí. Es imposible navegar hasta De Rijk sin ser visto, pues todos los que hacen esa ruta se conocen entre sí, y si voy caminando, me verán tarde o temprano. Si quiero reunirme con mi familia, es mejor que espere hasta que vuelvan al mercado de quesos.

Encuentro alojamiento en la calle Houutil, donde una anciana llamada Stien alquila las habitaciones de su casa mientras ella vive en el cobertizo que tiene en el patio. Es un cuartucho oscuro, pero está muy cerca del lugar donde se celebra el mercado de quesos. Eso me viene bien, puesto que prefiero dejarme ver lo menos posible. En el patio respiro un poco de aire fresco y solo salgo a la calle para buscar rápidamente algo de comida.

Es una lástima, puesto que me habría gustado poder hablar con viejos conocidos y pasearme por la ciudad. En lugar de ello ayudo a Stien en el huerto. Por supuesto, ella siente curiosidad y me pregunta por qué me oculto. Para no despertar su recelo, he preparado una historia: soy una muchacha soltera, me he quedado embarazada y huyo de la cólera de mi familia. Espero al padre del bebé, que se ha hecho a la mar y aún no sabe nada.

Stien acepta la historia sin rechistar, seguramente le habrán contado cosas más raras. Incluso se convierte en mi protectora, me hace la compra y cocina para mí, por lo que no tengo que salir en absoluto. Su amabilidad hace que me sienta culpable por haberle mentado, pero ahuyento esos sentimientos. A fin de cuentas, me digo, no le hago ningún mal.

Después de unos días, Stien vuelve a casa con noticias sobre el avance de la peste, que lleva un tiempo azotando La Haya, Róterdam y Delft, y que, según dicen, ya ha alcanzado Leiden y Ámsterdam.

–Está llegando –dice con voz lúgubre–. Dentro de poco será nuestro turno.

–¿Es muy grave la situación en Delft? –le pregunto, pero ella no sabe nada al respecto.

Sobre Leiden y Ámsterdam corre el rumor de que cada día mueren cientos de personas.

–En Haarlem todavía no pasa nada, o sea que quizá también nosotros nos salvemos –dice Stien.

La situación en Haarlem se sigue de cerca con gran preocupación. Todos los días, la gente se agolpa ante la Puerta del Árbol para oír las noticias que traen los barqueros.

Cuentan que en Leiden dejan los cadáveres en las calles para luego recogerlos con carros, y que en Ámsterdam se ha prohibido el toque de difuntos porque provoca el pánico entre la población. Yo pienso a menudo en Adriaen y Brigitta. A pesar de las deprimentes noticias, en Alkmaar la vida sigue su curso. Con algunas restricciones, eso sí, pues ya no se deja entrar a los forasteros. Solo los campesinos de los alrededores tienen acceso a la ciudad para abastecer los mercados. También sigue celebrándose el mercado de quesos semanal del viernes por la mañana. El de esta semana podría ser el último y se espera con gran agitación.

El jueves por la noche llegan a la ciudad los primeros campesinos, algunos con carros y carretas por el dique y otros con chalanas por el río Zeglis.

No traen solamente queso, sino también verdura y fruta, panes y bizcochos, gallinas y otras aves, carne y pescado. Como Alkmaar no dispone de una gran plaza central donde pueda celebrarse un mercado, ellos instalan sus puestos en los puentes y a lo largo de los canales.

El tramo de muelle que se encuentra junto al edificio de la balanza pública está reservado al mercado de quesos. En el último año, se han derribado casas para conseguir más espacio y crear algo parecido a una pequeña plaza.

Salgo a la calle en la esperanza de ver por algún lado a mi familia. Mi padre querrá aprovechar la oportunidad para vender la máxima cantidad de quesos antes de que la peste desbarate su negocio y mi madre habrá arrancado de su huerto todas las remolachas, puerros y coles.

Pero por mucho que busco, no los veo. Regreso algo decepcionada a mi habitación y al doblar una esquina, veo aparecer a Brecht. No tiene sentido fingir que no nos hemos visto, pues prácticamente nos hemos topado la una con la otra. Ella se queda parada y es evidente que la situación le resulta incómoda.

Yo abro los brazos y digo:

–No tengo la peste, Brecht.

–Yo nunca he dicho eso. Simplemente no teníamos sitio.

–Si me hubiera contagiado la peste, ya tendría que estar enferma. Y media ciudad estaría infectada.

–Lo sé. ¡Oh, Catrijn, cuánto lo siento! Nos quedamos horrorizados cuando empezaste a hablar de la peste. Pero te dijimos la verdad, no nos quedaban habitaciones. Aunque por supuesto podrías haberte alojado en nuestras habitaciones privadas.

–No importa. Lo comprendo.

–Eres mi amiga, al menos espero que aún lo seas. Tendría que haberte ayudado en lugar de echarte.

Nos abrazamos y Brecht me pregunta dónde me alojo. Le digo que es mejor que no lo sepa, por si el alguacil vuelve a pedirle información.

–Yo nunca se lo diría. Además, tiene otras cosas en que pensar ahora que se acerca la peste. Es como si nadie pudiera hablar de otra cosa.

–Cuando llegue el momento tenéis que marcharos a casa de tu familia en Schagen.

–¿Y qué hacemos con la posada? No podemos dejarla sin vigilancia. Ya sabes lo que sucede en estos casos.

Lo sé. Aunque es comprensible que la gente huya, los que se quedan atrás no siempre lo comprenden. No todo el mundo dispone de los medios para establecerse en otro lugar, y con demasiada frecuencia, las viviendas de los que han huido son desvalijadas o destrozadas.

–Aun así tenéis que marcharos –insisto–. Mejor perder la posada que la vida.

Brecht sacude la cabeza, abatida.

–Estoy segura de que Melis no querrá marcharse. Dice que Dios decide quién se contagia de la peste y quién no y que, precisamente por ello, no tiene ningún sentido intentar escapar. Y yo estoy de acuerdo con él.

–Yo no –le digo–. Dios no se apiada de los tontos. Nos ha dado un cerebro para pensar y piernas para correr. Si llega la peste, las utilizaré.

Al día siguiente, se desvanece por completo la esperanza de que la peste no afecte a Alkmaar. La noticia se propaga por la ciudad como un reguero de pólvora: ¡nueve enfermos!

Los desgraciados son ingresados de inmediato en el hospital de apestados de la Paternosterstraat. No solo para ofrecerles cuidados, sino también para aislarlos y evitar el contagio, pues mientras tanto la ciudad ya se ha ido llenando de mercaderes y campesinos venidos de los alrededores.

Yo me he levantado de buena mañana. En la balanza pública ya están apilando los primeros quesos, que cubren con hierba entre capa y capa para protegerlos del sol. Las mercancías pueden exponerse a partir de las siete de la mañana, el mercado abre a las diez. Mucho antes de esa hora, ya estoy junto al edificio de la balanza pública. Esta posición me permite ver la llegada de mercancías desde los canales y la actividad dentro del propio edificio. Aquí se pesan todos los quesos para determinar cuántos impuestos habrá que pagar a la ciudad. Dentro hay dos grandes balanzas, flanqueadas por los maestros pesadores que las vigilan.

Fuera, en el muelle, veo las hileras de quesos apilados. Hay menos gente de lo que me esperaba. Se oye continuamente la palabra «peste» y, por los fragmentos de conversación que capto, comprendo que muchos campesinos han dado media vuelta al llegar a las puertas de la ciudad. Sin duda es lo que habrán hecho mis padres, pues de lo contrario ya los habría visto hace mucho. Pese a la creciente convicción de que no vendrán, sigo buscándolos.

A mi derecha está la botica La Rosa Blanca, que está haciendo su agosto. Delante de la puerta se ha formado una cola que llega hasta el puente.

–Ajo y clavo –dice alguien–. Si los masticas durante todo el día, estarás protegido contra los vapores pestíferos.

Un anciano explica que hay que aplicar una cataplasma hecha a base de masa madre, estiércol del diablo, cebolla, higos, bulbos de lirio y aceite de escorpión sobre las pústulas. La única pega es que cuesta encontrar el último ingrediente, y él confía en que el boticario lo tenga.

Todo el mundo conoce algún remedio, y cuantos más ingredientes exóticos contenga, más confianza despierta la receta. Recuerdo que el doctor Geelvinck, que trataba a Brigitta, también recomendó algo. ¿Qué era? Estábamos hablando del efecto beneficioso del láudano. Me contó que contenía un remedio oriental, llamado opio, una panacea que protegía incluso de la peste.

En un arrebato me pongo en la cola. El láudano es caro; cuando fui a comprarlo para Brigitta me llevé un susto, pero tengo suficiente dinero. Si realmente funciona, ningún precio es demasiado alto.

Después de haber estado esperando un buen rato al sol para entrar en la botica, tengo la sensación de que el interior está en penumbra. Pasado un tiempo, los ojos se me acostumbran al cambio y veo una sorprendente exposición de objetos exóticos. Los armarios, que llegan al techo, están repletos de botes y frascos con inscripciones misteriosas; en los estantes hay piedras de todos los colores, salamandras secas, mandíbulas de ballena, pequeños esqueletos, así como recipientes con granos de pimienta, clavo y semillas de mostaza.

El boticario Moeriaans me observa con expresión solícita desde el otro lado del mostrador. He venido aquí a menudo, pero no tanto como para que me conozca personalmente. Le pido láudano y él arruga la frente.

–¿Láudano? ¿Contra la peste?

–Sí, tiene una acción preventiva.

–¿Quién lo dice?

–Un médico de Ámsterdam.

Boudewijn Moeriaans resopla.

–¿Allí donde la gente muere en las calles?

Yo me encojo de hombros, no tengo ganas de iniciar una discusión con él.

–¿Lo tenéis o no?

–Sí, ¿cuánto queréis?

–¿Cuánto os queda?

Detrás de mí se hace un silencio. Los demás clientes siguen con interés la conversación, y cuando Moeriaans coloca sobre el mostrador un frasco tras otro, se levanta un murmullo. Después del décimo alzo la mano, puesto que no puedo pagar más. Esto ya me cuesta una fortuna. Cuento las monedas procurando aparentar calma. Detrás de mí, la gente empieza a excitarse. Compró una bolsa y meto los frascos dentro. Mientras salgo de la botica, los demás clientes se abalanzan sobre el mostrador para comprar el resto de las existencias.

Con la bolsa en los brazos vuelvo al mercado de quesos, y allí veo a mi padre. Está hablando con el encargado de distribuir los puestos del mercado, para saber dónde debe exponer sus quesos, y mientras habla no para de gesticular. En cuanto el distribuidor señala a la derecha y mi padre alza la vista, me ve. Se queda boquiabierto. Enseguida se acerca a mí, abriéndose camino entre la muchedumbre.

Yo también me pongo en movimiento y a mitad de camino nos fundimos en un abrazo.

–¡Catrijn, Dios santo, Catrijn! –exclama.

Mi padre nunca ha sido muy sentimental, pero ahora me abraza tan fuerte que casi me rompe los huesos.

–¿Cómo es que vienes aquí, tan de repente? ¡Tienes buen aspecto!

Me observa atentamente y detiene la mirada en mi vientre. Me mira, asombrado, y yo asiento riendo. En su rostro se dibuja una amplia sonrisa.

–¿Dónde estarán tu madre y los chicos? ¡Qué contentos se pondrán!

Eso es quedarse corto. Cuando llegan mi madre y mis hermanos, el reencuentro es tan feliz que unos y otros me atraen hacia sí y me abrazan con demasiada fuerza. Todos hablan a la vez y hacen diferentes preguntas al mismo tiempo, hasta que mi padre pone fin a tanto revuelo.

–Tranquilos, muchachos. Si seguís así, Catrijn no podrá decir nada. Además no tenemos tiempo para hablar. Debemos asegurarnos de venderlo todo rápido.

–Hay peste en la ciudad, papá –le digo.

–Precisamente por eso. Durante el camino nos hemos enterado de que también se había declarado en Alkmaar, pero ya era demasiado tarde: estábamos a punto de llegar. Así que es cuestión de venderlo todo y marcharnos.

A las diez en punto suena la campana en señal de que se abre el mercado. Pese a mis temores de que me descubra el alguacil, ayudo a mi madre en su puesto de frutas y verduras. Mientras tanto, los hombres venden su mercancía en el mercado de quesos.

Es como en los viejos tiempos. De vez en cuando miro a los míos y entonces me invade un sentimiento cálido, como una felicidad líquida. Mi madre advierte mi mirada y me pellizca la mejilla.

–¡Estoy tan contenta de volver a verte! –me dice–. ¡Y qué maravilloso que estés embarazada! ¿De cuánto estás?

–De cinco meses y medio.

–¿Te quedarás aquí hasta que nazca el bebé? Porque te vienes con nosotros a casa, ¿verdad?

Asiento y nos sonreímos.

Dos horas más tarde hemos acabado. Los porteadores se llevan los últimos quesos que hemos vendido con la carretilla, mientras mi padre guarda las ganancias en una bolsa de cuero.

–Vámonos –dice.

No tengo tiempo de despedirme de Brecht y de Melis. Me apresuro a ir a casa de Stien y recojo mis pertenencias. Stien no está, así que le dejo el alquiler en la cama. Después cojo mi bolsa de lona y entro en el callejón. Antes de cerrar la puerta veo al alguacil Van Veen doblar la esquina. Viene en mi dirección y se acerca a paso rápido, acompañado de cuatro policías armados. Uno de ellos precede al grupo y empuña un palo largo, es la Vara de la Justicia, que la policía lleva cuando va a efectuar un arresto.

Retrocedo rápidamente y vuelvo a meterme en el pasillo. Cierro la puerta y corro hacia el jardín. Allí lanzo mi bolsa de lona al otro lado de la tapia, me encaramo a ella y paso por encima con cierta dificultad.

Huyo atravesando jardines, patios y callejones, contenta de conocer tan bien la ciudad. Dando un gran rodeo llego al mercado de quesos, donde mi familia me espera en el barco.

–Pareces estar muy acalorada –me dice Dirk mientras me ayuda a subir a bordo.

Yo no le contesto, miro por encima del hombro para ver si hay peligro y me siento a su lado. Dirk escudriña el muelle con una mirada vigilante. Se desplaza un poco hasta taparme con su ancho cuerpo y dice:

–A navegar, muchachos.

Los latidos de mi corazón vuelven a sosegar cuando salimos de la ciudad deslizándonos por debajo de la Puerta del Árbol.

Tenemos mucho de que hablar, pero, como siempre sucede en nuestra familia, callamos lo principal. Los demás me explican con pelos y señales el enorme incendio que se declaró el año pasado en el pueblo y me cuentan sobre la boda de Dirk con Klaartje Sijmonsdochter. La conozco, pues de niñas jugábamos juntas. A mi vez, les hablo de mi trabajo como ama de llaves en Ámsterdam y de cómo tuve la oportunidad de empezar a trabajar como pintora en una fábrica de cerámica de Delft. No digo nada de Jacob. Ni de por qué no he dado tan pocas noticias mías, y nadie me lo pregunta.

Todos se alegran de oír que estoy embarazada.

–¡Qué lástima que tu esposo no haya venido contigo! –dice mi madre–. Me habría gustado conocerlo.

Aunque a lo largo de todo el viaje nos ponemos al día, cuando veo aparecer las primeras granjas de De Rijk, al cabo de dos horas, no hemos

pronunciado ni una vez el nombre de Govert. No obstante, pregunto con cautela cómo está Mart.

–Sigue intentando averiguar dónde estás –me contesta mi padre–. Pero no le hemos dicho nada.

Estoy sentada de espaldas a la parte más ancha del río, con el cabello recogido debajo de la cofia, y muy apretada contra mi hermano Dirk para que la gente con la que nos cruzamos crea que soy su mujer. Siento alivio al ver que ya accedemos al canal que se encuentra en la parte trasera de la granja y empezamos a atracar. Por primera vez estoy contenta de que la casa de mis padres esté tan aislada.

Miro con emoción los contornos del edificio bajo, la ajada paja del tejado, los muros de adobe y los destartados cobertizos.

Lau salta sobre la hierba, me tiende la mano y me ayuda a bajar a la orilla.

Una mujer joven se nos acerca y me mira asombrada.

–¡Catrijn! –exclama, y luego me abraza. Me lleva dentro cogiéndome del brazo–. ¡Qué alegría tenerte aquí de nuevo! Todos te han echado muchísimo de menos. ¿Cómo estás? ¡Esperas un bebé!

Yo asiento, le sonrío a Klaartje y abro la puerta. En cuanto entro en la cocina, me asalta un sentimiento de nostalgia. Las ollas y los cazos en los estantes de la pared, la larga mesa que fabricó mi padre y donde yo comía de pequeña, la chimenea decorada con azulejos que representan animales y personajes sobre los que mi madre solía inventarse historias, los muebles que pinté de niña... ¡Todo me resulta tan familiar! Deslizo los dedos por unas flores pintadas sobre una cómoda y sonrío.

Para mayor seguridad, los días siguientes apenas salgo de casa. En una granja siempre hay algo que hacer, y no se me ha perdido nada más allá de sus límites. Además, la peste está avanzando. Ya está golpeando con fuerza en Alkmaar. Desde el patio puedo ver las nubes de humo que salen de los barriles de brea colocados sobre las murallas para ahuyentar los vapores tóxicos de la enfermedad. Mis temores giran siempre en torno a lo mismo: Evert, Brecht y Melis, y vuelta a empezar.

Los vecinos del pueblo que pasan navegando en barco detrás de la granja cuentan historias llenas de pánico. Al parecer, en Alkmaar varias comitivas fúnebres se dirigen cada día hacia la Iglesia Grande. Las tumbas abiertas desprenden un hedor espantoso y en un número cada vez mayor de puertas aparece clavada una letra P de cobre, que advierte de la presencia de enfermos en esa casa.

De alguna manera, la peste viaja con las personas. Por ello, el

Ayuntamiento de Alkmaar no quiere arriesgarse y prohíbe la lana, las pieles de animales y la ropa usada, al tiempo que ordena a los vendedores de ropa y a las casas de empeño que cesen sus actividades. En realidad esa ordenanza ni siquiera es necesaria puesto que todo el mundo los evita. Lo mismo les sucede a los vendedores de pieles, medias y gorros, que son expulsados de la ciudad sin contemplaciones.

Los campesinos que quieren vender sus mercancías tienen que hacerlo a las puertas de la ciudad. Los productos lácteos no están prohibidos, pero en cambio se imponen restricciones a la venta de fruta y verdura. Determinados productos tienen fama de propiciar la propagación de la peste y por si acaso ya no se venden. Las que salen peor paradas son las ciruelas, que recuerdan llamativamente a los bubones de la peste y, por lo tanto, dejan de tener demanda.

Solo diecisiete kilómetros separan De Rijp de la ciudad, y el temor de que la peste llegue hasta aquí es grande. Mi padre ahuyenta a todos los desconocidos que se acercan a la finca y nos prohíbe ir al pueblo. Nos volvemos autosuficientes.

Entrego a todos los miembros de mi familia un frasco de láudano que ellos aceptan con bastante escepticismo. Hoy en día hay tantos remedios para la peste que nadie sabe en qué creer. Sin embargo, acaban por convencerse cuando añado que me lo ha recomendado un médico del patriciado de Ámsterdam.

Una semana después de mi llegada, siento moverse al bebé por primera vez, el mismo día en que la peste llega a De Rijp.

Un pueblo no tiene puertas que puedan cerrarse, ni murallas que impidan el acceso a los forasteros indeseables. Un pueblo yace indefenso en medio de los campos. De niña, me habría gustado vivir en el centro del pueblo, cerca de la escuela y de otros niños con los que poder jugar. Ahora estoy profundamente agradecida de que nuestra granja esté en el límite exterior y sea una de las últimas viviendas antes de que el paisaje se abra hacia el extenso polder.

Nosotros nos entregamos a nuestros quehaceres envueltos en un silencio tenso y solo alzamos la vista cuando oímos retumbar sobre los campos las pesadas campanadas del toque de difuntos.

Agosto trae consigo un calor bochornoso y, de vez en cuando, algún chubasco. Mi padre y los chicos llevan retraso con la siega y hacen largas jornadas en el campo. Un día, mientras estoy batiendo mantequilla en el granero, aparece de pronto una figura en la puerta que me tapa la luz. Alzo la

vista sin dejar de mover las manos, pensando que es mi padre o uno de mis hermanos. Pero es Mart, el hermano de Govert, y la expresión en su rostro no presagia nada bueno.

Del susto suelto el batidor de la mantequera.

–Catrijn –me dice–. Sabía que eras tú.

Tardo un poco en recuperar el habla.

–Mart, ¿puedo hacer algo por ti?

Él suelta una risita desagradable.

–Yo diría que sí. He tenido que esperar mucho para volver a verte. Mucho. Me preguntaba si Jacob conseguiría dar contigo algún día.

–¿Jacob? ¿Qué quieres decir?

–Le encargué que te encontrara, pero no lo consiguió. Y de repente has vuelto.

–¿De qué estás hablando? Jacob y yo nos vimos casi enseguida, en Ámsterdam. Hace ya un año y medio.

–¿Es eso cierto? Entonces ese desgraciado me ha estado engañando. Pero eso no importa, ahora estás aquí. Va siendo hora de que tú y yo tengamos una charla.

Tiene un aspecto horroroso: el rostro enrojecido, manchas de sudor debajo de las axilas y una expresión furiosa. Govert era un hombre robusto y su hermano Mart no tiene nada que envidiarle. Involuntariamente miro a mi alrededor, como si no supiera que la puerta que él bloquea es la única vía de escape.

–¿De qué... de qué querías hablarme? –le pregunto débilmente.

–De Govert. De su muerte. Según el alguacil no hay pruebas, pero tú y yo sabemos lo que pasó. Todo el mundo lo sabe. Pero tú no vas a admitirlo, ¿verdad? No, nunca lo admitirás.

Se acerca a mí lentamente, tambaleándose un poco, como si estuviera borracho. Yo agarro con fuerza la cubierta de la mantequera.

–Murió asfixiado –dice Mart–. Se veía en sus ojos. El médico dijo que también podía haberse ahogado en su propio vómito. ¿Viste vómito, Catrijn? Yo no. Un poco de baba sí, pero no la suficiente como para ahogarse en ella. Según el matasanos, esa podía ser la causa de la muerte. Cuando por fin conseguí que otro médico, uno de Alkmaar, viniera a ver a Govert, ya lo habías enterrado. Tenías prisa, claro, lo comprendo.

No digo nada, me limito a mirarlo. Él tiene la mirada turbia y su voz suena diferente, como si se le hubiese hinchado la lengua en la boca. Me invade un mal presentimiento.

–Quédate donde estás –le advierto.

–Solo quiero saludarte. Deja que te dé un abrazo, Catrijn.

–No te me acerques, Mart.

Él no me escucha y avanza lentamente hacia mí. Yo me dispongo a defenderme, pero, para mi sorpresa, él se baja los pantalones.

Retrocedo aterrada. Sin embargo, Mart no tiene intención de hacer lo que yo pensaba. Se levanta el blusón para mostrarme sus partes: en la ingle, sobre la piel blanca, veo un horrible bulto morado.

En mis oídos suena un estridente pitido y contengo la respiración.

–Este es mi regalo de despedida –dice Mart, subiéndose los pantalones–. No puedo morir sin antes haber abrazado a mi querida cuñada. Después, todo quedará olvidado o perdonado, y estará en manos de Dios. ¿Qué pasa, Catrijn? ¡Qué pálida te has puesto! ¿Tan poco confías en Su juicio?

Tengo los puños blancos de la fuerza con la que aprieto la tapa de la mantequera. No puedo escapar del rincón en el que me encuentro. Quito la tapa a la mantequera y saco el batidor.

–¡No des ni un solo paso más! ¡Voy a utilizarlo! –le digo sosteniendo en alto el palo de roble con el extremo redondo.

De repente, Mart se abalanza sobre mí, agarra el batidor e intenta quitármelo de las manos. Yo lo sujeto con todas mis fuerzas y logro arrancárselo de las manos. Lo ataco sin vacilar. El primer golpe le da en el hombro. La mueca de dolor en su cara me hace sospechar que tiene otro bulto debajo de la axila. Ahora no es momento para la compasión. Levanto el batidor por encima de la cabeza para asestarle otro golpe, pero Mart me embiste. Cae sobre la mantequera y acaba tirado a medias sobre mí. Chillo tan fuerte que me duele la garganta. No dejo de chillar, con los ojos cerrados, mientras su pesado cuerpo lleno de bubones permanece encima de mí. Entonces oigo a lo lejos la voz de mi madre y dejo de gritar. Me doy cuenta de que Mart ya no se mueve.

Sin dejar de sollozar, salgo de debajo de su cuerpo y me aparto a rastras. Mientras permanezco con la espalda apoyada en la pared, miro cómo mi madre se inclina sobre Mart con un palo de madera en las manos. Detrás de ella está Klaartje, que se tapa la boca con una mano.

Me levanto y miro aterrada el cuerpo inmóvil.

–Tiene la peste. ¡Oh Dios, se ha caído encima de mí!

–Quítate la ropa y la quemaré –me dice mi madre–. Lávate debajo del surtidor. Venga, Catrijn, no te quedes ahí parada.

Vuelvo a mirar a Mart, doy media vuelta y salgo corriendo del granero.

Nunca en mi vida me había desvestido tan rápido. En medio del patio, a la vista de cualquiera que pueda pasar.

Así es como Dios ajusta las cuentas conmigo, a través del hermano de Govert. Qué oportuno. Pero yo no me doy por vencida tan fácilmente. Me lavo el cuerpo con el agua del surtidor y luego entro corriendo para volver a vestirme. Cuando estoy lista y salgo afuera, veo que mi ropa se ha convertido en un montón de restos calcinados que mi madre barre y lanza al montón de basura.

En ese momento, mi padre llega a la granja junto con Lau y Dirk.

–He visto humo –dice, mientras contempla la mancha negra en el suelo sin comprender lo que sucede.

Mi madre le hace una seña y abre la puerta del granero que antes había cerrado con llave.

–Ha atacado a Catrijn –dice señalando el cuerpo de Mart–. Tiene la peste.

Mi padre, que se disponía a entrar, se detiene en seco al oír esa palabra.

–¿La peste?

–¿Y a qué ha venido? –pregunta Dirk.

–A ver a Catrijn.

Todos nos quedamos mirando a Mart. Mi padre no dice nada, los chicos tampoco. Mart vuelve en sí lentamente y gime.

–¿Qué hacemos con él? –pregunta Lau.

–Nada –contesta mi padre volviéndose abruptamente–. Que se las apañe solo. No os acerquéis a él.

Pese a la prohibición, al final del día voy al granero. Desde una prudente distancia observo a Mart, que está tumbado de espaldas mirando el cielo raso. Lentamente vuelve la cabeza en mi dirección y abre la boca, mostrándome una lengua negra e hinchada. Yo retrocedo, asustada.

–No te vayas –me dice de manera apenas inteligible–. Te lo ruego.

Doy media vuelta, ignorando sus gemidos ahogados, y cojo un tazón de madera de un estante. Lo lleno en el surtidor y luego regreso. No me atrevo a acercarme; dejo el tazón en el suelo y lo empujo hacia él con una escoba. Mart se lo lleva a los labios y bebe.

Mientras tanto, lo miro con espanto. Le brota sangre de la nariz y de la

boca, y le brillan los ojos debido a la fiebre. Allí donde el blusón no le cubre la piel, veo manchas subcutáneas moradas y negras. Y pústulas, más pústulas que esta tarde.

Junto a su cabeza hay un tazón vacío, así que alguien más ha venido a darle agua. No podemos hacer nada más por él.

–Catrijn –me dice con voz rota cuando estoy a punto de irme.

Lo miro y espero.

–A Govert... ¿lo mataste o no?

Por un momento libero una batalla silenciosa y luego le digo en voz baja:

–¿Y eso qué más da?

Lentamente sacude la cabeza y levanta la vista, como si ya vislumbrara lo que le espera.

A la mañana siguiente, cuando mi padre va a verlo, Mart ha muerto. Lau y mi padre envuelven el cuerpo en una sábana y lo arrastran hasta el borde del camino. Allí vendrá un carro a recogerlo al día siguiente, como a todas las víctimas de la peste.

Mi madre y yo fregamos el suelo con cubos de agua caliente, y después quemamos toda nuestra ropa. A continuación, echamos el cerrojo al granero y reanudamos nuestras actividades normales.

Durante días enteros cada uno de nosotros comprueba su estado, al tiempo que nos vigilamos de cerca unos a otros. Una tos, un leve aumento de la temperatura corporal o un ligero dolor de cabeza son motivo de preocupación. Lo que más preocupa a todos, sin embargo, es mi estado. Lo primero que hago al despertar es examinarme las ingles y las axilas. Una y otra vez me recorro el cuerpo con las manos en busca de algún bubón. Por si acaso, ejerzo presión en algunos lugares y respiro aliviada al no descubrir ningún bulto debajo de la piel. El resto del día me mantengo alerta, pues la peste puede manifestarse de repente. Al igual que los demás, tomo láudano tres veces al día. Me tranquiliza y me deja algo apática. No sé si es por el láudano o porque todavía tengo algo de crédito ante Dios, pero no me pongo enferma. Tampoco mi familia, así que después de una semana me atrevo a creer que hemos escapado de la peste.

La enfermedad ha pasado como una ráfaga de viento sobre el pueblo, dejando víctimas aquí y allá. Nos enteramos por terceros de la situación en Alkmaar. Cuando veo pasar a un vendedor ambulante, me acerco a él y le pregunto si sabe algo de la posada Los Trece Puntales.

–¿Os referís a la posada que hay junto a la Puerta de los Espíritus? Sí, está cerrada. Hay una gran P colgada de la puerta.

Miro asustada al hombre.

–Pero los dos no pueden...

–Cuando uno tiene la peste, el otro no suele tardar en caer. Pero quién sabe. Hay personas que sobreviven a la enfermedad. No os desaniméis.

Lo intento, pero no es fácil.

Al día siguiente pasa alguien que confirma que la posada Los Trece Puntales está cerrada y que el posadero y su mujer han fallecido. Esa noche me duermo entre sollozos.

A mediados de agosto, disminuye el número de nuevos casos que se declaran en Alkmaar y yo empiezo a pensar en mi regreso a Delft.

Mi madre preferiría que me quedara en casa hasta el parto, pero aún falta mucho para eso. El vientre me molesta cada vez más y si espero mucho no estaré en condiciones de realizar el viaje. Por otra parte, no me parece una buena idea viajar después del parto. Además quiero volver. Echo de menos a Evert y estoy preocupada. No solo por él, sino también por mis amigos. Circulan noticias tan contradictorias sobre la situación en diversas ciudades que no tengo ni idea de qué esperar.

Me marcho un día nublado y ventoso. La despedida resulta difícil, puesto que no tenemos certeza alguna de cuándo nos volveremos a ver. Mi padre sacrifica un día de trabajo para acompañarme un trecho con el carro, hasta la comarca de Zaan.

–No me gusta nada que viajes sola –me dice mi padre por el camino–. Y encima en tu estado. ¿Qué harás, ir caminando hasta Delft?

–En Haarlem pienso embarcarme en una gabarra remolcada.

–Cuando se enteren de que vienes de aquí no te dejarán subir a bordo. Todos los que proceden del norte son sospechosos.

–Lo sé. Si es preciso iré a pie. –Me quedo ensimismada contemplando el paisaje–. ¿No es extraño, papá, que en Haarlem y en otras ciudades no haya habido peste?

–Seguramente las personas de las otras ciudades habrán pecado más. Llega un momento en que al Señor se le agota la paciencia.

–Da la impresión de que la paciencia se le acaba antes con unos que con otros.

Mi padre me mira de reojo.

–Yo tampoco lo sé, pequeña. Ese tipo de preguntas nunca obtiene una respuesta satisfactoria, ni siquiera la Iglesia la conoce. Todos debemos procurar ser buenos en esta vida, hacerlo lo mejor que podamos.

–¿Y con eso basta?

–Creo que sí. Estamos vivos y sanos, la peste nos ha respetado. Algo bueno habremos hecho.

Pasamos delante del caserío de Spijkerboor y tomamos el camino hacia Knollendam. A partir de allí seguiré sola. Miro al frente y dudo acerca de lo que estoy a punto de confesar.

–Papá, hay algo que debo contarte.

Él deja las riendas sobre el lomo del caballo y niega con la cabeza.

–No, hija mía –me dice–, no hace falta que me cuentes nada.

Nos despedimos en la senda del dique que bordea el río Zaan. Un abrazo, un beso, y mi padre hace girar el carro. Se despide con la mano e inicia el viaje de vuelta. Me quedo de pie junto a los juncos que el viento mece y lo sigo con la mirada mientras se aleja. Solo cuando desaparece detrás de un bosquecillo doy media vuelta y levanto mi bolsa de lona. Si avanzo a buen paso, puedo llegar a Haarlem antes de que anochezca.

Es una marcha larga, pero no desagradable. El dique me lleva de Knollendam a Assendelft, bordeando un río de aguas tranquilas. A lo largo de la orilla me voy encontrando con decenas de molinos en los que me ofrecen un poco de agua y a veces incluso un tazón de leche. Encuentro posadas donde puedo descansar y comer algo, y cambiar las vendas de mis doloridos pies.

Un granjero que ve mi vientre abultado se ofrece a llevarme en su carro hasta Westzaan. Esta comarca no se ha visto atacada por la peste, que suena como algo muy lejano. Yo disfruto de las amplias vistas, de las águilas ratoneras y de los aguiluchos que trazan círculos en lo alto sobre nuestras cabezas, y de los tranquilos pueblos que atravesamos.

En Westzaan me despido del granjero y doy un paseo por el puerto. Está lleno de molinos y serrerías, de barcos que entran y salen. No tardo en encontrar un pasaje barato en una de las chalanas que están a punto de zarpar con las velas marrones agitándose al viento. El barquero me explica que no hará escala en Haarlem, pues de todos modos nadie puede entrar en la ciudad. Tampoco parará en Leiden, donde la peste hace estragos.

–Dejaré el cargamento en Spaarnwoude, donde los habitantes de Haarlem podrán ir a buscar lo que necesiten. Después volveré a Zaandam, puesto que ese es un lugar seguro –me dice.

–¿Conocéis a alguien que pueda llevarme más lejos?

El barquero asiente.

–Seguro que sí. ¿Adónde tenéis que ir? ¿A Delft? Eso está lejos.

–¿Aún hay peste allí?

–Según las últimas noticias, no.

–¿Ha sido muy grave?

–No tanto como en Leiden y Ámsterdam, pero las campanas también doblaron mucho.

Con la cabeza llena de negros pensamientos, tomo asiento entre el cargamento y durante toda la travesía no pronuncio ni una sola palabra.

Paso la noche en Spaarnwoude. Allí me entero de que las gabarras remolcadas ya no navegan; sin embargo, el barquero que me ha dejado en tierra se encarga de encontrarme pasaje en otro barco que zarpa al día siguiente. Ahora que se han interrumpido las conexiones regulares, la gente utiliza cualquier cosa que flote para navegar, y en los canales y ríos hay un

enorme ajeteo de chalanas, botes y balsas.

Fuera de las murallas se sigue comerciando. También en torno a Leiden, una ciudad sobre la cual circulan las historias más espeluznantes. La embarcación en la que viajo pasa por delante de la ciudad sin detenerse, y el barquero me deja en Leiderdorp, pues él va en otra dirección. Busco una posada y a la mañana siguiente vuelvo a emprender el camino.

Por desgracia no logro encontrar una embarcación que me lleve: nadie tiene ganas de subir a bordo a una extraña. Por tierra tampoco puedo viajar, pues no encuentro a nadie dispuesto a llevarme en la parte trasera de su carromato.

–Aseguráis que no venís de Leiden, pero cómo sé yo que eso es cierto – me dice un granjero con un carro lleno de remolacha–. No creo que nadie quiera correr ese riesgo, señora.

No me queda otra que recorrer el último trozo a pie. No avanzo muy rápido, pero aunque mi ritmo sea lento, puedo llegar a casa hoy mismo.

Sigo el camino de sirga que bordea el río Vliet y lleva en línea recta a Delft. A pesar de que tengo los pies vendados, las ampollas me torturan. Cuando ya no puedo más, descanso, pero nunca por mucho tiempo. Tan cerca de casa, cada minuto de demora está de más.

Durante largo tiempo he sabido mantener a distancia la terrible incertidumbre sobre el destino de Evert, pero ahora ya no puedo eludirla. Tengo que saber qué ha sido de él, si está enfermo, si vive todavía.

Sigo avanzando, poniendo un pie delante del otro e ignorando el cansancio. Nadie se ofrece a llevarme y yo tampoco lo pido. Casi todas las casas por las que paso cuentan la misma historia, en casi todas las puertas cuelga un haz de paja o la letra P. En las aldeas que atravieso flota una atmósfera pestilente que me oprime el pecho. Preferiría evitar los pueblos y no cruzarlos, pero eso significaría dar un rodeo demasiado grande. Por consiguiente los atravieso pasando por calles silenciosas que parecen exangües. Muchas tiendas y viviendas están cerradas con tablas y en las plazas no se ve ni un alma. Aunque me duelen muchísimo los pies, aprieto el paso. Y cada vez que dejo atrás uno de estos pueblos fantasma exhalo un suspiro de alivio.

A mitad del día empiezo a tener hambre. Las murallas de Delft parecen cercanas, pero no lo están. Y menos aún con el estómago vacío. Me meto en un camino que lleva a una granja y entro en el jardín. Un perro atado a una correa ladra frenéticamente. Nadie viene hacia mí. Vuelvo la mirada hacia la puerta y no veo ninguna P.

Sigo avanzando titubeante, asomándome a los cobertizos abiertos. Nada se mueve. La vaquería está vacía; sin embargo, cuando doblo la esquina veo

algunas vacas en el prado. En cuanto me ven, empiezan a mugir desesperadamente.

Prefiero no entrar en la casa sin permiso, pero no parece haber nadie, así que no tengo elección. Me detengo en el umbral de la cocina y llamo un par de veces. Nadie me responde. En la larga mesa hay pan, fruta y queso. Lo miro todo con avidez, pero no me detengo.

Abro la puerta con cautela y ante mí veo un pasillo oscuro. Oigo ruido en algún lugar de la casa y me detengo. Escucho atentamente. El ruido no se repite, aunque de pronto me llega un olor fétido. Doy media vuelta, dispuesta a huir, pero entonces vuelvo a oír el ruido. Golpes contra la madera.

Pese a que una voz en mi interior me grita que huya, no lo hago. Abro la puerta más próxima que, como suponía, da acceso al cuarto interior. Entonces me golpea una terrible pestilencia, un hedor que ya conozco bien.

En la cama yace alguien que agita con violencia los pies y las manos, alguien que emite gritos ahogados y de vez en cuando un largo gemido. El corazón me late en la garganta debido al miedo y al horror. Ya a cierta distancia me doy cuenta de que quien yace allí no es un adulto, sino un niño.

Me acerco a la cama poco a poco, cada paso es una victoria frente a mí misma. En la cama veo a una niña de como mucho siete años. Tiene el pelo rubio y mojado, pegado a la cara, y está colorada por la fiebre. A pesar de que el pecho le sube y le baja muy deprisa, parece no conseguir suficiente aire. Una fina sábana impregnada de sudor y pus cubre parcialmente el frágil cuerpecito, y deja al descubierto seis pústulas azuladas y diversos hematomas. La piel de la niña ha adquirido un extraño color.

–Dios mío –susurro.

No hace falta ser médico para darse cuenta de que esta niña está irremisiblemente perdida. Sé algunas cosas sobre hierbas medicinales para males como el dolor de garganta o los problemas durante la menstruación. Pero... ¿qué se le puede dar a alguien que está muriendo a causa de la peste? El poco láudano que me queda no la salvará. Como mucho le proporcionará algo de alivio.

Voy en busca de mi bolsa de lona, que he dejado en la cocina junto a la puerta que da al jardín. Cuando me dispongo a entrar en la cocina, sin embargo, noto que algo ha cambiado. Hay menos luz. En ese mismo momento veo por qué: delante de la puerta hay un hombre que me mira fijamente.

41

Durante unos cuantos latidos de mi corazón todo permanece en silencio, y entonces digo:

–Lo siento, he oído gritar a alguien.

Él no me contesta, se limita a mirarme con ojos oscuros. Ahora que me fijo, me doy cuenta de que no es más que un muchacho. Calculo que no tendrá más de quince años, es muy alto y tiene el labio superior partido por una hendidura que se prolonga hasta la nariz.

–Quería coger mi bolsa –le digo haciendo una seña–. Dentro tengo un brebaje que podría ayudar a esa niña.

Él me mira fijamente y después coge la bolsa y me la entrega. Aliviada, la coloco sobre la mesa y busco el frasco. El muchacho se pone a mi lado.

–La niña que está en la cama debe de ser tu hermana, ¿no? –le pregunto.

Él asiente.

–¿Cómo se llama?

–Willemijn. Está enferma.

–Sí, me he dado cuenta.

–Va a morir.

Hay algo inusual en su manera de hacer y de hablar, y no tiene nada que ver con el labio leporino. Lo miro detenidamente.

–No puedo curarla –le digo dulcemente–. Pero puedo hacer que tenga menos dolor. ¿Te parece bien?

Él asiente y yo saco el último frasco de láudano de la bolsa. Mientras vamos al cuarto interior, él me dice:

–Primero enferman y luego se mueren. Todos.

–Salvo tú. ¿Por qué?

Él se encoge de hombros.

–¿Cómo te llamas? –le pregunto.

–Lucas.

–Yo me llamo Catrijn. ¿Hay más personas en la casa, Lucas?

–Todos han muerto. ¿Tú también vas a morirte?

–No tengo intención de morirme.

Eso me recuerda que aún no me he tomado mi dosis de láudano. En el armario que hay en el cuarto interior he visto tazones. Cojo tres y vierto un culito de láudano en cada uno. Le doy a Lucas uno de los tazones y otro lo vacío yo.

Lucas mira con desconfianza el brebaje incoloro.

–¿Qué es?

–Bébelo, así no te pondrás enfermo.

Mientras Lucas vacía su tazón con cara de asco, me ocupo de Willemijn. En realidad preferiría no tocarla, pero no puedo evitarlo. Tengo que incorporarla para que pueda beber. Le pongo otra almohada debajo de la cabeza para que esté más erguida y yo pueda verterle el láudano entre los labios agrietados. Lo bebe con avidez, como si no notara lo amargo que está.

–Mamá –murmura cogiéndome de la mano.

Yo me quedo petrificada, pero no me atrevo a retirar la mano.

–Tranquila –le digo suavemente cuando empieza a llorar–. Aquí estoy.

Le aparto el pelo mojado del rostro y siento mi corazón desbordar de compasión. Para conseguir que se serene, le canto una nana mientras el láudano empieza a hacer su efecto. La niña relaja el delicado rostro y poco después se queda dormida. Yo retiro la mano con cautela.

–¿Está muerta? –me pregunta Lucas, que ha estado todo el tiempo detrás de mí.

–No, está dormida.

–Mamá también se quedó dormida, pero no se despertó.

Me aparto del borde de la cama y le pregunto:

–¿Dónde está tu madre ahora?

Lucas me hace una seña para que lo siga y sale al exterior desde la cocina. Enseguida me llama la atención algo que no he visto al llegar. En el jardín, junto a los cobertizos, hay seis tumbas recién cavadas.

Esa noche duermo en el suelo junto a Willemijn, con las ventanas abiertas de par en par para que el aire se lleve el hedor. No me atrevo a usar la ropa de cama de sus parientes muertos, por eso me tumbo sobre mi bolsa.

Mi temor a la peste parece haberse desvanecido, o quizá esté demasiado cansada para ofrecer resistencia a lo inevitable. Cuando llegue mi hora, estaré lista para marcharme. Ya no me dejo atosigar ni tampoco quiero abandonar a su suerte a una niña moribunda. Si hemos de recibir lo que nos merecemos, que Dios tome buena nota de esto.

Es una noche intranquila durante la cual me tambaleo una y otra vez, medio dormida, hasta la cama de Willemijn para darle algo de beber o para consolarla. Al amanecer, le sale sangre por la nariz y por la boca. Me quedo sentada junto a ella hasta que muere, con una mano en la mía.

Por la mañana Lucas vuelve a aparecer. No sé dónde ha pasado la noche, en cualquier caso no en la granja. Quizá prefiera el aire libre, lo que me

parece sensato. Lleva dos liebres muertas colgando de la mano. He encontrado pieles de animales repartidas por toda la casa, y ahora está claro quién era el cazador furtivo de la familia. No me extrañaría que Lucas haya pasado la mayor parte de su tiempo vagando por los alrededores, incluso cuando su familia enfermó. Ese es seguramente el motivo por el que sigue vivo.

Le doy su dosis de láudano, me tomo la mía y lo preparo con cautela para darle la noticia de que su hermana pequeña ha muerto. Él apenas reacciona. Se acerca a la cama en dos zancadas y observa desde lo alto el cuerpecito consumido. Bruscamente da media vuelta y sale de la habitación.

Me lo encuentro en el jardín, cavando el séptimo hoyo.

–¿No prefieres dar a tu hermana un entierro cristiano? –le pregunto–. Podrían venir a buscarla.

Lucas niega con la cabeza y sigue cavando. Lo miro un instante y pienso que seguramente prefiere que su familia esté enterrada aquí y no en una fosa común. Más tarde los volverán a enterrar.

Cuando el hoyo es suficientemente profundo, volvemos juntos a la granja, envolvemos a Willemijn en una sábana, la llevamos hasta la tumba y la ponemos dentro. Lucas vuelve a llenar el hoyo de tierra, mientras yo corto unas rosas amarillas que crecen a lo largo del muro de la casa con una hermosura y abundancia que resultan estridentes. Deposito unas cuantas rosas en cada tumba. Nos quedamos un rato mirándolas en silencio.

–¿Hay alguien con quien puedas quedarte? –le pregunto finalmente–. ¿Tienes parientes que vivan por aquí cerca?

–El tío Jan y la tía Barbara, en Delft.

–Entonces has de ir con ellos.

Él niega con la cabeza.

–Quiero quedarme aquí.

Por supuesto, eso queda totalmente descartado. Lucas es demasiado joven para vivir solo en la granja. Además, lo más seguro es que se trate de una granja arrendada, puesto que no he visto objetos valiosos que sugieran cierta riqueza. Quizá los animales sean de su propiedad, pero lo más probable es que no lo sean. El propietario de las tierras le alquilará la granja a otra persona y habrá que buscar una solución para Lucas. Está claro que no es un chico normal y no se le puede tratar como a cualquier quinceañero. Eso, sumado a su labio leporino, le deja pocas opciones. Me lo imagino llevando una vida de vagabundo, explotado en un taller o exhibido en una feria. La gente puede ser muy cruel con las personas que son diferentes.

–Podemos ir juntos. Yo también voy a Delft.

Me lo quedo mirando, esperando que vuelva a sacudir la cabeza. Para mi sorpresa, sin embargo, Lucas asiente y luego entra en la granja. Cuando lo

sigu para ver adónde va, me lo encuentro recogiendo sus pertenencias.

Tengamos o no permiso, nos llevamos el carro con el caballo. Yo registro la casa en busca de objetos de valor y los meto en una bolsa. Aunque Lucas no les dé importancia ahora, eso podría cambiar algún día. Me llevo algo de cada uno de los miembros de su familia: la muñeca de Willemijn, las horquillas del velo de encaje de su madre, la pipa de su padre, un cepillo de su hermana mayor, las catapultas y gorras de sus hermanos pequeños... No he logrado averiguar sus nombres, puesto que Lucas se niega a hablarme de ellos.

Mientras él engancha el caballo al carro, yo ordeño las vacas, que mugen lastimeramente. Es un trabajo que conozco bien y acabo enseguida. Nos llevamos la leche en tarros con tapa. También cargamos en el carro la comida que ha sobrado, como quesos y embutidos, y por último recojo la fruta de los árboles. Incluso las ciruelas, pese a la mala fama que tienen. No logro imaginarme que, después de todo lo que he pasado, vaya a contagiarme de la peste por comer una ciruela. Por último suelto al perro, que enseguida sale corriendo.

Después me subo al carro y Lucas se sienta a mi lado. Cuando salimos de la granja, vuelvo la cabeza para mirar por última vez la hilera de tumbas.

Lucas mira fijamente al frente.

Poco después del mediodía llegamos a Delft. Pasamos por debajo de la formidable bóveda de la Puerta de La Haya y entramos traqueteando en la ciudad. Es tanta la tensión y el miedo que he acumulado durante todo el trayecto que las riendas se me han quedado pegadas a las palmas húmedas de las manos. Busco incesantemente indicios de los daños que ha causado la peste aquí, y advierto que no han sido tantos. A lo largo de la calle Oude Delft veo menos letras P pintadas con cal en las puertas de lo que había esperado.

Siguiendo las indicaciones de Lucas, me dirijo a la Molenstraat, donde vive su familia y se encuentra la panadería que regentan. Allí veo al tío Jan, que acaba de salir para tocar el cuerno en señal de que hay pan fresco. O al menos supongo que es su tío, porque Lucas lo saluda con la mano.

El hombre aparta el cuerno y se acerca lentamente a nosotros, hasta detenerse a cierta distancia.

–Lucas –dice.

Yo salto del pescante y me presento. En apenas unas frases le explico cómo he conocido a su sobrino y le comunico que el resto de la familia ha muerto.

–¿Han muerto? ¿Todos? –Jan da un paso atrás y se le ensombrece el rostro–. ¿Y ahora lo traes aquí? ¿Quieres que pillemos también la peste?

–Lucas no está enfermo. Si se hubiese contagiado, ya se vería ahora. Sois su tío, ¿no podéis acogerlo en vuestra casa?

Jan no responde de inmediato. Detrás de él aparece una mujer delgada de rostro afilado que nos mira con curiosidad.

–¿Quiénes son, Jan? ¡Oh Dios mío! ¿Es Lucas?

Por un momento nos observa, sorprendida, y luego comprende por qué su sobrino está delante de su puerta.

–Cornelis y Maria han muerto –dice en voz baja.

–¿Son los padres de Lucas? –pregunto.

–Sí. Maria es mi hermana. ¿Y los otros niños? Todos han...

Asiento.

A Barbara se le llenan los ojos de lágrimas, pero no muestra ninguna intención de acoger a su sobrino. Lucas se queda sentado en el carro y mira inexpresivo a sus tíos.

–No tiene la peste –digo.

–No, no lo parece. –Barbara titubea un poco antes de acercarse al carro–

. Vamos, bájate, muchacho, y entraremos en casa. ¿Son estas tus cosas?

–Todo es suyo salvo esto –digo: mientras saco mi equipaje de la parte trasera–. Si tenéis alguna pregunta, vivo junto al canal Gheer. La fábrica de cerámica La Flor de Loto.

–La conocemos –dice Jan.

–¿Sabéis si...?

No acabo la frase, temerosa de oír la respuesta. Sin embargo, ambos niegan con la cabeza.

–No vamos nunca a esa parte de la ciudad –dice Jan.

–Lo comprendo. Entonces me voy. Que te vaya bien, Lucas.

–Adiós –dice él.

Asiento con la cabeza, doy media vuelta y me marcho caminando.

Atravieso apresuradamente la ciudad para llegar a casa. En la plaza del Mercado lanzo un vistazo intranquilo a la posada Mechelen, en cuya puerta, por fortuna, no cuelga ninguna P. Cruzo la plaza a paso rápido y luego recorro el canal Koornmarkt hasta el Gheer. Mientras tanto, voy contando las letras P y los haces de paja que cuelgan de las puertas, y siento crecer dentro de mí un cauteloso optimismo. Cuando veo la fachada de La Flor de Loto, echo a correr hacia allí.

El golpe que me produce la gran P blanca de la puerta es como si recibiera un puñetazo en el pecho. Me quedo sin aire; siento que me mareo. Permanezco inmóvil delante de la puerta de la fábrica de cerámica. No puede ser cierto.

La puerta y las ventanas de la tienda están tapiadas con tablas, las gabarras permanecen amarradas en el canal, no hay el menor rastro de actividad. Me acerco a la ventana y miro a través de una rendija. La mercancía está dentro de la tienda, como siempre. No se ve a nadie.

–¿Catrijn?

Me vuelvo de golpe. Jacob está detrás de mí, con la gorra en las manos.

–Has vuelto –me dice.

Lo miro sin decir nada, quiero aplazar un poco más la inevitable pregunta. Pero ni siquiera hace falta que le pregunte, pues en la cara de Jacob se lee claramente la respuesta.

–¿Evert? –susurro.

–Todo fue muy rápido. Le salió un bubón y todo se acabó. Algunas personas luchan contra la muerte durante días enteros, pero en su caso no fue así. –No deja de girar la gorra entre las manos y suspira profundamente–. Los empleados se han ido. Anna también. De repente ya no quedaba nadie. Por eso lo cerré todo.

La pena que brota en mi interior es tan brusca que me corta la respiración. Me tambaleo y Jacob me agarra del brazo.

–Ven –me dice.

Me acompaña a casa de Engeltje y Quirijn, que me reciben emocionados. Me llevan al cuarto interior y me dan vino tinto para que mi rostro recupere algo de color.

Escucho aturdida lo que me cuentan de los últimos días de Evert, y de lo preocupado que estaba por mí. Me dicen que los obligó a prometer que cuidarían de mí. Me confirman que no sufrió, que murió mucho más rápido de lo que esperaban. Y luego me hablan de las otras víctimas entre las personas que conocía, como Aleid y sus mellizos. Isaïc es el único superviviente de la familia, porque tuvo que quedarse en Haarlem a causa de un juicio. Cuando regresó a Delft, su mujer y sus hijos ya estaban enterrados.

Anna también está muerta. Unos días después de que me marchara yo, huyó de la peste y se refugió en casa de una prima en Leiden, precisamente la ciudad donde la peste ha causado más estragos. Sus hijos, que permanecieron en Delft y que están sanos y salvos, contaron el triste suceso.

Las terribles noticias me dejan aturdida. No hay dolor que supere esto, no hay más lágrimas que las que puede generar el cuerpo. Llega un momento en que ya no se puede llorar, tan solo permanecer en silencio.

Me levanto muy despacio.

–¿Qué vas a hacer? –pregunta Engeltje.

–Me voy a casa –digo–. Quirijn y Jacob, ¿podrías quitar las tablas que hay delante de las ventanas? Quiero entrar.

En la fábrica de cerámica reina un silencio irreal. Las cubas de esmalte de estaño, los tornos y las cajas llenas de cerámica están allí como si hoy fuera domingo y mañana fuera a retomarse la actividad. Solo la pintura seca en los botes y los hornos fríos delatan que pasa algo más. Después de quitar las tablas de las ventanas, la luz que inunda el interior ilumina la capa de polvo que recubre la cerámica y las mesas.

–Si puedo hacer algo por ti... –me dice Quirijn.

–Quisiera estar sola –le contesto sin volverme.

Los pasos se alejan, la puerta se cierra. Respiro hondo, cierro los ojos y siento llegar el dolor.

–Evert –susurro.

En las últimas semanas, me he imaginado tantas veces cómo sería nuestro reencuentro que no puedo creer que no vaya a verlo nunca más. No puedo creer que haya desaparecido de mi vida sin haber podido cuidar de él

en sus últimas horas, sin haber podido despedirme como es debido. ¿Qué sentiría cuando descubrió el bubón? ¿Pensó en mí mientras los accesos de fiebre atormentaban su cuerpo y las hemorragias internas lo debilitaban? Y... ¿dónde está enterrado? ¿En la iglesia o en una fosa común, como suele suceder durante las epidemias? Espero de todo corazón que esté en la iglesia.

Recorro la tienda y los talleres vacíos, y luego subo lentamente la escalera. La vivienda huele a rancio, se percibe el olor de las habitaciones cuyas ventanas no se han abierto en mucho tiempo. Por lo demás, es como si Evert pudiera volver en cualquier momento. En la mesa hay un plato con judías y pescado que nadie ha tocado y, al lado, una jarra de cerveza pasada. También veo el libro de caja, que seguramente estaba consultando cuando le atacó la peste.

Las sábanas y el colchón de paja ya no están en la cama armario. Las normas establecen que si alguien fallece a causa de la peste hay que quemar la ropa de cama para evitar el contagio.

Me quedo unos segundos mirando la cama vacía y luego abro las ventanas de par en par.

Evert está enterrado en la Iglesia Nueva. Voy a visitar su tumba en compañía de Quirijn, Engeltje, Johannes y Digna. Contemplo durante largo rato la losa con la inscripción e intento imaginarme cómo yace ahí debajo. Sin poder creerlo todavía, me arrodillo y toco las letras de su nombre.

Mattias debería estar aquí, igual que Adriaen. He enviado un mensaje a Ámsterdam y he recibido una carta en la que me decían que Adriaen se está recuperando de la peste y que se siente demasiado débil para viajar. Brigitta está bien. Y Mattias sigue navegando por el mundo y no tiene ni la más mínima idea de lo que ha sucedido aquí.

Quizá no regrese nunca y se quede en ese mundo desconocido. Quizá haya muerto.

–Hiciste muy feliz a Evert, Catrijn –me dice Johannes–. Durante largo tiempo fue un hombre desdichado. Estoy contento de que al menos haya disfrutado de unos meses maravillosos.

Me limito a asentir y voy a la tumba de Aleid. Rezamos, nos quedamos un tiempo hablando y luego salimos poco a poco de la iglesia.

–Puede que sea demasiado pronto, pero... ¿sabes ya lo que vas a hacer? –me pregunta Engeltje cuando llegamos a casa.

Ella me ha acompañado y bebemos algo en un rincón soleado del patio abandonado. Tomo un sorbo de cerveza y niego con la cabeza.

–Ni idea.

–Podrías vender la empresa. Funcionaba bien, te dará mucho dinero. Y ahora es tuya.

Es cierto. No tengo que buscar trabajo, no tengo que trabajar de ama de llaves ni limpiar la cocina de otros. Tengo una empresa. Una empresa de la que no sé nada.

–Hay mucho interés por La Flor de Loto. Ya han venido varias personas preguntando si se venderá –me dice Engeltje.

–No lo sé –le contesto–. No creo que deba hacerlo.

–Lo comprendo, querida, de verdad. Has tenido un papel importante en el éxito de la empresa, seguro que será difícil verla pasar a otras manos. Pero... ¿qué otra cosa puedes hacer ahora que Evert no está? Siendo su viuda tienes derecho a seguir con el negocio, pero al ser mujer no tienes capacidad jurídica, necesitarías a un hombre que llevara la empresa.

–Podría contratar a un jefe de taller.

–O podrías vendernos la empresa a Quirijn y a mí, y trabajar para nosotros. Necesitamos una buena pintora.

–¿Lo dices en serio?

–Pues claro. Te pagaremos bien.

Miro hacia fuera, donde Quirijn y Jacob rellenan con una mezcla de serrín y cola los agujeros que han dejado los clavos en los marcos de las ventanas.

Las pataditas que noto en la barriga me distraen y bajo la vista. ¿Qué hubiese querido Evert? Para empezar que cuidara de mí y de nuestro hijo. Y sin duda habría querido legar la fábrica a su hijo, ya sea un niño o una niña. Poco importa lo que quiera hacer yo, debo intentar conservar La Flor de Loto por él.

No tengo problema alguno en encontrar nuevos empleados. En cuanto anuncio que quiero reabrir La Flor de Loto, llegan de todas partes. Son profesionales excelentes, algunos de ellos procedentes del sur, que huyeron cuando la peste asolaba Flandes. Contrato a una nueva ama de llaves, Heijltje, una chica de veintipocos años que sabe lo que es trabajar.

Y para ser sincera, también Jacob es un gran apoyo. ¿Quién hubiese dicho que llegaría algún día a apreciarlo tanto? Juntos entrevistamos a los ceramistas, pintores, pisadores de arcilla, alfareros y fogoneros que acuden en busca de empleo. La decisión final es mía, pero Jacob formula preguntas tan oportunas y tiene argumentos tan sensatos que no puedo ignorar su opinión.

Vuelvo a contratar a Klaas y a Lambert. Ambos se refugiaron de la peste en casa de parientes próximos y se alegran de poder volver al trabajo. Jacob no cree que contratarlos sea una buena idea e intenta hacerme cambiar de opinión, pero yo me mantengo firme: Evert nunca se quejó de los chicos, y seguro que los habría vuelto a contratar enseguida.

–Tú verás lo que haces –dice Jacob encogiéndose de hombros–. El problema no es que sean jóvenes, sino lentos. En realidad son simplemente holgazanes. Pero bueno, necesitamos gente. Siempre podemos despedirlos más adelante.

Me doy cuenta de que Jacob habla cada vez más a menudo en primera persona del plural, pero no digo nada al respecto. Seguramente es una manera de expresar su compromiso, y eso no me importa demasiado, siempre que quede claro quién manda.

Una semana después de volver a casa, Frans llama de pronto a mi puerta.

–Me he enterado de que habías vuelto –me dice–. Y de que Evert ha muerto.

–Sí.

–Lo siento. Te acompaño en el sentimiento.

Me limito a asentir en silencio.

–¿Es cierto que vuelves a abrir La Flor de Loto?

–Sí, dentro de poco.

–¿Dirigirás tú la empresa?

–Sí. Me gustaría que volvieras, Frans. Te necesito.

Frans me mira en silencio durante unos segundos.

-¿Y cómo piensas hacerlo?

-Al ser la viuda puedo seguir con la empresa de mi marido. Solo necesito un maestro ceramista y alguien que pueda encargarse de los aspectos comerciales del negocio.

-¿Y ya tienes a alguien?

-Aún no. Jacob me ayuda, pero tampoco entiende de esos asuntos.

Frans alza la vista y contempla la fachada de la tienda.

-Yo sí. Evert siempre contaba conmigo para esos temas.

-Estupendo, entonces tú te encargarás de la administración, los contratos, las entregas y ese tipo de cosas, y yo dirigiré el taller. Contrataremos a alguien que se ocupe de los hornos.

-Quiero un aumento de sueldo.

-Lo tendrás -le digo abriendo un poco más la puerta.

Trabajar duro es un buen remedio contra la tristeza. No llena el vacío que tengo en el alma, pero se encarga de que no me quede tiempo para pararme a pensar. Echo de menos a Evert, añoro su cuerpo fuerte y cálido, su voz profunda y la expresión amorosa con la que me miraba. ¿Volverá alguien algún día a mirarme así? Sí, Jacob, pero eso es distinto. Parece perforar mi ropa con la mirada, sin importar las capas que lleve puestas.

Cuando tenemos que hablar de negocios, me aseguro siempre de no quedarme a solas con él. Y hay mucho de lo que hablar. Quirijn me ha ayudado a encontrar un maestro ceramista, Korstiaan Zegers, que desde hace poco vive con su familia en Delft. En cuanto se pone manos a la obra, todo va muy rápido. La Flor de Loto vuelve a la vida. Los carros entran en el patio cargados de arcilla que descargan en las albercas, para que los pisadores puedan sacar todas las burbujas de aire. En los talleres, los alfareros se sientan delante de sus tornos, se llenan los barriles de esmalte de estaño y se calientan los hornos. Volvemos a fabricar cerámica blanca y azul y el negocio va viento en popa. A nadie parece importarle que lo dirija una mujer, siempre y cuando les suministre una cerámica de calidad. Y eso hago. La cerámica tiene una superficie perfectamente esmaltada, con hermosas decoraciones de color azul cobalto.

Recibimos tantos encargos que las mesas de secado están abarrotadas de platos, cuencos y bandejas de arcilla a la espera de que estén lo bastante secas para ir al horno. Yo hago sitio en el desván de la vivienda para poder secar allí también la cerámica.

Un día, mientras estoy ocupada en el desván, oigo que sube alguien. Miro por encima del hombro y veo aparecer la cabeza de Jacob. Me levanto de inmediato.

–Venía a ver si necesitabas ayuda –me dice Jacob mientras entra en el desván.

–No, ahora no, más tarde. Los alfareros aún están trabajando. Solo estoy despejando.

–Es una bonita habitación. Muy grande.

Yo asiento y le doy la espalda, esperando que se vaya. En efecto oigo pasos, pero en lugar de alejarse se acercan. Cuando me vuelvo hacia él, lo veo justo delante de mí. Retrocedo, pero él da un paso y se acerca de nuevo. No dice nada, tan solo me mira y sé exactamente lo que va a pasar.

–Jacob, ¿no deberías...? –le digo.

Él me atrae hacia sí y me besa en la boca. Yo logro liberarme de su abrazo y lo miro furiosa.

–¡Pero bueno! ¿Qué te has creído?

–Venga, Catrijn. No me irás a decir que no sientes que hay algo entre nosotros.

–No siento nada en absoluto. O mejor dicho, sí, siento irritación porque has venido aquí a molestarme. Vete y déjame en paz.

Me mira, asombrado, y luego sonrío.

–Siempre llevando la contraria. Un hombre tiene que esforzarse para conquistarte, ¿no? Eso me gusta. Me parece bien, de verdad, pero dejémonos de jueguecitos. Ahora quiero claridad.

–¿Jueguecitos? ¿De qué estás hablando? Yo creo que todo está bastante claro.

Por un instante, mi reacción parece haberlo confundido, pero no tarda en recuperarse. Se mete las manos en los bolsillos, como para indicar que ya no volverá a tocarme y dice:

–Te amo.

Ahora soy yo la que lo mira asombrada.

–¿Qué has dicho?

–Lo has oído bien. Te amo, te deseo. Ya estaba enamorado de ti cuando estabas casada con Govert.

Apenas puedo dar crédito a mis oídos.

–Pues tienes una manera muy especial de demostrarlo.

–¿Por qué lo dices? ¿Acaso te he hecho daño alguna vez? Incluso te he protegido.

Por un instante tengo ganas de echarme a reír, pero la cólera que siento nacer es más fuerte.

–Me amenazaste, me chantajeaste y me exigiste la mitad de mis ahorros. Jacob exhala un profundo suspiro.

–¿Tenemos que volver a hablar de eso? Te rendí un gran servicio

manteniendo la boca cerrada y, a cambio, tú me echaste una mano cuanto estaba sin un céntimo. ¿No crees que fue un buen acuerdo? Catrijn, escúchame, denunciarte es lo último que habría hecho. Mart me había contratado para que te encontrara, pero yo nunca le dije dónde estabas. ¿Y por qué? Porque siempre supe que estábamos hechos el uno para el otro. ¿No ves cuánto nos parecemos? Estamos hechos de la misma madera. Sabemos lo que queremos y no dejamos que nadie nos impida alcanzarlo.

En el silencio que se hace a continuación no se me ocurre nada que decir. Salvo que se equivoca por completo, pero no me parece sensato decirlo ahora que estoy sola con él en el desván. Nos quedamos mirándonos hasta que Jacob vuelve a tomar la palabra.

–Te he abrumado –me dice–. Es demasiado pronto después de la muerte de Evert, aunque ambos sabemos por qué te casaste con él. No te culpo por ello, te comprendo perfectamente. Avísame cuando estés lista para iniciar una nueva relación. Te esperaré.

Dicho esto da media vuelta y baja por la escalera.

A veces, cuando creemos comprender la vida y todos sus altibajos, cuando pensamos que ya no puede depararnos sorpresas demasiado grandes, la vida da un giro que no habíamos previsto. No tengo ni idea de cómo abordar esta situación, ni de lo que hará Jacob si lo rechazo. Al mismo tiempo me pregunto si es posible que lo haya juzgado mal. No importa, no me siento atraída por él. Tampoco lo necesito, hay suficientes candidatos interesados en una viuda con una empresa próspera. Volverse a casar es para la mayoría de las mujeres la mejor solución cuando se encuentran solas de repente, pero por lo pronto no tengo ninguna necesidad de volver a contraer matrimonio.

Un sábado por la mañana, cuando termino de repartir las bolsas con el salario, Klaas se queda rezagado. Espera a que todos hayan salido del despacho y luego se acerca a mí.

–Quería decirles algo –empieza con voz titubeante.

Yo lo miro y espero a que continúe.

–Quería decirles que me alegra que hayáis seguido con la empresa. Al patrón le habría gustado.

–Eso creo yo también –contesto sonriendo amablemente.

–Y nunca antes lo he dicho, pero me parece terrible que ya no esté aquí.

–Sí –digo en voz baja.

–Tampoco lo entiendo del todo. A mí me daba miedo contagiarme, pero el patrón me dijo que lo que él tenía no era más que un resfriado, que no era la peste y que no hacía falta que me fuera. Entonces me mostró que no tenía bubones y me quedé. A la mañana siguiente, el patrón no vino al trabajo, y cuando Frans fue a ver qué pasaba se lo encontró muerto.

–Siéntate, Klaas. Explícame, ¿durante cuánto tiempo estuvo enfermo mi marido? ¿Cuándo empezó a encontrarse mal?

–Estuvo unos cuantos días muy resfriado. Según él, no era la peste y tampoco lo parecía. Pero como ninguno de nosotros sabía exactamente cómo empezaba a manifestarse la enfermedad, todos estábamos preocupados. Entonces, algunos de los chicos se marcharon por si acaso. Yo me quedé, porque el patrón estaba convencido de que no le pasaba nada grave y porque no tenía bubones. Y también porque me necesitaba de verdad, después de que se hubieran marchado la mitad de los muchachos.

–Eso fue muy leal por tu parte. ¿Y luego? ¿Le subió la fiebre, tenía dolor en algún sitio?

–Estaba cansado. Engeltje van Cleynhoven pasó a verlo y oí que el patrón le decía que se iría a acostar temprano.

–¿Estaba preocupada la señora Van Cleynhoven?

–Al principio sí. Le hizo unas cuantas preguntas sobre lo que le pasaba, y luego dijo que tenía que dormir mucho, que después todo iría mejor.

Cabe la posibilidad de que la peste lo atacara a altas horas de la noche. He oído decir a menudo que eso puede suceder. Y Evert llevaba ya algunos días sintiéndose mal. Sin embargo, no comprendo del todo cómo pudo pasar.

–¿Quién fue el último en ver a mi marido, Klaas?

–Jacob –me contesta el joven–. Había preparado una medicina y fue arriba con un cuenco para dársela al patrón.

Intento recordar cómo estaba la habitación cuando entré en ella por primera vez, a mi regreso. No había ningún cuenco.

–¿Qué tipo de medicina era?

Klaas se encoge de hombros.

–Tenía un color raro. Después de recoger el taller, yo también subí. Sabía que no me estaba permitido, que no se me había perdido nada en casa del patrón, pero quería ver si podía echar una mano. Jacob llevaba mucho rato allí. Estaba a media escalera cuando vi que bajaba. Me dijo que volviera al taller, que el patrón dormía.

–¿Cómo te miró cuando te vio de repente? ¿Se asustó?

–Un poco. No mucho, me hizo un gesto de que tenía que volver a bajar.

–¿Volviste más tarde a ver lo que pasaba?

Klaas niega con la cabeza.

–Le creí, pensé que el patrón dormía.

Algo en su voz me llama la atención.

–Le creíste en aquel momento, pero... ¿más tarde no?

–Al día siguiente, cuando me enteré de que el patrón había muerto, no podía dejar de pensar en la medicina. Recordé que cuando Jacob bajaba la escalera con el cuenco casi vacío, cayeron algunas gotas. Al día siguiente, cuando fui a mirar, vi algo en la escalera. Era solo un poquito, pero no había penetrado por completo en la madera. Siempre me he preguntado qué tipo de medicina podía ser.

Cruzamos una mirada. El silencio que hay entre ambos está cargado de pensamientos sobreentendidos.

–Gracias, Klaas –le digo–. Que esto quede entre tú y yo.

En cuanto Klaas se marcha, me levanto para examinar la escalera de mi casa.

Esa misma noche estoy sentada en el cuarto interior de Engeltje y

Quirijn. Me he presentado justo cuando se disponían a cenar y me han invitado a acompañarlos. Durante la cena, con los niños a nuestro alrededor, no toco el tema que me ha traído hasta aquí, pero en cuanto estamos solos les pregunto cómo fue el último día de Evert.

Engeltje y Quirijn, algo incómodos, intercambian una mirada. Es evidente que no tienen ganas de angustiarme ahora que me estoy recuperando. Pero por lo visto doy la impresión de estar tranquila, puesto que Engeltje me explica lo que quiero oír.

–Es cierto que al atardecer estuve con él. Evert no se sentía bien, tenía dolor de garganta y estaba muy cansado, pero no estaba preocupado. O al menos fingía no estarlo, no lo sé. Le aconsejé que se acostara pronto y me dijo que lo haría. Esa fue la última vez que lo vi.

–¿Y al día siguiente, cuando te enteraste de que había fallecido?

–Entonces yo fui a vuestra casa –me dice Quirijn–. Frans fue quien encontró a Evert muerto y vino a avisarme. Yacía muy tranquilo, como si hubiese muerto mientras dormía. La peste debió de actuar con rapidez. Suele ocurrir.

–¿Cómo sabes que tenía la peste? ¿Viste que tuviera bubones?

–No, lo cubría una sábana hasta la altura del pecho. No miré por debajo, porque vi que tenía manchas amoratadas y negras en el cuello. Para serte sincero, no me atreví a acercarme.

–¿Y Frans?

–Frans no lo tocó. En cuanto lo vio, vino rápidamente a buscarme.

–Y después se lo llevaron los recogedores de cadáveres –digo.

Quirijn asiente en silencio.

–Lo siento, Catrijn –me dice, sin aclarar qué es lo que siente. Seguramente el no haber estado cerca de su amigo cuando este estaba enfermo, y después de su muerte, no haber cruzado el umbral de la puerta.

Les doy las gracias por la cena y vuelvo a mi casa a orillas del Gheer. Los días empiezan a acortarse y el atardecer se apropia cada vez más pronto del canal. En el taller están encendidas las luces de las velas y de los hornos, que nunca se apagan.

Frans tiene turno de noche y llega con una cesta de leña justo cuando yo entro. Nunca hemos hablado mucho de las circunstancias que rodearon la muerte de Evert. Se lo pregunto, pero su respuesta no me aporta mucha más información. Confirma lo que me contó Quirijn: Evert yacía plácidamente. Lo único que evidenciaba que había sido víctima de la peste eran los hematomas en el pecho y el cuello.

–En tal caso, debería haber tenido algún bubón –le digo.

–Seguramente sí, pero yo no vi ninguno. –Frans me mira avergonzado–

. Tampoco los busqué, Catrijn. No me atrevía a tocarlo.

–Lo comprendo –le digo.

Por supuesto que lo comprendo. No solo lo que me cuenta Frans, sino todo. Lo he sospechado esta tarde nada más examinar la mancha en la escalera y lo sé con total seguridad cuando subo a la habitación e inspecciono a fondo la cama. Desde mi llegada no he dormido en ella. Aunque le hayan quitado la ropa de cama contaminada y el colchón de paja, todavía no me atrevo a tumbarme en ella. En la cocina hay otra cama armario y es la que utilizo por ahora. De lo contrario, habría descubierto mucho antes la mancha visible que se aprecia en la parte interior de la madera de nuestra cama.

Esa noche no pego ojo. Hora tras hora le doy vueltas a la cabeza, y solo al alba logro conciliar el sueño. Pero no por mucho tiempo, pues tengo la sensación de que acabo de cerrar los ojos cuando vuelvo a despertarme. No sé qué me ha despertado. Es domingo y en este barrio normalmente tan ajetreado, hoy reina una calma serena.

Sentada junto a la ventana, con vistas al patio vacío, vuelvo a reflexionar sobre mis planes. La conversación que voy a tener puede ser el inicio de grandes problemas, pero también puede poner fin a la intranquilidad que reina en mi mente.

Me visto elegantemente para ir a la iglesia, me pongo mi mejor toca de encaje y, después de tomar un desayuno ligero, me dirijo a la Iglesia Nueva. Antaño siempre me acompañaba Evert, y ahora siento un doloroso vacío junto a mí. Sin embargo, no dura mucho, pues por el camino me encuentro con tantos conocidos que cuando llegamos a la iglesia formamos un nutrido grupo. Mientras tomamos asiento, veo a Isaïc, que está sentado cabizbajo en su banco, sin su mujer ni sus hijos. En Delft son muchas las familias que están de luto, pero nadie ha recibido un golpe tan duro como él.

Después del servicio, me acerco a él mientras avanzamos por la nave central para salir.

–Catrijn –dice sonriendo débilmente.

–¿Cómo estás?

–Ay..., ya puedes imaginártelo.

Asiento.

–¿Y tú? ¿Te las apañas?

–Sí.

–Debe de ser duro enviudar dos veces en un año y medio.

–No es fácil, pero me las arreglo.

Salimos juntos de la iglesia, hacia el sol de septiembre.

–Aleid y los niños llevaban una bolsita de polvo de piedra colgada del cuello –me dice Isaïc–. Ella estaba convencida de que eso los protegería. En Delft, mucha gente lo llevaba cuando la peste arrasaba, hasta el punto de que algunas piedras de la iglesia se han quedado huecas. Yo le dije que no podía ser voluntad de Dios que destruyéramos su templo.

–A estas alturas ya no tengo ni idea de lo que puede ser la voluntad de Dios –le digo, e Isaïc asiente.

–La vida no es fácil –me dice–, pero no podemos culparlo a Él. Las personas cometen muchos pecados.

–Como alguacil lo sabes muy bien.

–Sin duda. Es asombroso lo poco que la gente respeta las leyes. Jóvenes, viejos, hombres o mujeres... En la mayoría de los casos se trata de pequeños delitos, pero aun así...

–¿Es eso cierto? ¿Hay pocos casos graves? ¿Por ejemplo, asesinatos?

–Se cometen muchos delitos con desenlace fatal. Pero el asesinato con premeditación es menos frecuente. Hace unos meses me pidieron que ayudara en un juicio en Leiden, donde una mujer había envenenando a su marido después de enamorarse de otro hombre. Luego huyó a Delft.

–¿Y la condenaron?

–Sin duda. La llevaron al patíbulo.

Nos detenemos en medio de la plaza del Mercado.

–Pero ¿cómo se demuestra algo así? –le pregunto.

–¿Que la mujer había envenenado a su marido? Muy sencillo, encontraron matarratas en su pozo negro. Había tirado el resto allí dentro. Y según el médico, los síntomas que tuvo su marido coincidían con los de envenenamiento.

–Podría habérselo suministrado otra persona.

–No había nadie más con un motivo. Cuando tanteamos al amante, confesó que la mujer llevaba un tiempo dándole vueltas al plan. Él estaba en contra, pero aun así ella lo llevó a cabo. A él no lo pudieron acusar de nada, no había pruebas que lo incriminaran. Pero a ella sí. Al final admitió que era culpable.

–Después de un riguroso examen.

–No, tan solo se puede recurrir al riguroso examen si el sospechoso es sorprendido en flagrante. Y además necesitamos una confesión para poder ejecutar la sentencia. En caso de duda se le somete únicamente a un interrogatorio. Unos días de aislamiento en los calabozos también ayudan a veces. El potro de tormento ya no se usa tanto, a fin de cuentas vivimos en el siglo xvii.

–Así que si un reo insiste en negarlo todo, no pueden condenarlo.

–En efecto, viene a ser eso. Salvo que lo hayan pillado en flagrante delito varias personas.

–¿Varias personas?

–Sí, no basta con un único testigo. De lo contrario nos arriesgaríamos a condenar a alguien porque otro le ha tendido una trampa. En tal caso es necesario disponer de una prueba adicional.

Es como si el sol empezara a brillar con más fuerza, como si aumentara

su calor, como si los sonidos y los colores a mi alrededor se volvieran más intensos y alegres.

–¿Esto es así en todas las ciudades? –le pregunto.

–Por supuesto. La ley se aplica a nivel nacional. Pero ¿a qué vienen tantas preguntas, Catrijn? Espero que no hayas cometido ninguna fechoría. – Lo dice riendo, pero me observa atentamente.

Yo me invento rápidamente un motivo que justifique mi interés.

–Tengo un empleado del que sospecho de robo y me preguntaba qué hacer.

–Si necesitas ayuda, estaré encantado de interrogarlo.

–No es más que una sospecha. También es posible que los objetos se hayan perdido. Esperaré un poco. Gracias, Isaïc. –Le sonrío y aparto la vista para indicar que quiero irme a casa.

–Ha sido un placer. Siempre puedes contar conmigo.

Me despido de él con otra sonrisa y una pequeña reverencia y me alejo. Cuando estoy saliendo de la plaza del Mercado y entrando en una bocacalle, echo un vistazo rápido por encima del hombro y veo que Isaïc me está observando.

Hubiese preferido aplazar hasta el lunes, cuando estuviera rodeada de gente, la segunda conversación que debo mantener, pero al llegar a casa veo que la puerta del taller está abierta.

Entro y me encuentro a Jacob junto a los hornos.

–¿Qué haces aquí? –le pregunto.

–Controlo el fuego –me contesta él, sin apartar la vista de uno de los hornos.

–¿No has ido a la iglesia?

–No, hace tiempo que ya no voy. –Se vuelve hacia mí–. Y quería hablarte. Ya ha durado bastante, Catrijn. Quiero una respuesta.

–Mañana.

–No, hoy. Lo que tengas que decirme mañana puedes decírmelo hoy.

–De acuerdo entonces. No voy a casarme contigo, Jacob. No te quiero ni tampoco veo que eso suponga ninguna ventaja desde el punto de vista comercial.

Ya está, lo he dicho. Tranquilamente y sin perder el control.

El rostro de Jacob cambia por completo, como si fuera líquido. En sus ojos aparece una expresión fría y se borra su sonrisa.

–¿Ninguna ventaja comercial? Entonces es que no lo has pensado bien, Catrijn. Puedo hundirte y acabar con tu empresa.

–No. –Mi confianza lo hace vacilar, lo veo en su ceño ligeramente fruncido–. Por cierto, estás despedido. Olvidaba mencionarlo.

Lentamente se acerca a mí.

–No puedes hacerlo. No puedes despedirme.

–Sí que puedo, lo acabo de hacer. Quiero que recojas tus pertenencias y te marches de Delft. Si mañana aún no te has ido, acudiré al alguacil y te denunciaré por asesinato.

Su rostro es digno de un estudio.

–¿Que tú me vas a denunciar a mí?

–Por el asesinato de Evert. No sé lo que le diste, pero en cualquier caso no lo ayudó a recuperarse. ¿Qué pusiste en el brebaje? Creo que fue dedalera, para que se le parara el corazón. Tienes suficientes hierbas para preparar una pócima. Muy útil una epidemia de peste. Un momento muy oportuno para liquidar a alguien sin despertar sospechas. Creo que fuiste mezclando dosis cada vez más grandes en su comida o su bebida, hasta que murió. Eso explica

por qué yacía tan tranquilo; su corazón se detuvo de repente.

Jacob se ríe. Su risa suena sincera, como si no estuviera en absoluto asustado.

–Tenía la peste, Catrijn. Varias personas lo vieron.

–¿Qué vieron? ¿Aquellas manchas azules que le pintaste en el cuello? Anoche estuve mezclando pigmentos hasta conseguir un azul de medianoche. Justo el color que puede simular un hematoma. Por desgracia, derramaste un poco. En la escalera y en el borde de la cama.

Sin dejar de sonreír, Jacob se acerca a mí.

–Pero por supuesto eso no se lo contarás a nadie, ya que tú tampoco eres tan buena ni tan inocente, Catrijntje. Nunca me has contado qué se siente al apretar una almohada sobre la cara de alguien hasta que muere asfixiado. ¿Se despertó Govert? ¿Se resistió? ¿Sabía lo que iba a pasar? Evert, en cualquier caso, no notó nada, y no puedo decir lo mismo de lo que tú hiciste. Así que acúsame si quieres, pero tú no eres ni un ápice mejor que yo.

–¡Govert me maltrataba! Asesinó a mi bebé, convirtió mi vida en un infierno. Algún día me habría matado si no llego a adelantarme.

–Pero sigue siendo asesinato. No veo la diferencia.

–La diferencia es que Evert no te hizo nunca nada, al contrario, fue muy bueno contigo. Lo asesinaste para poder casarte conmigo y quedarte con la fábrica. ¿Y creíste que yo iba a aceptar eso? ¡Me das asco! –digo, casi escupiéndole las palabras en la cara.

Jacob me agarra del brazo.

–Y no obstante es justo lo que vamos a hacer. Tú te convertirás en mi hermosa y obediente esposa y entre los dos haremos que esta empresa sea un éxito. Seré un padre para tu hijo y tendremos más hijos juntos. Ya ansío ponerme manos a la obra –dice esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

–Sigue soñando, pero eso no va a suceder nunca –le contesto mientras me suelto–. Ya no puedes amenazarme ni chantajearme. He hablado con Isaïc, el alguacil, y me ha explicado que un solo testigo no basta para condenar a alguien. Tiene que haber pruebas complementarias, y no las hay. Por desgracia, lo mismo se aplica a ti, de lo contrario ya estarías encerrado entre rejas. Pero confío en que Dios te castigue.

Se hace un tenso silencio y ninguno de los dos aparta la mirada.

–Bien –dice Jacob por fin–. Si la cosa está así... Que sea como tú quieras, Catrijn. Te ofrezco protección y una vida cómoda, pero si no lo quieres, no voy a obligarte. Sin embargo, no voy a permitir que me arrebates mi trabajo. ¡Mira! –dice, mostrándome sus brazos llenos de quemaduras–. He invertido en esta empresa, tengo derecho a mi parte. Puedes comprar mi parte.

–¿Ya vuelves a empezar? ¡No voy a darte nada en absoluto! ¡Lárgate y que sea rápido!

Él se ríe.

–Enérgica como siempre. Es una lástima, hacemos buena pareja. Aunque pensándolo bien prefiero una mujer dócil. Pero ¿qué hago ahora contigo? Estás lo bastante loca como para irle con el cuento al alguacil. –Se queda pensativo mirando a su alrededor, y luego se acerca al horno–. ¡Ya lo tengo! Por algún motivo abriste el horno, se te prendió fuego en una manga y se declaró un incendio. No había nadie cerca para ayudarte, ¡qué lástima! Encontrarán tu cuerpo carbonizado entre los escombros y todos tus amigos te llorarán en tu entierro. Pero yo ya estaré muy lejos.

Jacob abre la puerta del horno e introduce un trozo de madera largo. Luego sostiene el extremo ardiente cerca de la cesta de leña menuda, hasta que empieza a arder.

–¡Para ya! –grito abalanzándome sobre él.

Lo aparto y derribo la cesta para poder apagar las llamas con el pie. Él se echa a reír y prende fuego a otros objetos: la reserva de pintura y aceite, y la paja para las cajas. Después de un inicio titubeante, todo es pasto de las llamas.

Miró asustada a mi alrededor. No hay agua para extinguirlas, ¡voy a perder mi fábrica!

Quiero correr hacia la puerta abierta, pero Jacob me bloquea el paso, esgrimiendo como si fuera una espada un trozo de leña en llamas. Tiene una expresión rara, una mueca que apenas reconozco.

–¡Jacob, por favor!

Con el rostro impassible, me empuja hacia atrás, hasta dejarme arrinconada. En el taller ya se ha formado mucho humo y yo me pongo el brazo delante de la boca para protegerme.

–Dijiste que me amabas, hablemos entonces. Yo...

–Cierra el pico –me suelta–. Hemos hablado lo suficiente. Te he dado todas las oportunidades, ahora se ha acabado.

Alarga el brazo y acerca la antorcha a mi ancha falda. Las cintas de encaje se inflaman enseguida con un crujido y se elevan hacia el techo. Rápidamente las cubro con la tela gruesa de mi falda para apagarlas, pero Jacob enciende mi ropa moviendo la tea ardiente a un lado y a otro, tan deprisa que me faltan manos. Empiezo a gritar.

–¡Para ya! ¡Cállate! –dice él alzando la tea.

Intento frenar el impacto colocando los brazos encima de la cabeza, y chilló con todas mis fuerzas cuando veo el extremo en llamas acercarse a mí.

Justo cuando creo que va a llegar el golpe, Jacob se desploma de repente y cae al suelo como un muñeco de trapo, con la antorcha aún en la mano. Detrás

de él está Klaas, con un hacha. La sangre corre por el suelo, y hay algo más, algo que sale de la cabeza de Jacob.

Observo boquiabierto a Klaas, que me devuelve la mirada con una mueca de horror.

La gente se va agolpando en la puerta. A contraluz forman una masa irreconocible. Gritan pidiendo agua e intentan apagar el fuego con las prendas que se han quitado apresuradamente. Dos mujeres apagan las llamas que empezaban a devorar mi jubón y mi falda, y me sacan al exterior. Allí, la muchedumbre no deja de aumentar. Se abren ventanas y puertas, por todos lados se oyen gritos. Saben que un incendio descontrolado puede destruir la ciudad entera y han salido todos a la calle sin pensárselo dos veces. Forman varias cadenas humanas que llegan hasta el canal, de donde sacan cubos de agua que se van pasando unos a otros.

Yo ayudo. No siento dolor, las llamas no han penetrado a través de la gruesa capa de ropa. Me esfuerzo por salvar mi fábrica y no miro ni una sola vez adentro, donde el cuerpo de Jacob se convierte en cenizas.

Por fortuna, Klaas no permanece mucho tiempo entre rejas: es liberado después de pasar dos días en el calabozo y ser sometido a interrogatorios. Los magistrados han tratado su caso con benevolencia, pues al fin y al cabo ha evitado que Delft acabara reducida a cenizas. Además, varios testigos han declarado que Jacob me estaba amenazando, aunque creo que ha pesado más el hecho de que salvara la ciudad.

La Flor de Loto también sale bien parada. A pesar de los numerosos destrozos, la rápida intervención de los vecinos ha permitido salvar el taller. Una vez completadas las costosas obras de restauración, volvemos cuanto antes al trabajo. Korstiaan es un excelente maestro ceramista y Klaas sustituye a Jacob.

La mancha que dejó la sangre de Jacob en el suelo se desdibuja con el paso de las semanas. Me estremezco al recordar las circunstancias de su muerte, pero no me paro a pensar mucho en ello. Cada vez que veo la mancha, soy consciente de que Jacob ha desaparecido de mi vida, que ahora ya nadie conoce mi secreto. Soy libre. Al parecer tengo algo de crédito con Dios.

Septiembre y octubre pasan volando y llevamos días encerrados dentro, mientras la lluvia golpea los cristales. Un día húmedo y ventoso, mientras vuelvo a mi sitio con un tarro de medicinas que debo pintar, advierto que Hendrik, uno de los aprendices de pintor, está haciendo garabatos en una de las piezas descartadas. Miro por encima de su hombro y me quedo parada. Junto a las líneas sueltas con las que prueba el espesor de la pintura, hay una hilera de molinos, con aspas en diferentes posiciones.

–Qué bonito –le digo–. Dame esa vasija.

Hendrik me entrega su trabajo, un poco asombrado, y yo se lo llevo a Korstiaan. Lo encuentro junto a las cubas con esmalte de estaño, dando instrucciones a un nuevo empleado. Espero a que acabe y le muestro la vasija.

–¿Molinos? –pregunta frunciendo el ceño.

–Es bonito, ¿no crees?

–No lo sé. La gente quiere motivos orientales.

–Y los seguiremos haciendo. Pero quizá a los clientes también les guste tener esto. Molinos y otras escenas holandesas. Por ejemplo, vistas de ciudades.

Korstiaan observa pensativo la vasija.

–Podríamos pintar las murallas y las puertas de diferentes ciudades.

Cada ciudad tendría su propia cerámica.

Le sonrío de oreja a oreja y vuelvo al taller para comentar la idea con Frans.

–No lo sé –me dice con la duda retratada en el semblante–. Ya tenemos muchísimo trabajo. ¿A quién puede interesarle esto?

–Si no lo probamos, nunca lo sabremos. Tú encárgate de hacer unos cuantos dibujos de las puertas de Ámsterdam, que yo dibujaré las de Delft.

Frans se encoge de hombros.

–Tú mandas.

En realidad, Frans tiene razón: tenemos demasiado trabajo para iniciar una nueva línea de cerámica. Sin embargo, eso no me parece motivo para no hacerlo. Creo que puede ser un éxito, igual que cuando le propuse a Evert fabricar cerámica oriental.

Mientras transcurre el otoño trabajo más que nunca. De todas formas, mi enorme barriga me impide hacer otra cosa que no sea estar sentada, así que dedico mi tiempo a algo útil. Frans y yo realizamos diversos esbozos, y cuando estamos satisfechos, creamos plantillas con las que pintamos la cerámica. Empezamos con decoraciones de molinos y patinadores, que la gente compra enseguida. A continuación sacamos a la venta las vistas de Delft y de Ámsterdam. La demanda supera incluso mis expectativas. Nuestra Porcelana Holandesa adquiere tanta popularidad que ampliamos el surtido con vistas de más ciudades, y con paisajes de pólderes y buques.

Quirijn y Engeltje siguen nuestro ejemplo. No nos estorbamos, pues la demanda es tan grande que nuestras fábricas apenas dan abasto. Nos pasamos encargos unos a otros y, si es preciso, nos prestamos mano de obra.

Gracias a nuestro éxito, van apareciendo una tras otra nuevas fábricas de cerámica que se instalan a menudo en cervecerías vacías. Hace cincuenta años, Delft aún tenía una próspera industria cervecera, destinada a la navegación, pero cuando muchas ciudades empezaron a fabricar su propia cerveza para los marinos, la mayoría de las empresas de Delft cerraron sus puertas. Ahora esos edificios vacíos, provistos de talleres y hornos, son sumamente adecuados para instalar en ellos fábricas de cerámica.

A principios de diciembre, ya hay quince fábricas de cerámica en funcionamiento, casi todas junto al canal Gheer. Están en fila, una al lado de la otra: las tiendas dan al lado del canal y los talleres a la parte posterior. Por encima de los tejados se elevan unas gruesas nubes de humo y en las calles flota siempre un olor penetrante. La ciudad ha encontrado una nueva industria.

El 15 de diciembre nace mi hija, a la que pongo por nombre Eva. El parto tiene lugar sin complicaciones. En las semanas siguientes se suceden las visitas y los regalos, también de los clientes. Se me hace pesado sin Evert a mi lado, aunque cuento con mucho apoyo de Engeltje y Quirijn.

Cada vez que miro la carita de Eva, su pelito negro y sus adorables manitas y piecitos, me invade un sentimiento de felicidad desconocido. Mi vida no ha sido siempre fácil, pero por fin tengo mucho por lo que estar agradecida.

Un frío día de invierno, me encuentro a Engeltje en el mercado de aves. He dejado a Eva con Heijltje. Mientras nos paseamos entre los puestos, capto un fragmento de conversación. En cuanto llegan a mis oídos las palabras «buque de regreso» y «Delfshaven», me vuelvo de golpe.

–¿Qué pasa? –pregunta Engeltje.

–¿No lo has oído?

Ella niega con la cabeza.

Me acerco al grupo de personas que están hablando junto al puesto de mantequilla.

–Disculpadme, pero he oído parte de vuestra conversación. ¿Ha regresado un buque de la VOC?

Los integrantes del grupo se quedan callados y me miran. Uno de los hombres asiente.

–Ha vuelto de Oriente con la bodega llena de especias. Parece ser que han descargado los enormes fardos en el muelle. Pero la tripulación no ha salido tan bien parada.

–Han muerto más de la mitad de los tripulantes –añade la mujer que se encuentra a su lado–. La travesía de ida debió de ser terrible. Sufrieron tormentas y enfermedades y se quedaron con poca agua potable. En Oriente tuvieron que enrolar a nuevos marineros para poder regresar.

–¿Qué barco es? –pregunto mirando insistentemente a uno y a otro.

–El Delft –contesta el hombre.

A partir de ese momento no tengo un instante de tranquilidad. ¡Más de la mitad de la tripulación ha muerto! ¿Seguirá vivo Mattias? Mis sentimientos por él siguen anidando en lo más profundo de mi ser, es como si nunca nos hubiésemos separado. Si hubiese muerto, yo lo habría sentido. Por consiguiente espero, intranquila pero esperanzada.

Los grandes buques no pueden llegar hasta Delft. Por ello amarran en Delfshaven, donde la carga se distribuye en barcos más pequeños que luego navegan hasta la ciudad. Aunque hace un frío glacial, salgo lo más a menudo

posible a la calle y al puerto para tener noticias. Los primeros marinos regresan a Delft y yo pregunto por Mattias. Para mi alivio me dicen que ha sobrevivido al viaje. Pero nadie sabe adónde ha ido después de bajar a tierra.

Es un sombrío día de invierno con abundancia de nubes que nos obligan a poner fin a la jornada laboral mucho antes de lo habitual. Todo el mundo se ha ido ya a casa, salvo los fogoneros, y yo estoy ordenando el despacho cuando alguien aparece en la puerta. Antes de darme la vuelta, sé que es él. Siento su proximidad.

Me vuelvo de golpe y me lo encuentro justo delante de mí, casi irreconocible con un rostro moreno, barba y media melena. Lo único que no ha cambiado son sus ojos intensamente azules. Y la manera en que me mira, con cierta avidez, que me hace revivir todos los deseos reprimidos.

Nos acercamos y por fin siento sus brazos en torno a mi cuerpo. Me aprieta con fuerza y su ropa desprende un olor salino.

–He soñado tantas veces con este momento –me dice suavemente–. Temía que te hubieras ido, que hubieses desaparecido sin dejar rastro, pero aún estás aquí.

Me acaricia el cabello, la espalda y luego me coge por la cintura y me aparta un poco de su lado. Examina con la mirada cada detalle de mi rostro. Luego inclina la cabeza hacia mí y siento su boca sobre la mía. Me sacude una impetuosa oleada de deseo. Me aferro a él y lo beso apasionadamente. Apenas puedo creer que haya vuelto, que pueda verlo y tocarlo. Seguimos besándonos, tocándonos, sonriéndonos, y volvemos a besarnos. Hasta que oigo llorar a Eva. El sonido se acerca y veo aparecer a Heijltje, que lleva en brazos a Eva.

Aparto suavemente a Mattias. Él mira atrás, extrañado, y luego me mira a mí.

Me acerco a Heijltje, sintiéndome algo incómoda, y cojo a mi hija en brazos.

–Mattias, te presento a Eva.

Lentamente parece darse cuenta de lo que quiero contarle.

–Eva –repite.

–Mi hija. –Hago una pausa antes de añadir–: Y la de Evert.

Él me mira sin comprender. Tengo que tragar antes de seguir hablando.

–Nos casamos el año pasado.

El semblante de Mattias muda por completo de expresión. La pasión ha dado paso al desconcierto y ahora advierto también cólera en sus ojos.

–Ibas a esperarme.

–Yo nunca te prometí eso. Un año y medio es un tiempo largo, Mattias.

–Y durante todos estos meses yo no hice más que pensar en ti, me arrepentía de haberme ido y rogaba a Dios que no encontraras a nadie.

Mientras que tú te casaste con mi hermano en cuanto zarpé.

–Esto no es justo, no fue así.

–Te casaste con él, ¿no? Entonces sí que fue así. Incluso tienes una hija
suya. –De repente parece percatarse de algo–. ¿Dónde está Evert?

Se hace un silencio incómodo. Yo evito la mirada de Mattias y respiro
profundamente.

–Siéntate –le digo.

No sé qué me entristece más: el enfado de Mattias porque me casara con su hermano o su desconsuelo por la muerte de Evert. Para él es un duro golpe. No dice nada, mantiene la mirada perdida en algún punto delante de él.

Le tiendo la mano para consolarlo, pero él la rechaza. Sale del despacho dando grandes zancadas y poco después lo veo alejarse a lo largo del Gheer.

Me apoyo en el borde del escritorio, presa de un profundo abatimiento.

En realidad espero que vuelva, pero el tiempo pasa sin que él dé señales de vida. Doy vueltas con Eva, que percibe mi inquietud y no quiere dormir. Cuando por fin se adormila, permanezco mucho tiempo delante de la ventana.

En torno a la medianoche abandono toda esperanza y me voy a la cama. Me tumbo de costado preocupada. ¿Dónde estará Mattias ahora? ¿Volverá mañana por la mañana o abandonará Delft? Tiene que comprender que no me quedaba otra alternativa, que la vida seguía su curso y que no podía esperarlo.

Por la mañana me levanto muy temprano, amamanto a Eva, abro las puertas del taller y hago entrar a los empleados. Una vez que ha llegado Frans y que todos están trabajando, doy instrucciones a Heijltje para ese día, beso a Eva y voy a la plaza del Mercado. Entro en la posada Mechelen.

–Llegas pronto –me dice Digna, acercándose a mí con cara de extrañeza.

–¿Ha estado aquí Mattias?

–Sí, pasó la noche aquí. Pero ya se ha vuelto a ir.

–¿Ha dicho adónde iba?

–No. Quizá esté con Johannes. Me preguntó por la dirección de su taller –dice, mirándome con expresión compasiva–. No eran buenas noticias las que tenías que contarle. ¿Cómo se lo tomó?

–Mal –le contesto antes de salir de la posada.

Me dirijo a toda prisa al Voldersgracht. Llena de esperanza, abro la puerta del taller de Johannes. Está instruyendo a un alumno, y alza la vista cuando entro.

–¡Catrijn! Mattias acaba de irse. –Se acerca a mí y me lleva a una habitación contigua, donde los alumnos no pueden oírnos.

–¿Cómo está? –le pregunto.

–Está conmocionado y triste. Muy triste.

–¿Estaba enfadado?

–¿Contigo? No, lo comprende. Dice que él es el que se marchó, que es lógico que tú no te hayas quedado esperándolo. Bueno, en realidad, eso lo he

dicho yo, y entonces él me ha dado la razón. Me ha dicho que no está hecho para las relaciones estables, que no tiene nada que ofrecerte.

–¿Adónde ha ido?

–Al puerto.

Me quedo mirando a Johannes y siento crecer la desesperación.

–Después de un año y medio, por fin vuelve... ¿y se va enseguida?

–Lo siento –dice Johannes cogiéndome por los hombros–. Lo que más siento es que haya venido a ponerlo todo patas arriba, ahora que empezabas a recuperarte. Déjalo, Catrijn. Te mereces algo mejor.

Le sonrío fugazmente y me marchó. Me dirijo lo más rápido que puedo hacia el puerto. Por el camino miro a uno y otro lado, pero no veo a Mattias. Tampoco hay rastro de él en el puerto. Deslizo la mirada por todos los barcos que están amarrados o que están zarpando. ¿Se ha ido ya? Pregunto a todos los marinos con los que me topo.

–¿Van Nulandt? Sí, buscaba un barco que fuera a Ámsterdam –me contesta uno de ellos–. Hay muchos, así que seguro que ya estará de camino.

Me quedo mucho tiempo en el muelle mirando el agua. Finalmente, doy media vuelta y regreso a casa, sintiendo cómo se apodera de mí un vacío que me quita todas las fuerzas y las ganas de vivir.

Cuando llego a casa, me encuentro a Mattias en la cocina. Heijltje acaba de servirle una jarra de cerveza y él observa a Eva, que duerme en su moisés. A Heijltje le basta con mirarme un segundo para abandonar la cocina.

Me apoyo, estupefacta, en la jamba de la puerta.

–Creía que te habías ido.

–¿Sin darte los regalos que te he traído? Claro que no –dice haciendo un gesto hacia la mesa, que está llena de objetos extraños que ni siquiera miro–. ¿Lo amabas? –pregunta después de un breve silencio.

–Sí, y lo echo de menos. No estaba enamorada de Evert, pero era mi mejor amigo. Sabía que podía contar con él y él conmigo. A veces eso es suficiente para un matrimonio.

Le cuento lo sucedido el último año y medio. De lo único que no le hablo es de Jacob, eso no tiene nada que ver con lo demás. Le hablo con suma cautela de la manera en que Evert y yo nos fuimos acercando, de nuestra colaboración, de mi pierna rota, de cómo él me apoyó.

Cuando he acabado, Mattias dice:

–Lo entiendo.

–¿De verdad?

–Catrijn, mientras viajaba he tenido mucho tiempo para reflexionar. Me di cuenta de que tendría que haber sido más claro.

–¿Sobre qué?

–Sobre mis sentimientos hacia ti. Quizá necesitaba ese viaje para saber lo que quería.

–¿Y qué es lo que quieres?

Espero las palabras que ya no esperaba oír y, al mismo tiempo, me pregunto si voy a creerlas. Si me atreveré algún día a contar con él.

En lugar de pronunciar esas palabras, Mattias vuelve a señalarme los objetos que descansan sobre la mesa. Me explica qué es cada uno de ellos: coral, ámbar, fósiles, estrellas de mar y piedras preciosas. Proceden de las Islas de Cabo Verde, el Cabo sur de África, Madagascar, Mozambique y Ceilán. Son nombres que no significan nada para mí, pero que evocan mundos misteriosos. Mundos en los que él ha estado mientras pensaba en mí, mundos de los que me trae un trocito. Para mí.

Escucho sus entusiastas historias, veo las ganas de vivir en sus ojos mientras evoca su viaje.

Cuando acaba, no sé muy bien qué decir.

–Todo eso suena maravilloso –digo por fin–. Debe de haber sido una enorme aventura.

–Una aventura peligrosa, pero formidable.

–Te gusta viajar, es lo que necesitas.

Él oye el sutil cambio en mi voz, se levanta y viene hacia mí.

–Te necesito a ti. Durante la travesía no he hecho más que pensar en ti, pero ahora que he vuelto...

–Quieres marcharte otra vez.

–No de inmediato. Pero en algún momento... sí.

–Entonces tienes que ir. Si te quedaras en tierra serías infeliz.

–También soy infeliz sin ti.

Busca mis ojos y me sostiene la mirada. Se hace un silencio.

–Lo uno no excluye a lo otro –le digo en voz baja–. Esta vez te esperaré.

Mattias me mira, conmovido.

–¿En serio? –Se acerca a mí y me acaricia el labio con el pulgar–. Tengo que irme –me dice dulcemente–. No será por mucho tiempo, solamente unos días. Y luego hablaremos.

Yo asiento y él me besa. Luego coge su saco y se marcha. Lo sigo afuera, le digo adiós con la mano mientras se aleja por la calle y sonrío porque sé que se alejará de mí muchas veces, pero también sé que siempre volverá.

Epílogo

A mediados del siglo de oro de los Países Bajos, la cerámica azul de Delft hizo su entrada de forma espectacular, alcanzando una enorme popularidad en muy poco tiempo. Todo el que quería demostrar que tenía dinero y buen gusto, compraba cerámica azul de Delft. El suministro de porcelana china original se consolidó entre 1620 y 1647 gracias a los viajes de exploración y las subsiguientes expediciones de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, la VOC. Sin embargo, una guerra civil en China puso fin a las exportaciones. A partir de aquel momento, diversas ciudades holandesas, entre ellas Delft, Haarlem y Ámsterdam, intentaron fabricar la popular porcelana. La bautizaron como Porcelana Holandesa; el nombre cerámica azul de Delft surgió mucho después.

Entre 1654 y 1690 el número de fábricas de cerámica aumentó en Delft de forma explosiva; en torno a 1700 había casi cuarenta. Las ventas de porcelana decorativa alcanzaron sus niveles más altos entre 1680 y 1730. La princesa María II, esposa inglesa de Guillermo II, princesa de Orange y estatúder de las Provincias Unidas, fue una importante embajadora de la cerámica azul de Delft. Gracias al afán coleccionista de la princesa y a la fascinación que sentía por la cerámica de Delft, las fábricas consiguieron más encargos por parte de la nobleza y la realeza.

A finales del siglo xviii, la industria cerámica de Holanda se hundió debido a la competencia de la porcelana inglesa. A mediados del siglo xix se produjo una reactivación, pero después de la Segunda Guerra Mundial, gran parte de la otrora popular vajilla acabó olvidada en los desvanes de las casas. La cerámica azul de Delft se consideraba cursi y anticuada, y solo mantenía intacta su popularidad en el extranjero, sobre todo en Japón y América del Norte.

En los últimos años, la cerámica blanca y azul vuelve a ser descubierta en Holanda. La compañía aérea KLM vuela con aviones azul de Delft y la campaña lanzada por dicha compañía para conseguir casitas de porcelana azul de Delft volando en clase business desató una fiebre coleccionista. Hoy en día es imposible pasar por alto este producto que lleva siglos exportándose. Tanto en la elegante sección «Estilos de vida» de los grandes almacenes Bijenkorf, como en los estantes de ofertas de la cadena de productos del hogar Xenos pueden encontrarse productos azul de Delft en forma de baratijas, manoplas

para el horno, fundas de edredón, alforjas de bicicleta y todo lo que uno pueda imaginar.

La auténtica porcelana de Delft es un producto caro muy popular en el extranjero. En la fábrica De Porceleyne Fles (El Frasco de Porcelana) de Delft, la cerámica se cuece y se pinta a mano. Vale la pena visitarla, como hacen muchos turistas, y ver trabajar a los pintores de cerámica.

La primera De Porceleyne Fles se abrió a orillas del canal Oosteinde, pero en la actualidad se encuentra en la Rotterdamseweg, a las afueras del centro histórico de Delft. En el siglo pasado se abrieron tres fábricas más: De Delftse Pauw (El Pavo Real de Delft), De Blauwe Tulp (El Tulipán Azul) y De Candelaer (El Candelero). Estas cuatro fábricas dan a conocer el nombre de la porcelana azul de Delft entre los turistas y otros entusiastas.

Los personajes Quirijn y Engeltje van Cleynhoven son figuras históricas. En 1655, Quirijn y su socio Wouter van Eenhoorn adquirieron una fábrica de cerámica que bautizaron como De Porceleyne Fles (El Frasco de Porcelana). En un pozo del solar ubicado en el número 171 del Oosteinde, donde estaba emplazada la primera fábrica, se han encontrado ciento veinte objetos del periodo inicial, entre otros, un plato ornamental con la inscripción «Engeltie Kleijnoven, 1673». Seguramente se trate de un plato conmemorativo de las bodas de plata de la pareja. En los archivos el nombre Cleynhoven aparece escrito tanto con C como con K.

La fábrica de cerámica La Flor de Loto no existió realmente. Catrijn y Evert tampoco, son personajes salidos de mi imaginación.

Huelga decir que Rembrandt, Nicolaes Maes y Johannes Vermeer, así como su mujer Catharina y su madre Digna, son figuras históricas. El padre de Johannes, Reynier, era propietario de la posada Mechelen en la plaza del Mercado. Tras su muerte en 1652, Digna siguió con el negocio. Johannes y Catharina vivieron mucho tiempo con ella. Por desgracia, la posada ya no existe, fue demolida en 1885 para poder ampliar el callejón Oude Manhuissteeg.

No está claro quién fue el maestro de Johannes, pero a menudo se nombra a Carel Fabritius, que falleció a los treinta y dos años debido a la explosión del polvorín de Delft.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Jessica van Erkel, gestora de productos de De Porceleyne Fles en Delft, por leer el manuscrito de Azul de medianoche, y por la ayuda que me ofreció durante la investigación. Sin su hospitalidad y sin los libros que me prestó, no habría podido conseguir información importante. Asimismo le agradezco el haberse encargado de que me diera clases un pintor de cerámica de De Porceleyne Fles, gracias a lo cual ahora tengo en casa un trocito de porcelana azul de Delft que yo misma he fabricado.

Asimismo quiero dar las gracias a mi editora, Wanda Gloude, por haberme dado la idea de escribir una novela sobre la cerámica azul de Delft, y por la iniciativa de sacar enseguida una edición en inglés. ¡Las buenas ideas siempre se agradecen!

Fuentes

Hilkhuijsen, Jos W.L. (ed.), Ach, lieve tijd. 750 jaar Delft en de Delftenaren. Zwolle: Waanders, 1995-1997

Hoekstra-Klein, Wik, «De Porceleyne Fles»: periode 1653-1850. Geschiedenis van de Delftse plateelbakkerijen, volumen 6. Delft: Deltech, 2001

De Jonge, Jonkvrouwe dr. C.H., Delfts aardewerk. Róterdam: Nijgh & Van Ditmar, 1965

Matusz, J., Delfts aardewerk. Amerongen: Gaade, 1977

Mooij, Annet, De polsslag van de stad. 350 jaar academische geneeskunde in Amsterdam. Ámsterdam: De Arbeiderspers, 1999

Noordegraaf, Leo, y Valk, Gerrit, De Gave Gods. De pest in Holland vanaf de late middeleeuwen. Ámsterdam: Bert Bakker, 1996

Van der Wees, Trudy, Door Delfts blauwe ogen. Soest: Uitgeverij Boekscout.nl, 2012

Glosario

Balanza pública. La balanza pública era un edificio importante en los Países Bajos y Alemania. Solía estar situada en la Plaza del Mercado o en sus inmediaciones y era el lugar donde los funcionarios municipales pesaban las mercancías vendidas en el mercado a fin de determinar los impuestos que debía pagar el productor.

Batavia. La actual Yakarta. Capital de las Indias Orientales Holandesas en la isla de Java.

Armario con cama. Las camas armario o armario con cama siguieron utilizándose en zonas rurales de Holanda hasta principios del siglo xx. Se trataba de armarios con puertas o cortinas en de los que se instalaba la cama. Dado que las camas armario podían cerrarse, se instalaban a menudo en la sala de estar. Ello hacía innecesario el uso de dormitorios. Además, al ser un espacio cerrado, eran más fáciles de calentar.

Cuarto interior. El binenhard (hogar interior) era un cuarto en las casas alrededor del hogar reservado a la familia que hacía las veces de cocina, sala de estar y dormitorio.

Gracht. Los grachten son los canales estrechos que se encuentran en muchas ciudades holandesas, siendo los más famosos los de Ámsterdam. Durante siglos, estos canales fueron importantes arterias para el transporte de mercancías y personas. Muchos almacenes y edificios de las ciudades holandesas tenían puertas que daban directamente a los canales.

Stuiver. Moneda de cinco céntimos de florín.

VOC. La Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales (Verenigde Oostindische Compagnie) fue fundada en 1602 para explotar los nuevos territorios en Oriente y establecer rutas para el transporte de valiosas materias primas, como las especias. Aunque la VOC era una empresa comercial, también tenía mucho poder político y podía negociar tratados y declarar guerras. La VOC fue disuelta en 1800.

Título de la edición original: Nachtblauw

Edición en formato digital: abril de 2017

© 2016, Simone van der Vlugt

© 2016, de la traducción: Catalina Ginard Féron

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Imagen de la cubierta: *Mujer con una jarra de agua*, Johannes Vermeer

Esta traducción ha contado con el apoyo de la Nederlands Letterenfonds

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-92-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico – incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

